



ISBN 84-8440-186-3



9 788484 401865

2000

COMENTARIOS AL DOCUMENTO «Reflexión sobre la identidad de Cáritas»

CORINTIOS
XIII

93

CORINTIOS

revista de teología y pastoral de la caridad

XIII

COMENTARIOS
AL DOCUMENTO

«Reflexión sobre
la identidad de Cáritas»

N.º 93 • Enero - Marzo • 2000

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGÍA
Y PASTORAL DE LA CARIDAD

N.º 93. Enero-Marzo 2000

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CÁRITAS ESPAÑOLA.
San Bernardo, 99 bis. 28015
Madrid. Apdo. 10095.

Teléf.: Suscripción: 91 444 10 37
Dirección: 91 444 10 02
Redacción: 91 444 10 20
Fax: 91 593 48 82

EDITOR:
CÁRITAS ESPAÑOLA

Felipe Duque
(Director)

Salvador Pellicer
(Consejero delegado)

Juan José López
(Coordinador)

CONSEJO DE REDACCIÓN:

E. Romero Pose

J. Manuel Díaz

F. Fuente

A. García-Gasco

Joan Costa

A. M. Oriol

J. M. Osés

V. Renes

R. Rincón

M.ª Salleras

Imprime:

Gráficas Arias Montano, S.A.

MÓSTOLES (Madrid)

Depósito legal: M. 12.403-2000

I.S.S.N.: 84-8440-186-3

SUSCRIPCIÓN:

España: 4.300 pesetas.

Europa: 6.340 pesetas.

América: 62 dólares.

Precio de este ejemplar:

1.640 pesetas (IVA incluido)

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

MIGUEL JUÁREZ, S. J., Rector de la Residencia de Profesores, Universidad Pontificia de Comillas.

SEBASTIÁN ALÓS, Delegado Episcopal de Cáritas Diocesana de Valencia.

FELIPE DUQUE, Director de la revista CORINTIOS XIII.

JOSETXO GARCÍA HERNÁNDEZ, Delegado Episcopal de Cáritas Diocesana de Canarias.

CARMEN CALZADA, Directora de Cáritas Diocesana de Salamanca.

JUAN JOSÉ LÓPEZ JIMÉNEZ, Coordinador de la revista CORINTIOS XIII, Cáritas Española.

PEDRO MARÍA GIL LARRAÑAGA, Comisión de Formación y Animación Comunitaria, Cáritas Española.

FIDEL GARCÍA GUTIÉRREZ, Técnico de Cooperación y Desarrollo, C.D. Gipuzcoa.

VÍCTOR RENES, Servicio de Estudios de Cáritas Española.

PEDRO JARAMILLO, Vicario General de Ciudad Real, Consejero de Cáritas Española y Presidente de la Comisión de Cooperación Internacional.

FLORENTINO EZCURRA, Delegado Episcopal de Cáritas Diocesana de Pamplona.

M.ª LUISA CASTILLO CHAMORRO, Directora de Cáritas Diocesana de Almería.

CORINTIOS

revista de teología y pastoral de la caridad

XIII

COMENTARIOS
AL DOCUMENTO

«Reflexión sobre
la identidad de Cáritas»

N.º 93 • Enero - Marzo • 2000

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
IN MEMORIAM	5
PRESENTACIÓN	13
ARTÍCULOS	
<i>Dinamismo Trinitario del amor preferencial por los pobres.</i> Sebastián Alós	19
<i>Eclesialidad de Cáritas.</i> Felipe Duque	55
<i>Caminos de solidaridad compasiva y liberadora.</i> Josetxo García Hernández	75
<i>Dimensión profética de la Caridad.</i> Carmen Calzada	125
<i>La Caridad universal.</i> Juan José López Jiménez	145
<i>Reflexiones sobre el modelo de Animación de la Comuni-</i> <i>dad.</i> Pedro María Gil Larrañaga	173
<i>El dinamismo y la fuerza de un proceso formativo. ¿Hasta</i> <i>dónde creemos en la formación?</i> Fidel García Gutiérrez	203
<i>Acciones significativas.</i> Víctor Renes	253
<i>La coordinación, ¿desafío o amenaza?</i> Pedro Jaramillo	279
<i>Comunicación Cristiana de Bienes.</i> Florentino Ezcurra	305

	<u>Páginas</u>
<i>La espiritualidad y Cáritas. M.^a Luisa Castillo Chamorro ...</i>	331

DOCUMENTACIÓN

<i>Reflexión sobre la Identidad de Cáritas</i>	379
--	-----

«IN MEMORIAM» JOAQUÍN LOSADA, S. J. (*)

MIGUEL JUÁREZ, S. J.
Rector de la Residencia de Profesores
Universidad Pontificia Comillas

En la liturgia de las misas de difuntos se destacan dos cosas importantes: una es la fe en la resurrección y en la vida de los que han muerto y otra es la celebración de esa misma fe.

Hoy, al celebrar la memoria del P. Joaquín Losada, acogemos la tristeza y la seriedad de la muerte, pero nuestra fe en aquella resurrección y en aquella vida es una fe celebrada; más aún, es una fe agradecida que celebramos como acción de gracias en la eucaristía.

Esta fe agradecida y esta fe celebrada, aunque sea en la sobria tristeza para la que nos ha educado la misma fe, es también una fiesta. Esta fiesta «celebrada» la podemos ver con claridad en los tres prefacios de las misas de difuntos.

En el primero se celebra que la vida de los que mueren en Cristo no termina, sino que se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal adquirimos una morada eterna en el Cielo.

(*) Este texto corresponde a la homilía realizada por Miguel Juárez en los funerales por D. Joaquín Losada celebrados en Madrid, el 21 de enero del 2000.

En el segundo se celebra que Cristo aceptó la propia muerte para librarnos del morir eterno y entregó su vida para que también nosotros tuviéramos vida.

Y en el tercero se celebra que Cristo es la salvación del mundo, la vida de los hombres, la resurrección de los muertos.

Pues bien, esta vida eterna, otorgada por Cristo, incorporándonos a su vivir, la celebramos hoy en la confianza segura del paso a esa vida eterna de nuestro compañero y amigo Joaquín Losada.

Pasar a vivir en Cristo no es desaparecer; sino alcanzar la plenitud de nuestra personalidad en lo que tiene de individual y única y en lo que tiene de realizada y crecida en nuestra historia concreta personal.

El P. Losada tuvo una vida personal intensamente fecunda. Podemos decir que era todo un carácter. O dicho de otra manera, era una personalidad plenamente desarrollada y cuajada en una historia propia y única, la suya.

El Cristo que se realizaba en su historia personal, y de la que se entreveían vislumbres, ha alcanzado ahora la plena visibilidad. Dicho con palabras más cariñosas, ahora se ha revelado el modo «losadiano», según el cual Cristo se realizó y se hizo visible en él.

Permitidme que resalte a continuación algunos de esos modos «losadianos» en los que Cristo se realizó y se hizo visible en él, concretados en estos cinco rasgos o dones personales suyos: 1) el retiro a la enfermería de Salamanca; 2) el maestro espiritual; 3) el profesor y escritor de Teología; 4) el amigo entrañable; 5) el hombre disponible en circunstancias difíciles.

1. El retiro a la enfermería de Salamanca. El 15 del septiembre pasado el P. Joaquín Losada llegó a la puerta de la residencia de profesores de la Universidad en un taxi. No tenía fuerza para arrastrar la pequeña cartera en la que traía la ropa y los pocos libros que solía utilizar en sus tandas de ejercicios. Le llevamos al médico, se reanimó un poquito, y aquel mismo día se incorporó a la vida ordinaria de la comunidad. A los pocos días asistió a la misa y a la comida para celebrar las bodas de oro sacerdotales de un padre de la casa. Caminaba con dificultad, llevando en la cara la sonrisa de siempre, pero entonces parecía querer significar que encontraba gracioso que su andar, antes tan pujante, resultara inseguro. Ese mismo día, después de comer, se encerró en una de las salas de visita con el P. Provincial de España. Hablaron de su traslado a la enfermería de Salamanca. A Joaquín le costaba, pero lo aceptaba con espíritu jesuítico, gozoso y feliz.

2. El maestro espiritual. Aquel día 15 de septiembre, cuando bajó del taxi sin fuerzas para andar, Joaquín venía de dar su última tanda de ejercicios espirituales a un grupo de religiosas de toda España. A lo largo del curso 98-99 ese regreso en taxi se repitió en muchas ocasiones, y cada vez con pies más lentos. Su talante de «trabajador incansable» y su «celo apostólico espiritual» no le dejaban parar ni descansar. Y es que Joaquín era un *maestro espiritual*.

Desde su ordenación sacerdotal dedicó los meses de vacaciones —de junio a septiembre— a dar tandas y tandas de ejercicios, a religiosos, religiosas, sacerdotes diocesanos, obispos. No descansaba más que unos pocos días, menos de una semana, en su pueblo de Moldes, provincia de Orense. Volvía a Madrid a primeros de octubre para empezar el curso.

También los fines de semana, las vacaciones de Navidad y Semana Santa los ocupó siempre en retiros y cursillos, e incluso muchas tardes de los días ordinarios, después de sus clases en la Facultad de Teología, o antes de sus clases nocturnas en el TUP.

3. El profesor y escritor de Teología. Pero este trabajo ingente era una ocupación marginal. Lo primero fue siempre su misión de profesor y escritor de teología. Escribió innumerables artículos, principalmente en la revista *Sal Terrae*, de la que fue muchos años director; y en CORINTIOS XIII, publicación de Cáritas, en la que contribuyó a destacar las dimensiones teológicas, eclesiales y cristianas de la actividad de esta institución (1). No pocos de estos artículos —y este es un rasgo muy suyo— los escribió en las estaciones mientras esperaba el tren, y entre una conferencia y otra; y en los bares, en donde pagaba el derecho de ocupar una mesa pidiendo un refresco o un café.

(1) Fue un incansable y fecundo colaborador voluntario de la revista CORINTIOS XIII desde el año 1978, llevando la dirección de la misma durante 15 años, en el período de 1979 a 1995. Permaneció hasta la fecha de su fallecimiento como miembro del Consejo de Redacción de la Revista.

Una de sus aportaciones más relevantes ha sido su contribución a la comprensión, profundización y maduración de la propia identidad eclesial de Cáritas. Entre sus múltiples aportaciones a la eclesiología, destacamos como muestra las que realizó en el ámbito de Cáritas:

1. Sigue siendo un documento vivo y actual el trabajo que hizo sobre Caridad y Evangelización, publicado en el núm. 33 de 1985 (Manual Teológico de Cáritas). El contenido de este texto hoy en día mantiene la frescura de proponer retos sobre los que seguir reflexionando desde lo que allí se plantea.
2. En el núm. 15 del año 1980 publica otro artículo significativo sobre los planteamientos eclesiológicos de la comunidad cristiana y Cáritas. Todavía hoy constituye un soporte firme para la maduración de la conciencia cristiana en el tema de la comunidad.

Desde su destino a la enseñanza de la Teología concibió su actividad docente y estudiosa como el componente fundamental de su entrega a la vida sacerdotal. En ella se integraban, connaturalmente, sus funciones de profesor, consejero, predicador de la palabra y acogedor y escuchador de personas; fue un contagiador de esperanza y de fe.

4. El amigo entrañable. Entre tanta actividad, Joaquín vivió siempre en clave de derroche de sí mismo. Vivió como un ser para los demás, o dicho más profundamente, vivió ofreciéndole a Cristo manos, cabeza, ojos, oídos y corazón, para que Cristo continuara cumpliendo su propio ser de derrochado. Derrochado por medio del derroche de Joaquín, según la manera que tenía Joaquín de derrocharse. Si pudiera resumirse esta manera en una palabra, yo diría que su manera era una manera de ser de *amigo entrañable*. Era muy amigo. El encuentro con él, aunque fuera el primero, aunque fuera breve y esporádico, sabía convertirlo en un encuentro de amistad.

5. Disponibilidad total. Un trabajador incansable como él sabía estar siempre disponible para lo que se le pidiera. Siempre estuvo a disposición de los superiores de la Compañía de Jesús en circunstancias difíciles. Desde Comillas-Santander; cuando actuaba como «hombre-bueno», en unas difíciles relaciones entre profesores y alumnos. O ya en Comillas-Madrid, cuando mediaba compaginaba sus tareas como Superior de algún piso de estudiantes, o como Superior de la Residencia de Profesores, o como Director del Colegio Mayor Comillas. Joaquín siempre estaba «a punto» e irradiaba tranquilidad, alegría y paz.

Sabemos que la alegría es uno de los frutos del Espíritu Santo. Estos frutos describen los rasgos del carácter que de-

ben dejar los cristianos que el Espíritu eduque en ellos. San Pablo los enumera así en Gálatas, 5, 22-23: «Fruto del Espíritu es el amor; la alegría, la paz, la paciencia, la afabilidad, la bondad, la fidelidad, la modestia, el dominio de sí». Estos frutos producen una personalidad honda y desinhibidamente libre. Libre. Por eso añade San Pablo: «Contra tales cosas no hay ley».

El P. Losada tenía muy presente este texto de Gálatas, y también tenía muy integrada la ley que San Ignacio de Loyola menciona como primer precepto en el Proemio de sus Constituciones: «la ley interna de la caridad y el amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones».

Joaquín fue fiel a «la ley interna de la caridad» ignaciana, y de esta fidelidad nacía su libertad, y aquella impresión que daba de saberse instalado en su sitio; estar en su sitio, serle fiel, ha sido, desde siempre, un modo de nombrar la autenticidad y la verdad de una persona.

Decíamos al principio que celebrábamos la manifestación o revelación de la vida de Cristo en un cristiano. La manifestación de lo que ya es pero aún no aparece; la transformación de una vida en su verdad, no su desaparición.

Con frecuencia oímos hablar de la muerte como un absurdo o como una ofensa a la razón y apelamos a una fe totalmente ciega, o al simbolismo de la permanencia del que se fue en la memoria o en la emoción de los que quedamos.

Para nuestra fe la muerte no es un absurdo, y si decimos que es un misterio, queremos decir que es un misterio integrado en el misterio que es Cristo: un misterio que funda sentido.

La muerte de un cristiano —y de todo hombre, ya referido a Cristo por el misterio de la redención universal— es un acontecimiento que ocurre en el interior del cuerpo de Cristo.

Existimos en Cristo. Nuestra condición de seres reales no es una condición de cualquier clase, sino de la clase de ser en Cristo, de ser con el ser o existir en Cristo. Más aún: el mismo ser de Cristo es el ser o existir de él en nosotros.

Existiendo en Cristo conocemos al Padre en el conocimiento que Cristo tiene del Padre. Ahora este conocer es fe; después de la muerte, la fe descubre su rostro y se revela como visión; la fe y la visión no son sino dos modos de lo mismo. La esperanza y la posesión no son sino dos modos de lo mismo. Tras la muerte, la esperanza se revela como posesión.

La caridad con la que amamos al Padre y el amor con el que Cristo lo ama no son sino dos modos de lo mismo. Tras la muerte, nuestro amor se revela como el uso que hace Cristo de nuestro corazón para amar al Padre, y nosotros como los destinatarios del amor con el que el Padre ama al Hijo.

Y este amor que va de nosotros al Padre, y que viene del Padre a nosotros, es un solo amor; y este amor es una persona, la persona del Espíritu Santo, en el que participamos ya, como amantes amados, pero que aún no se revela si no es en esperanza, y que se nos revelará en visión.

Al P. Joaquín Losada ya se le ha revelado.

PRESENTACIÓN

En el año 1997, en su cincuenta aniversario, Cáritas tuvo la suerte de recibir, como regalo por su cumpleaños, un bello documento que le recordaba con lenguaje asequible a la vez que profundo cuál era su origen, dónde apoyaba su ser y hacia dónde se debe dirigir su quehacer, su consolidación y su propia existencia.

Los Obispos de la Comisión de Pastoral Social ofrecían a Cáritas y a toda la Iglesia en España el documento «Reflexión sobre la identidad de Cáritas». El documento fue recibido con agrado y esperanza por la 52.^a Asamblea General de la Confederación de Cáritas, celebrada en Valencia dentro de los actos del cincuenta aniversario. Su elaboración, muchos lo recordarán, tuvo un largo proceso: la Asamblea de 1995 decidió que se iniciase la labor; la de 1996 ya lo tuvo en sus manos en forma de «instrumento de trabajo», y en los aproximadamente veinticuatro meses en que duró el proceso fueron muchas las Cáritas diocesanas y las personas que a título individual aportaron abundantes ayudas para que el trabajo no olvidara ninguno de los aspectos fundamentales que debían ser tratados y

fuera mejorando la comprensión de las reflexiones ya contenidas en los borradores. Se contaba con abundante documentación, con no menos experiencia y con una fuerte conciencia de que se estaba interviniendo en un esfuerzo que debía servir para atender una demanda que todos nos planteábamos como ineludible: «El momento histórico en que vivimos nos exige tener cada vez más clara nuestra IDENTIDAD».

Habíamos mirado a nuestro alrededor: a Cáritas Internationalis y a otras Cáritas nacionales, pero, al igual que entre nosotros también en los ámbitos más elevados o en los similares a los nuestros, encontrábamos que las aportaciones a la IDENTIDAD aparecían fragmentadas y dispersas en escritos e intervenciones al respecto, sin una sistematización lógica y pedagógica. No era pequeña ni era indiferente la tarea que nos impusimos. Algunos tuvimos buena conciencia de ello al vernos con los papeles sobre la mesa y al tener que decidir la extensión que debía de tener el documento, los contenidos que debía abarcar para no quedarse corto, el lenguaje que se debía usar y todo aquello que no debía acoger porque se podía encontrar como materia común en otros lugares.

Todo el proceso seguido, en su germen y su realización, fue un momento de gracia para Cáritas. La velocidad de la historia exigía reforzar la pertenencia, que sólo se puede alcanzar cuando se conoce la piedra angular donde se sostiene el arco. Considero que en el momento en que todos, como Confederación, tuvimos en nuestras manos el primer ejemplar de «Reflexión sobre la identidad de Cáritas», como un único cuerpo, respiramos hondo; consciente o inconscientemente así sucedió.

No somos ya confundibles con cualquier otra asociación, ni de dentro ni de fuera de la Iglesia, en Cáritas Confederación, en Cáritas Diocesana o en Cáritas Parroquial ya importa

qué cosa se hace o qué cosa se deja de hacer; en la relación con otras entidades, públicas o privadas, sabemos qué voz representamos... No es que todo esto no lo hiciéramos o ignoráramos hasta este momento, ni mucho menos, es que desde este instante nosotros podemos comprendernos mejor cuando decimos sí o decimos no, cuando optamos por una línea de acción o por otra, cuando colaboramos con otros o dejamos de apoyar una iniciativa...; asimismo, quienes se acercan a nosotros pueden entendernos mejor porque saben de dónde venimos y hacia dónde vamos. Nuestra misión dentro de la Iglesia como parte esencial de la evangelización ha quedado bien definida y explicitada, y todo porque la Confederación ha sabido ir siendo fiel al mandato recibido, ha encontrado el modo de ir depurando aquello que simplemente son adherencias de los tiempos y ha sabido plasmar su pertenencia y bien hacer en unas páginas escritas que le llevan a reafirmar lo que es, de dónde procede y hacia dónde se encamina.

El documento ha venido a responder al deseo que todos teníamos, pues una vez afirmado lo que en él se afirma, permitidme la expresión, «no vale cualquier cosa dentro de Cáritas». El documento ha sido reeditado en múltiples ocasiones hasta alcanzar casi los veinte mil ejemplares; eso nos viene a confirmar en su oportunidad. Además ha sido motivo de muchísimas jornadas, conferencias, debates y reuniones. Al menos por lo que a mí respecta puedo dar fe de ello por haberse solicitado, tanto en numerosas Cáritas diocesanas como parroquiales, y en algunas Cáritas de América Latina y el Caribe. Además, a demanda de varias Cáritas de otros países, ha sido traducido y difundido en inglés y francés.

Por todo ello, y por el bien que aún está destinado a aportarnos el documento, CORINTIOS XIII ha considerado oportu-

no ofrecer este número monográfico, teniendo como base la «Reflexión sobre la identidad de Cáritas», para seguir profundizando en la riqueza que dicho escrito nos ofrece, el talante que nos brinda y la pertenencia que nos identifica. Los once artículos que este volumen pone en nuestras manos han querido ir deteniéndose en algunos de los aspectos más importantes con el fin de que se descubra una parte de la riqueza que se encierran, sin pretender agotarla, pero sí ayudando al conocimiento que nos haga valorar la preciosa perla de la caridad que nos ha caído en suerte tener entre las manos.

Cáritas es consciente de que, en este Año Jubilar, llevar y expandir gracia, don y júbilo a quienes soportan cotidianamente desgracia, olvido y tristeza es su misión evangelizadora; de que «haciendo una peregrinación hacia Cristo presente en ellos», como nos recuerda la *Incarnationis Mysterium*, «los hermanos necesitados o con dificultades», Cáritas se introduce de lleno en el lugar teológico del encuentro con Dios y penetra en el Año Santo aceptando plenamente la gracia del Jubileo que el Señor le concede. Confío en que la atenta y detenida lectura del contenido de este número de la revista nos lleve a todos a entender y encarnar que el centro de la construcción del Reino lo encuentra Cáritas en el dinamismo Trinitario del amor preferencial por los pobres.

SALVADOR PELLICER
Delegado Episcopal de Cáritas Española

artículos

DINAMISMO TRINITARIO DEL AMOR PREFERENCIAL POR LOS POBRES

SEBASTIÁN ALÓS

Delegado Episcopal de Cáritas
Diocesana de Valencia

I. INTRODUCCIÓN

La perspectiva a la que nos invita el documento de reflexión sobre la identidad de Cáritas es provocadora y seductora, en cuanto teológica y en cuanto trinitaria. Con estas actitudes nos disponemos en primer lugar a rastrear de nuevo las huellas bíblico-teológicas del amor a los pobres. Las notas que ofrecemos —apartado segundo— sirvieron de base a la síntesis que ofrece el documento hecho público en la 52 Asamblea de Cáritas Española, celebrada en Valencia el 25 de octubre de 1997. Luego —en los apartados tercero y cuarto— iniciamos y proponemos una reflexión más explícitamente trinitaria sobre el amor a los pobres. Finalmente —apartado quinto— apuntamos las implicaciones para la espiritualidad derivadas del dinamismo trinitario del ministerio de la caridad. Esta más original perspectiva trinitaria es, además de provocadora, cautivadora, seductora.

I. Es ciertamente provocador el punto de partida bíblico y el contenido teológico de la primera parte del documento

de reflexión sobre la identidad de Cáritas: la dedicada a mostrar los fundamentos bíblico-teológicos del amor preferencial por los pobres. Pero es conveniente advertir, como lo hace el documento, que la existencia de los pobres no explica plenamente la existencia de Cáritas. No existe Cáritas sólo porque haya pobres. Cáritas no es una agencia o empresa de servicios sociales. De ahí que Cáritas no agota la autocomprensión de su identidad —no dice lo más significativo— diciendo únicamente que es una ONG.

Otro podría haber sido el punto de partida del documento en una perspectiva virtualmente evangelizadora: a partir de la existencia de los pobres y el dinamismo solidario presente en la sociedad. A través de un camino, en cierto modo ascendente, podría el documento llegar a mostrar la identidad más profunda de Cáritas, refiriéndose al amor preferencial de Dios por los pobres, dando así al final la razón inicial de su «opción» por los pobres. Según este método la razón histórica serviría de preparación para comprender y aceptar la razón teológica (1). La solidaridad y la justicia, expresiones de filantropía, valor humano y signo de nuestro tiempo, podría ser el punto de partida. Y el punto final, el amor preferencial de Dios Padre, *rico en misericordia* (Ef 2,4), por los pobres y la filiación y fraternidad de cada uno y de todos los miembros de la gran familia humana. Cristo, el camino y la clave: síntesis entre fil-antropía y teo-filía, entre el amor al hombre y el amor de Dios, el encuentro entre la motivación histórica y la teológica. En cualquier caso el final en un proceso evangelizador, dar razón de la propia identidad, supone el retorno del princi-

(1) Recuérdese el método empleado por San Pablo en su discurso en el Areópago (Hch 17, 22 ss).

pio, tomar conciencia de propia identidad. Reflexionar para profundizar en la propia identidad es indispensable para dar razón de ella a otros, creyentes o no creyentes. Es recordarnos las razones más originales y animar las motivaciones más profundas que, personal y comunitariamente, nos mueven a amar a todos, y especialmente a los pobres. Destinatarios del documento de reflexión sobre la identidad de Cáritas son, ante todo, los que han de ejercer este ministerio.

2. La teología como reflexión del creyente responde, ante todo, al deseo de comprender la fe revelada, integrando en su reflexión la lógica de la fe, y poder así hacerla razonable y creíble. Pues bien, nuestra reflexión, como toda reflexión teológica, ha de tener una perspectiva necesariamente trinitaria. Porque Dios es uno y trino, siempre que decimos Dios decimos Padre, Hijo y Espíritu. Más aún, decir Dios es amar y, de forma especial, a los pobres. Y, al revés, amar es conocer a Dios. Ahora bien, no es irrelevante que Dios sea Uno, o que Dios sea Uno y Trino para el amor a los pobres ni para los propios pobres. Tampoco es indiferente a la comprensión del misterio de Dios la indiferencia ante el prójimo.

El misterio trinitario, fundamento de todo ser, al revelarse desvela el misterio de toda existencia. Por tanto, también del amor a los pobres, de la realidad de la pobreza y de la lucha contra la pobreza. El dinamismo trinitario, que es contenido esencial de la profesión de fe y que configura la liturgia y la celebración de los sacramentos, ¿no queda reducido a devoción privada en la experiencia mística de algunos santos y lejos de la debida animación de la vida moral de los cristianos? Sin duda la perspectiva trinitaria ha de revelar dimensión nueva a la comprensión y práctica del amor a los pobres. En este sentido, decíamos, es seductor tratar de comprender el dinamismo

mo trinitario del amor a los pobres. Aparece como original sin pretenderlo, como nuevo aunque conocido (2). Por eso sentimos que la perspectiva es también desbordante. Nos situamos como Moisés ante la zarza ardiendo, o también ante una tierra nueva en la que otros deberán y podrán adentrarse.

El punto de partida de nuestra reflexión es, pues, el de la fe que busca entender y vivir el misterio de la Trinidad, en cuanto comunión de amor que, por y desde la Trinidad, se expresa en el amor a los pobres. Por eso podemos formular así la convicción que busca saber y dar razón, convicción compartida que quiere hacerse idea comunicativa: la fe en la Trinidad es fundamental para comprender originalmente y vivir significativamente el amor a los pobres.

I. REVELACIÓN DE DIOS Y DE SU PREDILECCIÓN POR LOS POBRES

I.1. El dinamismo trinitario, impulso para la caridad

El misterio de la Trinidad constituye el núcleo fundamental de la fe, fuente y origen de la vida moral del cristiano, cuya sín-

(2) Xabier PIKAZA, en *Camino de liberación. El modelo mercedario* (Estella, Navarra, 1987), habla del «principio trinitario de la redención mercedaria» (pág. 114) y comenta que la perspectiva trinitaria, rasgo característico de los redentores de la Orden de la Trinidad, es también «elemento clave de la teología mercedaria» (pág. 116). La perspectiva trinitaria es, pues, nueva y antigua.

(3) Dice Juan Pablo II: «Será, por tanto, oportuno, especialmente en este año —el dedicado a Dios Padre— resaltar la virtud teologal de la caridad, recordando la sintética y plena afirmación de la primera Carta de Juan: “Dios es Amor”» (4, 8. 16). «La caridad —sigue diciendo el Papa—,

tesis es el amor (3). Quien ama se encuentra con el Amor de Dios que es comunión: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El misterio de Dios se reveló plenamente en Jesús de Nazaret y en las acciones del Espíritu Santo en la Iglesia de Jesucristo. La concepción trinitaria de Dios nos ofrece una experiencia global del misterio divino: trascendencia, inmanencia y transparencia.

La trascendencia es la experiencia de Dios origen sin ser originado; de Dios principio sin principio; de Dios fuente de la que todo emana; del Dios Amor que todo lo explica y nada lo explica. La inmanencia constituye el espacio de la revelación humana. El Hijo es por excelencia la revelación del Padre; en su encarnación asume la condición humana, con sus miserias y grandezas. Él quiere una comunidad fraterna —horizontal—, que reconozca sus raíces filiales —vertical—. Mediante la transparencia se une el mundo divino y humano. El Espíritu Santo es el que nos hace experimentar el amor de Dios, el que transfigura todo.

La contemplación del misterio trinitario lleva a la admiración de la riqueza de la unidad en Dios. Tres significa que en el único Dios hay diferencias. Las diferencias no se oponen sino que, al ponerse en común, unen. La unidad significa, por tanto, comunión. Es la comunión de las tres personas divinas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que confiesa la fe católica.

El encuentro con el misterio divino de la Trinidad globaliza también todas las dimensiones de la existencia humana. La experiencia teológico-antropológica del encuentro con Dios, uno y trino, marca y se refleja en los pensamientos, sentimientos

en su doble faceta de amor a Dios y a los hermanos, es la síntesis de la vida moral del creyente. Ella tiene en Dios su fuente y su meta» (*Tertio millennio adveniente*, 50).

tos y acciones de todo hombre. La Trinidad deviene principio unificador de las tensiones de la existencia humana. Cada persona humana surge como imagen y semejanza de la Trinidad.

En el primer capítulo del documento de reflexión sobre la identidad de Cáritas se expresa de manera explícita que «la razón última de la existencia de Cáritas es ser expresión del amor preferencial de Dios por los pobres». Esta afirmación teológica remite necesariamente a la Trinidad, ya que posteriormente se va a explicitar en los tres capítulos: La escucha de los pobres, el Padre; la buena noticia para los pobres, el Hijo, y el aliento para la misión, el Espíritu Santo.

El objetivo de este comentario es comprender la Trinidad como misterio salvífico. La Trinidad tiene que ver con cada persona y con toda la sociedad; con su quehacer cotidiano y con su amor; con sus alegrías y sufrimientos; con las esperanzas y tragedias del mundo; con las luchas por denunciar las injusticias sociales y por construir una convivencia más humana y fraternal.

Es, pues, necesario que los pobres y excluidos vean que sus luchas por la justicia son también las luchas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo por el cumplimiento del Reino prometido. Desde esta perspectiva unos tendrán más motivaciones para resistir; otros para luchar; cada uno en su marco histórico. La Trinidad en cuanto evangelio lo es especialmente para los pobres y excluidos.

1.2. Predilección de Dios por los pobres en las tradiciones bíblicas, Antiguo y NT

Vamos a analizar cómo se explicita la Trinidad en la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta las distintas tradiciones bíblicas.

Dios revela su predilección por los pobres en la medida en que se revela a sí mismo. Lo revela inicial y progresivamente a Israel, haciendo de su historia la historia de las intervenciones de Dios que salva a los pobres y libera a los oprimidos; lo manifiesta de manera plena en su Hijo Jesucristo, evangelizador y evangelio de los pobres, y lo expande por el Espíritu en la Iglesia a lo largo de su historia haciendo de ésta una historia de amor por los pobres y contra las múltiples formas de pobreza. Por el Espíritu que lleva a realizar la verdad en el amor (Ef 4, 15).

1.2.1. ***El amor de Dios en las tradiciones veterotestamentarias***

La idea del amor de Dios aparece en el Antiguo Testamento al final de un largo proceso de educación divina. En el largo camino del reconocimiento recíproco entre Dios y su pueblo no siempre ha estado explícita, ni en primer plano, la idea del amor. Han prevalecido las ideas de elección, alianza, soberanía, justicia y, sobre todo, de designio divino, y con éstas, las de obediencia, respeto y justicia con el prójimo. La expresión del amor de Dios a los hombres aparecerá en el círculo próximo Oseas, Deuteronomio, Jeremías o Ezequiel. Sus autores descubren los motivos fundamentales que han impulsado la historia de Dios con su pueblo. En el comienzo estaba Dios eligiendo por amor a un pueblo.

La historia de Israel es la historia de un pueblo en lucha constante: por su liberación y al mismo tiempo la historia de Dios que camina con su pueblo. Es una misma historia a la vez de liberación y de salvación. El Dios de Israel acompaña a su pueblo: ha visto su opresión, ha oído sus gritos, ha bajado a liberarle: «Dijo Yahveh: bien vista tengo la aflicción de mi pueblo

en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra buena y espaciosa: a una tierra que mana leche y miel» (Ex. 3, 7 ss). En el desierto Dios anima la esperanza de Israel con la promesa de una tierra fecunda para todo su pueblo. La aspiración de la Humanidad a la libertad y plenitud humanas, hecha clamor en Israel, es simultáneamente proyecto y promesa de Dios.

El Señor de la historia es también el Dios de la creación. Dios ha creado todos los bienes de la tierra al servicio del hombre (Gen 1, 28) —de todos (4)— y al hombre para que cuide y se sirva de todo.

Dios bendice al justo con toda clase bienes: hijos, salud, riquezas... Parte de la justicia del justo y exigencia de su fidelidad a Dios es proteger a los pobres y respetar sus derechos (5). Protección y derechos que llegan a ser protegidos. De ahí las asombrosas prescripciones del año jubilar (Lv 19, 10; Dt 14, 28-16, 18; 24, 12-15) (6), así como la prohibición del préstamo a interés y retención de la prenda; la obligación del diezmo y del pago cotidiano al jornalero; el derecho de rebusca después de la vendimia y la siega.

Dios acompaña a su pueblo y, cuando se desvía, suscita en él profetas que le orienten en su camino y le lleven al cumplimiento de sus aspiraciones y promesas.

(4) «Dios ha destinado la tierra y todo cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la guía de la justicia y el acompañamiento de la caridad» (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 69).

(5) Nunca dejaré de haber pobres en la tierra; por eso yo te mando: «Abre la mano a tu hermano, al pobre, al indigente de tu tierra» (Dt. 15, 11).

(6) Cf. TMA, 12. Juan Pablo II subraya los presupuestos teológicos de estas prescripciones jurídicas.

Para los profetas, la riqueza pasa de ser un don de Dios a una tentación para serle infiel hasta olvidarse de aquel de quien proceden y causa de injusticia contra el hombre, si no antes beneficio de injusticia.

Algunos profetas dan a conocer y denuncian concretas injusticias:

- La explotación del hombre por el hombre: «Así dice Yahveh: *¡Por tres crímenes de Judá y por cuatro, seré inflexible! Porque venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; pisan contra el polvo de la tierra la cabeza de los débiles, y el camino de los humildes tuercen*» (Am 2, 6-7; cf. también Am 4, 1-3; 8, 4-6). Denuncian especialmente las injusticias contra los más débiles: viudas y huérfanos: «*Tus jefes revoltosos y aliados con bandidos. Cada cual ama el soborno y va tras los regalos. Al huérfano no hacen justicia, y el pleito de la viuda no llega hasta ellos*» (Is 1, 23; cf. 10, 1-2; Jr 5, 28; 7, 6; 22, 3; Za 7, 17).
- El fraude en el comercio: «*Canaán tiene en sus manos balanzas tramposas, es amigo de explotan*» (Os 12, 8; cf. Am 8, 5-6) Y en las relaciones laborales (Jr 34, 8-22).
- La especulación rústica e inmobiliaria: «*Codician campos y los roban, casas, y las usurpan; hacen violencia al hombre y a su casa, al individuo y a su heredad*» (Mi 2, 2; cf. Is 5, 8).
- La prevaricación de la justicia: «*¡Ay de los que decretan decretos inicuos, y los escribientes que escriben vejaciones, excluyendo del juicio a los débiles, atropellando el derecho de los míseros de mi pueblo, haciendo de las viudas su botín y despojando a los huérfanos!*» (Is 10, 1-2; cf. Am 5, 7; Jr 22, 13-17).

Las denuncias proféticas tal vez más provocativas son las que ponen de manifiesto la pretensión —por ignorancia o cinismo, siempre interesada— de separar el culto a Dios de la práctica de la justicia; de reducir la fe a prácticas culturales, separadas y en contradicción con los comportamientos de la vida social. También estas denuncias las escucharán los contemporáneos de labios de Jesús: «*No todo el que me diga: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial*» (Mt 7, 21s; cf. Lc 6, 24-26; Jn 5, 42) y de los Apóstoles (St 2, 1-9; 1 Jn 3, 7-17).

Prácticas de culto sin la práctica de la justicia social han podido justificar la promoción de una cultura de la solidaridad al margen de Dios, del Evangelio de Jesucristo y del verdadero culto en espíritu y en verdad.

Al denunciar a los ricos y defender a los pobres, los profetas, en nombre de Dios, toman partido por los pobres, revelan el amor preferencial de Dios por los pobres, por el hecho de serlo: «*¡Adamad, cielos, y exulta, tierra! Prorrumpen los montes en gritos de alegría, pues Yahveh ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido*» (Is 49.13; cf., también, Is 66, 2); y profetizan que el Mesías les anunciará el Evangelio (Is 61, 1; 11, 4; Lc 4, 18).

La literatura sapiencial de Israel es manifestación de sabiduría humana corregida y elevada por la inspiración divina. Los libros sapienciales constatan los conflictos entre ricos y pobres (Sab 2, 10) y, reflexionando sobre esta realidad, ponen en crisis la convicción, generalmente aceptada por el pueblo de Israel, de que la riqueza sea signo de bendición de Dios y la pobreza de maldición. Recuérdese el caso de Job y Tobías.

La predilección por los pobres no es sólo una exigencia de fidelidad social al mandato de Dios que es el primero en de-

fender su causa (Pr 22, 22-23), sino que la ofensa al pobre es ofensa a Dios mismo (Pr 17, 5). Y, al contrario, quien presta al pobre presta a Dios (Pr 19, 17). Una y otra reflexión llegan a su plena revelación en el mensaje y vida de Jesús: proclama bienaventurados a los pobres porque son los predilectos de Dios (Mt 5, 3-12) identificándose con ellos (Mt 25, 31-46). Por ser verdad es creíble.

1.2.2. *Manifestación del amor de Dios por los pobres en Jesucristo*

Todas las afirmaciones del Nuevo Testamento sobre el amor de Dios en Cristo están hechas a partir de la muerte de Cristo, de la resurrección y de la experiencia del Espíritu Santo. Están hechas desde un final, que se convierte en hermenéutica de todos los episodios anteriores. Desde el sepulcro vacío de Jerusalén se entiende la cuna, el pesebre, de Belén.

La primera intervención pública de Jesús en la sinagoga de Nazaret, según el evangelista Lucas, es cumplimiento de las profecías e inicio de su misión. Jesús se reconoce y se da a conocer como ungido por el Espíritu y enviado a evangelizar a los pobres: a proclamar su liberación y a liberarles: «*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor*» (Is 61, 1-2). Enrolló el volumen, lo devolvió al sacristán y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en Él. Y Él empezó a hablarles: Hoy, en vuestra presencia se ha cumplido este pasaje (Lc 4, 18-19). En este discurso que tiene un carácter programático los pobres son los destinatarios de su misión.

Descriptivo es Jesús en la respuesta a Juan el Bautista e insistente en indicar quiénes son los primeros beneficiarios. Más aún, le comunica que se ha cumplido lo que anunciara Isaías: *«Id y contadle a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia»* (Lc 7, 22).

Tras las primeras manifestaciones de rechazo en los inicios de su misión Jesús declara dichosos a quienes no se escandalicen de que anuncie a los pobres el Evangelio y de que éste sea buena noticia para ellos: *«¡Dichoso el que no se escandalice de mí!»* (Lc 7, 23)

El escándalo del Evangelio, hoy como en tiempos de Jesús, es que pueda entenderse de otra manera que no sea buena noticia para los pobres.

La predicación de Jesús se hace frecuentemente advertencia y denuncia para los instalados social y religiosamente, pero buena noticia, para los pobres: En primer lugar, para éstos, buena noticia y bendición (Lc 6, 20-23); después, para aquéllos, hasta la maldición (Lc 6. 24-26). Otras veces es a la vez crítica para unos y reconocimiento para otros. Así, por ejemplo, en las parábolas del padre misericordioso (Lc 15, 11-32); del buen samaritano (Lc 10, 29-37); del rico del mendigo Lázaro (Lc 16, 19-31), y muy especialmente del banquete de bodas: todos son invitados según Mateo (22, 1-13); explícitamente, según Lucas, *«los pobres, los tullidos, los ciegos y los cojos»* (14, 15-25); también en su observación y reflexión sobre los donativos de los ricos y de la pobre viuda (Lc 21, 11-4).

Jesús no sólo anuncia el Evangelio a los pobres, también a los excluidos, mujeres y niños entre ellos, por los que siente

compasión y ternura y a los que enseña con paciencia porque «*andaban como ovejas sin pastor*» (Mt 9, 36; 14, 14; Mc 6, 34).

También sus obras y milagros son signo de la predilección de Dios por los pobres y excluidos: los leprosos, los ciegos, los tullidos, las viudas... se acercan a Jesús y éste cumple sus deseos.

Expresión privilegiada del amor de Jesús a los pobres son los relatos de la multiplicación de panes y de sus comidas con los marginados: Jesús ya no sólo proclama y explica el Evangelio a los pobres, mujeres, publicanos, pecadores..., sino que se sienta a la mesa con ellos y se hospeda en sus casas (Lc 5, 30; 10, 38-42; 15, 1-2; 19, 7; Jn 12, 1ss).

Si el amor preferencial por los pobres es clave de la misión de Jesús que inspira sus palabras y sus acciones, la disposición a desprenderse y el desprendimiento de las riquezas es condición para ser aceptado y participar de la vida y misión de Jesús. A los doce primeros (Lc 9, 3) y a los setenta y dos después (Lc 10, 1ss) les envía literalmente sin nada para el camino. La pobreza es criterio de discernimiento sobre la auténtica disponibilidad a seguir a Jesús y a vivir como Él. A uno que pretende seguirle le advierte «*las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero este Hombre no tiene donde reclinar la cabeza*» (Mt 8, 20). Venderlo todo y darlo a los pobres (Lc 18, 23) es lo que falta a uno —y a muchos— para vivir más plenamente según la voluntad de Dios. Es, además, condición para seguir a Jesús.

La exigencia de renuncia lleva una promesa con anticipo: «*Os lo aseguro: No hay ninguno que haya dejado casa, o mujer o hermanos, o padres o hijos por el reinado de Dios que no reciba en este tiempo mucho más y en la edad futura vida eterna*» (Lc 18, 29-30; cf. Mt 19, 27-30).

En cualquier caso la mayor satisfacción del que participa de la vida y misión de Jesús no es otra que experimentar la alegría de que el Evangelio ha sido comunicado a los sencillos: «*En aquel momento con la alegría del Espíritu Santo exclamó: Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque si has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla*» (Lc 10, 21; cf. Mt 11, 25-26). El gozo de los pobres es el gozo del primer evangelizador, Jesús, y de todo evangelizador.

Jesús evangelizador es también el Evangelio de los pobres. Ungido por el espíritu para anunciar el Evangelio a los pobres ama hasta el extremo y se entrega libremente a la cruz, glorificado por el Padre es la buena noticia para los pobres. La Encarnación de Dios es buena noticia para María porque la obra realizada por Dios en ella es el principio del cumplimiento de las grandes esperanzas de Israel (Lc 1, 46ss). El nacimiento de Jesús en un establo es motivo de gozo para los pobres pastores de Belén y para todo el pueblo de Belén (Lc 2, 10-12). «*El que fue contado entre malhechores*» (Lc 22, 37) es motivo de esperanza para los crucificados. Jesucristo resucitado es motivo de alegría para todos los que vieron vivo al crucificado (Jn 20, 20; Lc 24, 41) y lo será para todos los que crean en Él sin haberle visto (Jn 20, 29).

El Hijo amado de Dios todopoderoso, creador de todo cuanto existe, Señor de la historia, para quien al nacer «*no hubo lugar en la posada*» (Lc 2, 7) y que fue ejecutado «*fuera de la ciudad*» (Hb 13, 12; cf. Mc 12, 8) es, con su vida, en su humildad y pobreza desde la Encarnación hasta la Cruz, en sus palabras y obras, Evangelio del amor de Dios a los pobres y excluidos (cf. Flp 2, 1-11) que nada ni nadie podrá quitarles (cf. Rom 8, 31-39).

1.2.3. *Expansión del amor del Padre y del Hijo por el Espíritu en la Iglesia*

El Espíritu que ungió a Jesús para enviarlo a anunciar el Evangelio a los pobres conduce a los discípulos de Jesús hasta la verdad plena (Jn 14, 26) de la encarnación y de la cruz: escándalo para los judíos, necedad para los griegos (cf. 1 Cor 1, 21-25). Es ese mismo Espíritu quien da sabiduría y fortaleza a los apóstoles para anunciar íntegro y a todos los pueblos la salvación de Dios en el nombre de Jesús; quien hace a la Iglesia y a cada uno de sus miembros testigos del Evangelio (cf. Lc 24, 46-49); quien hace de muchos un solo cuerpo en comunión de amor; de quien procede la diversidad de carismas y que contribuyan todos al bien común; quien suscita en todos el carisma que tiene la primacía sobre los demás y que está en todos y cada uno, la caridad (1 Cor 13), sin la que ni la Iglesia ni sus miembros seríamos nada (1 Cor 12); quien ha suscitado tantos testigos del amor a los pobres y de pobreza evangélica que jalonan la historia de la Iglesia; el mismo Espíritu que ha empujado a muchos a servir, sin saberlo (Mt 25, 37-40), a Cristo en los pobres.

El mismo Espíritu por el que confesamos que Jesús es el Señor y le reconocemos como la buena noticia para los pobres es el que suscita en la Iglesia el carisma de la caridad, fundamento del correspondiente ministerio de servicio a los pobres y expresión del amor preferencial de Dios por ellos.

2. REVELACIÓN DE LA TRINIDAD EN EL MUNDO DE LOS POBRES

Después de la lectura bíblica que nos ha permitido recordar la revelación progresiva de la autocomunicación de Dios y

de su predilección por los pobres, en su devenir histórico (7), ahora vamos a fijar la mirada de algunas instantáneas donde se revela Dios que actúa trinitariamente en favor de los pobres. Amor de Dios, trino y uno, que puede ser calificado sistemáticamente como amor encarnado del Padre, amor entregado del Hijo y amor derramado con el Espíritu Santo. Amor que no sólo califica la relación de Dios con la Humanidad y la creación entera, sino que define el misterio íntimo de Dios (8), su esencia: que «Dios es Amor».

2.1. Trilogía del amor de Dios: Trinidad por los pobres

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo aparecen en el Nuevo Testamento relacionados siempre mutuamente e implicados recíprocamente. El Padre envía el Hijo al mundo. El Hijo se siente una sola cosa con el Padre. El Espíritu Santo es también enviado al mundo por el Padre a petición del Hijo. Todo en la Trinidad es trinitario, participado por cada una de las personas divinas. Pero hay acciones de Dios por las que se manifiesta la propiedad de cada persona divina.

(7) Juan Pablo II ha dedicado tres de sus encíclicas a cada una de las personas de la Trinidad: *Redemptor hominis* (1979), *Dives in misericordia* (1980), *Dominum et vivificantem* (1986). El plan propuesto por Juan Pablo II en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (1994) responde a una inspiración trinitaria: en cuanto a los tiempos —antepreparatorio, preparatorio y celebrativo; en cuanto a su contenido— personas divinas, sacramentos y virtudes teologales. Año 1997: Jesucristo —bautismo—, fe. Año 1998: Espíritu Santo —confirmación—, esperanza. Año 1999: Dios Padre —penitencia—, caridad. La preparación mira a la fase celebrativa, cuyo objetivo será «*la glorificación de la Trinidad, de la que todo procede y a la que todo se dirige, en el mundo y en la historia*» (TMA 55).

(8) En la expresión agustiniana: amante, amado y amor.

Aunque la acción propia del Padre es la creación, al revelarse al Hijo en el Espíritu, el Padre proyecta todo lo creable, expresión de sí, del Hijo y del Espíritu Santo. La acción propia del Hijo es la Encarnación, por la que asume, desde Dios, toda la creación y la naturaleza humana. La acción propia del Espíritu Santo es la pneumatización, por la que nuestra vida se introduce en la esfera de la vida trinitaria.

De la comunión trinitaria se derivan los impulsos de liberación en cada persona y en la sociedad, en la Iglesia y en los pobres. Los pobres rechazarán su empobrecimiento como pecado contra la comunión trinitaria. La interrelación de los divinos diferentes y la comunión trinitaria es fuente y modelo de la comunidad humana que, sobre la igual dignidad de sus miembros, respetando sus diferencias, se va construyendo con la colaboración de todos (9).

2.1.1. Amor del Padre, encarnado: relato de la anunciación

Dios anuncia por medio del ángel, según Mateo a José, según Lucas a María, que ésta concebirá por obra del Espíritu Santo y dará luz un Hijo a quien pondrá por nombre Jesús, Dios salvador. La encarnación del Hijo cumple más que los deseos de la Humanidad sedienta de salvación la promesa de Dios, que ha oído el clamor de su pueblo, ha visto sus sufrimientos y ha decidido bajar a salvarle. Se despoja de su categoría de Dios (Flp 2, 6), se abaja para elevar (Flp 2, 9), se empobrece para enriquecer (2 Cor 8, 9).

(9) «Según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor» (Ef 4, 16).

El nacimiento del niño Dios es anunciado por los ángeles a los pastores de Belén como la gran alegría. Les servirá de señal *«un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre»* (Lc 2, 12). El encuentro con el niño será, para Simeón —a quien *«le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor»* (Lc 2, 16)— el cumplimiento de las promesas hechas a Israel. Para Ana será también motivo de acción de gracias a Dios y el cumplimiento de las esperanzas de Jerusalén.

El nacimiento de Jesucristo en un portal, porque no le dejaron sitio en la posada, la matanza de los inocentes y la huida a Egipto..., explican el misterio de la encarnación: la solidaridad de Dios con la condición humana.

María escucha el anuncio de la concepción y cuanto dicen del recién nacido la gente humilde y sencilla como buena noticia para los pobres y humildes; secunda la acción de Dios que se fija en su sierva sirviendo a su prima necesitada de ayuda, y bendice a Dios cuya misericordia es esperanza para los pobres. Palabra, vida y oración proyectan la salvación prometida por Dios a los humildes y hambrientos de la tierra.

2.1.2. *Amor del Hijo, entregado: relatos del bautismo y de la transfiguración*

La revelación de Jesús como salvación de Dios se revela a Jesús y a Juan en el relato del bautismo de Jesús por Juan en el Jordán; a Jesús y a los apóstoles predilectos —Pedro, Santiago y Juan— en el relato de la transfiguración en el monte Tabor. En ambos relatos aparece la Trinidad: Jesús el Hijo amado, la voz del Padre y el Espíritu en forma de paloma o de nube. El con-

tenido esencial de la revelación es la paternidad de Dios. De ahí parte la diferencia entre el mensaje de Juan y el de Jesús, y la diferencia también entre la disposición de Jesús y la de los apóstoles frente a la muerte. Juan cree que Dios es juez y amenaza en nombre de Dios con el castigo para que se conviertan y se bauticen. Jesús, desde la intimidad y confianza singular con el Padre —Abbá, papá— y, animado por el Espíritu, anuncia el Reino de Dios, buena noticia para los pobres, los enfermos, los pecadores. Los signos que han de servir a Juan para reconocer que él es el salvador son la expresión de la gracia y misericordia de Dios Padre: *«los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia»* (Mt 11, 5).

La confianza e intimidad con el Padre experimentada por Jesucristo y comunicada a los apóstoles en el Tabor es la clave para comprender su disposición a llegar, en el servicio a los pobres y excluidos, a los pecadores y condenados por la ley, hasta la entrega de su vida. Será condenado no sólo por lo que hace, transgredir la ley del sábado, sino por justificarlos: por hacerse igual a Dios, llamando a Dios Padre suyo. El amor del Padre convierte el amor a los pobres y pecadores en la exigencia suprema. La experiencia del amor del Padre hace posible entregarse a los pobres y pecadores por amor y cargar con la cruz. Sólo el misterio de la intimidad del Hijo con el Padre explica la capacidad del Hijo amado para asumir el drama humano amando hasta el extremo, sin dejar de ser misterio, el drama entre el Padre y el Hijo, según aparece en los relatos de Getsemaní y del Calvario, que sólo se esclarece a los apóstoles por el Amor que será derramado con el Espíritu Santo enviado desde el Padre por Cristo resucitado. Toda la vida de Jesús es un caminar hacia el Padre del que procede.

2.1.3. *El amor del Padre y del Hijo derramado por el Espíritu Santo*

Las acciones de Jesús y sus actos salvíficos revelan al Espíritu Santo. La encarnación del Hijo es presentada como obra del Espíritu Santo (Lc 1, 35; Mt 1, 20). Jesús está lleno del Espíritu Santo, desde el principio. Sobre él baja con ocasión de su bautismo por Juan el Bautista (Mc 1, 9 y para). Sintiendo ungido por el Espíritu Santo lanza su programa mesiánico (Lc 4, 18-19). Es el Espíritu el que lo empuja al desierto (Mc 1, 12), de donde regresa «en la fuerza del espíritu a Galilea» (Lc 4, 14). El Espíritu constituye aquella fuerza (*dinamis*) y autoridad (*exousia*) con que realiza signos y gestos salvíficos (Mc 3, 20). Explícitamente afirma: «Si expulsó demonios por el Espíritu de Dios, es señal que ha llegado a vosotros el Reino de Dios» (Mt 12, 28).

Esta fuerza que es el Espíritu habita en Jesús y brota de él, y que al mismo tiempo es diferente de Jesús, significa lo que la comunidad apostólica llamará la presencia del Espíritu Santo. Esta presencia es manifiesta en la resurrección. Allí Jesús se ve transfigurado por la fuerza del Espíritu, es decir, inaugura una nueva forma de existencia, una nueva realidad que implica la plenitud de la vida divina

En la reflexión teológica de San Pablo y San Juan, a través de fórmulas muy variadas, el Espíritu Santo es el que nos conduce al descubrimiento de Jesús como Hijo de Dios y nos permite llamar *Abbá* al Padre.

En los testimonios del Nuevo Testamento se reconoce al Espíritu Santo como un alguien divino que actúa personalmente, anima, consuela, intercede por nosotros, nos comunica el espíritu de oración, el sentido de ser Hijos de Dios, la expe-

riencia de Dios como Padre y los muchos carismas y servicios en la comunidad con vistas al bien común (Rom 8, 9-11, 25, 27; Ga 4, 6; 1 Cor 12, 8.11, etc.). El Espíritu se encuentra siempre junto al Padre y el Hijo; e, históricamente, mediante la permanente repetición del mensaje de Jesús y en virtud de la apertura al Padre, nos introduce en la comunión trinitaria.

En conclusión podemos afirmar que Jesús revela un Dios-Padre en la medida en que este Dios-Padre instauro un reino, muestra su misericordia y devuelve la libertad a los hombres. Jesús mismo se revela como Hijo en la medida en que inaugura, en nombre y lugar de Dios Padre, el reino en la historia, que es libertad, comunión con los marginados y excluidos. En esta praxis de Jesús se muestra la acción salvífica del Espíritu Santo. Por eso la Trinidad hay que comprenderla en este contexto salvífico. Es una realidad de comunión que nos salva. Por eso la Trinidad es un misterio salvífico, revelado para nuestra salvación.

2.2. En una palabra: «Dios es Amor»

Reconocer que Dios es Amor y vivir el amor en plenitud es el fin de la misión confiada por el Padre al Hijo y realizada por la acción del Espíritu en la Iglesia. Es el objetivo último de la fe. El fin de toda acción evangelizadora, la meta para el que ha de ser evangelizado y también para el evangelizador, es el principio y punto de partida del evangelizador: El Padre ha manifestado su amor enviando a su Hijo único al mundo. El Hijo manifiesta el amor del Padre en todo cuanto dice y hace y lo manifiesta hasta el extremo: entregando su vida. Por eso lo ama el Padre. Toda la vida del Hijo, y con él la del cristiano, es un caminar desde el Padre, por el mundo, hacia el Padre.

Para el evangelista Juan toda la vida y obra de Jesús se encierra en un dinamismo trinitario (10). Unas veces contempla el final del camino, hacia el Padre: «*Sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre*» (Jn 13, 1), dice a los discípulos en la Última Cena. Y a María Magdalena en su aparición: «*No me toques, que todavía no he subido al Padre. Pero ve donde mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*» (Jn 20, 17). Otras veces sitúa toda su existencia y así lo expresa entre el origen y la meta: «*Sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía*» (Jn 13, 3). Y también de una forma sintética: «*Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre*» (Jn 16, 28).

Con sus obras y palabras, con sus discursos y en su oración, el Hijo revela su íntima comunión con el Padre. Porque él está en el Padre y el Padre en él (Jn 14, 10). Y, por eso, quien le ve a él ve también al Padre (Jn 14, 9). Es más, el Padre y él son una misma cosa (Jn 10, 30; 17, 21). Las obras que realiza dan testimonio de que el Padre está en él y él en el Padre (Jn 14, 11-12). Quien esto cree hará obras mayores, por la acción del Paráclito (Jn 14, 12), participando también ellos de la comunión de vida y de amor del Padre y del Hijo (Jn 14, 20-21).

(10) También San Pablo nos ha dejado una descripción clara del dinamismo trinitario de la vida de Cristo y del cristiano. El origen y el fin: «*Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva*» (Ga 4, 4-5). Y también el dinamismo del Espíritu del Hijo en los hijos adoptivos: «*La prueba de que sois hijos de Dios es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: "¡Abbá, Padre!". De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios*» (Ga 4, 6-7). Texto comentado por Juan Pablo II en su carta a los sacerdotes el Jueves Santo de 1999.

Las obras que realiza en comunión con el Padre, curar en sábado —como al ciego de nacimiento, entre otros—, perdonar a la que, según la ley, debía ser condenada —como la mujer adúltera—, atribuyéndose competencias divinas, es poner el bien de la persona, la salud y el perdón por encima de la ley, es convertir el amor en ley de Dios, porque eso es lo que Dios quiere y hace en sábado.

Por sus obras y por sus palabras, por hacerse igual a Dios y llamar a Dios Padre será condenado el Hijo. Así el Hijo de Dios revela el amor de Dios Padre con su vida y con su muerte: amando hasta el extremo, entregando su vida en la cruz. Es entonces cuando el Espíritu, el agua y la sangre —el Espíritu que actúa por medio de los sacramentos de la Iglesia—, dan testimonio de que *Dios es Amor*.

Podemos reconocer el amor de Dios y podemos amarnos unos a otros y, así, permanecer en el amor de Dios, por el Espíritu, que también es don de Dios (Jn 14, 16; 1Jn 4, 13).

También en su primera carta Juan ha dejado concentrado el núcleo fundamental de su evangelio en clave trinitaria: Dios Padre manifiesta su amor enviando a su Hijo al mundo (Jn 4,9). El Hijo de Dios manifiesta el amor del Padre entregando su vida. El Espíritu, con el agua y la sangre derramada por Cristo en la cruz, da testimonio del amor del Padre y del Hijo (1Jn 5, 5-8) y nos hace capaces de amar a Dios y al hermano y de permanecer en comunión. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, cada uno a su modo, manifiestan el amor de Dios, que Dios es Amor, y nos llaman a vivir en comunión de amor. En última instancia, la misión del Hijo único como Salvador del mundo es mostrar el amor de Dios a los hombres. La posibilidad y la capacidad de amar al pobre y al excluido tiene su origen en Dios

Padre, que reconoce en el pobre y excluido a su propio Hijo. «*Todo —y podríamos añadir solo— el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios*» (1Jn 4, 7). Porque el amor procede de Dios y porque Dios es Amor.

3. DINAMISMO TRINITARIO EN LA CARIDAD

3.1. Misterio de la Trinidad y amor a los pobres en la Iglesia misterio, comunión y misión

Antes de hablar sobre el dinamismo trinitario en la caridad y en Cáritas parece oportuno referirnos a ese mismo dinamismo en la propia Iglesia a través de la cual se expresa la predilección de Dios por los pobres. Después de constatar esta perspectiva trinitaria subrayaremos tres indicaciones conciliares muy significativas.

Desde los apóstoles a nuestros días la Iglesia ha expresado su identidad y misión en el mundo con múltiples imágenes. En nuestro tiempo, tras la asimilación del Concilio Vaticano II (11), tres grandes palabras pueden globalmente concentrar la auto-comprensión de la Iglesia: misterio, comunión y misión. Y las tres hacen referencia explícita a la Trinidad. La Iglesia sólo se comprende a sí misma y da razón de su misión en el mundo desde el ser y la acción de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. En diversos documentos conciliares la Iglesia se define como expresión y despliegue del dinamismo trinitario en el mundo.

(11) Recuérdense las relaciones del Cardenal Daneels y la relación final del Sínodo extraordinario de 1985 a los 20 años del Concilio, así como la Exhortación postsinodal de Juan Pablo II *Christifideles laici* (1988), en que habla de la dignidad de los fieles laicos en la Iglesia-misterio, de su participación de la Iglesia-Comunión y de su corresponsabilidad en la Iglesia-Misión.

1.^a El misterio trinitario es la perspectiva explícita y permanente en todos los documentos del Concilio Vaticano II y, en concreto, sobre la Iglesia —*Lumen Gentium*— y su misión en el mundo —*Gaudium et Spes*—. También en el Catecismo de la Iglesia Católica es clara la forma trinitaria en todas sus partes: la profesión de fe, la vida moral, los sacramentos y la oración. Parece obvio. ¿Por qué no también —más presente al menos— en la comprensión y experiencia del amor a los pobres y del ministerio de la caridad en Cáritas?

2.^a Por otra parte, el Concilio reconoce en la interdependencia y unificación creciente del mundo un signo de nuestro tiempo: el reflejo de la unidad de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, origen y meta de la unidad de la gran familia humana.

3.^a Por último, el misterio revelado por la Iglesia y que se despliega en los signos de nuestro tiempo hacen referencia a la causa de los pobres. La Iglesia familia de Dios reunida en Cristo y guiada por el Espíritu hacia el Reino del Padre se siente solidaria de la gran familia humana y de su historia haciendo suyos el gozo y la esperanza, el dolor y la angustia de todos, especialmente de los pobres y de los que sufren (12). La sociedad y la Iglesia se enfrentan hoy al desafío de convertir la interdependencia y unificación actual en una globalización en la solidaridad (13). Tal globalización confiere al evangelio del amor de Dios y al mandamiento del amor a Dios y al prójimo una importancia extraordinaria (14) en orden a contribuir a extender la solidaridad humana y la caridad cristiana a todos

(12) *Gaudium et Spes*, 1.

(13) Cf. Juan Pablo II: Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1999.

(14) *Gaudium et Spes*, 24.

los necesitados y a todas las necesidades (15) y a lograr, en definitiva, la fraternidad universal (16).

La Iglesia, en cuanto pueblo adquirido por Dios, «*Pero vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz*» (1 Pe 2, 9), está llamada a hacer visible su especial relación con Dios Padre en el Hijo. Esta elección se concreta en Cristo Jesús, el Hijo (1 Cor 1, 2). Ahora bien, esta unidad en la diversidad se realiza una vez más por el Espíritu Santo, «*según el previo conocimiento de Dios Padre, con la acción del Espíritu Santo, para obedecer a Jesucristo y ser rociados con su sangre*» (1 Pe 1, 2). En una óptica complementaria la *Gaudium et Spes*, 24, afirma: «Más aún, el Señor Jesús, cuando pide al Padre que todos sean uno..., como nosotros también somos uno (Jn 17, 21-22), ofrece perspectivas inaccesibles a la razón humana, sugiere cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y el amor».

Pero, también su responsabilidad en el mundo, como continuadora de la obra salvífica del Hijo, «*eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, pueblo y nación*» (Ap 5, 9). La Iglesia necesariamente vive y refleja el misterio de la Trinidad. La identidad eclesial es trinitaria y desde ella marca todas las instituciones. En consecuencia continúa la acción salvífica iniciada por Jesucristo el Hijo, gracias a la acción del Espíritu. La Iglesia, en esta perspectiva, autocomprende su misión como prolongación de la obra salvadora de Jesucristo, que resume la *Lumen Gen-*

(15) *Apostolicam actuositatem*, 8.

(16) *Gaudium et Spes*, 3.

tium, 8: «Cristo fue enviado por el Padre a anunciar la Buena Nueva a los pobres..., a sanar a los de corazón destrozado (Lc 4, 18), a buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 9, 10). También la Iglesia abraza con amor a todos los que sufren bajo el peso de la debilidad humana; más aún, descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador pobre y sufriente, se preocupa de aliviar su miseria y busca servir a Cristo en ellos». Por eso el Concilio recuerda que: «Cristo hizo suyo este mandamiento del amor al prójimo y lo enriqueció con un nuevo sentido al hacerse una sola cosa con los hermanos en cuanto objeto de amor; pues dijo: Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis (Mt 25, 40)» (17). Queda clara la identificación trinitaria con los pobres y excluidos, desde Jesucristo el Hijo.

3.2. Relevancia del misterio trinitario para comprender y tratar de vivir el amor preferencial por los pobres

Apuntamos sólo algunas reflexiones convencidos de que la perspectiva trinitaria ha de permitirnos ampliar el horizonte de comprensión y avanzar en la entrega y calidad —vale decir también originalidad— del amor a los pobres y excluidos y así contribuir a su desarrollo integral y a su plena inserción social y participación en la vida comunitaria.

Sin duda, también en este como en tantos otros campos del pensamiento y de la vida, podemos llegar a semejantes conclusiones sin la perspectiva y el dinamismo trinitario. Pero esta «original» perspectiva —original por ser origen del dina-

(17) *Apostolicam actuositatem*, 8.

mismo social y por ser identificador en cuanto peculiar— nos ayudará a reconocer, corregir y llevar a plenitud el dinamismo trinitario inserto en los procesos sociales.

3.2.1. *La comprensión de la realidad de la pobreza y del proceso de liberación de los pobres a la luz del misterio de la Trinidad*

La realidad de la pobreza tiene una dimensión económica y social cuyos mecanismos es preciso analizar y denunciar para corregirlos. Nos muestra el mundo —entre los países y en el interior de cada país—, la miseria de muchos y el despilfarro de otros. Es preciso, además, reconocer la interdependencia entre el empobrecimiento de unos y el enriquecimiento de otros. Es preciso reconocer la concentración del poder en unos pocos, los que más tienen, y la exclusión además en la toma de decisiones de los que carecen o han sido desposeídos de lo necesario para llevar una vida digna.

La realidad de la pobreza económica y social tiene una dimensión ética. En un mundo que dispone de tantos recursos materiales y técnicos es moralmente inaceptable la pobreza y el sufrimiento de tantos seres humanos.

En este escenario económico y social la opción por los pobres es una exigencia ética: los pobres deben participar de los bienes de la creación y han de colaborar en su desarrollo y justa distribución. La mirada creyente de la pobreza no ahorra ni impide los análisis económicos y la reflexión ética. Los asume y, además, prolonga la reflexión ética sobre los derechos y deberes de los pobres y con los pobres.

En el plano económico la pobreza es carencia: de alimentos, salud, trabajo, vivienda, educación... En el plano social es, además, exclusión social. La pobreza no se reduce a falta de «tener» lo necesario y, por tanto, no disponer de bienes y servicios para llevar una vida digna. Es, además, falta de participación —derecho— y contribución —deber— al bien común.

La fe trinitaria confirma y prolonga esta perspectiva ética: no sólo reconoce la igualdad de derechos y el deber de solidaridad; no sólo denuncia también la idolatría del tener, del poder (18) y la autosuficiencia; sino hacia la fraternidad, plenitud de igualdad y solidaridad. En otros términos: la pobreza no es sólo del orden del tener y del participar; alcanza al ser. Ser supone ser querido por sí mismo y querer; ser uno mismo y ser en comunión. La mirada trinitaria de la realidad de la pobreza apunta a este horizonte de plenitud de comunión.

3.2.2. La «opción preferencial» de la Iglesia por los pobres, como proceso de conversión

La revelación del amor de Dios que se despliega trinitariamente se prolonga en la Historia por medio de la Iglesia.

La opción o amor preferencial de la Iglesia por los pobres, sacramento de la comunión de amor del Padre con el Hijo en el Espíritu, y de la vocación a la unidad de la gran familia humana, es, además de una exigencia ética y teológica, un don para los pobres.

(18) En la perspectiva del «análisis religioso» por el que califica de «estructuras de pecado» a las que son contrarias a la voluntad de Dios, garante del bien del prójimo, el Papa señala dos estructuras características: *el afán de ganancia en exclusiva y la sed de poder*. Juan Pablo II, *Sollicitudo Rei Socialis*, 37.

La progresiva revelación del amor de Dios a los pobres ha de significar para la Iglesia y para todos y cada uno de sus miembros un proceso semejante: un proceso de conversión a los pobres, personal y comunitaria: servir a los pobres, estar con los pobres, ser pobre. He escuchado el clamor de los pobres, he visto sus sufrimientos, he bajado a liberarles, estoy contigo, dice Dios a Moisés. Reconocer y dar a conocer las condiciones de vida de los pobres, acercarse y estar con los pobres y excluidos, y con ellos contribuir a ellos, colaborar con ellos y contribuir a su desarrollo integral son exigencias del amor a los pobres en tanto testimonio del amor de Dios que revela y despliega su amor a los pobres. El pobre y excluido con el que el Hijo de Dios, enviado por el Padre, se ha identificado con su encarnación y crucifixión, es el camino de la Iglesia hacia la casa del Padre, cuyo Hijo resucitado ha dispuesto una mesa para todos los hermanos reconciliados en el Amor:

El amor de la Iglesia a los pobres es más que una exigencia de fe. El amor en la Iglesia de los pobres es anticipo de la plena comunión de amor con el Padre, por Cristo en el Espíritu. El camino de conversión —via crucis— tiene su meta en la glorificación de la Trinidad. Como lo celebramos en la Eucaristía: Por Él, con Él y en Él, a ti, Dios Padre, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria.

3.2.3. *Reflejo de la Trinidad en la acción socio-caritativa*

La perspectiva trinitaria permite ver con claridad que el amor a los pobres y la lucha contra la pobreza no es cosa «opcional», de algunos. Es cosa de todos, sin excluir a los excluidos: de la sociedad (instituciones privadas, organismos públicos, par-

ticulares); de la comunidad eclesial (laicos y laicas, personas consagradas, ministerio pastoral, de grupos, comunidades e instituciones; con su diversidad y pluralidad de carismas, servicios y ministerios); y, cómo no, también de los pobres y excluidos. Cada uno con sus responsabilidades específicas, distintas y complementarias. La comunicación, colaboración y coordinación, conveniente y aun necesarias para una acción social eficaz, es especialmente importante y significativa desde la perspectiva trinitaria. Dios actúa siempre trinitariamente. La huella de la Trinidad en la acción social son luz para vivir el amor a los pobres y el ministerio de la caridad por parte de la Iglesia y de Cáritas.

La carta magna de la Caridad, la primera de San Pablo a los Corintios, nos ofrece un espléndido testimonio de unidad en la diversidad desde la prioridad de la caridad. Si el amor de Dios es de las tres Personas divinas, el amor a los pobres ha de ser vivido por todos los miembros de la Iglesia. El Evangelio de la caridad y el amor a los pobres no podrá ser anunciado sino polifónicamente.

3.3. Vivir en la Trinidad el amor a los pobres (19)

Convencidos de que la espiritualidad cristiana, por serlo la de Cristo, es trinitaria (20), no podemos terminar nuestra reflexión sobre el amor a los pobres a la luz del misterio trinitario sin alguna indicación sobre la espiritualidad y, en concreto,

(19) Con el enunciado de este epígrafe hemos querido evocar la obra de Mons. Alberto INIESTA, *Vivir en la Trinidad. Una semana de retiro espiritual*. Estella (Navarra), 1991.

(20) «El factor esencial global de la espiritualidad cristiana es que esta es trinitaria. La espiritualidad es una relación personal con Dios Padre, con

sobre los vínculos entre la experiencia de fe trinitaria y el amor a los pobres.

Podemos no saber de los vínculos entre la Trinidad y el amor a los pobres. Y podemos no vivir consciente y plenamente ni lo uno ni lo otro. Como puede no saberse de la existencia del Espíritu (cf. Hch, 19, 2) y no llevar una vida espiritual profunda. Pero si el misterio trinitario es el núcleo fundamental de la fe y el amor a los pobres síntesis de la vida moral cristiana, debemos examinarnos sobre si vivimos y cómo el amor y especialmente el amor a los pobres y, además, preguntarnos si vivimos el amor a los pobres en la Trinidad. Tanto si la fe en el misterio trinitario dinamiza nuestro amor a los pobres, como si el amor a los pobres nos permite tener una vivencia más intensa del misterio trinitario (21).

Vivir en la Trinidad y amar a los pobres es más que una devoción y una opción personales. Es un ejercicio de coherencia y de aproximación a la unidad entre fe y vida. Como la profesión de fe es trinitaria, la oración de la Iglesia y los sacramentos se han configurado trinitariamente, ¿no deberíamos también descubrir y dar forma trinitaria también a la vida moral y, en concreto, al modo de vivir el amor a los pobres? En este sentido bien podemos decir que la conversión personal y el don de Dios tiene como meta configurar toda la vida y vivir

Jesucristo y con el Espíritu Santo. Esto marca sus características más radicales». Segundo GALILEA, *El camino de la espiritualidad*. Bogotá, 1982, pág. 49.

(21) «De esta forma la opción por los pobres nos introduce en la vivencia del misterio trinitario, en la vida de Dios en la Historia: optando por los pobres, en virtud de la fuerza del Espíritu, vivimos como hijos (en el Hijo, es decir, en el seguimiento de Jesús) del Padre Dios». Julio LOIS, *Qué es la opción por los pobres*. Madrid, 1996.

en la Trinidad (22).

No hay santidad de vida sin una vida espiritual profunda. Hay testigos en la Iglesia que nos han dejado expresiones de una espiritualidad de inspiración trinitaria. Jesucristo es, también en esto, testigo y maestro. Lo dicho a propósito de la transfiguración y el bautismo son testimonios elocuentes de su vida trinitaria y amor a los pobres. Mateo (Mt 11, 25-27) y Lucas (Lc 10, 21-22) nos han dejado un testimonio emocionado de Jesús: cuando, con el gozo del Espíritu —según expresa Lucas—, da gracias al Padre que vea con buenos ojos cómo mientras estas cosas se les ocultan a los sabios se revelan a los sencillos. El gozo de Jesús es el gozo del Padre porque los pobres son evangelizados por las palabras y acciones de los apóstoles.

Por su parte el evangelista Juan nos ha dejado expresiones entrañables de Jesucristo, en estilo magisterial y de oración, de su existencia y vida trinitaria. Con la solemnidad de las palabras de despedida en la Última Cena (Jn 13,33-17,26), Jesús revela a los Doce (gracias a la ignorancia manifiesta de Tomás y de Felipe) su unión con el Padre en el Espíritu, unidad en el amor que va realizándose progresivamente en cuantos creen y a la que todos están llamados; unidad que se inicia en este mundo y que ha de alcanzar su plenitud en la casa del Padre. La revelación de la Trinidad y la realización de la comunión en el amor es el objetivo central y la meta última de las palabras y obras del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(22) Tal vez este nuevo enfoque obligue a repensar lo dicho sobre la espiritualidad en nuestros documentos a propósito de la caridad en la vida de la Iglesia: el de «La Iglesia y los pobres» y el de «Reflexión sobre la identidad de Cáritas», deudor de aquél. Sin duda la vida va por delante de la mayor parte de nuestros documentos. Como las convicciones y creencias colectivas no siempre van por detrás de las razones e ideas personales.

La Trinidad, misterio de fe, es también sabiduría y experiencia mística, en doctores de la Iglesia y santos. Son testigos de espiritualidad trinitaria San Buenaventura e Isabel de la Trinidad. Entre nosotros, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz. Y, más recientemente, Santa Joaquina Vedruna. Ha de ser experiencia de vida en los testigos del amor a los pobres.

La enseñanza y el testimonio de Jesucristo, prolongado en los maestros y testigos de la fe de la Iglesia, ha de ayudarnos a dar forma trinitaria a toda la vida y al amor a los pobres. También la profesión de fe y la oración de la Iglesia. También los sacramentos y, en especial, la Eucaristía, fuente y cumbre de la misión y vida de la Iglesia (23).

La revelación bíblica de la Trinidad, concentrada en la profesión de fe trinitaria que ha configurado la liturgia toda —el año litúrgico, los sacramentos y la oración—, ha de configurar trinitariamente el amor a los pobres, el ministerio de la caridad y el quehacer de Cáritas, expresión y cauce del amor preferencial de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo por los pobres y excluidos. Si la teología y la contemplación han podido confi-

(23) Comienza la Eucaristía con la invocación de la Trinidad. Toda la plegaria eucarística es trinitaria. Lo son muchos de sus elementos. Termina la celebración con la bendición de la Trinidad. Por eso comenzar en el nombre de la Trinidad una carta —como Pablo o Joaquina Vedruna—, una sesión de trabajo, cada jornada...; hacer un alto en el camino para dar gracias al Padre, como Cristo, con el gozo del Espíritu, porque los pobres son evangelizados..., y concluir el trabajo y la jornada con el «gloria» que anticipa los cielos nuevos y la nueva tierra, el banquete en el Reino de Dios, la comunión plena en la casa del Padre..., puede ser algunas de las formas de decir y avanzar en configuración trinitaria de la reflexión y de la acción, de la vida personal y comunitaria.

gurarse trinitariamente, ¿por qué no ha de poder ser el amor a los pobres y la acción socio-caritativa? Porque si debe ha de poderlo ser.

CONCLUSIÓN

Al final de este recorrido, la pretensión es que Cáritas pudiera ser signo eficaz del Amor Trinitario por los hombres. Es evidente que los hombres no pueden esperar que la realidad externa, bien sea la sociedad, la legislación o la ciencia, les den respondida la cuestión moral ni resuelta desde fuera su responsabilidad. Nunca los principios generales resolverán las situaciones particulares, ni las leyes universales suplirán los imperativos éticos. Nuestra responsabilidad e imperativo se centran en reconocer al Jesús que se identificó con los pobres, encarcelados, pequeños, humillados y desgraciados de este mundo. Por eso la Iglesia, a lo largo de la Historia, de múltiples formas ha expresado ese amor por los pobres, la atención a los enfermos, el cuidado de los abandonados. Por eso el Espíritu Santo ha suscitado en cada momento esos servicios especializados como carismas de la gracia individual al servicio de la comunidad pensados por Dios. En la comunión eclesial son realizables todos aquellos que Dios provee para la diversidad de misiones. En esta línea, Cáritas nace de la fecundidad de Dios Padre, se mira en el espejo de Cristo Jesús y se abre a la acción del Espíritu para reconocer en cada momento de su historia la mejor manera de responder a la voluntad de Dios.

ECLESIALIDAD DE CÁRITAS

FELIPE DUQUE

Director de la revista CORINTIOS XIII

Vicepresidente del Instituto Internacional de Teología a Distancia

INTRODUCCIÓN

La eclesialidad de Cáritas es hoy uno de los dos temas vivos de la reflexión teológica y pastoral sobre su identidad.

En nuestro tiempo se dan dos fenómenos que caracterizan el dinamismo de los movimientos sociales: la GLOBALIZACIÓN y el voluntariado social encuadrado comúnmente en las llamadas ONG.

La globalización, aunque se aplica especialmente en el campo económico, se extiende a todos los sectores de realidad social.

Es cierto que tiene valores positivos: tales como una mayor eficacia y competitividad, así como una más estrecha colaboración entre los hombres y pueblos a nivel mundial. Ahora bien, no se puede olvidar el motor que mueve de hecho estas fuerzas globalizadoras; no es otro que el máximo lucro, típico del neoliberalismo vigente (1). Gran parte de los recursos de ayuda humanitaria a nivel mundial provienen precisamente de instituciones u organismos que son fruto de una globalización,

(1) IRIARTE, Gregorio, O.M.I.: *Neoliberalismo, postmodernidad, globalización*, Cerpomi. Cochabamba (Bolivia), 1998.

ya sea política, económica o meramente humanitaria (léase la UNESCO, la CEE, Fundaciones de empresas internacionales).

¿Cuáles son los criterios a la hora de distribuir tales recursos? Sin duda alguna está subyacente uno que viene originado por la ideología institucionalizada de los Estados y sus intereses, las exigencias de que tales ayudas no pongan en juego el sistema.

Si esto es así, podemos plantearnos una pregunta fundamental: ¿En qué medida las organizaciones humanitarias en general son libres para llevar a cabo su labor de ayuda a un desarrollo auténticamente humano, si en gran medida dependen de ayudas y recursos provenientes de entidades movidas por intereses contrarios, o por lo menos extraños, a los fines de promoción integral del hombre y de los pueblos?

Aplicado a Cáritas, también podemos preguntarnos en la misma línea: ¿la ingente labor que viene realizando en todo el mundo está condicionada por los aspectos que emanan de la actual globalización mundial? Es evidente que estamos ante un conflicto de valores, cuya consecuencia puede ser que o nos acomodamos a la realidad (realismo práctico), o no podríamos llevar a cabo gran parte de los proyectos e iniciativas que se están realizando o se pueden realizar en el futuro. Lógicamente esto implica la renuncia a la vocación profética de Cáritas y la merma de su fuerza renovadora al servicio del Reino de Dios, del hombre y de la sociedad. Estamos ante un reto de identidad, planteado por el mundo en que vivimos (2). Es oportuna y necesaria la inclusión de la eclesialidad de Cáritas en un Documento como el que comentamos. Las ONGs

(2) JUAN PABLO II, SRS n. 37.

constituyen uno de los movimientos sociales más importantes del siglo xx. Sin duda, una cultura marcada por el individualismo, el consumismo y el repliegue de los hombres sobre sus intereses, una protesta contra el modelo de hombre y de sociedad que predomina en el ambiente y especialmente el despertar de energías solidarias del hombre y de la sociedad.

Sin embargo, no podemos por menos de reconocer que el mundo de las ONGs se ha convertido con frecuencia en una moda, y sobre todo en un bosque indefinido y opaco en el que la identidad de sus árboles se desdibujan y tal vez se diluye o desaparece. Queda la imagen global de un movimiento solidario y de ayuda humanitaria. Lo cual es cierto, pero conlleva con frecuencia un dinamismo que incluye bajo esa clave sin más todo tipo de ayuda humanitaria, perdiendo esta propia identidad.

Se comprende a este propósito la preocupación del Sínodo sobre Europa (octubre de 1999) acerca de la incidencia del fenómeno de las ONGs en la identidad de la acción caritativa y social.

«Después de afirmar —escribe el Cardenal Rouco Varela, relator del Sínodo— la tendencia hoy extendida hacia un pluralismo relativista, es decir, la renuncia, incluso teórica, a todo principio en aras de un acuerdo meramente pragmático», prosigue diciendo que «algo semejante se puede decir también de la disposición para el servicio de los diversos campos en los que la solidaridad humana y la caridad cristiana exigen la presencia de los discípulos de Cristo... Las organizaciones eclesiales de caridad y de promoción de la justicia entre los marginados de nuestras sociedades y entre los pueblos de Europa trabajan con admi-

rable y encomiable dedicación». Sin embargo, la tentación de la secularización interna llega también hasta aquí. Será necesario atender qué labores de voluntariado habrá que realizar para que sobre todo las organizaciones eclesiales de caridad no acaben por convertirse en unas *Organizaciones No Gubernamentales más*, cuya identidad y criterios cristianos de actuación queden desdibujados o se esfumen en la pura actividad humanitaria (3).

Sin adentrarnos expresamente en el tema de las ONGs con mayor profundidad, nos limitamos a apuntar la necesidad de distinguir entre la identidad de Cáritas y la de una ONG.

Formalmente son distintas, aunque de suyo no se excluyen mutuamente, siempre que las características propias de una ONG (no dependiente de la autoridad gubernamental) no excluya o desdibuje el perfil peculiar del ser y actuar de la institución que posee su naturaleza propia y que, además, se constituye y denomina No Gubernamental. Es comprensible que en Estados u organismos no confesionales se arbitre una fórmula para que todas las organizaciones de diverso tipo y finalidades puedan acceder sin discriminación a la distribución de los recursos de la sociedad para ayuda humanitaria, sin menoscabo de la identidad intrínseca de las respectivas organizaciones.

Hay que reconocer que está bastante extendido el hecho de que al referirse a toda clase de entidades de ayuda huma-

(3) Cardenal ROUCO VARELA, Antonio María: Relator General de la II Sesión del Sínodo sobre Europa. Relación antes del debate, núms. 2, 3, Documentos ALFA y OMEGA, núm. 4.

nitaria y a organizaciones eclesiales de caridad se las presenta con la imagen de ONG como el factor determinante de su propio ser (4).

De aquí que, aunque por razones pragmáticas o incluso porque de suyo no hay problema en que puedan tener estas instituciones privadas, confesionales o no, la denominación de ONG, es importante que no se las identifique sin más, con tal denominación. Por ejemplo, Cáritas no es originaria y primordialmente una ONG, aunque también pueda serlo por las razones indicadas. Es ante todo una **DIACONÍA ECLESIAL**. Nace, crece y se desarrolla en el seno de las Iglesias particulares. Y, simultáneamente, como la Iglesia misma, está presente y forma parte de la sociedad civil, sin confundirse con ella. Por ello también tiene derecho a participar en la vida pública y de los recursos de la sociedad civil y sus Administraciones para realizar sus servicios coherentemente con su identidad originaria y con arreglo a las exigencias de la misma sociedad civil.

I. EL CORAZÓN DE LA IGLESIA

El texto del documento que comentamos (cfr. 2.1, 1.1 y 1.2) expone clara, concisa y pedagógicamente los núcleos esenciales de la identidad de **CÁRITAS** como expresión del ministerio o servicio de la caridad en la Iglesia. No creo necesario incidir en los mismos elementos clave de la naturaleza de Cáritas.

Sí quisiera aportar algunas reflexiones teológicas que fundamentan la Eclesialidad de Cáritas, a partir especialmente de

(4) Véase a modo de ejemplo el caso de Manos Unidas.

las enseñanzas del Vaticano II.

Recogiendo toda la tradición bíblica y experiencial de la vida de la Iglesia, la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* sitúa y encuadra el Ministerio de la caridad como Diaconía en el contexto del misterio de la Iglesia. «Cristo fue enviado por el Padre a evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos (Luc. 4,18) para buscar y salvar lo que estaba perdido (Luc. 19.10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún, reconoce en los que sufren la imagen de su Fundador; pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo (LG, 8).

El dinamismo y perfil de caridad como servicio (DIACONÍA) aparece en el texto conciliar como una realidad que emana directamente del ser mismo de la Iglesia, como pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (IG, 4).

Es la dimensión trinitaria que fundamenta radicalmente toda la realidad de la Iglesia y, por consiguiente, su Diaconía o servicio a favor de los pobres.

El mismo texto señala la base y fundamentación cristológica. En efecto, si la Iglesia, Cuerpo de Cristo, actúa en servicio de los pobres y afligidos, lo hace «siguiendo las huellas de Cristo, que existiendo en la forma de Dios... se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo...» (Filip. 2) y que «por nosotros se hizo pobre siendo rico» (2 Cor 8.9).

La secuencia de la identidad del ser diaconal de la Iglesia, en concreto de la Diaconía o servicio a los que sufren, hunde sus raíces:

a) En el amor (ágape) trinitario o autodonación recíproca de las tres divinas personas.

La Iglesia, misterio de comunión, es el reflejo de ese amor trinitario, por Él con Él y en Él a ti, Dios Padre, en la unidad del Espíritu Santo (Liturgia Eucarística).

b) La Kénosis o vaciamiento de Cristo, por la que siendo pobre se hace rico, es el paradigma del servicio a los pobres. El Vaticano II pone de relieve —aludiendo a Filipenses 2, 7— el sentido social de la vivencia «kenótica». Y es que en la misma carta paulina se insinúa la perspectiva comunitaria de esa «Kénosis», pues el apóstol invita a toda la comunidad a que tome a Jesús por modelo, haciendo unos por los otros lo que Jesús hizo por todos.

¿Y qué hizo Jesús? En vez de considerar su identidad con Dios como una presa que se deseara retener, se despojó, renunciando a ello para la misión que tenía encomendada. En los documentos conciliares, la doctrina sobre la «Kénosis» de Jesús figura entre los postulados más significativos como base de la renovación eclesial (LG, 8), de sus miembros (Po. N. 15; PC n. 1, 5, 14), de su acción apostólica-misional (A de Gentes, 824) (5).

Este cuño trinitario, cristológico y eclesial de la Diaconía es la raíz más profunda de la identidad de Cáritas. A este propósito escribe la Conferencia Episcopal Española: Jesús «siendo rico se hizo pobre y vivió su pobreza como expresión de entrega total al Padre. De su plena disponibilidad al servicio de

(5) ALONSO DÍAZ, José, S. J.: Jesús abandonado. «Se vació a sí mismo.» Filp. 2,7 a. En *Biblia y Fe*, revista de Teología Bíblica, Madrid 1984, 149/45-46.

los hombres como camino de solidaridad con los pobres... La Iglesia y los cristianos queremos mirar a los pobres con la mirada de Dios, que se nos ha manifestado en Jesús, y tratamos de hacer nuestros sus mismos sentimientos y actuaciones respecto a ellos. El servicio de los pobres es una manera de hacer presente a Jesús («...a mí me lo hicisteis») (Mateo, 25, 40) y una expresión irrenunciable de la acción evangelizadora de las comunidades cristianas». La llamada «Diaconía o servicio de la caridad» se hace así parte integrante del anuncio de la obra salvadora y liberadora de Jesús (6).

Justamente, y culminado la secuencia, afirma el Documento sobre la identidad de Cáritas: «Ésta tiene su fuente en una realidad nuclear que hunde sus raíces y encuentra su razón en el Mandamiento nuevo, “amaos los unos a los otros como yo os he amado”» (Jn. 13, 34), p. 28.

Esta visión eclesiológica conciliar se completa con la aportación del Decreto sobre el apostolado seglar (AA, 8). Las raíces eclesiales de la caridad y de Cáritas se contemplan aquí apelando en primer lugar al mandamiento del amor: «lo enriquecían con nuevo sentido al querer identificarse Él mismo con los hermanos, como objeto único de caridad» (Mat. 25, 40). «De ahí que Cristo, al asumir la naturaleza humana, *unió a sí con cierta solidaridad sobrenatural a todo el género humano como una sola familia* y estableció la caridad como distintivo de sus discípulos (Jn. 13, 35).

Desde los comienzos —prosigue el Concilio— «la Santa Iglesia, uniendo el “ágape” a la cena eucarística, se manifestaba

(6) CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: *La Caridad en la vida de la Iglesia*. Propuestas para la acción pastoral. EDICE. Madrid, 1993, p. 11.

toda entera en torno a Cristo por el vínculo de la caridad». Por eso considera las obras de caridad como algo propio, «como un derecho y un deber que no puede enajenar». En este pasaje conciliar se ofrece una síntesis de la naturaleza e identidad de la Diaconía de la Caridad.

II. LOS PADRES DE LA IGLESIA

Los Santos Padres atestiguan en sus escritos y en su acción pastoral esta praxis del dinamismo de DIACONÍA de la caridad que condensa el Decreto sobre el laicado.

En las enseñanzas de los Padres la figura de Cristo, con los temas anejos de seguimiento y de imitación, vehiculan las reflexiones morales de los Padres. Es desde la relación con Él como se asumen y se enfocan la motivación de los comportamientos cristianos. La categoría del amor es uno de los arquetipos fundamentales de la moral patrística. El elemento nuevo contenido en ella tiene su origen en el «amaos los unos a los otros como yo os he amado». La originalidad del amor cristiano no se apoya solamente en razones filantrópicas, sino que se funda en el hecho de que Dios es Padre de todos y nosotros hermanos; que «en el otro» está presente Cristo («cuanto hacéis a uno de estos pequeñuelos, me lo hacéis a mí ...»).

Sorprende observar cómo en la predicación social de los Padres del siglo IV la invitación a compartir los bienes, a practicar la justicia, la limosna, no se apoya en general sobre la consideración de que la tierra es de todos, ni tampoco en motivaciones filantrópicas. Se apoya prevalentemente en motivaciones cristianas. Así la posesión y las riquezas entendidas

como instrumentos en relación con la vida futura y como medios que han de ser equitativamente repartidos, no tanto para responder a exigencias de una justicia distributiva, sino a causa de Cristo, en nombre de la nueva y más profunda paz que Dios ha constituido, en virtud de la cual deben participar con nosotros de los dones presentes cuantos son compañeros de la fricción, de la gracia celeste y de los misterios.

El amor cristiano es algo más que una simple filantropía. Está impregnado de algo que conoce. Un acto como la limosna que se puede hacer con un gesto personal solidario, compasivo, encuentra en el interior del cristianismo otra motivación: en el pobre está presente Cristo; en todo hombre que sufre es Él quien sufre. Coherente con esta comprensión, Orígenes afirma que: «veo que Jesús, da cada día sus espaldas a los flageladores» (Comentario a Mat. Discurso 50, 3-4) (7).

Sería hermoso y enriquecedor ofrecer una serie de páginas más significativas de los Padres sobre la originalidad del amor y el servicio cristiano a los pobres.

No me resisto a brindar un texto pragmático de la vida y acción pastoral de la Iglesia Primitiva:

«Y no creáis que basta para nuestra salvación —escribe San Juan Crisóstomo— presentar al altar el cáliz de oro y pedrería después de haber despojado a viudas y huérfanos. Si quieres honrar este sacrificio, presenta tu alma, por la que fue ofrecido. Ésta es la que has de hacer de oro. Pero si ella sigue siendo peor que el plomo o que una teja, ¿qué vale entonces

(7) Cfr. PADOVESI, Luigi: *Introduzione alla Teología patristica*. Piemme. Casa Monferrato (AL), 1992, pp. 145-147.

el vaso de oro?»

No miremos, pues, solamente de presentar vasos de oro, sino veamos si procede de justo trabajo. Porque más precioso que el oro es lo que nada tiene que ver con la avaricia. La Iglesia no es un museo de oro y plata, sino una reunión de ángeles. Almas son las que necesitamos, pues por las almas quiere Dios los vasos sagrados. No era de plata, en la Última Cena, la mesa aquella, ni el cáliz en el que el Señor dio a sus discípulos su propia sangre.

«¿Queréis de verdad honrar el Cuerpo de Cristo? No consintáis que esté desnudo. No honréis aquí con vestidos de seda y fuera dejéis perecer de frío y desnudos. Porque el mismo que dijo “Este es mi cuerpo” y con su palabra afirmó nuestra fe, ese dijo también: “me visteis hambriento y me disteis de comer. Y cuando no lo hicisteis con uno de esos más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo”. El sacramento no necesita preciosos manteles, sino un alma pura; los pobres, empero, sí requieren mucho cuidado» (8).

III. EN LA IGLESIA PARTICULAR

Si hasta ahora hemos tratado el tema desde la perspectiva de la Iglesia en general, ahora lo abordamos desde la naturaleza de la Iglesia particular o Diócesis.

El Decreto sobre el ministerio episcopal de los Obispos describe la Diócesis como «una porción del pueblo de Dios

(8) Obras de S. Juan Crisóstomo, II, BAC, Madrid, 1956. Homilía 50, pp. 80-81.

que se confía a un Obispo... (y que) constituye una Iglesia particular en la que se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica» (CHD, 8).

Acertadamente el Documento de identidad de Cáritas presenta y sitúa este ministerio o servicio en la Iglesia particular como uno de los factores integrantes de la misma. Se desprende de la descripción misma que ofrece el Concilio de la Iglesia particular o Diócesis: «en ella se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo». Todo aquello que es propio de la Iglesia en cuanto tal, lo es de la Iglesia particular: La Iglesia universal está toda entera en cada una de las Iglesias particulares. Por otra parte, no es que la Iglesia universal resulte de una adición a las Iglesias particulares o de su federación. Tampoco se puede considerar a las Iglesias particulares como el resultado de una división de una Iglesia Universal que les supusiera anterior: Todas ellas provienen de una primera Iglesia particular; concretamente, la de Jerusalén; de ella brotan como esquejes o trasplantes. Una Iglesia Universal anterior o que se suponga existente en sí misma, fuera de todas ellas, no es más que un ente de razón (9).

Desde aquí se comprende la descripción de Cáritas como «la expresión mediante la cual el Obispo promueve y garantiza autorizadamente la responsabilidad de su Iglesia particular en la promoción, organización y actualización de una dimensión irrenunciable de la Iglesia que preside» (Doc. IP, n. 1.2).

Este carácter propio de Cáritas, en tanto que brota del di-

(9) DE LUBAC, H.: *Las Iglesias particulares es la Iglesia Universal*. Sígueme. Salamanca, 1974, p. 56.

namismo intrínseco de la Iglesia particular; implica necesariamente la presencia y participación adecuada en la vida y en la acción evangelizadora de la Diócesis. Con toda razón se ha escrito que: «cuando una Diocesana no puede llevar a cabo sola un Seminario sacerdotal que corresponde a las exigencias de nuestro tiempo; cuando no es capaz de sostener un sistema formativo institucionalmente constituido, una CÁRITAS constituida igualmente, un uso de los medios de comunicación social y una influencia sobre la opinión pública, una vida espiritual de toda la Iglesia, no será entonces una Iglesia articulada que pueda y deba ser dirigida por un sucesor de los apóstoles. Con otras palabras, sería más nominal que objetivamente un Obispado» (10).

¿Qué modelo de Cáritas?

No es mi propósito adentrarnos en esta sugestiva pregunta. Pero parece evidente que no cualquier modelo de Cáritas significa adecuadamente la DIACONÍA de la Caridad en la Iglesia. El conjunto de reflexiones sobre el Documento de Cáritas que comentan las distintas colaboraciones que van en esa línea.

En primer lugar, una Cáritas replegada sobre sí misma podría ser el reflejo de una Iglesia particular a su vez encerrada en sus propios límites y preocupaciones. ¡Tenemos tantos problemas en nuestras Diócesis, tantos pobres entre nosotros! La comprensión de la Iglesia particular también puede caer en los lazos del «individualismo» y nada es más contrario a su propia

(10) RHNER, K.: *Escritos de Teología*. Taurus, Madrid, 1967. «Sobre el episcopado». Tomo VI, p. 338.

naturaleza.

Ya lo hemos indicado anteriormente. Añadamos que existe una cierta interioridad entre la Iglesia particular y la Universal. Ésta es una concentración de la Iglesia que ejerce su facultad propia de realización. A su vez en el corazón de cada Iglesia particular toda la Iglesia está presente. «Cada una es una célula viva en la cual se encuentra presente todo el misterio vital del Cuerpo único de la Iglesia; cada una está abierta hacia todos los lazos de comunión y no conserva su ser de Iglesia más a que a través de esta apertura (11).

La conclusión es obvia: no se puede entender una *Cáritas individualista*. No será prototipo y figura de una genuina Iglesia particular en la cual el Obispo que preside la caridad de la Diócesis, como legítimo sucesor de los Apóstoles y miembro del Colegio Episcopal, ha de sentirse unido con los demás Obispos y mostrarse solícito por las demás Iglesias, «ya que por institución divina y por imperativo del oficio apostólico cada uno, juntamente con los otros Obispos, es responsable de la Iglesia (Decreto CHRD n. 6).

Tampoco debe haber lugar para una *Cáritas* a la manera de un organismo en competencia con otros carismas o servicios nacidos en el seno de la Iglesia particular para el servicio de los pobres y marginados. En la Iglesia particular, por la acción del Espíritu Santo (Cfr. LG, 12), nacen, crecen y se desarrollan los más variados carismas. Todos han de estar coordinados entre sí, y adecuadamente coordinados y articulados en el conjunto de la acción pastoral de la Diócesis. *Cáritas*, entendida como la configura *Ranher* en la Diócesis, es apropiada para ser cauce

(11) RATZINGER, J.: *Concilium* (1965), pp. 37-38.

coordinador de la DIACONÍA de la caridad en la Iglesia particular; a condición de que no sea y menos aparezca como «un organismo más» y «por añadidura» privilegiado en competencia con los demás ministerios y servicios. Ha de ser una Cáritas *abierta* hacia todos los lados *con los lazos de la comunión*. De lo contrario, como la Iglesia misma, no conservaría su ser. Solamente lo conservará a través de *esta apertura*, fruto de la cual será «una Cáritas imagen de la Iglesia misterio de comunión», «mesa de encuentro y concertación del dinamismo de la Diócesis al servicio de los pobres» (12).

De manera particular se ha de promover un modelo Cáritas en el que se armonicen coherentemente su dimensión «sacramental» y su «estructura organizada». Cáritas es «servicio organizado» a favor de los pobres. En su hacer procede incorporar todos los medios técnicos necesarios para llevar a cabo una labor eficiente, con profesionalidad y adecuadas metodologías. Ahora bien, el alma de Cáritas es —como se desprende de todo cuanto hemos dicho acerca de sus raíces cristianas— su carácter «sacramental». Es decir, así como la Iglesia es «sacramento universal de salvación» (LG), Cáritas, que brota del corazón de la Iglesia misma, participa de su condición «sacramental». Lo que equivale a considerar a Cáritas como *signo* y *portadora* de la salvación de Dios en Cristo, por la práctica del mandamiento nuevo, expresión de la comunión eclesial y la fraternidad en el amor de Dios.

En sus acciones la «dimensión organizativa» ha de estar todo ella impregnada del carácter sacramental.

(12) Cfr. HEUMRICH, Pompei: *Fundamentos bíblicos y teológicos de la actividad caritativa*. En Actas del Congreso Mundial de la Caridad. Roma, 1999, p. 125 (Pontificio Consejo Cor Unum).

En último término, el servicio de toda acción caritativa y social, y en concreto de Cáritas, tiene como fin ayudar y liberar a la *persona concreta*, pobre y marginada.

Si se lleva a cabo esa armonización entre organización-«sacramentalidad», se establece entre el servicio y el pobre (personas, pueblos, naciones) una relación, en virtud de la cual en el servicio social de la caridad el cristiano y sus organizaciones no sólo ayudan, sino que se transforman en el mismo Cristo que les presta ayuda a través de su entrega.

IV. EN EL CORAZÓN DEL MUNDO Y DE LA HISTORIA

Podría dar la impresión, a la vista de cuanto llevamos escrito, que ofrecemos la imagen de una Cáritas intramuros de la Iglesia, alejada del mundo de los hombres y de su historia. Nada más lejos de la realidad.

Entre la Iglesia y el hombre y la comunidad humana universal se da una íntima unión. La Constitución pastoral *Gaudium Spes* lo pone de relieve al indicar su finalidad. Para los discípulos de Cristo nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre, y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia. (GS, 1).

Y prosigue el Concilio, «comoquiera que es la persona

del hombre y es la sociedad la que hay que renovar; es el hombre, el hombre entero» (GS, 3), toda la Iglesia y los ministerios y servicios que en ella brotan tienen como destinatario» el hombre integral (Cfr. Juan Pablo II, CA, 55), en sus dimensiones personales, comunitarias sociales e históricas.

Por ello, las energías salvíficas y liberadoras de la Diaconía de la caridad al servicio de los pobres —Cáritas— tienden a ofrecer al hombre necesitado un apoyo material que no lo reduzca únicamente a objeto de asistencia sino que le ayude a salir de su situación precaria, *promoviendo su dignidad de persona*» (CA, 49).

No hay contradicción entre la condición eclesial de Cáritas y su apertura y encuentro con el hombre, el mundo y su historia. Se complementan mutuamente. Su eclesialidad exige el servicio al hombre y su historia. Éste a su vez, apela y hace referencia a la fuente originaria de donde nace el servicio. De ahí la síntesis de Juan Pablo II, «el amor por el hombre y en primer lugar por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la promoción de la justicia (CA, 58).

Para realizar todo este dinamismo, el servicio de Cáritas se convierte en solidaridad con el hombre y su historia. Por ello hay que ahondar y poner de relieve sus raíces cristianas. La *Sollicitudo Rei Socialis* indica las dimensiones específicamente cristianas: la *gratuidad total*, el perdón y la reconciliación. En esta perspectiva, «el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo».

Por eso, la conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres de Cristo, «hijos en el Hijo», de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá a su mirada sobre el mundo un nuevo criterio para interpretarlo. Por encima de los vínculos humanos y naturales, tan fuertes y profundos, se percibe, a la luz de la fe, *un nuevo modelo de unidad*, en el cual debe inspirar en último término la solidaridad..., los cristianos lo expresamos con la palabra «comunión» (SRS, 40).

La «comunión» tiene su correlato en la solidaridad humana integral. Mediante ella nos acercamos y hacemos nuestros los problemas reales de los hombre y de los pueblos. La motivación: *la gratuidad total*. «La solidaridad nos ayuda a ver al otro —persona, pueblo o nación— no como un instrumento cualquiera para explotar a poco coste su capacidad de trabajo abandonándolo cuando ya no sirva, sino como un «semejante» nuestro para hacerlo partícipe como nosotros del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios» (SRS, 39).

V. CONSIDERACIONES FINALES

Nos parece que de todo cuanto hemos reflexionado sobre la eclesialidad de Cáritas se desprende una conclusión práctica que Cáritas ha de tener muy en cuenta.

Me refiero a la necesidad de incluir en los planes de formación y sus respectivos proyectos de manera particular los contenidos de la eclesialidad del servicio sociocaritativo en general y en concreto Cáritas.

Juan Pablo II decía a este respecto en Nairobi: «la ayuda al prójimo requiere un conocimiento bien fundado, una formación cualificada, mucha energía y medios. Por otra parte, el hombre necesita mucho más que la perfección técnica. Está dotado de un corazón, y quiere encontrar un corazón en quien le ayuda. La parte humana no puede ser reemplazada por estructuras y administraciones. Este es también el motivo por el cual, no obstante la necesidad de óptimos expertos y de importantes medios, los colaboradores voluntarios deben ocupar el lugar que les corresponde en el servicio caritativo. Ciertamente, para realizar esto se requiere también una formación. Pero son decisivas la disponibilidad para ayudar, la sensibilidad ante las necesidades y la paciencia para escuchar. Además, una prudencia sin rutina, que... se da a sí misma» (7 de mayo de 1980).

Y en la Exhortación Apostólica sobre los fieles laicos insiste: «la caridad anima y sostiene una activa solidaridad, atenta a todas las necesidades del ser humano».

Tal caridad ejercitada no sólo por las personas en singular, sino también solidariamente por los grupos y comunidades, es y será siempre necesaria. Nadie la podrá sustituir, ni siquiera las útiles iniciativas e instituciones públicas, que también se esfuerzan en dar respuesta a las necesidades —a menudo tan graves y difundidas en nuestros días— de una población.

Paradójicamente esta caridad se hace más necesaria cuanto más las instituciones, volviéndose complejas en su organización y pretendiendo gestionar toda área a disposición, terminan por ser abatidas por el funcionamiento impersonal, por la exagerada burocracia, por los injustos intereses privados, por un fácil y generalizado encogerse de hombros» (n. 41).

CAMINOS DE SOLIDARIDAD COMPASIVA Y LIBERADORA

JOSETXO GARCÍA HERNÁNDEZ

ADSIS

Delegado Episcopal, Cáritas Diocesana de Canarias

«El Espíritu del Señor esta sobre mí,
porque Él me ha ungido
para que dé la buena noticia a los pobres.
Me ha enviado para anunciar
la libertad de los cautivos
y la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos,
para proclamar el año de gracia del Señor.»

(Is. 61, 1-2)

«Hoy se ha cumplido ante ustedes esta profecía.»

(Lc. 4, 18-21)

«Los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida. Por eso, Dios toma su defensa y los ama. Es así como *los pobres son los primeros destinatarios de la misión y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús.*

Fiel a su espíritu de las Bienaventuranzas, la Iglesia está llamada a compartir con los pobres y los oprimidos de todo tipo.

Por esto exhorto a todos los discípulos de Cristo y a las comunidades cristianas, desde las familias a las diócesis, desde las parroquias a las instituciones religiosas, a *hacer una sincera revisión de la propia vida en el sentido de la solidaridad con los pobres.*»

(R.M. n.º 60)

Como *primer acercamiento* al tema, me surgen unas cuantas constataciones e interrogantes:

- Las personas empobrecidas que se acercan a pedir ayuda a los grupos de Cáritas, a los centros de acogida o residencias..., más allá de que allí se les haya dado todo lo que pedían o que se les hubieran solucionado o no sus problemas..., ¿se habrán sentido acogidas, llamadas por su nombre, aceptadas, no juzgadas, respetadas, escuchadas sin prisas, acompañadas en su calvario, tratadas con delicadeza, con ternura, pacificadas, sanadas en sus heridas más profundas...?
- A nuestro obispo Ramón le he escuchado muchas veces que cuando a él le hablan de una persona de la Iglesia, alabándola por todo lo que ha hecho, lo que ha conseguido, lo que ha sido capaz de poner en marcha, a tantos pobres que les ha solucionado sus problemas..., y todo son alabanzas a la persona, sus acciones, sus obras..., MALO. Esa persona se ha apropiado de una dimensión cristiana que o se vive en Iglesia y como tal así aparece ante todos, o tiene más bien poco de cristiana.
- Me comentaban hace un tiempo en un grupo de Cáritas: «A nuestro grupo los pobres sí que nos han evangelizado, sí que nos han cambiado; la cercanía, la acogida»

da, la escucha, la confianza que ha ido creciendo con ellos, nos han hecho descubrir la com-pasión como movilizadora hacia los más débiles, su solidaridad real y eficaz para pedir, buscar, conseguir... lo que necesita el que es todavía más pobre, su capacidad para compartir hasta lo que no se tiene, la alegría natural y espontánea, la ternura, el agradecimiento desinteresado, la vinculación a las causas, problemas y sufrimientos de otros pobres lejanos sintiéndolos como propios...; nos han afectado de tal forma, que han sacado de nosotros los sentimientos y gestos más auténticos, más humanos...»

- Me decía una mujer inmigrada de su país por el terror y la muerte, por el incierto futuro y el hambre de sus hijos, que había tenido una doble vivencia, totalmente contrapuesta, en una Cáritas Diocesana: ante una persona que le iba a dar una ayuda, se sintió vejada, juzgada, maltratada, silenciada... («¡bien que me cobró lo que me estaba dando; ojalá ella nunca se encuentre en la misma o parecida situación!»); sin embargo, en una casa de acogida, otras dos mujeres la recogieron con respeto, se pusieron a su disposición, la acompañaron... («¡qué dos mujeres, qué bien me hicieron sentir!»).
- ¿Cuántas personas habrá en estos momentos en Cáritas, en grupos parroquiales o diocesanas o en las instituciones sociocaritativas de la Iglesia, que vivieron en situaciones de pobreza, marginación o exclusión y hoy tienen responsabilidades y realizan un servicio a personas empobrecidas? ¿Cuántas habrán tenido la suerte-gracia de haberse encontrado con Jesús de Nazaret a través del testimonio de vida de cristianos que les invitaron a seguirle, y esta experiencia sanó sus heri-

das, las liberó y les hizo ser protagonistas de su vida, capacitándoles para «dar gratis lo que gratis habían recibido»?

- Tú que estás leyendo esta revista, yo, todos los voluntarios y trabajadores de Cáritas, los creyentes de nuestras Iglesias... ¿tenemos la conciencia y la experiencia cotidiana cuando nos encontramos con los pobres de que ellos son NUESTRO/S SEÑOR/ES, a QUIEN/ES amar y servir con gratuidad, creatividad constante, originalidad, constancia, paciencia, gozo y agradecimiento, sintiéndonos privilegiados por ello?
- ¿Tenemos «graduada» la mirada para descubrir al Crucificado-Resucitado cuando se nos presenta disfrazado de mujer prostituida, de niño rebelde pidiendo a gritos la ternura que no ha recibido, de alcohólico-toxicómano huyendo, de inmigrado escapando de todas las hambres, de enfermo mental, maniático y obsesivo, de violador-violado, de anciano triste y hablando solo...?
- El objetivo-marco para el próximo quinquenio de nuestra Cáritas Diocesana lo formulamos así: **PROMOVER QUE TODA LA COMUNIDAD CRISTIANA CREZCA EN LA PRESENCIA EVANGELIZADORA ENTRE LOS EMPOBRECIDOS CON GESTOS SIGNIFICATIVOS Y LIBERADORES QUE HAGAN PRESENTE LA JUSTICIA DEL REINO DE DIOS EN EL MUNDO.**

Como *segunda aproximación* al tema, algunas ideas más elaboradas sobre el mismo:

- Desde hace 2000 años la dimensión de la caridad solidaria en toda comunidad cristiana tiene el riesgo

de perder la identidad con la que nació (Lc. 4, 16-21) = promover la justicia del Reino y formar con toda la Humanidad la familia de Dios-Padre, en la misma casa grande (el mundo), alrededor de la misma mesa, servidos por el hermano mayor y vinculados por el mismo amor... para convertirse en una agencia de servicios sociales, más o menos asistenciales, o promotores, pero en los que siempre se mantienen las diferencias:

- Unos dan...
- Unos deciden...
- Unos miran...
- Unos están formados, hechos, son adultos, responsables...
- Unos juzgan, miden, evalúan, ponen condiciones, exigen...
- Unos tienen, saben, pueden...
- otros reciben...
- otros acatan, aguantan, obedecen...
- los otros son mirados...
- los otros tiene que cambiar, hacerse, liberarse, aprender a decidir,..
- los otros son juzgados, exigidos, perseguidos...
- los otros no tienen sino carencias, pobrezas, miserias, no saben, no pueden, no eligen...

«Si nos falta el amor, nos sobra burocracia» (I.P. n.º 129)

La Caridad

- Nace de la ruptura del plan de Dios, de la existencia de la injusticia, de las diferencias impuestas, del ejercicio de la libertad de la Humanidad para no amar-vincularse-formar cuerpo, sino romper esa vinculación..., nace de

las pasiones injustas, impuestas y sufridas por gran parte de la Humanidad.

- Nace de la COM-PASIÓN de Dios Padre por sus preferidos, los más queridos, los más entrañablemente mirados por su ternura.
- Nace de la PASIÓN de Jesús de Nazaret, identificándose con todos los crucificados, cargando sobre él con todas sus cruces para romper su destino fatal y darles vida resucitada.
- Nace del apasionamiento de los seguidores de Jesús:
 - Con la misma causa: el Reinado de Dios-Padre y Madre.
 - Con los mismos valores: justicia, dignidad, respeto, liberación, amor incondicional...
 - Con el mismo fundamento: cada persona es divina.
 - Con el mismo objetivo, que los pobres reciban la Buena Noticia: ser hijos de Dios, queridos, acogidos y aceptados, llamados a participar de la misma vida de los bautizados: compartir la PALABRA y la MESA de la EUCARISTÍA.
 - Con la misma mirada: los pobres son sacramento-encarnación-signo de la presencia actual y real de Jesús («lo que hiciste con uno de éstos, los más pequeños..., a mí mismo me lo hiciste....» Mt. 25, 36).
- Por todo ello, Cáritas, como diakonía del amor solidario de la Iglesia, no son sólo tareas, servicios, proyectos sociales, acciones promocionadoras, búsqueda y rentabilización de recursos, planes y estrategias...

Cáritas es:

- Signo de credibilidad de la Iglesia, (¡miren cómo aman quienes están en la comunidad cristiana!).
- Signo de visibilización de la Iglesia de Jesús: ser Iglesia pobre con/para/desde los pobres.
- Signo de actualización de los signos de Jesús: sanar; liberar; dignificar; levantar; servir desde abajo, acompañar; buscar; acoger...
- Signo para reconocer a Jesús encarnado en los empobrecidos y comprometerse, con todas las consecuencias, en su camino de liberación.

La Caridad, contenido esencial del mensaje evangélico

Anunciar la Buena Nueva es anunciar la proximidad y cercanía de un Dios, Padre y amigo, que viene al encuentro de sus hijos los hombres; un encuentro que es fiesta, que nos hace próximos —prójimos— a todos, o mejor, nos hace hermanos; un encuentro que nos lleva, como en el caso del Samaritano, a comprometernos eficazmente en el servicio al necesitado.

El anuncio del Reino marca la desaparición de todas las barreras raciales, culturales, sociales, etc., que distancian y dividen a los hombres.

Es un Reino en el que los hombres, por la vivencia del amor, alcanzan su plenitud en los distintos aspectos de su vida. Es un Reino en el que todas las personas, por la caridad, son imágenes vivas de Dios.

La caridad, origen de la misión evangelizadora

No es accidental para Jesús la referencia a los más pobres. Es algo esencial, porque ahí, y sólo ahí, aparece la radicalidad de un amor gratuito.

La misión evangelizadora de la Iglesia exige:

- *Una caridad operativa.* No es un impulso circunstancial ante un hombre necesitado. Es un compromiso efectivo que pone en movimiento la acción del Dios que viene a salvar.
- *Una caridad que configura la existencia cristiana.* Nada es cristiano si no nace de la caridad.
- *Una caridad que se abre a la realidad histórica de nuestro mundo.* No viene a condenar, sino a servir y salvar.
- *Una caridad comprometida con los pobres y oprimidos.* La comunidad cristiana necesariamente ha de vivir una tensión dolorosa cuando se siente identificada con el mundo del poder y ausente o lejana del mundo de los pobres.

La caridad, fuente de la eficacia del testimonio evangelizador

- Jesús mismo, su vida y su experiencia, van implicadas en el anuncio de la Buena Nueva.
- La Iglesia, el cristiano, deben estar marcados en su totalidad por el acontecimiento salvador que testimonian, por la vida y mensaje de Jesús, por la revelación de un Dios Padre, que ha llegado a nosotros por amor.

- Donde hay testimonio, hay credibilidad y capacidad de contagio. *Los hombres de hoy prefieren la presencia y los gestos de testigos, a los juicios y las palabras de maestros.*

Capacidad evangelizadora de la Iglesia

- Una Iglesia eficazmente evangelizadora tiene que comprometerse en hacer realidad la proximidad del Reino anunciado por Jesús, rompiendo los muros y marginaciones que la Historia ha levantado y sigue levantando entre los hombres, como fruto del pecado personal, colectivo y estructural.
- Una Iglesia eficazmente evangelizadora del mundo actual debe ser una Iglesia al servicio de los más pobres, de los que carecen de voz y poder. *Una Iglesia alejada de los pobres no convence ni contagia a nadie, porque no es fiel a sí misma.*
- Una Iglesia eficazmente evangelizadora debe ser una comunidad cristiana que comparte en todos los niveles de las relaciones humanas, que vive en comunicación de bienes y necesidades espirituales y materiales («... que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado...». Jn. 17, 22), como las primeras comunidades cristianas. (Hch. 4, 32-35.)

A partir de estas dos aproximaciones, entramos ahora en el desarrollo de la dimensión evangelizadora del ministerio de la Caridad-amor solidario con los empobrecidos y excluidos. Lo vamos a hacer también en dos partes. La primera estará

centrada en recorrer, a través de unos cuantos textos del AT y NT, las raíces de la misión de Jesús, tal como lo expresa en la sinagoga de Nazaret, como ejercicio de vinculación solidaria de Dios con la Humanidad, a través del pueblo de Israel; y el desarrollo de la misma en su vida, mensaje, gestos y entrega hasta la muerte con/por los crucificados.

La segunda, serán diez caminos con uno previo e imprescindible a recorrer todo creyente, grupos e instituciones de la Iglesia para entrar en la experiencia de las bondades, los cambios, la renovación que nos trae el Evangelio cuando lo vivimos con/desde los pobres y nos dejamos tocar, transformar por él.

«En estas vísperas del tercer milenio se está recordando la sentencia de Karl RAHNER: *En el siglo XXI un cristiano o será místico o no será cristiano*. Yo voy a corregir a Karl RAHNER, aunque lo considero uno de los más grandes teólogos de nuestro siglo.

Yo creo, con la más estremecida convicción evangélica, que hoy, ya en el siglo XXI, un cristiano o cristiana o es pobre y/o aliado, aliada visceralmente de los pobres, enrolado en la causa de los oprimidos, o no es cristiano, no será cristiana. Somos buenos samaritanos o negamos el Evangelio.»

PEDRO CASALDALIGA

I. EL DIOS DE ISRAEL: DIOS SOLIDARIO CON LA HUMANIDAD, CON SU PUEBLO

El diccionario define solidaridad (*in solidum*) como:

- Adhesión a la causa de otro, en bloque con..., conjuntamente con...

- Cohesión, unión, firmeza, identificación, relación firme, permanente, cohesionada, estable (no ocasional).

I.1. El Éxodo

- Es la experiencia fundante del pueblo de Israel.
- En el siglo. XIII a.C. tribus nómadas de hebreos se afincan en Egipto (ya entonces la emigración se debe al hambre). Son acogidos como iguales trabajadores.
- Al crecer en número mayor que el pueblo egipcio, éste se siente amenazado y comienza a aplicar leyes de extranjería (de extraños = no humanos) y los convierten en esclavos.
- Afrontan su situación, guiados por Moisés, protegidos por Yahveh que se solidariza con ellos para liberarlos del poder de los egipcios.

En los textos que siguen se pone de manifiesto un hecho: Dios, el Señor, asumió como propia la causa de un grupo de esclavos y actuó en consecuencia:

«... Los israelitas se quejaban de la esclavitud y clamaron; los gritos de auxilio de los esclavos llegaron a Dios; *Dios escuchó sus quejas y se acordó del pacto hecho con Abraham, Isaac y Jacob; Dios se fijó en los israelitas y se ocupó de ellos*» (Ex 2, 23-25).

«... El Señor le dijo [a Moisés]: *«He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Voy a bajar a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel...»*

«... Vete, reúne a los ancianos de Israel y diles: El Señor Dios de sus padres se me ha aparecido, el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, y me ha dicho: “Los tengo presentes y veo cómo los tratan los egipcios. He decidido sacarlos de la opresión egipcia y llevarlos al país de los cananeos, a una tierra que mana leche y miel”» (Ex 3,7-10.17).

Esta experiencia de liberación de la esclavitud y de comenzar a ser un pueblo libre llega a ser el fundamento de la fe del pueblo. Las palabras que siguen son recitadas por el sacerdote en el momento de la ofrenda de las primicias (son los primeros frutos de la cosecha), como expresión de aquel acontecimiento, como acción de gracias, como recuerdo y signo de que todo lo reciben de Dios.

«El sacerdote cogerá de tu mano la cesta, la pondrá ante el altar del Señor tu Dios y tú recitarás: “Mi padre era un arameo errante: bajó a Egipto y residió allí con unos pocos hombres; allí se hizo un pueblo grande, fuerte y numeroso. Los egipcios nos maltrataron y nos humillaron y nos impusieron dura esclavitud. Gritamos al Señor de nuestros padres y el Señor escuchó nuestra voz: vio nuestra miseria, nuestros trabajos, nuestra opresión. El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con terribles portentos, con signos y prodigios, y nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, una tierra que mana leche y miel. Por eso entro aquí con las primicias de los frutos del suelo que me diste, Señor”. Y lo depositarás ante el Señor tu Dios...»

(Dt 26, 4-10)

En estos textos tenemos formulada la fe de Israel de la que, destacando lo que tiene relación con el tema que nos ocupa, podemos identificar los siguientes elementos:

- En primer lugar, el objeto de la fe no son dogmas o verdades teóricas, sino *hechos históricos*. Los fragmentos

que hemos leído resumen al mismo tiempo la fe y la historia de Israel.

- En segundo lugar, *la fe de Israel incluye la constatación del hecho al que aludimos antes: la Humanidad está dividida, unos hombres oprimen a otros hombres, es decir, que los hombres no son solidarios entre sí y han formado grupos antagónicos entre ellos.*
- En tercer lugar, se alude en la mayoría de los textos a una toma de conciencia de los que *en esta situación de insolidaridad sufren la peor parte. Es el grito de los esclavos que se quejan por su situación.*
- Finalmente, *el núcleo de esa fe está constituido por la afirmación de la solidaridad activa y efectiva de Dios con las víctimas de una situación de opresión: Dios escucha el grito y actúa en consecuencia asumiendo la causa de los oprimidos y poniendo los medios para que salgan de esa situación.*

1.2. ¿Quién es este Dios?

En el mismo contexto de la vocación de Moisés al que pertenecen los textos del libro del Éxodo encontramos la revelación del nombre de Dios:

«Moisés replicó a Dios:

- ¿Quién soy yo para acudir al Faraón o para sacar a los Israelitas de Egipto?
Respondió Dios:
- Yo estoy contigo, y esta es la señal de que yo te envío: cuando saques al pueblo de Egipto, darán culto a Dios en esta montaña.

Moisés replicó a Dios:

- Mira: yo iré a los israelitas y les diré: el Dios de sus padres me ha enviado a ustedes; si ellos me preguntan como se llama, ¿qué les respondo?

Dios dijo a Moisés:

- “Soy el que soy”. Esto dirás a los israelitas: “Yo soy” me envía a ustedes.»

(Ex 3, 13-14)

Yahveh, el nombre propio de Dios en el Antiguo Testamento, revela igualmente el carácter solidario del Dios de Israel. El origen y el significado de dicho nombre se ha discutido mucho y no vamos a entrar en toda la discusión; las conclusiones que parecen más convincentes nos dicen que el significado de la frase «*Soy el que soy*» es el de «*Yo soy el que está presente en medio de ustedes*», especialmente si lo ponemos en relación con la respuesta de Dios a la primera objeción de Moisés en relación a su envío, «*Yo estoy contigo*», en la que se usa la misma forma verbal que en el nombre de Dios. Por tanto, podemos aceptar que, al menos en la etapa más temprana de la tradición, es muy probable que quien oyera el «*Él es*» del nombre divino lo tomara como una confirmación de la presencia real y auxiliadora de Dios... Por tanto, el significado teológico del nombre sagrado coincide casi completamente con la promesa divina que tan frecuentemente se repite en los relatos de la época patriarcal: «*estaré con ustedes*».

Cuando Aarón le comunica todo lo que el Señor había dicho a Moisés, el pueblo reacciona de esta manera:

«El pueblo creyó, y al oír que el Señor se ocupaba de los israelitas y se fijaba en su opresión, se inclinaron y se postraron» (Ex 4, 31).

La fe monoteísta de Israel encontrará aquí su fundamento más firme: no puede haber más Dios que aquel que, al ponerse del lado de los débiles, ha demostrado ser más fuerte que los hombres más fuertes y que los supuestos dioses que éstos invocan: La actuación solidaria de Dios se convierte así en la prueba de que él es el único y verdadero Dios:

«¿Intentó algún dios acudir a sacarse un pueblo de en medio de otro con pruebas, signos y prodigios... como hizo el Señor su Dios, con ustedes contra los egipcios? Pues a ti te lo mostraron para que sepas que el Señor es Dios y no hay otro fuera de él.»

(Dt 4, 34-35)

1.3. Dios se mantiene solidario

El segundo Isaías mantiene esta misma línea de pensamiento, como podemos comprobar en los cantos del Siervo de Yhaveh:

«Tú eres mi siervo, te he escogido... No temas, que yo estoy contigo; no te angusties, que yo soy tu Dios: te fortaleceré, te auxilio, te sostengo con mi diestra victoriosa» (Is. 41, 10).

«Los pobres y los indigentes buscan agua, y no la hay; su lengua está reseca de sed. Yo, el Señor, les responderé; yo, el Dios de Israel, no los abandonaré» (Is. 41, 17).

Aparece aquí una *doble dimensión de la solidaridad divina*: Dios es solidario con su pueblo, como colectividad, pero también lo es con determinados grupos o personas particulares que necesitan especialmente de esa solidaridad: los pobres, los humildes, los débiles...

Por otro lado, la experiencia del desierto sigue siendo un referente fundamental, pero debe quedar claro que su acción solidaria no se agotó en Egipto:

«Así dice el Señor, que abrió camino en el mar y senda en las aguas impetuosas; que sacó a batalla carros y caballos... No recuerden lo de antaño, no piensen en lo antiguo; miren que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notan? Abriré un camino por el desierto, ríos en el yermo; ... porque ofreceré agua en el desierto, ríos en el yermo, para apagar la sed de mi pueblo, de mi elegido, el pueblo que yo formé para que proclamara mi alianza» (Is. 43, 16-19).

Esta convicción, esta fe, se expresa igualmente en la oración de Israel, Dios es solidario con determinadas personas:

«¿Quién como el Señor Dios nuestro que se eleva en su trono, y se abaja para mirar al cielo y la tierra? Levanta de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo; a la estéril le da un puesto en la casa, como madre feliz de hijos» (Sal 113, 4-9).

La grandeza de Dios se muestra en que se abaja hasta donde está el pobre, en que se solidariza con el que ha sido echado a la basura. Y esa fe se torna agradecimiento y se expresa como alabanza:

«Fieles del Señor, alábenlo, linaje de Jacob, glorifiquenlo, témanlo, linaje de Israel. Porque no ha sentido desprecio ni repugnancia hacia un pobre desgraciado; no le ha escondido su rostro; cuando pidió auxilio, lo escuchó» (Sal 22, 24-25).

«Señor, tú escuchas los deseos de los humildes, les prestas oídos y los animas; tú defiendes al huérfano y al desvalido. Que el hombre hecho de tierra, no vuelva a sembrar su terror». (Sal 10, 17-18).

2. JESÚS HIJO DEL DIOS PADRE GENERADOR DE SOLIDARIDAD

2.1. La encarnación

En la encarnación Dios rompe todas las distancias y acepta todas las consecuencias de llevar al límite su solidaridad con la Humanidad, asume como propia la realidad y la causa de ella, pero también su misma condición (contornos y condicionamientos), despojándose de todo su ser e identificándose en todo con lo humano: Jesús-Enmanuel = Dios está con nosotros salvándonos = ¿cómo?

- Marginado desde el nacimiento.
- Pequeño, pobre, indefenso, vulnerable.
- Solidario con los más empobrecidos, los de más abajo.
- Nacido de una joven = Dios no estará ya nunca lejos de los últimos, excluidos, sobrantes, los que no cuentan.
- Siendo alegría-B.N. para los excluidos, despreciados, el pueblo (el ángel a los pastores: Lc. 2, 10-11).
- Siendo luz-futuro-esperanza para los oprimidos: los anawin; la mejor expresión es Flp. 2, 6-11:

«El cual, siendo de condición divina,
no consideró codiciable el ser igual a Dios.
Al contrario, se despojó de su grandeza,
tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los
hombres.

Y en su condición de hombre,
se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la
muerte,
y una muerte de cruz.
Por eso Dios lo exaltó

y le dio el nombre que está por encima de todo nombre,
para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla
en los cielos,
en la tierra y en los abismos,
y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor;
para gloria de Dios Padre.»

2.2. Las señales del Reinado de Dios-Padre

Jesús realiza los gestos-signos que iban a identificar al Mesías, al enviado de Dios-Padre (Is. 35, 1-10; 61, 1-2;...)

«Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará...» Pero además, realiza otros que suponen la liberación de las situaciones más deshumanizantes: «los leprosos quedan limpios... los muertos resucitan... y a los pobres se les anuncia la buena noticia».

Todo ello es la señal de que Jesús está realizando los deseos del Padre ya que con él van retrocediendo el dolor impuesto, el sufrimiento inhumano, la opresión, la marginación social, la exclusión religiosa, la muerte injusta y antes de tiempo, la soledad que degrada..., creciendo y desarrollándose la dignidad de toda persona, el respeto a toda su vida, la libertad para elegir y decidir, la esperanza, la vida, los vínculos que humanizan y engrandecen...

Esto supone que la vida, los gestos, la palabra, el mensaje de Jesús es especialmente la gran noticia para los empobrecidos:

Lc. 5, 20: Acoge a los pecadores, excluidos por dolencias crónicas (el parálítico).

- Lc. 5, 0: Come con los marginados, pobres, excluidos (casa de Mateo).
- Lc. 14, 15-24: *Invitación* a los pobres al gran banquete.
- Lc 19, 1-10: *Se queda en sus casas* (Zaqueo).
- Lc. 8, 26-39: *Sana* de sus dolencias a los oprimidos (el geraseno).
- Lc. 17, 11-19: *Incorpora* a la vida y a la sociedad a los excluidos por enfermedades malditas (los diez leprosos).
- Lc. 20, 45-47: *Denuncia a los opresores*, doctores de la ley, a los explotadores de los débiles.
- Lc. 21, 1-4: *Denuncia a los ricos*, los legalistas, compradores del favor de Dios.
- Lc. 13, 15-17: *Preside* unas nuevas relaciones, una fraternidad donde los pobres son los primeros y preferidos.

2.3. Solidaridad-amor fiel hasta la muerte

Dios, en Jesús decidió implicarse hasta el extremo más profundo para salvar-liberar a todos los crucificados desde más debajo de donde se encontrara el último de ellos, de manera que su rostro, su cuerpo, su fuerza y debilidad... debía ser como el de un hombre cualquiera. Pero los fuertes, los sabios, los doctores, los ricos que tenían «domesticado a Dios, encerrado entre leyes y normas», no podían soportar que un hombre del pueblo se dirigiera a Él como «papá» y se hiciera

debilidad, impotencia, silencio..., «como un cordero llevado al matadero».

Jesús asume, con dolor y lágrimas, llegar hasta el final para cumplir la palabra dada, como consecuencia de su solidaridad y su compromiso de amor a la Humanidad. Era necesario mostrar qué calidad de amor es la que va a salvar al mundo: el amor de un hombre que se entrega a sí mismo por entero para que sea posible la libertad y el amor entre todos los hombres y mujeres; *así de tan profundamente humano sólo puede ser el amor de Dios*.

Signo anticipador de la muerte en cruz es la Eucaristía:

Lc. 22, 14-22: «es mi cuerpo, mi vida, mi sangre...: comédtanlas».

Lc. 22, 41: La aceptación definitiva-irrevocable se da en el huerto. Y en la cruz todo queda consumado, solidaridad plena y entrega por amor: «Perdónalos..., en tus manos, Padre, lo dejo todo...» (Lc. 23,46).

Por todo ello, vemos que hay un radical cambio de perspectiva entre el AT y el NT para los hebreos la prueba de que Yahveh era el único y verdadero Dios fue su acción liberadora-solidaria para con la Humanidad.

Ahora la prueba la encontramos en el amor que los seguidores de Jesús nos tenemos unos a otros, seducidos, guiados y vinculados por/en Él:

«A Dios nadie lo ha visto nunca; si nos amamos mutuamente, Dios habita en nosotros y su amor queda realizado en nosotros» (1 Jn. 4, 12).

3. CAMINOS DE SOLIDARIDAD COMPASIVA Y LIBERADORA

Muchos podrían ser los caminos o maneras de acercarnos a contemplar y profundizar en el ejercicio de la solidaridad compasiva de Jesús de Nazaret, tal como aparece en los evangelios y en la experiencia de los primeros cristianos.

Escogemos estos diez caminos como los fundamentales que debe recorrer toda comunidad cristiana, y Cáritas dentro de ella, si quiere ser fiel al amor preferencial de Jesús a los excluidos, al igual que todo creyente.

Antes de empezar a desarrollar los diez caminos, hay uno que es previo, el más relevante, el imprescindible, el único que puede darnos acceso a los demás, porque es el que tuvo que recorrer Dios para romper todas las distancias y las diferencias, todo lo que le incapacitaba para hacer llegar a los últimos, a los más excluidos, a los más empobrecidos de todo, su inmenso y tierno amor; su compasión infinita y su misericordia entrañable: el proceso de la Encarnación, del abajamiento, del anonadamiento, de meterse en la historia de la Humanidad como uno de tantos, viviendo como un hombre cualquiera, sin privilegios ni seguridades y con todas las consecuencias.

Los once caminos son como los radios de la rueda de una bicicleta: todos deben tener la misma dimensión, estar unidos en el centro y en el extremo. Para caminar por la Historia como creyentes tendremos que irlos uniendo, de manera que nos sirvan para estar vinculados en el seguimiento a la persona y el evangelio de Jesús (el centro) y como comunidad presente y caminante por los caminos de nuestra humanidad, haciendo llegar de esta manera a los empobrecidos, los solos,

los excluidos... la gran noticia que nos trae Jesús = Dios Padre y Madre los ama con ternura preferencial (la rueda). Son caminos que mutuamente se necesitan y complementan, se apoyan y refuerzan; si los vamos recorriendo, seremos como Jesús, peregrinos por los caminos de nuestra historia realizando la voluntad del Padre.

3.1. **El camino de la Encarnación:** Proceso de empobrecimiento para amar, servir y liberar (Flp. 2, 5-11).

3.1.1. *Salir*

El Proyecto Original de Dios para la Humanidad, la familia humana, era que ésta fuera capaz de mirarle a la cara y dialogar con Él, sin pecado ni mentira, viviendo en un amor libre y fiel.

Esto se va al traste con el pecado original «*querer ser como Dios*» y el mal se adueña del corazón de hombres y mujeres, produciendo la caída de la Humanidad; esto hace que ésta se descubra rebajando su «*nivel*» de humanidad, de relación, su capacidad de amor y caminar juntos, llegando las rupturas, divisiones, explotaciones, injusticias...

Pero llega un momento en el que a Dios ya no le bastó:

- Escuchar lo que otros le cuentan sobre los sufrimientos y dolores de la Humanidad.
- Hablarle a su pueblo a través de intermediarios.
- Contemplar a distancia su realidad.

Por eso decide tocar Él mismo la realidad de los hombres y mujeres, vivirla, y así poder comprenderla, sanarla y recuperarla.

Por eso toma la decisión de salir Él al encuentro de la Humanidad, decide salir de sí mismo, vaciarse, hacer sitio en su

corazón, para que a través de Jesús pueda ser llenado por ésta, ya que a ella no le sirven «*los amores a distancia*», necesita «*sentir la unión de sentimientos, voluntades y afectos solidarios y permanentes*».

3.1.2. *Descender*

El Hijo baja desde el seno del Padre hasta las partes más bajas de la Humanidad:

- A Palestina, país invadido, encadenado, orillado de la historia.
- A Galilea, la región más lejana y al margen de la vida de la capital, la más contaminada y pecadora.
- A Belén, pero no al espacio habitado por vida humana, llega hasta el margen más extremo, hasta donde ya no hay sino vida animal.
- A Nazaret, un pueblo-aldea insignificante, desconocido, que no aparece en ningún texto, como si no existiera.
- A María de Nazaret, a las entrañas de una niña pobre y en condiciones extrañas.
- A María y José, que antes de acogerlo como sus padres tienen que salir de su pueblo por capricho del tirano de turno:
 - A un pueblo lejano, sin conocidos, donde son tratados peor que a extraños, como extranjeros (¡qué bien entienden esto los inmigrantes que llegan a nuestras costas!).
 - A las afueras de ese pueblo, más allá de los márgenes, llegando más abajo de donde viven los más pobres, llegando hasta el pesebre de paja donde comen los animales. (Él, que llegará a ser el más preciado alimento para los hombres.)

3.1.3. *Despojarse*

La bajada, el descenso, el ÉXODO de Dios-Padre en Jesús no es sólo un cambio de casa, de barrio; el Hijo no viene a los empobrecidos por un rato, manteniendo todas sus prerrogativas y una cierta distancia para no contaminarse; todo lo contrario, este descenso no podría quedarse en un abajarse en apariencia, Él ya no puede seguir siendo el mismo, en Jesús se da un despojo:

2 Cor 8, 9:

«Ya conocen la Gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo rico, por ustedes se hizo pobre, para enriquecerlos con su pobreza.»

¡No se puede poner la choza entre los empobrecidos y quedarse al margen de sus pobreza, seguir siendo rico!

Despojo en el «tener»,
«poder»,
«querer», en el desear, en el amar...

3.1.4. *Levantar*

Todo este proceso de abajamiento tiene un sentido, un objetivo: levantar; elevar «el nivel de vida humanizada» de la Humanidad hasta colocarla donde su Padre la había puesto en la Creación: *hacer posible la palabra verdadera, el gesto solidario, el diálogo-encuentro en el AMOR, el acontecimiento de la filiación y la fraternidad, la ALIANZA entre el Padre y los hijos.*

Jesús de Nazaret rompió el destino trágico de la Humanidad, ser extraños unos a otros, lejanos, distantes, desconfiados, insolidarios... (el hombre un lobo para el hombre), clavando una cuña que fue resquebrajando la sociedad dividida entre explotadores y explotados, entre enriquecidos y empobrecidos.

Jesús puso en marcha, a través de su pequeña comunidad, la experiencia de la fraternidad, de la vida compartida, de la filiación de un Padre que es misericordia infinita, compasión entrañable y permanente, con una debilidad y preferencia especialísima por los últimos, los perdidos, los excluidos... A todos ellos los invitó a incorporarse al banquete, a la alegría y la fiesta de las bienaventuranzas: ser compasivos con cualquier persona como el Padre es compasivo con la Humanidad.

En Jesucristo, Dios se hace cercano, pequeño, humano, tocable, afectable, vulnerable, sin defensas..., Dios se hace humano, se *humaniza*. Y el hombre queda *divinizado*, puede vencer ataduras, límites humanos (soledad, dolor, sinsentidos, muerte...), puede perdonar incluso hasta a los enemigos, puede ser amor sin límites, gratuito y solidario.

Este movimiento de elevación, de levantar a la Humanidad caída, lo realiza Jesús dedicando:

- Treinta años a la IDENTIFICACIÓN con la Humanidad, con la vida de su pueblo.
- Tres años al ANUNCIO Y LA DENUNCIA.
- Tres días a la LIBERACIÓN.

Rompiendo todas las ataduras y esclavitudes de la Humanidad, planta «*el grano de trigo, que dejándose romper, dará mucho fruto de VIDA NUEVA*»; la Humanidad recupera la experiencia de la presencia amorosa de Dios Padre, su Alianza, y la certeza de que ya una parte de ella vive plenificada junto a Él, puede entrar en relación-diálogo amoroso, puede ser fortalecida con la misma «*dinamis del Espíritu-Amor del Hijo*», puede vivir como familia fraterna de Dios-Padre.

Nosotros tendremos que estar muy atentos para no acostumbrarnos a la forma de vida generalizada en las sociedades más avanzadas de nuestro tiempo, cuyos caminos son:

- De casa al trabajo = el *tener*, el reconocimiento, la seguridad, el poder, el puesto...
- Del trabajo al supermercado = la subsistencia, el acaparar, el *consumir*, el acumular, el gastar...
- Del supermercado a la casa = el refugio, la estabilidad, la familia reunida pero no unida, el *disfrutar*, el descanso, el aislamiento...
- De casa al gimnasio = el culto al cuerpo, el *aparentar*, la imagen...
- De casa al hotel = las vacaciones, la montaña, el *gozar*, el viajar, tocar lo más exótico...

Nosotros tendremos que aprender a caminar los caminos desconocidos, en los que no se nos ha perdido nada (¿seguro?), en los que no sabemos con quién o con qué nos vamos a encontrar; en los que tendremos que bajar las defensas y dejarnos parar por quien nos salga al paso y quedarnos con él... y permanecer.

Nosotros tendremos que aprender a cambiar nuestros recorridos cotidianos para podernos encontrar con quienes están perdidos, solos, desorientados, abandonados... y ayudarles a sentirse reconocidos, llamados por su nombre y acompañados para salir de los caminos de oscuridad y muerte y entrar en sendas de vida y esperanza.

3.2. ***El camino de ir al encuentro:*** Dejar lo propio, lo conocido, lo seguro... y salir a buscar el encuentro (Galilea, Samaria, Decápolis, Judea...) (Lc. 4, 14-15.31; 43-44; 7, 11; 8, 1-4;...)

- Dejar lo propio: familia, amigos, casa, trabajo, pueblo...
- Salir fuera de los límites, de los contornos habitados por «los buenos»...
- Ir al encuentro de los sin techo, sin Dios, sin fe, sin familia, sin... nada ni nadie...
- No dejarse apropiar; no quedarse cogido por nadie, porque siempre hay otros un poco más lejos, más solos, más abandonados...
- *Ser peregrino permanente*, caminante con sentido y destino; ese es su plan de vida, su objetivo..., y no turista, vagabundo, caminante solitario huyendo de un lado a otro...

3.3. ***El camino de la evangelización*** = la casa, el encuentro, la Palabra escuchada y compartida, Lc.10, 38-42 (Betania, en casa con Marta y María).

- La casa, lugar de la acogida, del encuentro sin prisas, donde se para el tiempo porque el Señor está en el centro.
- Nuestro Señor es quien quiere «quedar» con cada uno/a de sus discípulos, conoce su nombre, su momento, su proceso vital y vocacional, lo que le pasa y lo que necesita...
- Siempre Él tiene la Palabra apropiada, la propuesta, invitación, llamada... que más conviene al discípulo o comunidad. Esto es lo prioritario e innegociable, lo que nunca se debe dar por supuesto ni dejar para cuando se tenga más tiempo: quedar e ir al encuentro con Él, donde Él es reconocido como Señor y único Maestro, para:

- Estar con Él (¿o acaso se nos olvida aquello de «subió al monte y llamó a los que Él quiso. Instituyó a Doce, para que estuvieran con Él, para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios»? (Mc. 3, 13-15.)
- Permanecer ante Él.
- Acoger su ternura, su mirada, dejarse envolver por su amor.
- Escuchar su Palabra, obedecerla e incorporarla a la vida como orientadora y criterio de actuación.
- Dejar que cale y trans-forme *toda* la persona (pensamientos, criterios, afectos, sentimientos, decisiones...).
- Que cambie los ensimismamientos, los despistes, las búsquedas insatisfechas, los voluntarismos compulsivos e ineficaces, los protagonismos inmaduros, los quehaceres activistas... y los convierta en acogida gratuita y profunda...

Nosotros tendremos que poner todos los medios necesarios, y más, para no perder en ningún momento la conciencia de nuestra identidad: somos oyentes, obedientes y discípulos de nuestro Señor y esto requiere «innegociablemente» quedar con Él y dejarnos «evangelizar, anunciar lo bueno y lo nuevo para nuestra vida en cada momento», dejarnos con-formar por/con Él,... para que el encuentro posterior con los empobrecidos lo vivamos como enviados, siervos, instrumentos, iconos de Él, y les hagamos llegar de verdad el rostro, la mirada, la palabra y el gesto del Señor-Jesús.

3.4. ***El Camino de la com-pasión humanizadora*** = el proceso que nos hace próximos y nos humaniza a todos (Lc. 10, 30-37), el samaritano y el asaltado.

Jesús presenta la realidad de los empobrecidos haciendo una lectura de su situación y de sus consecuencias: las dolien-

cias, la pobreza, la debilidad, el abandono; *descubre sus causas* y los mecanismos que la generan: la injusticia, la opresión, el asalto, la marginación, el empobrecimiento, la maldad... y *concluye*, por tanto, que la pobreza *no* es un castigo, no es fruto del destino, de la mala suerte, de la casualidad, de la herencia..., sino que es *provocada*, *hay responsables siempre*, que activan y producen esas situaciones impuestas. Veamos el proceso:

3.4.1. *Hay un dato previo*: El análisis de la realidad global

Jesús nos propone que debemos tener puestas las mismas «gafas» que usa Él para analizar cada situación de injusticia en la sociedad y descubrir:

- Quién la produce.
- Quién la sufre.
- Cómo es, cómo se ejerce esa injusticia.
- Consecuencias para unos y para otros.
- Tiempo que lleva esa situación.
- Nombrar al generador del mal y a los sufridores del mismo.
- Imaginar el futuro del que está caído, aplastado, asaltado, expoliado...

Primera tarea

La realidad de los empobrecidos es el gran reto, la llamada, el gran grito que nos trastoca, nos desinstala, nos provoca (remueve las entrañas), nos convoca (nos llama, aglutina, atrae), nos evoca (expresión de la situación de toda la realidad social de exclusión)...

3.4.2. *Aproximación, acercamiento a esa realidad*

- Ver, observar, descubrirla en su totalidad.
- Acercarse.
- Ponerse a su altura, nivel, situación.
- Conocer toda su realidad de sufrimiento, todas sus heridas.
- Comprenderle:
 - ¿Qué te pasó?
 - ¿Qué te duele ahora?
 - ¿Quién eres?
 - ¿Qué necesitas?
 - ¿Puedo ayudarte?
- Así se produce el encuentro de persona a persona, de corazón a corazón; ya que el asaltado, el marginado, es mucho más que «un matao», un necesitado de..., un hambriento, desprotegido, borracho, transeúnte, drogadicto, retrasado, extranjero..., es persona humana, con rostro, nombre, apellidos, historia, pasado, valores, cualidades, familia, sentimientos, potencialidades...

Segunda tarea

El estudio y conocimiento de la realidad no tiene como objetivo saber; tener los datos; siempre pretende ayudarnos a encontrar los caminos, los medios, para producirse el acercamiento y el encuentro con las personas.

3.4.3. *La acogida*

En el versículo 33 está la clave, el centro de la parábola «SINTIÓ COMPASIÓN» (= dejarse lastimar; dejarse afectar; con-moverse las entrañas...); ésta es la clave que posibilita

todo el proceso ulterior: La sintonía, el encuentro se produce en lo más profundo, en la aceptación y reconocimiento mutuo como personas, quedando ambas afectadas por la realidad de la otra. Sin esta conmoción de las entrañas por parte del que se acerca no se producirá el encuentro profundo, se mantendrán las distancias y todo lo que haya posteriormente será paternalismo, creará dependencia y aplastará aún más al asaltado.

«Solo se entra en el mundo de los empobrecidos por la puerta de la amistad, de la empatía; es la comunicación, la proximidad..., es la relación cálida y afectiva..., es lo que nuestra tradición llamó la fuerza y el principio de MISERICORDIA.

No hay auténtica solidaridad con el pobre si no hay amistad con él.

El principio-misericordia significa romper el anonimato, poner rostro, poner nombre a las personas. Amar es siempre sacar a alguien del anonimato. El amor da identidad, da valor, hace que alguien se sienta persona.»

(«Creciendo en Solidaridad con los empobrecidos», Joaquín García Roca.)

Tercera tarea

Sensibilización de los voluntarios de Cáritas y de la sociedad sobre la trascendencia de cada persona, por encima de su situación de pobreza o exclusión. Formar las conciencias para romper el esquema social «tanto tienes, tanto vales, tanto eres».

Para ello: Campañas de denuncia, de información sobre el ser y el quehacer de Cáritas, de sensibilización para la solidaridad y el compartir los bienes responsablemente: encuentros, celebraciones, charlas, cursillos, materiales de formación...

3.4.4. *La asistencia sanadora*

Ante las heridas descubiertas y reconocidas por el caído-asaltado y por el samaritano se produce una *asistencia inmediata*, urgente, innegociable para *curar* heridas, vendarlas, acariar dolores.

Cuarta tarea

Todos los servicios, gestos, actuaciones, donaciones, contraprestaciones, ayudas, proyectos... desde lo más sencillo que realiza un grupo de Cáritas Parroquial buscando recursos y poniéndolos al servicio para solucionar una situación problemática y urgente, hasta los proyectos desarrollados en casas de acogida, comedores, centros de día, residencias...

3.4.5. *Acompañamiento terapéutico-promoción*

A partir de lo cual:

- *Se hace cargo* de toda su realidad (solo, perdido, indefenso, medio muerto, abandonado en la cuneta...).
- *Carga sobre sí* con su problema, con su persona, con su vida, se lo apropia.
- *Se encarga de* buscar salidas, soluciones, protección, futuro, esperanza, medios y remedios... con él:
 - Casa = cobijo, techo, protección, seguridad.
 - Cama = descanso, serenidad, paz.
 - Compañía = ojos que miran, oídos que escuchan, boca que pronuncia palabras de consuelo, manos que tocan y transmiten presencia y calor humano.

Con las tres cosas, el asaltado puede recuperar lo más importante que le habían robado: su dignidad de persona huma-

na, con el respeto que como tal se merece, y la confianza en la condición humana. Pero esto sólo será realidad si las tres cosas son regaladas con CARIÑO, con delicadeza, ternura, gratuidad... desde el corazón. De lo contrario, sólo casa, cama y compañía no serán capaces de recuperar, de llegar a lo más profundamente trastocado de la persona asaltada: sus más íntimas entrañas.

Quinta tarea

Se trata de posibilitar a las personas las condiciones necesarias para poder reconducir sus vidas, ser ellos los protagonistas, recuperar la autoestima, las relaciones, hábitos, familia...

Esta tarea la desarrollan todos los programas, proyectos y servicios en los que se acompaña a las personas en todo el proceso de maduración, formación, recuperación e inserción familiar, social, laboral...

3.4.6. La Humanidad transformada: la comunidad cristiana

Por último, Jesús quiere dejar bien claro cuál debe ser la función del dinero: pagar los servicios realizados o por realizar para con el que estuvo en la cuneta. Con ello se pone precio a lo gastado, lo consumido, no a la persona, que además, ni llega a saber, no llega a enterarse de ello.

Aquí termina la parábola, que, tal cual está narrada, puede conducir a pensar legítimamente que esos asaltantes seguirán en el mismo sitio realizando la misma injusticia sobre otras personas confiadas.

Sin embargo, el proceso de la acción social termina con otra fase: la transformación de la realidad social para que ya no haya ni asaltantes ni asaltados.

Toda la realidad nueva de la comunidad cristiana, con la «dinamis» del Espíritu de Jesús, rompe radicalmente la realidad social basada en la diferencia y la exclusión por el poder, el tener y el querer. Textos paradigmáticos de esta realidad nueva pueden ser; entre otros muchos, Hechos 2, 42-47 y 4, 32-37, en el Nuevo Testamento y toda la realidad de estos últimos años en Latinoamérica, Asia y África con las pequeñas Comunidades, con tantos mártires entregados por hacerse compasivos y misericordiosos de tantos pueblos perseguidos y masacrados.

Sexta tarea

Aun siendo muy importante y válido todo lo anterior; si nuestra acción se quedara ahí le faltaría lo más importante: la invitación-propuesta a las personas y grupos empobrecidos a participar de la gran noticia que nos trae Jesús de Nazaret: la llamada a participar de la fiesta y compartir la alegría plena, sentados alrededor de la misma mesa de la fraternidad, reconociéndose hijos predilectos del mismo Padre y hermanos de todos los hombres y mujeres. (Lc. 4, 18-21.)

Para ello, Cáritas y toda la Iglesia tratan de hacer llegar la propuesta de Jesús a través de los procesos de evangelización, catequesis, celebraciones, voluntariados, encuentros, incorporación a grupos o pequeñas comunidades cristianas... a cuantos empobrecidos o excluidos pueda.

3.5. ***El Camino de la salud y la vida*** = luchar contra la enfermedad, que excluye y condena; contra la muerte, que vence, aplasta y separa. [Lc. 8, 40-56 (la hija de Jairo y la mujer enferma con hemorragias). Lc. 7, 11-17 (el hijo de la viuda de Nain)].

- Jesús va por la vida recorriendo caminos que le acercan (le hacen próximo) a los que el sufrimiento, la enfermedad, los que se aprovechan de la vulnerabilidad de los

demás, en soledad y la muerte, se adueñaron de sus vidas, se las robaron antes de tiempo, y los separaron de sus personas queridas.

- Jesús se acerca, encara la realidad, le hace frente y la contempla en su totalidad:
 - *Desde lo más exterior* = descubriendo los signos de exclusión, soledad, tristeza, muerte,...
 - *Más adentro* = enfermedad que duele, vence y separa.
 - *Hasta lo más profundo, su intimidad* = sentirse y vivirse condenada irremediabilmente, sin esperanza, hija del maligno, poseída, dividida, muerta...
- Jesús consiente en dejarse afectar, se com-padece, siente y llora ante toda la realidad descubierta que sufre la persona.
- Le duele tanto que no puede reprimir la reacción, no se puede quedar al margen, no puede seguir caminando, se queda «fijado»: el mal no puede seguir teniendo la última palabra, algo habrá que hacer con/por la persona...
- La fuerza del amor a la persona empobrecida revoluciona, moviliza las entrañas, da fuerzas para luchar y plantar cara, desarrolla la creatividad, hace vencer tabúes, reparos, miedos, costumbres, tópicos...
- Jesús no realiza gestos espectaculares, sorprendentes, milagros... para conseguirse la sumisión, la obediencia, el respeto de las personas; Él no ata a nadie, no sana y libera para después esclavizar; libera para una vida libre, sin dependencias ni ataduras, posibilita la relación nueva y libre de la persona con quienes le aman, con su futuro, con su historia...

Nosotros tendremos que acercarnos a los caminos y lugares de infierno, amargura, oscuridad, maldad impuesta, terror, de explotación y muerte antes de tiempo (cuando debiera crecer y desarrollarse la vida), para dejarnos afectar, tocar, encontrar, enternecer, remover las entrañas, las tripas... sin huidas, sin resistencias, venciendo las ganas de salir corriendo, permanecer y aguantar la lucha contra la maldad.

Nosotros tendremos que liberar las expresiones que esa experiencia nos produce, no castrarlas ni reprimirlas... porque son ellas el mejor y único puente de encuentro con la persona que sufre; abrazar; sonreír; llorar; tocar; besar; acariciar; contemplar quieto y en silencio... y PERMANECER ahí.

Nosotros tendremos que crear ámbitos en los que la injusticia y el mal no puedan entrar ni vencer; sino que vayan replegándose porque la caridad, la vida, la esperanza y el futuro van ganando el terreno.

3.6. ***El camino de la colaboración responsable en la evangelización de los empobrecidos y paralizados*** = cargar juntos con la persona y llevar la debilidad de los empobrecidos hasta la sanación. [Lc. 5, 17-26 (el paralítico llevado hasta Jesús y descolgado por el tejado).]

- Jesús, con su palabra y gestos esclarecedores, poniendo verdad en la historia y despertando conciencias libres, está continuamente enfrentándose al legalismo, la norma, las costumbres y a los que con ello sienten que se les tambalea su tinglado, su modo de vida, su mentira, sus privilegios.
- Éstos rodean a Jesús y quieren competir con Él para demostrar a los pobres quién sabe más, quién puede más, quién tiene a Dios de su parte.

- Éstos son los que, como tienen asegurada su vida, se pueden dedicar a elucubrar, fantasear, al palabrerío vacío e impersonal; son los que «ni comen ellos ni dejan comer a los demás»; los que se entretienen con Jesús, pero no se dejan cambiar ni lo más mínimo por Él; son los que estorban, los que se ponen delante, los que no dejan ver el rostro de Jesús y acceder a su presencia a los que lo buscan y necesitan...
- Era la mayoría del pueblo la que se encontraba en situación de postración, explotación y exclusión social y religiosa; mientras estaban divididos y enfrentados, llevando cada uno su carga, nada cambia, pero en este caso, cuando entre varios «cargan» con el más empobrecido y por su pasión, vencen todos los obstáculos hasta ponerlo delante de Jesús.
- La pasión de los que han llevado hasta Jesús al paralítico es confirmada por la pasión de Él sanándolo y liberándolo de toda dependencia, haciéndolo capaz de cargar con la causa de sus sufrimientos.

Nosotros tendremos que aprender a reconocer que con voluntarismo y por libre, la inmensa mayoría de las veces, somos incapaces de cargar con tanta injusticia y sufrimiento (lo normal es que los volquemos y caigan todavía más abajo).

Nosotros tendremos que aprender que cada persona empobrecida es sagrada, se merece un trato exquisito (¡es nuestro Señor!) y tener la garantía de que confiándose a nosotros, está segura, la protegemos y se convierte en la pasión de nuestra vida.

Nosotros tendremos que aprender a superar todas las dificultades, burocracias, requisitos, formalismos... de todos los

que dan la espalda y se desentienden de las personas que han puesto a ras del suelo.

Tendremos que descubrir y asimilar lo que significa *la solidaridad implicativa*: vincularnos con la/s persona/s en su proceso de salir de la postración y llegar a ser dueña de su vida, con todas las consecuencias, dándole palabra, y cumpliéndola, de caminar con ella hasta el final.

Tendremos que aprender que los predilectos del Señor Jesús son siempre los últimos, los que hemos desplazado más lejos o más abajo, siempre serán los que están más desvalidos; este debiera ser siempre el criterio operativo para los que somos sus seguidores: somos siervos enviados a los «cruces de los caminos» a buscar a los crucificados para llevarlos a la casa, al banquete, al encuentro con el amor misericordioso de Dios-Padre.

Tendremos que aprender, contemplando la actuación de Jesús, a descubrir detrás de una enfermedad, pobreza o sufrimiento todas las esclavitudes, ataduras, barreras, soledades... que arrastran las personas que han llegado a convertirse en «cadáveres andantes», personal sobrante para esta sociedad...

Tendremos que aprender a descubrir detrás de los rostros rotos a la persona; aprender a creer en ella como tal, que es mucho más de lo que en ese momento aparece; aprender a buscar la forma de contagiar a la persona «paralítica» tanto tiempo la certeza de que sus piernas están hechas para que camine, para que se haga cargo de su vida y de su libertad, creyendo en sí misma, escogiendo, decidiendo, y así irá siendo dueña de su vida, capaz de cargar con sus realidades problemáticas y no ser arrastrada por ellas.

3.7. **El camino de defender a los débiles y denunciar a los fuertes** [Jn. 8, 1-11 (la mujer «sorprendida en adulterio»)].

- Jesús, ante las situaciones complejas, que son auténticas trampas en las que tratan de hacerle caer, se tiene que posicionar; no se escabulle, se enfrenta a ellas, contempla a los implicados y sus implicaciones, las discierne (e invita a todos a hacer lo mismo), las ilumina con el silencio e invitando a todos a leer desde la escritura de Dios en la creación: «VIO DIOS QUE TODO ERA BUENO».
- Desde esa escritura, fuerza, lleva a cada uno a enfrentarse con la propia verdad de su vida desde el plan de Dios, «que no quiere la muerte del pecador, sino que viva».
- Jesús les devuelve la imagen real de lo que son = son hombres, no son Dios, sólo Él es dueño de la vida, solo Él es bueno y no peca; los hombres no somos Dios, tenemos derecho a equivocarnos porque libremente podemos elegir el no-amor (lo cual no hace cambiar el amor que Dios nos tiene, todo lo contrario, lo intensifica).
- Jesús no sólo denuncia a los causantes del acontecimiento, sino también al «soporte legal e histórico», que no es sino una rebaja inhumana del plan de Dios.

Nosotros tendremos que aprender y vivir con la conciencia de que el juicio, la condena, la exclusión, la muerte impuestas... a una persona, haya hecho lo que haya hecho, es:

- Rebajar su dignidad.
- Convertirla en objeto, en cosa.
- Apropiarse de su vida (pasado, presente y futuro) y truncarla.
- Un pecado gravísimo, un enorme dolor al autor de la vida.

Nosotros tendremos que seguir aprendiendo a contemplar toda la creación y a cada persona con los ojos del Creador = «... y vio que todo era bueno». Cada persona es sagrada y amada incondicionalmente siempre por Dios.

Nosotros tendremos que aprender a afrontar las situaciones y acontecimientos injustos con la conciencia de que no podemos ser neutrales y quedarnos en la mitad, o estamos con unos o con los otros. Tendremos que aprender a dar la cara por unos y a encarar a los otros.

Tendremos que dejarnos cuestionar, por los posicionamientos de Jesús, nuestras preferencias y nuestros preferidos, porque Él prefiere:

- A los débiles y no a los fuertes.
- A los pequeños y no a los poderosos.
- A la mujer adúltera y no a los hombres adúlteros.
- A los pecadores y no a los buenos cumplidores...
- ...

3.8. ***El camino del discipulado.*** [Lc. 24, 13-35 (Emaús, proceso para llegar al encuentro con Jesús resucitado y su comunidad nueva).]

- Jesús toma la iniciativa, se presenta y se pone a caminar junto a los que van por caminos oscuros, cargados de impotencia y desesperanza, de abatimiento, vencidos por las fuerzas malignas de los poderosos... en esos lugares donde hay queja y protestas por su ausencia (LA HISTORIA).
- Jesús trata de ayudar a sacar y objetivar la situación, a no vivirla con un sentimentalismo que la distorsiona, venci-

dos por los prejuicios, las estrecheces mentales nacionalistas o los temores que encierran, paralizan o llevan a la huida...

- Jesús interroga para poner nombre a los acontecimientos y unirlos, descubriendo así su relación y sentido profundo.
- Para reconocer a Jesús resucitado, para verlo (con mirada de fe, creyente), no basta conocer, saber los datos de su existencia humana, haber estado con Él y haber sido testigo de sus gestos y palabras; no basta la noticia de que está vivo, la fe de otros.
- Ese extranjero caminante les aporta el hilo conductor de todos los acontecimientos (LA PALABRA), soplo de aire sobre las brasas prácticamente apagadas de sus entrañas, que vuelven a calentarse (¿y si nuestro Dios no ha estado tan lejos de Jesús..., y si no lo abandonó, y si...?).
- Jesús (el pan vivo bajado del cielo) acepta pasar como hambriento y acoge la hospitalidad para compartir los bienes, bajo el mismo techo; su Palabra ha hecho renacer algo de la vida compartida cuando caminaron con Él, haciéndose prójimos del desconocido e invitándole a compartir el descanso y lo que tienen,
- A la Palabra, le acompaña el gesto, el SACRAMENTO, y unidos les hacen reconocer al Jesús con el que caminaron y ahora resucitado: Dios le ha confirmado y su entrega, su dejarse partir la vida, no ha resultado una ausencia, sino la PRESENCIA definitiva, que se hace visible en los caminos de la historia oscura, pobre e insignificante.
- Esta experiencia es el acontecimiento fundante de la fe en el resucitado de los discípulos, de toda comunidad,

entonces y ahora, experiencia que transforma, clarifica, fortalece, ilumina... , crea discípulos y comunidades nuevas, que no pueden seguir ya el camino anterior; no pueden guardarse la experiencia, y tienen que salir y llevar la gran noticia a los demás (LA MISIÓN).

Nosotros tendremos, posiblemente, que desarrollar la mirada sacramental para descubrir los caminos, los encuentros, las palabras, los gestos que hagan significativo y visible la presencia de Jesús acompañando a los empobrecidos.

Nosotros tendremos que dejarnos cuestionar la experiencia de la celebración de la Eucaristía:

- ¿Con qué personas o colectivos, aplastados y espantados, vencidos e impotentes, tristes y apesadumbrados..., nos estamos codeando..., cuáles son sus quejas y lamentos, sus angustias y tristezas..., o nos codeamos más bien con los causantes o consentidores de tales sufrimientos...?
- ¿Cómo es nuestra capacidad para caminar escuchando y acogiendo, sin prisas ni respuestas banales, con paciencia y respeto, recogiendo lágrimas y descubriendo heridas... y todo ello como privilegiados que pueden ser cireneos en nuestra historia...?
- ¿Cómo podríamos ir contagiando en todos los creyentes que tratamos de ejercer la caridad, la necesidad de *ir pasando de* vivir de manera compulsiva y obsesionado con tareas, trabajos, quehaceres, organización de servicios, funciones... *para entrar en* la conciencia y vivencia ministerial «en el nombre del Señor-Jesús» y desarrollar:
 - El ministerio de la acogida incondicional.
 - El ministerio de la escucha respetuosa.
 - El ministerio del acompañamiento permanente.

- El ministerio de la palabra buena y verdadera.
- El ministerio de los gestos significativos y liberadores.
- El ministerio del abrazo y el beso que vinculan y entranan.
- El ministerio de la entrega por/con amor a los pobres...?

● ¿Cómo hacer crecer la conciencia de que todo es don y gracia, que todo lo recibimos del amor gratuito de Dios, que poder contemplar y tocar las llagas de una persona empobrecida es un auténtico privilegio y, por tanto, la última palabra después de un encuentro con ella siempre debiera ser la nuestra, GRACIAS, MUCHAS GRACIAS?

3.9. *El camino del perdón, incondicional y misericordioso* (Lc. 15.)

- Nuevamente Jesús ejerce su misión evangelizadora, llevando algo profundamente bueno y nuevo que da motivos para la alegría y la fiesta: el perdón incondicional.
- Nuevamente Jesús vuelve a trastocar, a invertir las concepciones de los que se creen a bien con Dios y los que se consideran alejados irremisiblemente de Él:
 - Los fariseos y los maestros de la ley dividen, separan a las personas, al mundo, entre sagrado (los 99/9 justos, los buenos, que están es su sitio) y profano (una oveja, la moneda perdida, el hijo perdido, los malos); para Jesús, sin embargo la humanidad es indivisible, es una unidad, es una creación.
 - «A Dios (“en el cielo”) le produce mucha más alegría un pecador que cambia, que noventa y nueve justos que no sienten necesidad de cambiar», lo cual signifi-

ca que los perdidos, los más rotos, los que han sufrido más terriblemente la degradación, los que se han equivocado cogiendo caminos de alejamiento y separación de sí mismos y de los demás, cuando lo reconocen y desandan esos caminos, llegan a vivir tal experiencia de gozo, de alegría, de novedad que les da motivos para hacer fiesta con los demás, por la desproporción entre lo que se podían esperar y lo que reciben, es como un nuevo nacimiento.

Los seguros de sí mismos, no sienten necesidad de nada nuevo, no tienen motivos de agradecer nada porque no están dispuestos a recibir nada, no tienen capacidad para hacer fiesta, son tristes.

- Los primeros, los que se habían alejado, nunca dejan de ser hijos y así lo sienten en los momentos que son más conscientes de su realidad, por muy lejos que estén del Padre; y es precisamente el recuerdo (volver a sentir en el corazón) de la relación con el Padre como hijo, lo que da la confianza para volver (aunque sea por hambre, por añoranza, por interés). Los segundos, el hijo mayor, son los cumplidores, observantes de normas y leyes, que nunca se han sentido hijos, aunque no se hayan ido de la casa y sigan participando de la mesa; no saben ser hijo ni hermano.
- Pero el protagonista es el Padre; Él siempre está a la espera, es Él el que sale a buscar a los dos hijos, es Él el que quiere sentarlos a su mesa y hacer fiesta porque puede ejercer su ser más profundo: PADRE; este es el motivo de su alegría.

¡Cuántas personas empobrecidas que se han degradado tanto a sí mismas, por tantas causas y motivos, necesitan el agua fresca de la palabra que perdona, que limpia y sana sus

historias, que les absuelve de sus culpabilidades y temores, que les da confianza para mirar hacia el futuro y no sufrir y depender de su pasado! ¡Cuánto bien podríamos contagiar si descubriéramos el enorme potencial liberador, sanador, promocionador del perdón incondicional!

¡Cuánto nos costará tener muy presente y recordarnos a nosotros mismos, cuando le estamos escuchando a una persona que nos cuenta sus caminos de oscuridad, degradación, muerte... «si yo hubiera nacido, crecido, vivido las mismas experiencias, hubiera carecido de... me hubieran machacado de la misma forma... por lo menos estaría donde está ella, si no más deshumanizado»!

Nadie da lo que no tiene. Sólo si somos de los que hemos ido aprendiendo a reconocer nuestras equivocaciones; a aceptar que somos indigentes y necesitamos ayuda para comprender los acontecimientos y mantenernos en las decisiones tomadas; a mostrarnos débiles, desnudos de excusas y justificaciones; a reconocer lo que nos empequeñece, encierra y deshumaniza; a salir al encuentro de los demás con toda la verdad real por delante...; sólo si hemos ido aprendiendo a reconocer nuestra debilidad, nuestro pecado y a pedir perdón por ello... habremos entrado en la experiencia más profundamente renovadora, que es recibir un amor desproporcionado, inimaginable, que no lo merecemos y nunca lo hubiéramos esperado: el amor incondicional, compasivo con nuestra debilidad y que vuelca en nuestra pobreza-miseria todo el corazón de Dios.

Esta experiencia nos capacita para creer y esperar, sin condiciones previas, en los demás; nos capacita para empezar una y mil veces los procesos de liberación, de salida con los empobrecidos; nos va capacitando para desarrollar una paciencia sin límites, por la propia experiencia de la paciencia que Dios tiene con nosotros; nos fortalece para contagiar la fuerza del perdón.

3.10. ***El camino de acercarnos a contemplar a los pobres con mirada resucitada.*** (Pedro, Juan y el paralítico, Hechos 3, 1-11.)

- Después del encuentro y la transformación del Resucitado, los apóstoles no son los mismos; a lo que antes estaban acostumbrados y lo veían normal, ahora les sorprende, paraliza, desconcierta, rompe interiormente y los fija en una certeza: Dios no puede querer la exclusión social o religiosa, no puede estar contento viendo a personas fijadas al suelo, dependientes, sin capacidad de ninguna decisión libre, sin poder alabarle, sin motivos para agradecerle nada...
- Pedro y Juan ahora tienen capacidad para contemplar la vida del paralítico en su totalidad, para com-padecer con él sus sufrimientos y dependencias, se identifican con la marginación que sufre y sus amarguras... Recuerdan que ese hombre fue creado para alabar y dar gloria a Dios por ser hijo y miembro de su familia y, sin embargo, se tiene que quedar a la puerta del Templo sin poder pasar:
- Juan y Pedro se encaran con él, lo miran, hablan con él, no le ponen precio dándole dinero, para que no siga fijado al suelo y dependiendo de lo que le echen (¡ni se lo ponen en la mano, para no tocarlo!).
- Pedro y Juan comparten con él lo que son, lo que viven y sienten, lo que han recibido, lo más valioso, el regalo más importante: la pasión de Jesús por los crucificados y su fe en la fuerza del amor y de la vida.

Nosotros tendremos que renovar continuamente nuestra capacidad de sorpresa, asombro, dolor, pasión... para no acostumbrarnos y aceptar la marginación como algo inevitable.

Nosotros tendremos que aprender a descubrir que la persona siempre es mucho más de lo que aparece, de lo que dice de sí misma, de lo que es capaz de hacer... Lleva unas potencialidades que si acertamos en la manera de apoyarle con la mirada, la palabra, el gesto, la invitación a salir de... puede ponerlas en funcionamiento y realizarse auténticos milagros (¡con tu quiero y mi puedo, vamos juntos compañeros!, decía la canción).

3.11. ***El camino de la solidaridad universal, vivir con la urgencia de formar la familia de los hijos/as de Dios, sin excluidos*** (Mt. 28, 16-20; Hechos 8, 4-5. 26-40; 13, 1-4).

Así como la causa fundamental de la pobreza, la marginación, la incultura, la explotación, la muerte prematura e inhumana es la misma en los países del Norte y del Sur: el enriquecimiento, el derroche, el despilfarro de unos cuantos a costa del empobrecimiento a todos los niveles, que se va extendiendo y afectando a la mayoría (aunque tenga distinta intensidad y cantidad en el Norte que en el Sur); el proceso de liberación y de crecimiento de la solidaridad, tiene que ir irremediablemente unido entre los países y pueblos del Sur y del Norte. El objetivo del mismo no puede quedarse en «hacer llegar las sobras para un desarrollismo dependiente», sino la evangelización radical que transforme el fondo y la superficie de nuestra vida:

- Todos los seguidores de Jesús somos «misioneros-enviados»; nuestra tarea es hacer presente la misericordia de Dios-Padre, «hacer gestos sanadores en su nombre», hablar en su nombre; no podemos quedarnos ni entre los más cercanos, ni en poner parches asistencialistas.

- Todos somos enviados a evangelizar, a testimoniar la presencia de Jesús resucitado, a darlo a conocer y proponerlo como el único que puede hacernos vivir el placer, la alegría de la vida humana plena y compartida.
- Todos somos enviados a recorrer los caminos por los que tanta gente va tan despistada y buscando «alguien que le dé palabras verdaderas, respuestas profundas, propuestas de vida...»
- Si hacemos este camino con paciencia y respeto, siendo testigos y respondiendo a las preguntas que se nos hagan, haciendo visible, como Iglesia, que vivimos compartiendo y no acumulando, anunciando otros valores y denunciando las causas y los causantes de las pobrezas, mostrando un rostro del Padre que acoge y se compadece, el Espíritu irá fortaleciendo la fe de las personas y de las comunidades, haciendo más visible la vida y la justicia del Reino de Dios entre nosotros.

CONCLUSIÓN

Tendremos que seguir acogiendo y meditando, con todas las consecuencias, posiblemente la carta más lúcida y profunda de nuestros obispos que más nos puede ayudar a descubrir cómo ser evangelizados por los pobres y cómo compartir con ellos la vida renovada, «La Iglesia y los Pobres».

«Unas veces, desde su protesta; otras, desde el silencio; tanto desde el lejano Tercer Mundo como desde el llamado «Cuarto Mundo», tan cerca de nosotros, en nuestra misma sociedad, los pobres, los marginados e indigentes nos lanzan una llamada, un grito de socorro y de auxilio. ¿Quiénes son?

¿Dónde están? ¿Cómo viven o malviven? ¿Cuáles son las causas de su lamentable situación y cómo buscar entre todos alguna solución?...

La Iglesia debe escuchar con oídos de fe ese grito de los pobres, oyendo en su clamor la voz del *Siervo de Yahveh*, del Hijo de Dios que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, llamó *bienaventurados* a los pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos, y advirtió que tomaría como hecho a su misma persona lo que hiciéramos con ellos...

La Iglesia está para solidarizarse con las esperanzas y gozos, con las angustias y tristezas de los hombres. La Iglesia es como Jesús, para «evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido». Y para decirlo de una vez y en una palabra que resume y concreta todo: el mundo al que debe servir la Iglesia es para nosotros preferentemente el mundo de los pobres...

En la Encíclica *Dives in misericordia* escribe Juan Pablo II: «La Iglesia vive una vida auténtica cuando profesa y proclama la misericordia, el atributo más estupendo del Creador y Redentor»...

Por tanto, la actuación, el mensaje y el ser de una Iglesia *auténtica* consiste en ser, aparecer y actuar como una *Iglesia-misericordia*; una Iglesia que siempre y en todo es, dice y ejerce el amor compasivo y misericordioso hacia el miserable y el perdido, para liberarle de su miseria y de su perdición. Solamente en esa Iglesia-misericordia puede revelarse el amor gratuito de Dios, que se ofrece y se entrega a quienes no tienen nada más que su pobreza.

DIMENSIÓN PROFÉTICA DE LA CARIDAD

CARMEN CALZADA
Directora de Cáritas Diocesana de Salamanca

La revista CORINTIOS XIII quiere elaborar un número especial con motivo del Año de la Caridad - 1999. Quiere seguir ahondando en el documento «Reflexiones sobre la identidad de Cáritas». Se me pide un artículo relativo a la «Dimensión Profética de la Caridad» a modo de comentario-reflexión sobre el apartado II.3.

El apartado II de la Reflexión sobre la Identidad de Cáritas trata del ministerio de la caridad en la vida y misión de la Iglesia y hace referencia a la especificidad del ministerio de Cáritas.

Ya es importante situar el ministerio de Cáritas en el corazón mismo de la misión de la Iglesia que busca ser fiel a su Señor que «fue enviado por el Padre a anunciar la Buena Noticia a los pobres..., a sanar a los de corazón destrozado» (Lc. 4,18).

El apartado procede a modo de aproximaciones y habla de las dimensiones del ministerio de la Caridad: 1) Dimensión Eclesial; 2) Dimensión Evangelizadora; 3) Dimensión Profética; 4) Dimensión Universal.

El núm. 3, sobre la Dimensión Profética, tiene a su vez dos subdivisiones:

3.1. Compromiso por la justicia.

3.2. Dimensión sociopolítica del profetismo.

El contenido que se encierra en 3.1. «Compromiso por la justicia» se puede resumir en los siguientes puntos:

- El amor preferencial por los pobres exige el compromiso por la justicia.
- Una Iglesia pobre y de los pobres.
- La opción preferencial por los pobres en clave de solidaridad a escala personal, nacional e internacional.
- La caridad reclama la implantación de la justicia y de una «justicia en grado mayor».

A su vez, se puede resumir el contenido del 3.2. «Dimensión sociopolítica del profetismo», en los siguientes puntos:

- Dimensión sociopolítica del compromiso cristiano.
- El ministerio de la caridad como oído de la Iglesia y análisis de la realidad.
- Compromiso sociopolítico de los laicos.
- Los empobrecidos, «sujetos agentes» de su propia historia.
- La revolución del amor.
- Cáritas, diaconía de la Iglesia.

Al final del 3.2. se dice que Cáritas «asume, como compromiso vital, anunciar y proponer la utopía cristiana, que abre el horizonte a la esperanza de alcanzar una persona y una sociedad nuevas: que serán realidad por el empuje, ciertamente, de nuestros compromisos humanos, pero también, y sobre todo, por la fuerza del Espíritu».

D. Juan José Omella dice en la presentación del Documento sobre la «Identidad de Cáritas» (Cfr. págs. 7-8): «Confío en

que el mismo aliento del Espíritu que ha avivado la llama de esta reflexión al hilo del Cincuentenario de Cáritas y de la celebración del Gran Jubileo, alimente también la propagación y profundización de estas páginas... El amor misericordioso de Dios, el Espíritu Santo, no dejará nunca de acompañar y conducir a la Iglesia, cimentando, haciendo surgir modos concretos, diversos, complementarios de servicio, ayuda, defensa, promoción y alivio de la azarosa condición humana... Él es nuestra ley y nuestra paz».

Son de agradecer estos apuntes, porque pienso que no se puede hablar de dimensión profética sin situarse desde el principio en el contexto del Espíritu y del Espíritu del Señor.

EL ESPÍRITU DEL SEÑOR JESÚS

Todos hemos de superar el lugar común de que el Espíritu es el gran ausente de la Iglesia. Sabemos y confesamos que la Iglesia nace del Espíritu, es Santa por el Espíritu: vive, crece, evangeliza... por el Espíritu de su Señor Jesús.

Mgr. Neophytis Edelby decía en un discurso que marcó toda una época en el Concilio Vaticano II que «no se puede separar la misión del Espíritu de la misión de la Palabra hecha carne y de la misión de la Iglesia».

Y es que en verdad «...El Espíritu es un “viento divino” (Gen 1), la fuerza elemental que invade tumultuosa al héroe Sansón y le empuja a las hazañas salvadoras de su pueblo: El Espíritu convergía de los cuatro puntos cardinales y vivificaba los huesos áridos que Ezequiel el profeta contemplaba: el Espíritu es también el aliento de Dios que vivificaba a Adán, y la

brisa suave que enjugaba la angustia de Elías, y el cuádruple viento dócil que se posa sobre el retoño de Jesé, y el viento huracanado y las lenguas de fuego el día de Pentecostés, y el fecundador de la joven virgen María, y el apuntador en voz baja de la invocación “Abba” = “Padre” en el corazón de los creyentes, y el derrochador de dones y carismas en la Iglesia..., y el Abogado y defensor de quienes buscan poner en práctica el mandamiento único del Señor: “amaos los unos a los otros como yo os he amado”, y...» (L. A. Schökel).

Así y todo lo que queramos de más es el espíritu: fuerte y libérrimo, activo y múltiple, presente e invisible: «...sopla a donde quiere, escuchas su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va» (Jn 3, 8).

Es es este contexto dinámico y abierto que hemos de situar todas las realidades proféticas que necesitan la «invocación» continua del Espíritu para que los acontecimientos, las palabras, los silencios, las actitudes, los caminos, los compromisos, las realidades, etc., sean reveladores y salvadores.

A nadie se nos oculta que el contexto del Espíritu encuentra en la vida de Jesús su personificación más fuerte: nacido por obra del Espíritu de una madre-virgen (Lc 1, 35, 37), impulsado en su vida por el Espíritu: bautismo, tentaciones, milagros, predicación, elección de los discípulos, evangelización de los pobres y pecadores, fidelidad a la voluntad del Padre hasta la Cruz. Y será el Espíritu quien le resucite de entre los muertos (Rom 8,11) y le dé una vida gloriosa. Y será el mismo Espíritu quien ponga en camino «hasta los confines del mundo» a su Iglesia.

Esta relación entre Jesús y el Espíritu nos lleva a la misteriosa relación de amor entre el Padre y el Hijo en el mismo

Espíritu. Este es el hontanar más hondo de nuestra fe y la fuente mayor de nuestra confianza.

El Espíritu del Señor Jesús nos moldeará a los creyentes a su imagen y reproducirá en nosotros los rasgos, las palabras y las acciones de Jesús.

Y el servicio decisivo del Espíritu a la Iglesia es el de volverla totalmente hacia su Señor: mantenerla en comunión con Él (1.ª Cor 12, 3): remitirla a la persona viva de Jesucristo en quien está toda la verdad (Jn 16, 13). El Espíritu «enseña y recuerda» a la Iglesia lo que Jesús «dijo e hizo» (Jn 14, 26).

Según la bella expresión de S. Irineo, la Iglesia ha de dejarse moldear por «las dos manos del Padre» (Adv. Haer. V. 6.1.): la manifestación del Hijo Encarnado y la acción constante, universal, transformadora, dinamizadora del Espíritu.

Es el Espíritu del Señor quien impulsa a la Iglesia a la misión de anunciar la Buena Noticia de Jesús y al servicio del Reino: «Igual que el Padre me ha enviado a mí, os envío yo también a vosotros. Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 21-22).

El Espíritu siempre impulsa a la Iglesia fuera de sí misma, haciendo de ella una comunidad misionera. Y la Iglesia va adquiriendo su propio ser en esta misión.

Los Hechos de los Apóstoles presentan y resaltan la «parresia = el coraje = la audacia» para la tarea evangelizadora y misionera como uno de los primeros frutos del Espíritu del Señor (Hech 2, 29; 4, 13, 29, 31; 9, 27-28; 13, 46; 14, 3; 18, 26; 19, 8; 28, 30-31). Esta audacia y confianza, regalos del Espíritu, han de moldear nuestro estilo de entender y vivir hoy la misión cristiana.

El Espíritu es también principio de comunión-koinonía para toda la Iglesia: es Él quien enraíza y fundamenta la familia de

los hermanos y seguidores de Jesús. Y lo hace abriendo espacio a los diversos dones, ministerios y servicios (Ef 4, 3; Hech 2, 11 ss).

También es el Espíritu quien, al igual que a Jesús, impulsa a su Iglesia a ser Buena Noticia de Dios para con los pobres y excluidos. Más que de un impulso sería mejor hablar de una Unción-Confirmación. La Iglesia o es de y para los pobres o deja de ser la Iglesia ungienda por el Espíritu de Cristo.

A nadie se nos oculta que el anuncio de la Buena Noticia a los pobres y excluidos es esencial al ser y a la misión de Jesús. Lucas lo dice con toda claridad en la escena programática de la sinagoga de Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungiendo. Me ha enviado a dar la Buena Noticia a los pobres... (Lc. 4, 16 ss).

El Espíritu unge a Jesús para restablecer el Reino de Dios y su Justicia, para expulsar el mal que oprime y deshumaniza.

La primera comunidad se siente continuadora de la misión del Maestro que, «ungido por Dios con la fuerza del Espíritu, pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo» (Hech 10, 38).

La historia y tradición cristianas están llenas de magníficas páginas y ejemplos del compromiso con los pobres. No es el momento de hacer historia. En nuestros días, el Papa Juan Pablo II cree que esta opción es trascendente: «La nueva evangelización no sería auténtica si no siguiera las huellas de Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres...: si no hay anuncio efectivo y eficaz de la Buena Noticia a los pobres, ¿qué es lo

que estamos anunciando? Si no hay solidaridad, defensa y lucha por los “nuevos pobres”, ¿dónde está la novedad de la nueva evangelización?» [Homilía en Viedna (Argentina), 7-4-1987.]

CÁRITAS, «ACCIÓN PROFÉTICA» DEL AMOR DE LA IGLESIA

Los libros proféticos de la Biblia están llenos de relatos que narran «las acciones» que los profetas realizaban impulsados por el espíritu del Señor para anunciar, simbolizar o hacer presente la intervención de Dios.

Me gusta ver las acciones de Cáritas desde esta perspectiva. Cuando Cáritas hace el análisis de la realidad en los barrios, en la sociedad..., cuando acoge, escucha, respeta la dignidad de las personas, le implica personalmente en los problemas y en las soluciones, anima a la comunidad en el camino de la caridad y la justicia, denuncia y lucha contra todas las formas de injusticia, trabaja en equipo, se coordina con otras instituciones, cuenta con el voluntariado, etc., es «una gran acción profética» de la Iglesia que «espera siempre un cielo nuevo y una tierra nueva, en que habite la justicia» (2 Ped. 3, 13).

Cáritas no es ni una asociación, ni un movimiento, ni una simple organización, sino la diaconía de la Iglesia (Cfr. Documento pág. 37). Una Iglesia que busca identificarse con la imagen de una Iglesia «esclava-servidora» (Jn 13) y «samaritana» (Lc 10, 25-37). Cáritas es el oído de la Iglesia que escucha los gemidos de cuantos son excluidos y silenciados y que busca promover el cambio social, tanto en las estructuras como en los mecanismos y cimientos que los sustentan.

CÁRITAS, COMPROMISO POR LA CARIDAD Y LA JUSTICIA

A la Iglesia se le abre un camino para hacer visible en el mundo «que lo más importante es el amor» (1 Cor 13). De la mano de la fe y la esperanza ha de «perseverar» en el camino del amor: «En la perseverancia alcanzaréis la vida» (Lc 21, 19).

La Iglesia no puede dejar de soñar, esperar y buscar «ese cielo nuevo y esa tierra nueva, en que habite la justicia» (2 Ped 3, 13). Además creemos que el mañana está ya apuntando en el hoy. Cada día anticipa un poco la meta. Cada día se realizan un poco los sueños: W. Benjamín dice: «en razón de los desfavorecidos se nos ha concedido la esperanza».

Somos discípulos del Viviente: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Lc 24, 6).

El Espíritu del Señor nos regala el creer en un Dios y en un Señor de vivos y no de muertos. Es el fundamento de nuestra esperanza: «El Espíritu es vida a causa de la justicia...», si somos hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, si compartimos sus sufrimientos, para ser también con Él glorificados... la creación espera ansiosa la revelación de los hijos de Dios... en la esperanza de ser liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios... nuestra salvación es en esperanza... ¿quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?... nadie podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (Rom 8).

El Documento *Sobre la identidad de Cáritas* une Caridad y Justicia en la opción preferencial por los pobres. No puede ser

de otra manera cuando ya lo hace la Sagrada Escritura: «Quien no practica la justicia, o sea, quien no ama a su hermano, no es de Dios» (1 Jn. 3, 10). Es la doctrina general de los Papas en sus encíclicas y documentos y también en continuidad con las palabras del maestro que une los dos mandamientos: El amor a Dios y el amor al prójimo.

Al igual que nunca es lícito hacer separación entre el servicio a Dios y el servicio al hermano, tampoco cabe separar caridad de justicia. Una caridad que no comenzase por dar a los otros lo que es de justicia, sería una impostura. Un pretendido amor a Dios que no incluya una pasión por la justicia entre los hombres no tendría nada que ver con el amor cristiano.

Juan Pablo II repite con frecuencia que uno de los grandes pecados de nuestro mundo es el pecado de injusticia, que engendra innumerables pobreza y exclusiones. Nos repite que no es la injusticia el destino de los seres humanos, sino la justicia, y una justicia para todos. Si vivimos en una sociedad donde hay explotaciones y exclusiones o se vive en condiciones incompatibles con la dignidad humana, seremos responsables y estaremos obligados a hacer cuanto esté a nuestro alcance para cambiar la sociedad y sus estructuras injustas. Las estructuras injustas son una forma bien concreta del pecado de injusticia.

Juan Pablo II ha escrito muchas páginas sobre el vínculo que todos tenemos —cada uno de los miles de millones que poblamos la Tierra— como Hijos de Dios en Cristo, para desarrollar de forma plena el ser «imagen y semejanza de Dios» (vg. R. H. 13-17).

Todos estamos obligados a trabajar por la dignidad de la persona y por la justicia.

En la *Populorum Progressio* (prácticamente en toda la Encíclica y en A.A. n.º 8) se dice : «Dondequiera que haya hombres carentes de alimento, vestido, vivienda, medicinas, trabajo, instrucción, medios necesarios para llevar una vida verdaderamente humana, o afligidos por la desgracia o por la falta de salud, o sufriendo el destierro o la cárcel, allí debe buscarlos y encontrarlos la caridad cristiana, consolarlos con diligente cuidado y ayudarles con la prestación de auxilios. Esta obligación se impone ante todo a los hombres y a los pueblos que viven en la prosperidad. Para que este ejercicio de la caridad sea verdaderamente irreprochable y aparezca como tal, es necesario ver en el prójimo la imagen de Dios, según la cual ha sido creado, y a Cristo, Señor; a quien en realidad se ofrece lo que al necesitado se da: respetar con máxima delicadeza la libertad y la dignidad de la persona que recibe auxilio: ... cumplir antes que nada las exigencias de la justicia; para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia; suprimir las causas, y no sólo los efectos, de los males, y organizar los auxilios de tal forma que quienes los reciben se vayan liberando progresivamente de la dependencia externa y se vayan bastando a sí mismos».

Ya en 1971 los Padres del Sínodo se reunieron para abordar la siguiente pregunta: «¿Cuál es la misión de la Iglesia en la tarea de establecer la justicia en el mundo?» Ellos hicieron un elenco de las grandes injusticias que llenaban el mundo en la gran red de opresión que aplasta la libertad y que hacen imposible para muchos vivir una vida mejor en igualdad y fraternidad.

Y constatan a la vez «un hambre de justicia» que llena el corazón de los seres humanos a través de todo el mundo. Y estamos llamados a proclamar este mensaje del Evangelio.

E insisten en que la acción a favor de la justicia pertenece esencialmente a la misión evangelizadora (cfr. Intr: al Doc. Sin).

Sólo un falso concepto de la escatología cristiana ha sido capaz de proyectar una duda sobre la misión de la Iglesia en pro de la justicia en este mundo. Es fundamental creer que la plena salvación del hombre por medio de la gracia de Cristo comienza ya aquí, en nuestro mundo.

También los Papas Pablo VI y Juan Pablo II confirman y desarrollan ampliamente estas doctrinas (cfr. *Evang. Nuntiandi*, n.º 29-38; *Laborem Exercens*, n.º 8...).

«Buscar la justicia es abrirse camino con los derechos humanos en medio de la selva de la violencia y de la fuerza. La justicia es la atmósfera de la auténtica libertad, de la realización humana, se convierte así en la primera condición para la vida... La injusticia es el origen de la alienación del hombre, de la pérdida de su sentido. En la medida en que creamos en la mujer y el hombre, trabajemos por la justicia (Cfr. *Marcha por la Justicia y la Paz*, pág. 24).

CÁRITAS, DIMENSIÓN SOCIOPOLÍTICA

El Documento subraya que la Caridad, que busca el pleno cumplimiento de las exigencias de la justicia en todo el ámbito social, se encuentra inexorablemente con la dimensión sociopolítica que nace del propio dinamismo del compromiso cristiano.

Pío XII ya empleó la expresión «caridad política» y nuestros obispos entienden «un compromiso activo y operante, expresión del amor cristiano a favor de los demás, especial-

mente de los más necesitados, y a favor de una sociedad más justa y fraterna» (CVP 61).

En los años 60 muchos cristianos percibieron que la teología que les había llegado cojeaba en su dimensión política.

La modernidad presentaba a la Iglesia tres grandes desafíos:

- La Ilustración, o mayoría de edad del individuo.
- El Socialismo, o mayoría de edad de la clase oprimida.
- El Existencialismo, o el absurdo que el hombre encuentra cuando el hombre se erige como único centro del universo, cuando se halla solo en el mundo sin puntos de referencia mayores a él.

Con muchas dificultades, pero también con cierta celebridad, muchos cristianos se fueron abriendo a estas tres grandes novedades: quisieron vivir cristianamente su condición de «hombres del siglo XX» sin añorar ningún pasado mejor.

Tanto en Europa como en América Latina se vivió la necesidad de dar respuesta desde la fe a realidades políticas que resultaban opresoras para una gran multitud de personas. Se fue percibiendo que el Señor nos libera en todos los aspectos de nuestra realidad humana: todo el hombre queda redimido, también nuestro «hombre político».

Y se fue percibiendo que la verdad de la fe no sólo pasa por la correcta formulación doctrinal (= ortodoxia), sino también por la correcta vida práctica (= ortopraxis).

La teología política nace en buena medida como respuesta al reto del marxismo. Éste acusaba a la religión de ser «el opio del pueblo». Y los cristianos «políticos» del siglo XX han intentado mostrar con sus vidas que la fe cristiana auténtica no

sólo no es opio del pueblo, sino que es la mayor fuente de humanización que el hombre pueda encontrar.

El método de lectura creyente de la realidad consistirá en ver cómo el Señor está en el interior más profundo de todas las realidades y mostrar que la Humanidad sólo es humana en la medida en que se apoya en Dios.

Esto supone una «espiritualidad exigente»: hay que experimentar la presencia del Espíritu y abrirse a su acción en la persona, en la comunidad y en la historia. Una acción del Espíritu que se va desplegando en la rica Tradición Eclesial.

Tradición que desarrolla dos dimensiones fundamentales: la del servicio y la de la celebración: Acción y Liturgia. Transformación y Celebración. ¿Cómo sirve y cómo celebra? ¿Cómo transforma y cómo reza? ¿Es de verdad transparencia del Dios de Jesús en nuestro mundo?

Cáritas es presentada por el Documento como el oído de la Iglesia que escucha los gemidos sin palabras de quienes han sido silenciados. Se sitúa Cáritas en conexión con la declaración conciliar: «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (GS 1; LG 23; AG 20; CD 13; PO 20).

Los obispos lo entienden de la misma manera cuando afirman en el Sínodo Extraordinario con motivo del XX aniversario del Concilio Vaticano II: «Denunciar, de manera profética, toda forma de pobreza y opresión, y defender y fomentar en todas partes los derechos fundamentales e inalienables de la persona humana» (Relación final, 6).

Se impone, pues, leer «los signos de los tiempos a la luz del Evangelio». Juan Pablo II, durante una de sus visitas a los EE.UU., decía: «No os dejéis intimidar o desalentar por explicaciones simplistas, que son más ideológicas que científicas, y que tratan de dar razón de un mal complejo por una causa única. Pero tampoco retrocedáis ante las reformas —incluso profundas— de las actitudes y estructuras, que resulten necesarias en orden a recrear una y otra vez las condiciones requeridas por los desafortunados, si es que ellos han de tener una nueva posibilidad en la dura lucha por la vida».

El Papa estaba haciéndose eco de las ideas de dos grandes creyentes: el cardenal Cardijn y el Papa Pablo VI. El primero instaba a los jóvenes cristianos a «ver/juzgar/actuar, poniendo el acento no sobre lo que era obviamente visible, sino sobre las raíces de las situaciones sociales. Y el Papa Pablo VI lo decía con claridad aún mayor: “Es a las comunidades cristianas a quienes corresponde analizar con objetividad las situaciones peculiares de su propio país para proyectar sobre ellas la luz de las inalterables palabras de Evangelio y para sacar de la enseñanza social de la Iglesia los principios de reflexión, normas de juicio y directivas de acción”» (*O. Adveniens*, 4).

Cáritas tiene la experiencia acendrada en la utilización del análisis social como instrumento adecuado en el conocimiento de la realidad y en la transformación social.

Cáritas propone el camino de la animación comunitaria. Nuestro mundo es demasiado grande y los problemas demasiado complejos como para seguir haciendo cada uno camino por su cuenta. Cáritas quiere que todos sean «sujetos agentes» de su propia historia en la búsqueda de la revolución del amor (SRS) de la que habla Juan Pablo II.

La pobreza, la injusticia y la exclusión se están multiplicando de manera alarmante. Pero quizá el fenómeno social más difundido y más serio es la erosión y desintegración de la convivencia. No es por casualidad que los Estados totalitarios sean poco favorables a las comunidades intermedias entre el individuo y el Estado.

La historia brota de las acciones de los individuos, pero sobre todo de las de los grupos organizados de todo tipo: político, cultural, financiero, religioso, social... Esta percepción de la responsabilidad comunitaria debe llegar a ser un elemento constitutivo de la fe en las comunidades locales. Ser sujetos de la historia sólo lo podremos ser como miembros comprometidos de una comunidad. Esta comunidad deberá disponer de los medios que capaciten a sus miembros para situarse juntos en un contexto histórico. Ellos tendrán que ser capaces de hacer una evaluación crítica de la sociedad, incluyendo el papel y función que desempeñan en ella.

Tendrá que ser una comunidad capaz de discernir, de optar y de actuar como comunidad, en tal forma que lo que sus miembros sepan y crean esté vinculado con una transformación real de ellos mismos y de su mundo: comunidades «signo» de una sociedad diferente, un signo de lo que cabe esperar cuando las relaciones humanas se definen en términos de comunión, de solidaridad, en signo de una sociedad basada en el compartir más que en el poseer, en el ser más que en el tener. ¿Es esto posible? Una sociedad transformadora como la descrita, ¿es una meta y esperanza legítima? La Historia permite responder afirmativamente.

Son muchos los que afirman que el futuro de la persona y de la sociedad tiene que llegar por los caminos de la soli-

daridad. La *Sollicitudo Rei Socialis* dice: «La solidaridad es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos» (SRS, 38).

La solidaridad, comenta M. Vidal, «ha comenzado a constituirse en el horizonte axiológico de la Humanidad en este final de siglo... solidaridad entre individuos, grupos, naciones y entre grandes ámbitos de la realidad humana» (*Para comprender la solidaridad*, EVD, 1996).

Para Adela Cortina solidaridad es «ponerse en lugar del otro», y para J. García Roca, «un modo de ser y de comprender como seres humanos, que consiste en ser unos para otros, vivir unos con otros y hacer unos por otros».

La solidaridad aparece como virtud ecuménica. Tratándose de ayudar a los pobres, todas las manos y todos los corazones deben ir unidos, no importan colores, credos, fronteras...

Trabajar juntos en un proyecto solidario hace bien a todos porque acrecienta la mutua estima, la comprensión y la unidad. El servicio produce comunión-koinonía.

De aquí la importancia de la educación para la solidaridad: somos en la medida en que nos relacionamos y nos responsabilizamos de los otros. Somos más en la medida en que nos damos más. Darse es amor y Dios es amor.

El Estado de Bienestar fue pensado preferentemente en clave de libertad. Es un valor muy importante, pero es necesario añadir los valores de la igualdad, la dignidad, la fraternidad para conseguir el Estado de Solidaridad.

Y no sólo el Estado, tendrá que ser toda la sociedad quien se impregne del espíritu solidario, que mueva y comprometa a todo tipo de instituciones y asociaciones.

Sobre la cultura del mercado, hemos de comprometernos en fomentar la cultura de la solidaridad y gratuidad. Lo que realmente gratifica no es el tener; sino el ser; no el consumir; sino el compartir; no el ganar; sino el ayudar; no el vivir para sí, sino para los demás.

Es aquí donde tiene su puesto una de las realidades más importantes y más bonitas de nuestro tiempo: el Voluntariado.

El Voluntariado está caracterizado por la solidaridad y la gratuidad. El voluntario aporta su persona, sus dones y su tiempo. «Dar implica hacer de la otra persona un dador, y ambos comparten la alegría de lo que han creado... el amor es un poder que produce amor» (E. Fromm). «Hay mayor alegría en dar que en recibir» (Jesús).

Cáritas hace suyas las palabras de Juan Pablo II sobre el Voluntariado:

«Queréis ser “voluntarios en el mundo”. Esto lleva a pensar en el papel fundamental que, junto con las instituciones públicas, desempeñan en varias partes del mundo los organismos de Voluntariado. Sus miembros brindan de modo directo y gratuito su servicio a sus hermanos, especialmente a los necesitados y marginados. Su objetivo es salir al encuentro de quienes se hallan en dificultad, para ayudarles a recorrer un camino de liberación y promoción auténticamente humanas.»

El título «voluntarios en el mundo» hace pensar en vuestro papel, pero antes aún en la inspiración que os anima, ya que si tenéis la «voluntad» de «estar en el mundo» no para obtener

beneficios sino para prestar un servicio, esto responde ciertamente a una llamada ideal. Por tanto, vuestra obra es asunción de responsabilidades ante vuestro prójimo y expresión de vuestro compromiso generoso para hacer que crezca en el mundo la cultura del amor... Ser «voluntarios en el mundo» para un proyecto de liberación del hombre y de promoción eficaz de su dignidad, supone un arraigo constante en el patrimonio de valores que, a lo largo de los siglos, el Evangelio ha inspirado, alimentado y sostenido. ¡Cuántos, recurriendo a estas límpidas fuentes, han sabido ser testigos auténticos de la caridad, constructores de paz y artífices de justicia y solidaridad!

[Juan Pablo II a la Fed. de Organ. Crist. de Serv. Internac. Voluntario (FOCSIV), 22-2-97. *Ecclesia* 2.849 (12-7-1997).]

Cáritas no puede verse desde otra perspectiva que no sea la de la «creencia». Jesús y la Iglesia nos convocan «a la empeñada búsqueda de lo real» (Jiménez Lozano), pero de forma humilde y confesante.

Esto significa ante todo «ser» y «estar» en el mundo real y no en la excepción o en la anécdota de la realidad.

Vivir real y humanamente desde la perspectiva del Buen Samaritano significa siempre para Cáritas encontrarse con los heridos del camino (en este encuentro se decide lo verdaderamente humano) y no dar ningún rodeo como hacen el sacerdote y el letrado de la parábola. Hay que dejarse remover las entrañas e interiorizar los dolores y las injusticias. Dejar que nos sigan configurando la Misericordia y la gratuidad.

Cáritas siente que en el cristiano todo ha de funcionar a nivel de don: servir a Dios y cumplir su voluntad en el servicio de los hermanos es un regalo que se nos ha dado. Trabajar en

el camino no es un exceso por el que debamos ser recompensados, sino más bien un sentirnos agradecidos por haber sido alcanzados por la misericordia de Dios.

Cáritas se siente invitada a ser como «una parábola» de Jesús:

- Parábola clara de la misericordia, del amor y de la justicia de Dios.
- Parábola de una fe humilde y confesante que renuncia a las herramientas de la dominación y del poder.
- Parábola en la creación y sanación de los tejidos sociales, de diálogo y coordinación con todas las instituciones.
- Parábola de los «noes» que han de resonar por las calles contra todas las exclusiones.
- Parábola de «todos los pequeños relatos» que buscan hilvanarse en «el gran relato» de la filiación y de la fraternidad universales: Hay que saber acoger «todo lo que hay de bueno, recto, justo... en nuestra tierra».
- Parábola que ayude a superar los ídolos de nuestro tiempo: Tener/Poder/Saber.
- Parábola de ese Dios Padre cuya pasión no es Él mismo, sino sus hijos, y cuyo sueño más querido es la inclusión en la vida. En el amor y la dignidad de todos los excluidos.
- Parábola del Espíritu de Jesús que nos abra a la sorpresa, al asombro de seguir introduciendo esfuerzo, dinamismo, creatividad, esperanza de que algo nuevo y distinto es posible: «Mirad, voy a crear algo nuevo, de lo pasado no habrá recuerdo» (Is. 65, 17).

LA CARIDAD UNIVERSAL

JUAN JOSÉ LÓPEZ JIMÉNEZ

Coordinador de la revista CORINTIOS XIII
Cáritas Española

INTRODUCCIÓN

Este artículo está motivado por la petición de hacer una aportación complementaria al tema de la Caridad Universal que se presenta en el documento «Reflexiones sobre la Identidad de Cáritas». Para ello se presentan algunos temas relacionados con la universalidad de la Caridad con el fin de que sirvan para ejercer el ministerio de la inquietud, planteando interrogantes y teniendo como telón de fondo que despertar el alma de la humanidad es la tarea preferente.

La dimensión universal de la Caridad será recorrida a partir de diversas perspectivas que fundamentan la razón de su ser: es exigencia del Amor; vocación de la Iglesia, desafío histórico y cultural, reto ecuménico y práctica de verdadera fraternidad.

Se parte de una concepción basada en la necesidad de que existan valores universales para evitar entrar en un relativismo escéptico en el que «todo vale». Entre estos valores, la Caridad no es uno más, sino que es fuente de otros valores.

La Caridad es un valor universalizable que en principio se presenta de manera abstracta, pero que la religión favorece su concreción en la realidad para mostrarnos que es posible

su realización. De esta manera, si hay trascendencia, cobra sentido la esperanza. Pero si no espero nada, ¿qué sentido tiene?

I. UNIVERSALIDAD, VOCACIÓN DE LA IGLESIA

El término «católico» ya alude a la peculiar vocación universal de la Iglesia y de la Caridad. Siguiendo la estructura de pensamiento que utilizó Pablo VI en la encíclica *Populorum Progressio* al hablar de solidaridad, podemos decir que el término católico significa que la acción se dirige:

- *A todas las personas*, de manera que no podemos concebir la diversidad de la Humanidad como una incompatibilidad. Por eso, más allá de la mera totalidad geográfica o demográfica, estamos hablando de la unidad en la diversidad. Como se dice en las cartas de Pablo a los Corintios, es necesaria una libertad y pluralidad unificadas por un único Señor y un único Espíritu.

- *A cada persona en su integridad*, sin excluir a nadie, en toda la plenitud y profundidad humana.

Cuando leemos el anuncio de «id por todo el mundo y predicad el Evangelio» hemos de comprender que no se trata de una imposición juricista o de pertenencia, sino de *un proceso experiencial*, de «fecundación indirecta», cuyas ventajas han sido claramente explicitadas en la encíclica *Centessimus Annus*:

«La promoción de los pobres es una gran ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la Humanidad» (Juan Pablo II, CA, 28).

Como indican los evangelios de Lucas y Marcos: «el que no está contra nosotros, está con nosotros» (Mc 9, 38-40 y Lc 9, 49-50). Esta afirmación nos pone en la pista de que no se trata de ningún tipo de exclusivismo excluyente, sino de estar abiertos a ser la sal de un mundo (1) plagado de «semillas de verdad».

La vocación universal de la Caridad en la Iglesia es, sobre todo, una *exigencia del AMOR*. Encuentra su motivación en una teología de la paternidad de Dios como don puramente gratuito. Entendemos que estamos llamados libremente a ser Amor; porque hemos sido amados.

Si estamos llamados a amar al estilo de Dios Padre, hemos de considerar que la Caridad sólo se desarrolla en la medida en que se despliega, se abre, se explicita y se comparte. En una palabra, se hace universal.

Esta exigencia del Amor se desprende de la manera de ser de Jesús y la Iglesia actualiza este mensaje a través de su Doctrina Social.

1.1. La manera de ser de Jesús

Son la vida y los hechos de Jesús los que podemos contemplar para caracterizar la universalidad de la Caridad. No sólo se trata de que Dios Padre nos ha revelado su voluntad de salvar a la Humanidad entera, sino también de la

(1) «Lo específico» de la identidad cristiana de la Caridad no es aquello que sólo tengo yo, sino aquello que si no lo tengo, ya no soy yo. La identidad no debe tanto implicar diferencia como ser sal —que se diluye, no que se diferencia— para dar sabor al mundo.

revelación de su estilo salvador. Es a través de Cristo como se hace visible la misericordia de Dios (*DIM*, 2). «Mediante sus hechos y palabras, Cristo hizo presente al Padre» (*DIM*, 3).

De Jesús nos viene el Amor y el Reino, pero no de manera inmediata, sino como el comienzo de un camino abierto en la Historia. De esta manera se muestra el Dios de la esperanza, que quiere que seamos agentes de salvación y medemos en esas situaciones de muerte para construir el Reino a lo largo de la Historia. Sobre esto, un matiz interesante: Jesús fue mediador, no intermediario.

La perspectiva de fraternidad que ofrece este principio teológico es fundamental para la intervención de la Iglesia en los problemas sociales. Es necesario dar testimonio en esta situación de la misericordia de Dios en toda su misión, encarnándola en los fieles y en todos los hombres de buena voluntad (*DIM*, 12e) (2).

Sin embargo, cuando uno observa nuestra realidad percibe el desgaste de toda esperanza. Este desgaste es necesario para un sistema que teme que los pobres puedan decirle que es posible vivir de otra manera.

Jesús ejerció a lo largo de su vida la denuncia y el anuncio (liberación), haciendo suya la causa de los pobres y por todos con una acogida incondicional y con una capacidad de huma-

(2) «La Iglesia vive vida auténtica cuando profesa y proclama la misericordia» (13c).

La Iglesia defiende un estilo de vida que «consiste en el descubrimiento constante y en la actuación perseverante del amor en cuanto fuerza unificante y a la vez elevante». No es unilateral, sino recíproca. Al practicarla, nos transformamos (*DIM*, 14).

nización que está lejos de las «armas normalizadas» utilizadas en la sociedad de su tiempo. La vida de Jesús podemos decir que es un «fracaso» según los valores de nuestra sociedad actual. Pero esta opción de arriesgarse por «perder» supone, paradójicamente, la verdadera liberación. Para ir adelante, vayamos atrás. Quizá sea mejor este camino de descenso que cultivarnos en ciencias útiles para triunfar en la vida y fracasar en el destino.

Jesús no sólo ayudaba a los pobres, curaba en sábado, acogía pecadores, denunciaba con su voluntad de verdad la opresión y la sociedad injusta de su época proclamando que las estructuras son para la misión y no al revés (3). Lo más significativo de su paso por este mundo no fue mejorar la calidad de vida de la Iglesia de su tiempo, sino el hecho de trabajar desde los pobres. Vino a abolir la ley de los «minuciosos preceptos» (4) y a dar cumplimiento a la Ley de una «nueva Humanidad».

Hay un relato paradigmático que transmite especialmente lo que vive Jesús. En el Buen Samaritano comprendemos las claves básicas para una Iglesia samaritana:

1. La práctica de la solidaridad como algo cotidiano, no extraordinario.
2. La capacidad para mirar al margen del camino.
3. La exigencia de detenernos, romper nuestra «normalidad» y dejarnos afectar.
4. La exigencia de ayuda. Nada justifica que se «pase de largo».

(3) Cristianismo y Justicia (1999). *El Tercer Milenio como desafío para la Iglesia*, cuaderno n.º 91, 32 págs.

(4) *Cartas de San Pablo a los Efesios*, 2,15.

1.2. La lectura actualizada desde la Doctrina Social de la Iglesia

Es una lectura que está especialmente enfocada a dos finalidades: el destino universal de los bienes y la opción preferencial por los pobres.

1.2.1. El destino universal de los bienes

En CA se presenta el proyecto de Dios:

«Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno. He ahí, pues, la raíz primera del destino universal de los bienes de la tierra» (CA, 27).

«En vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la Creación, el hombre suplanta a Dios y con ellos provoca la rebelión de la Naturaleza, más bien tiranizada que gobernada por él.» (CA, 37.)

«Tales consecuencias no se dan de forma mecánica o fatalista, sino que son más bien ocasiones que se ofrecen a la libertad humana para colaborar con el designio misericordioso de Dios que actúa en la Historia» (CA, 26).

Desde la mirada de Dios, la bondad de un sistema económico no está en que sea un espacio de libertad, sino que se mide por la manera solidaria o no de distribuir la riqueza destinada a todos.

Un funcionario de Naciones Unidas ha afirmado que estamos pasando «de lo injusto a lo inhumano». Se nos ofrece una ceguera tranquilizante cuando nos dicen que «todo va bien», para que

no nos enfrentemos al producto de nuestras propias manos: los bienes expropiados a gran parte de la Humanidad. Esta situación, como señala Jon Sobrino, supone un «insulto a los pobres».

Las personas siempre se han preguntado qué hace Dios ante el sufrimiento de la Humanidad. Pero a la pregunta sobre qué hace Dios ante la situación de millones de personas empobrecidas en el mundo, hay que añadir qué hacemos cada uno para pronunciarnos eficazmente contra esa o aquella calamidad. Para descubrir el rostro del Padre misericordioso hay que pasar por el hombre (5).

Dios quiere que le acompañemos libremente en su lucha por defender la vida contra los ídolos de la muerte (6). El hombre percibe así la misericordia de Dios si es misericordioso.

1.2.2. *La opción preferencial por los empobrecidos*

La segunda finalidad en la mirada de Dios Padre se expresa en una **opción por los empobrecidos como el camino verdadero hacia la universalidad**, por eso se utiliza la palabra «preferencial» (7). No se trata de un particularismo

(5) Se afronta así la controversia entre antropocentrismo y teocentrismo, sin contraponerlos. Recordando al Concilio Vaticano II, se afirma que cuanto más antropocéntrica es la Iglesia, más se corrobora y realiza teocéntricamente (LOSADA, Joaquín: «La Encíclica *Dives in misericordiae* de Juan Pablo II. Una lectura desde Cáritas»).

(6) La verdad acerca de Dios nos permite verlo como cercano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo de su existencia y de su dignidad.

(7) GUTIÉRREZ, G.: «Renovar la opción por los pobres». *Sal Terrae*, págs. 677-690.

excluyente. Dios se muestra como Dios de todos, siendo Dios de los empobrecidos. Es la forma en que llegará la Buena Noticia a toda la Humanidad, y esto la Iglesia y la Humanidad tienen que comprenderlo. La preferencia no indica exclusividad.

Esta universalidad aparece expresamente relatada en el documento de la Comisión Episcopal de Pastoral Social «La Iglesia y los pobres» (*IP*), al anunciar que se trata de un mensaje a toda la sociedad desde la opción por los pobres, para «*recuperar la dignidad de la persona humana y los derechos fundamentales de los pobres y excluidos*» (8).

No se trata sólo de una preocupación teórica, sino que es importante que se advierta de manera suficiente la presencia de los pobres entre nosotros y de nosotros entre los pobres (*IP*, 115). Son las personas empobrecidas las que tienen que experimentar la verdad de que Dios continúa siendo preferentemente el Padre de los pobres. Esta experiencia de ellos debe transmitirse a través de toda acción cristiana y de la Iglesia como dimensión constitutiva de su misión. Así la Iglesia será esperanza de los pobres y su fe será creíble.

En *IP* 110 se remarca el carácter central de esta opción a través de la acción caritativa y social como elemento constitutivo del propio ser de la Iglesia. Observando la realidad actual podemos decir que la Iglesia de los pobres está latente.

(8) COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL (1994): *La Iglesia y los pobres*. Ed. Edice, págs. 27-136.

2. UNA MIRADA A LA REALIDAD

Tan importante es ser capaz de mirar como cultivar la mirada a la realidad... sin perderse. Para ello, según el profesor chileno Antonio Elizalde, hay que tener en cuenta algunos déficit y deformaciones en cómo observamos la realidad de hoy.

- En el «boom» de la comunicación de nuestra sociedad hay un umbral a partir del cual *el exceso de información lleva a perder el sentido*. Tenemos más información de la que requerimos, siendo en ocasiones una obsesión que lleva a tener una visión desmesurada de nosotros mismos.

- Además, *miramos de manera parcial*. ¿Podemos estar cómodos ante la ignorancia de las otras dimensiones del existir? Somos personas tremendamente analfabetas. Hay planos como la salud, la afectividad familiar, las relaciones humanas, etc., en los que somos muy ignorantes.

- Por otro lado, *observamos de manera simplista*. Los medios de comunicación nos presentan continuamente visiones simplistas de la realidad, de buenos y malos, pero la realidad no es tan sencilla. Se culpabiliza a Sadam, al líder kurdo o al drogodependiente que atracó aquella tienda, sin detenernos en hacer análisis más profundos y retrospectivos que lleven a comprender la complejidad de la situación. Observamos desde ópticas singulares acrílicas, desde ópticas bifocales críticas, con problemas de miopía —no vemos bien de lejos— o de hipermetropía —no vemos bien de cerca.

- Algo peor, a menudo *creemos que es la única forma de mirar*. Sin embargo, una misma imagen, o un mismo mensaje, tiene distinto significado según el ambiente cultural desde el que se lee e interpreta.

Para comprender el contexto en el que se mueve la universalidad de la Caridad es necesario hacer un ejercicio permanente de ajuste visual en nuestra mirada y de transformación de nuestra acción. Para ello, recordemos, a modo de esbozo, algunos rasgos que configuran la realidad actual:

2.1. La globalización o mundialización que, en realidad, nos habla de la influencia de las decisiones económicas y financieras a escala mundial sobre un espacio muy plural en culturas. No hay una verdadera globalización de la sociedad, la economía, la regulación política, sobre la condición humana o de valores humanos como la solidaridad. Podemos decir, siguiendo las palabras de Ignacio RAMONET, «un mundo sin rumbo».

Pero ni siquiera se trata de una economía mundializada, sino de un «archipiélago mundial de islas» que concentran la sede de las potencias financieras, tecnológicas, de las redes de información y comunicación, las multinacionales, etc. «La famosa aldea global no es más que un archipiélago» que impone sus normas al mundo (9).

Es más, es una economía que marca cada vez más la desigualdad en el mundo, estando al servicio de los mejor situados. El 20% de la población más rica del planeta representa el 86% del consumo mundial, cuando este dato alcanzaba la cifra del 72% en 1970 (PNUD, 1998).

(9) Documento de trabajo elaborado por Christophe Aguiton, Riccardo Petrella y Charles-André Udry presentado para el debate de la Asociación por una Tasa sobre las Transferencias de Capital al servicio de los ciudadanos, ATTAC. Enero de 1998.

2.2. La evolución progresiva hacia una sociedad desestructurada, desmovilizada, donde la capacidad de transformar la realidad queda, cada vez más, en manos de pequeñas voluntades individuales desorganizadas. La voluntad política de ayudar está en declive, como demuestra el hecho de que la Ayuda Oficial al Desarrollo esté en su valor más bajo en relación a los últimos cincuenta años (10).

2.3. El paso de la pobreza a la exclusión como un cambio que va más allá del significado conceptual. Es un salto cualitativo que nos habla de que ya no son personas pobres a las que podemos integrar, sino personas excluidas del funcionamiento económico y social. Esta afirmación favorece un modelo asistencialista en la acción social (11).

Antes se hablaba de la posibilidad de ascender en la «escala» social. Hoy, para que unos pocos estén dentro, otros muchos tienen que quedar afuera. El abismo se agranda. El Tercer Mundo manda miles de millones de dólares diarios a través de la deuda externa para que podamos vivir como vivimos. Este escándalo para la Humanidad se encubre bajo un montaje que apenas somos capaces de mirar.

2.4. Un mundo sin valores absolutos para la convivencia. Se absolutiza desde la parcialidad y la concepción individual de convivencia de cada uno. Las estructuras de pecado y los ídolos de muerte campan a sus anchas.

(10) Seguimos con el 0,2% del producto nacional, cuando en 1970 los países desarrollados se comprometieron al 0,7%.

(11) Por ejemplo, las dificultades de empleabilidad de las personas al pensar que se resuelven sólo desde una formación que ocupa más que integrar.

Juan Pablo II constata que estos son mecanismos contrarios al plan de Dios, y que los obstáculos para combatir la pobreza son morales y éticos, no técnicos. Es un hecho, constatado en el reciente Congreso Nacional sobre *Los desafíos de la pobreza a la acción evangelizadora de la Iglesia* (12) que la pobreza es técnicamente evitable, por lo que somos ética y moralmente culpables (13).

Las estructuras de pecado de las que habla el Papa tienen dos causas: el afán de ganancia exclusiva y la sed de poder para imponer la propia voluntad.

De esta manera, tales estructuras de pecado no surgen por generación espontánea, sino por acumulación de pecados personales (SRS, 36b). Es un «poder extraño que supera la voluntad del maquinista». La responsabilidad es de cada persona (SRS, 35-36). Las estructuras injustas y de pecado fruto de los «actos concretos de las personas» hacen exigible un cambio alternativo de actitudes, un cambio por el compromiso activo en el verdadero desarrollo.

La vida no es igual para todos —para unos es abundancia y sin sentido, para otros carencia de lo necesario para vivir—, por lo que hay que buscar un nexo de unión y reciprocidad. La solidaridad es la expresión de ese encuentro por el que la mediación de Dios es realmente vida para todos.

Como se indica en *Dives in misericordia* (10a), los progresos de la ciencia y de la técnica han permitido tomar más conciencia de la unidad y de la interdependencia de los humanos,

(12) 1996, Declaración Final.

(13) COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL (1994): *La Iglesia y los pobres*. Ed. Edice, págs. 27-136.

pero también asoman sombras y desequilibrios que amenazan la dignidad de las personas, especialmente su derecho a la verdad y a la libertad (DIM, 11b).

En el amor solidario la fe muestra toda su plenitud, desplegando el gozo de estar en sintonía con Jesús. Para unos es encontrar la vida en lo necesario para vivir (alimento, trabajo, familia) y la bienaventuranza significa que con la llegada del Reino, que a ellos pertenece, se acerca el momento de su liberación. Para otros, vivir con plenitud superando los «ídolos de la muerte» que caracterizan las sociedades occidentales y de los que habla Joaquín GARCÍA ROCA (14). Para todos, el deseo de saberse en comunión como hermanos, superando el aislamiento y el egocentrismo (15).

(14) GARCÍA ROCA, J.: «Ídolos de muerte en la sociedad actual». *Misión Abierta*. V Congreso de Teología, 4-8 septiembre de 1985, págs. 42-58.

Los ídolos dominan desde el silencio y el poder: No son presencia (voz y palabra). Son productos sociales, producen fetichismo (cualidades mágicas), estructuran el marco de sociabilidad en base a clientes y adeptos. Convierten al ciudadano en consumidor y al pueblo en chusma y están sostenidos por mecanismos de control y legitimación.

Tienen efectos mortales contra la dignidad, la libertad, la responsabilidad y la razón: efecto colonizador (expansionista), buscando la conciencia «cosificada»; efecto intimidador (autoridad y exige sumisión). Marcan destinos sin ofrecer medios, mientras que Dios no exige lo que no da; efecto dependencia (atenta contra la dignidad y la autonomía personal).

El fetichismo del dinero que domina a las personas con dos estrategias: la dependencia = sumisión y la aceptación acrítica. El fetichismo de la ciudadanía, dioses de la guerra que basan su estrategia en la defensa y seguridad nacionales. El fetichismo del diván, con la tecnificación de la salud y las terapias de liberación emocional. Y el fetichismo de lo sagrado, que instrumenta a Dios legitimando los poderes fácticos.

(15) Hay hambre, subdesarrollo, desigualdad creciente. «Un defecto fundamental que no permite a la familia humana alejarse de situaciones radicalmente injustas» (DIM, 11d).

Puede haber desarrollo económico que deshumaniza y esclaviza, que manifiesta egoísmos y que ataca la Naturaleza de manera depredadora y agresiva, pero el desarrollo verdaderamente humano es de todo el hombre —*integral*— y de todos los hombres —*universalidad*—. Son los dos aspectos que encierran una única verdad.

Durante largo tiempo se ha desarrollado un bienestar al que sólo tienen acceso los países del Norte y que es imposible universalizar, por lo que se convierte en privilegio. De hecho, los expertos han demostrado que si en la actualidad todos los países tuviéramos un mismo nivel de vida, sería equivalente al que actualmente tienen países como Hungría. Por lo tanto, nuestro nivel de vida occidental no es universalizable.

Esta dinámica excluyente se centra en valores de tipo económico que generan indiferencia social e individualismo, proponiendo un modelo de vida que confunde lo cuantitativo con lo cualitativo y que olvida dimensiones nucleares de la persona al sumergirla en la patología de la abundancia y del exceso.

El desafío histórico está en desarrollar una Caridad política en la que desde los pobres se muestre una realidad colectiva que demanda una alternativa, un nuevo modelo de persona y de sociedad.

3. RETOS DE LA PERSONA, DESAFÍOS DE HUMANIDAD

A escala nacional e internacional, la lógica del mercado gana a la de la Solidaridad. Se explota, se excluye a territorios y países, a las generaciones futuras (insolidaridad generacio-

nal), se ataca la Naturaleza —olvidando que el hombre, además de ser social e histórico, es un ser natural (SRS, 34). En el fondo, subyace esa ideología común marcada por el afán de ganancia exclusiva y la sed de poder (SRS, 37). Tenemos así al TENER por encima del SER, con mecanismos perversos que corrompen y deshumanizan.

Ninguna realidad cambiará si no nos movemos para afrontarla. Pero nuestro movimiento debe ser fruto de una estrategia reflexionada, porque no vale cualquier dinámica (16). Desde la Caridad universal buscamos fundamentalmente dos objetivos: el desarrollo integral de toda persona y de todas las personas y la transformación de la sociedad.

Anteriormente veíamos varios rasgos de nuestra realidad que pueden verse transformados.

- La propia mundialización nos hace ver que no podemos ir con respuestas meramente locales, sino con respuestas que lleven dentro el germen de atajar las causas globales. «Actuar localmente y pensar globalmente» y viceversa. Incluso, con opciones comprometidas como la de «suicidar el Primer Mundo» como paso previo para la solidaridad con el Tercer Mundo, como propone Pedro Casaldáliga.

- Una alternativa a la desestructuración social está en trabajar la animación comunitaria teniendo en cuenta que es condición fundadora de la identidad de la acción sociocaritativa. Hay movimientos dispersos que nos hablan de una mundialización diferente —Comercio justo, la lucha contra el AMI,

(16) Al igual que un mismo movimiento de una mano puede acariciar generosamente o agarrar posesivamente.

la campaña contra la deuda externa. Estas corrientes podrían cristalizar a escala planetaria si se estructuran como una red mundial con objetivos finales comunes.

- Para hacer frente a la exclusión podemos movernos para defender un modelo de acción sociocaritativa que confía en la persona como protagonista de una integración que es posible.
- Ante un mundo sin valores absolutos para la convivencia no es necesario enseñar valores económicos como la agresividad, la competitividad o el individualismo. Los aprendemos por ósmosis. Pero sí hace falta un gran esfuerzo para generar valores alternativos de crecimiento a escala humana. Promover la globalización de la solidaridad sin olvidar que «nadie se hace local a partir de lo universal» (17).

Por tanto, tenemos los conocimientos y el deseo, pero nos falta dar un paso. «Querer» supondrá pagar un alto precio: renunciar a los deseos ilimitados en favor de las necesidades básicas. Desear no tiene límites, y desear lo ilimitado supone que nunca sobra nada para repartir, que siempre falta. Sólo hay un «nosotros» en la solución de la pobreza. No podemos seguir buscando la solución como si se tratara de un problema de «los otros». No es humanitaria, ni culturalmente correcto.

Ampliando algunas de las categorías expresadas por Imanol ZUBERO (18), podemos *elegir dónde nos situamos*:

(17) Paulo FREIRE (1997): *A la sombra del árbol*. Ed. El Roure, Barcelona, 170 págs.

(18) Imanol ZUBERO (1998): «Descubriendo oportunidades para la intervención social: resituando nuestros espacios de participación». En *Documentación Social*, n.º 111, abril-junio, págs. 87-120

- Como un EGOÍSTA ILUSTRADO, que justifica el sistema y la injusta desigualdad y muerte que genera. De manera que se afirmarían aún más el hecho de que «vivimos como vivimos porque otros mueren como mueren».
- Como un IDIOTA MORAL, que no se plantea que afecta a otros lo que hace.
- Como un ALTRUISTA INDOLORO, que tiene razones, pero no obligación, para comprometerse. Dura lo que dura su voluntad de hacerlo. Su insensibilidad nos recuerda esa frase conocida de «un muerto es una tragedia, un millón, una estadística».
- Como una persona RESPONSABLE Y SOLIDARIA, que siente y actúa con los demás, desencadenando una alegría en el hacer, que se contagia.

Para hacer frente a este desafío cultural la Iglesia ha elegido dónde situarse y así lo expresa, al menos, en uno de los párrafos más elocuentes que se ha difundido del documento sobre *La Iglesia y los pobres*:

«Sólo una Iglesia que se acerca a los pobres y a los oprimidos se pone a su lado y de su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar; puede dar un testimonio coherente y convincente del mensaje evangélico. Bien puede afirmarse que el ser y actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza y del dolor, de la marginación y de la opresión, de la debilidad y del sufrimiento» (IP, 10).

Ante este desafío cultural, el fundamento eclesiológico es ser una Iglesia pobre y de los pobres (19).

(19) COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL (1994): *La Iglesia y los pobres*. Ed. Edice, págs. 27-136.

La traducción de esta opción se puede encontrar en ejemplos recientes, como el gran esfuerzo global de la *campaña de condonación de la deuda externa*, donde se observan los valores éticos y morales que impregnan este movimiento. Movilizarse en favor de esta condonación supone tomar conciencia de la desigualdad estructural entre el Norte y el Sur y de sus causas; supone una ética alternativa basada en la solidaridad y el diálogo que no excluye a pueblos enteros; supone defender la dignidad de la persona por encima de la dinámica de la muerte a la que se condena a los países y personas que sufren la deuda externa; supone un reto ecológico para asegurar la vida digna a toda la Humanidad; supone una justicia social basada en la hermandad de la Humanidad y en la universalidad de los derechos esenciales, y en definitiva, supone una opción ética por una cultura participativa y transformadora de la realidad que aboga por los cauces de la democracia por la humanización del mundo.

Pero también serían loables esfuerzos globales desde nuestra propia responsabilidad. Iniciativas de Iglesia que fueran más allá de la cruz en la declaración de la renta o de nuestra contribución al sostenimiento de la Iglesia Católica. Concretamente algo tradicional que nos viene de los tiempos de Juan Crisóstomo o de Ambrosio, ¿sería muy aventurado promover una campaña a escala mundial basada en el texto de *Sollicitudo Rei Socialis* número 31?:

«Pertenece a la enseñanza y a la praxis más antigua de la Iglesia la convicción de que ella misma, sus ministros y cada uno de sus miembros están llamados a aliviar la miseria de los que sufren, cerca o lejos, no sólo con lo superfluo, sino con lo necesario. Ante los casos de necesidad no se debe dar preferencia a los adornos superfluos de los templos y a los

objetos preciosos del culto divino; al contrario, podría ser obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de ello» (SRS, 31).

Cultura de la solidaridad

El hecho social de la interdependencia entre los seres humanos exige la categoría ético-teológica de la solidaridad.

En la encíclica SRS se define la solidaridad como «la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, para que todos seamos responsables de todos» (SRS 38).

Para llevar a cabo este complejo ejercicio de la interdependencia solidaria es necesario que existan razones de justicia internacional y de bien común universal.

El camino de la solidaridad comienza con la transformación individual de cada persona y de su entorno, proponiendo la utopía de un desarrollo auténtico que humaniza porque, como vimos, las estructuras de pecado tienen su origen en las actitudes de las personas. Actuar localmente para cambiar el mundo, y actuar globalmente para que todo hombre y mujer se vea revitalizado en su dignidad personal:

«En efecto, no se trata solamente de dar lo superfluo, sino de ayudar a pueblos enteros —excluidos o marginados— a que entren en el círculo del desarrollo económico y humano. Esto será posible no sólo utilizando lo superfluo que nuestro mundo produce en abundancia, sino cambiando sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad» (CA, 58).

La solidaridad ha venido a compensar las insuficiencias de la justicia como virtud fundamental, y culmina en la misericordia porque la convierte en la mediación ética de la opción preferencial por los empobrecidos. La alternativa eficaz contra la pobreza no es sólo la redistribución de la riqueza, sino la comunidad solidaria.

Desde una perspectiva cristiana, la solidaridad no sucede exclusivamente entre «hermanos» —perspectiva horizontal—, sino que el mensaje cristiano de fraternidad nos muestra que somos hijos de un mismo Padre —perspectiva vertical (20). Además, el mensaje cristiano ayuda a comprender la solidaridad desde la mesa compartida por una misma familia: la Eucaristía (21).

En nuestros días hay que hacer también el ejercicio por desenmascarar la falsa solidaridad. La *solidaridad postmoderna*, ocasional (campañas), del espectáculo, que utiliza como cauce los medios de comunicación (la televisión gana a la calle) y algunas ONGs, que se basa en mostrar la desgracia de una situación para sensibilizar, provocando un voluntariado preocupado pero no ocupado, un donante desculpabilizado que se ve aliviado temporalmente, que no cuestiona el orden establecido (es acrítica), que consume la solidaridad como cualquier producto del mercado y cuyo horizonte, a lo sumo, es la autorrealización.

La *solidaridad de la cooperación*, de carácter más permanente y de largo plazo, organizada, cuyo cauce son otro tipo

(20) Marciano VIDAL (1997): «Cómo plantear correctamente la solidaridad». XII Jornadas de Teología de la Caridad: «Cáritas en la Caridad de la Iglesia. Memoria-presencia-profecía». CORINTIOS XIII, n.º 84, págs. 271-284.

(21) *Sollicitudo Rei Socialis*, 40.

de ONGs y el movimiento voluntario, con talante educativo y gratuito junto a la sensibilidad y la compasión que «con-mueve», generadora de proyectos de acción, crítica con el sistema y basada en la justicia social, con coraje en la movilización de la sociedad civil y cuyo horizonte es la transformación social. Este tipo de solidaridad en ocasiones se radicaliza en forma de disidencia y de rechazo de toda forma de solidaridad y voluntariado que no sea la propia (22).

La Caridad universal hace frente al desafío cultural cuando desarrolla *acciones significativas* que expresan cualidades de solidaridad referentes:

1. Al ser *humano*, con procesos de autodependencia, personalizados y humanizantes, desde las propias potencialidades de las personas. En este camino testimonial cada uno transforma su vida para transformar la sociedad.

2. Al *modelo de sociedad* que busca la construcción de una sociedad accesible y participativa. Por tanto la pregunta principal de toda acción es si es transformadora o no de la sociedad, si es realmente una acción alternativa y liberadora. No importa tanto el capital o cantidad de la acción, sino su calidad como referente alternativo viable que permita a otros muchos ponerse en marcha.

4. CARIDAD Y DESAFÍO ECUMÉNICO

«Todavía parece insuficiente el aspecto ecuménico de la acción caritativa y social» en España (IP, 119).

(22) ARANGUREN GONZALO, LUIS A. (1998): *Reinventar la solidaridad. Voluntariado y educación*. Editorial PPC, Colección Educar, 231 págs.

Vamos a entender ecumenismo, en un sentido amplio, tomando su raíz de la palabra «oikoumene», que significa la tierra extendida por todo el orbe, toda la Humanidad y la Naturaleza.

Así se entiende en *IP*, 118 cuando se indica que «la acción caritativa y social debe ser ecuménica, es decir:

- 1) en colaboración con los cristianos de otras confesiones,
- 2) con los creyentes de otras religiones,
- 3) y con todos los hombres de buena voluntad, como el Concilio (Vat. II) y el Magisterio pontificio y episcopal insisten constantemente».

4.1. En colaboración con los cristianos de otras confesiones

La Iglesia está destinada a ser signo de comunión aunque muchas veces se haya presentado como todo lo contrario.

Aquella rica diversidad que debía entenderse como complementariedad provocó profundas rupturas en el pasado entre católicos, ortodoxos, protestantes y anglicanos. Esta división se ha mantenido durante siglos, haciendo de «los otros» unos clichés que no corresponden con la realidad, pero seguimos siendo hermanos. La cuestión es si ponemos el acento en lo de «separados» o en lo de «hermanos».

La Verdad del Dios que nos es revelado en los Evangelios, nunca se identifica de manera excluyente con los enunciados básicos de ninguna Iglesia cristiana, ya sea católica, ortodoxa, anglicana o protestante.

El decreto sobre el ecumenismo del Concilio Vaticano II reconoce como impulso de la gracia el desarrollo de «un mo-

vimiento dirigido a restaurar la unidad de todos los cristianos» (UR, 1). Es un don del Espíritu para renovar la Iglesia hacia la unidad que quiso Jesús.

Si el mundo es esa aldea global, la vocación universal de la Iglesia debe llevarnos a construir la Comunidad de Iglesias (IP, 117), y la Caridad universal es un pilar fundamental para llevar a buen puerto esta empresa. Una sola familia formada por personas llamadas a ser hijos de un mismo Padre, hermanos en Jesucristo y templos del Espíritu divino.

La Caridad universal nos invita a superar esta situación de división entre los cristianos. Es necesario superar las discrepancias entre las Iglesias cristianas y entre las grandes religiones en favor de lo esencial, la unidad en el Amor.

4.2. Con los creyentes de otras religiones

En SRS, 47, la llamada se amplía a judíos y musulmanes y «a todos los seguidores de las grandes religiones del mundo», en aras de la paz, la justicia y, sobre todo, de la dignidad humana.

En este punto es importante tener en cuenta que no dialogan sólo religiones, sino culturas enteras.

El desafío ecuménico de la Caridad universal no se reduce sólo a proposiciones dogmáticas abstractas, sino que nos remite también a la persona y a las situaciones de pobreza que cada uno afronta desde su cultura. Se trata del recurso a la conciencia universal como cuestión de orden ético-moral. Otro problema son los factores religiosos, culturales, políticos y económicos que hacen difícil el diálogo sociocultural.

El problema de la justicia es un problema universal que se suscita ante la realidad de injusticia, aunque se capte de manera diferente por las distintas religiones y haya que reconocer que sólo algunos sectores, aun dentro de nuestra Iglesia, se encarguen y carguen con esta situación.

La Iglesia es deudora de judíos, griegos, romanos, asiáticos y africanos. Hay textos hindúes escritos muchos siglos antes de Cristo que hablan del amor al prójimo y a los enemigos. Considerar que la Iglesia caritativa del futuro será sólo romana o europea en un mundo globalizado, es una miopía en la mirada que bebe del archipiélago más que de la humanidad del mundo (23).

Se trataría de pasar de una Iglesia maestra del mundo y poseedora de la Verdad, a la Iglesia que abre sus ventanas al mundo y desarrolla un acercamiento a la verdad plena no como Iglesia *docens* sino como Iglesia *discens*. Una Iglesia alejada del *docetismo* que supone atraer la realidad a su ámbito más que salir a la realidad.

Como señala María Dolores OLLER, es más lo que nos une que lo que nos separa en la búsqueda de una Verdad que no debemos pretender poseerla, sino estar abiertos a que ella nos posea.

Para el crecimiento universal de la Caridad tan importante es el saber sobre mi ser como saber sobre el ser de los demás. La Caridad es una virtud ecuménica que acentúa la mutua estima, la comprensión y la unidad. Es la diakonía que produce comunión-koinonía de libertades y transparenta a Dios.

(23) En el mismo decreto sobre ecumenismo del Concilio Vaticano II se corrigió «La Iglesia de Cristo es la Iglesia Católica» por «La Iglesia de Cristo *subsiste* en la Iglesia Católica».

Las religiones tienen que volver la mirada al margen del camino para contribuir conjuntamente a la construcción de una respuesta a la situación actual de la Humanidad y cooperar en aras de la paz mundial y del desarrollo humano.

Al hablar de la Caridad universal en su perspectiva ecuménica, es interesante observar qué conceptos y qué praxis de los mismos se hace en otras religiones con el fin de trabajar a fondo los puntos comunes que nos encuentran. Un ejemplo podría ser la relación próxima entre el concepto budista de compasión y el cristiano de misericordia. La solidaridad, el descentramiento y la fuente interior de paz son otros aspectos compartidos entre las grandes religiones del mundo (24).

El Concilio Vaticano II nos invita a promover «juntos la justicia social, los bienes morales, la paz y la libertad para todos los hombres» (25). Esta promoción es una urgencia de nuestro tiempo que nos interpela para caminar en el respeto mutuo como miembros de una misma familia humana, con sus diferencias, pero con valores comunes (26).

Los obispos de Francia han entrado en relación con el Islam, pasando del encuentro entre creyentes al diálogo fecundo. Juan Pablo II, en su encuentro de Nueva Delhi —noviembre de 1999— con representantes de otras religiones, indicó que para hacer frente a los retos de nuestro mundo y construir la civilización del Amor, se hace necesario cooperar des-

(24) V.V.AA. (1998): *Religiones de la tierra y sacralidad del pobre. Aportación al diálogo interreligioso*. Cristianisme i Justícia. Sal Terrae, Colec. Presència Teològica, n.º 90, 190 págs.

(25) *Nostra aetate*, 2.

(26) Así es el mensaje de esperanza transmitido bajo «el espíritu de Así» en la Asamblea Interreligiosa de Roma de 24 de octubre de 1999.

de valores universales. Esta toma de conciencia de la responsabilidad compartida de las religiones para el bien de la familia humana es un claro signo de esperanza.

4.3. En diálogo con todos los hombres y mujeres de buena voluntad

Ya vimos al principio cómo la motivación para la fraternidad está en un Padre que es Buena Noticia para los pobres. No es la recompensa de la resurrección, ni imperativos morales, sino la posibilidad de construir la existencia personal desde *la confianza en un Padre de todos los seres humanos*. La confianza ilimitada en un Amor Incondicional que provoca ese impulso de fraternidad para pensar y actuar solidariamente a escala local y planetaria.

Para ello es necesaria una capacidad para mostrarse, una adaptación flexible para dar respuesta en cada realidad y una mentalidad abierta (27).

Desde esta perspectiva es fundamental la credibilidad en el ser y en el hacer. Las acciones nos expresan como somos, de manera que nuestra coherencia se muestra en nuestra forma de hacer. La concepción del diálogo y la colaboración se convierten en elementos significativos para el desafío ecuménico de una Caridad universal:

4.3.1. ***El diálogo intrarreligioso*** con actitud de escucha, de mesa redonda, con la convicción de que los otros nos enri-

(27) Como suele decirnos Salvador Pellicer, Delegado Episcopal de Cáritas Española: «la mente es como un paracaídas, funciona cuando se abre».

quecen, sabiendo que la comunión es diversidad y excluyendo positivamente todo proselitismo (28).

Según Jesús MARTÍNEZ GORDO, hay cuatro acepciones de diálogo: de la vida, de la acción, de la experiencia religiosa y del intercambio teológico. Para la Caridad universal quizá sea más interesante el diálogo intrarreligioso que se asienta en el corazón humano en busca de la verdad y del sentido de la vida, que el interreligioso, basado en el diálogo más o menos objetivo sobre doctrinas religiosas y llevado a cabo desde las instituciones.

Mucho se habría avanzado ya en este diálogo si se hubiera centrado la mirada desde el corazón de los pobres, no desde cada tradición cultural o propuesta religiosa.

4.3.2. **La colaboración fraternal** viene fundamentada principalmente en dos aspectos:

- Porque el mismo sentido de *comunión en fraternidad universal* nos lleva a trabajar y coordinar esfuerzos para que la dignidad de todas las personas y de todos los pueblos se respete de verdad y sea posible el ejercicio de sus derechos, aunque es una postura compleja y difícil (CVI, punto 5b, pág. 20).

La propia integridad de nuestro ser religioso nos obliga a considerar la acción con los pobres no como un «anexo» o como una «actividad» más cerrada en un ámbito exclusivo, sino con una perspectiva abierta de compartir universalmente.

- Porque es *la pobreza que interpela a toda la sociedad*, no sólo a la Iglesia. La importancia de la colaboración no está

(28) Juan BOSCH: *10 tesis sobre el ecumenismo. ¿La Iglesia o las Iglesias? ¿En qué quedamos?* Folletos de Alandar; n.º 32, 28 págs.

en reforzar las instituciones eclesiales, sino en mejorar la situación de los pobres y hacer oír su voz a través de nuestra solidaridad (29). Por este motivo, debemos potenciar esta colaboración como forma de relación participativa ante objetivos comunes: la pobreza, la injusticia y la promoción de la solidaridad.

TRANSFORMAR DESDE LO INÉDITO VIABLE

El Evangelio nos invita a explorar y explotar el filón de lo todavía inédito, pero viable. La utopía de una ciudadanía universal. Paulo FREIRE defendió que para una educación liberadora es necesario descubrir las posibilidades de la esperanza, de «lo inédito viable».

Ofrecer una acción social de resistencia que convierta en realidad parcial y anticipada el mundo alternativo del Reino. Quizá también subversiva y disidente, pero abriendo el camino del Reino desde los pobres, como la acción de Jesús, al estilo del Padre. En ocasiones puede darse un paso atrás, de desarraigo, de renuncia (para avanzar hay que dejar caer el lastre).

Se trata también de proponer cosas para transformar desde la responsabilidad cotidiana. Son acciones, quizá pequeñas, que no acaban radicalmente con la pobreza..., pero que han tenido la capacidad de desencadenar la alegría de hacer y de traducirla en actos. Algo puede suceder que cristalice todas las fuerzas latentes. Mientras esta convergencia de voluntades en acción se produce, es importante **actuar sobre la realidad** y tratar de cambiarla, ya que **es la única forma de demostrar que se puede transformar**.

(29) Lema de la campaña de Cáritas del año 1999.

REFLEXIONES SOBRE EL MODELO DE ANIMACIÓN DE LA COMUNIDAD

PEDRO MARÍA GIL LARRAÑAGA

Comisión de Formación y Animación Comunitaria
Cáritas Española

Con la Animación de la Comunidad ocurre, casi, como con el Quijote y la Biblia: una cosa es citarlos y otra haberlos leído.

Por eso en Animación Comunitaria —y en Cáritas— es muy fácil construir un sistema ideal o perfecto. Es como citar la Sagrada Escritura. Ambas cosas, las citas y el sistema, son imprescindibles, desde luego. Pero eso no quita que muchas veces se nos queden casi en inútiles de puro perfectos. Mejor, por gratuitos.

Tal vez por esa razón nuestro documento no emplea mucho tiempo en definir o en aportar criterios sobre el tema. Habla de lo que es Cáritas, pero no de su comprensión de la Animación Comunitaria. Se limita a proponer unas cuantas pistas de acción. Suficientemente generales o amplias como para resultar estimulantes, pero pistas de acción al fin y al cabo.

Son, sobre todo, como una gran invitación a entrar por ellas.

Son la puerta, sí. Porque en todo el documento no hay ninguna otra donde se proponga caminos para el ejercicio diario de la caridad. No hay ninguna otra. Todo el resto son criterios, casi

definiciones, contexto cristiano, perspectivas de fe. Y no obsta el que hurgando, hurgando, encontremos resquicios, puertas sugeridas, en varios otros lugares (los desafíos, la formación, la espiritualidad). Lo llamativo es que la puerta, la única señalada como tal, se indique con el título de «animación de la comunidad».

Ahí está el tema: en que en un documento de esta envergadura no se nos invita a servir a los Pobres sino a animar la Comunidad. Exactamente a convertir el servicio a los Pobres en Animación de la Comunidad.

Ahora, ¿quién sabe lo que se abre tras esa puerta?

Estas páginas quieren ser como la crónica de un recorrido entre líneas, interpretando, tomando distancia, sospechando, creyendo, recordando... en diálogo con las ocho llamadas de nuestras dos páginas.

Una vez fuera, cerrada casi nuestra excursión, entornados los ojos y con todas sus palabras bailándonos todavía en la mirada interior, nos sentimos ante todo invitados a situar la invitación mucho más allá de lo diario. Sobre ese fondo sentimos enseguida que se nos abre un discurso con sentido y a la vez de muy pocas pretensiones, apoyado en conceptos que nos han precedido y nos contemplan en silencio según nos atrevemos a discurrir por ellos.

Algo así.

A) DOS APUNTES PARA ESCENIFICAR

El primer paso se refiere al contexto, a la perspectiva.

En Animación de la Comunidad, desde Cáritas o desde cualquier otro ámbito, necesitamos tener muy presentes las

actuales dimensiones de la realidad. Ese contexto global en el que se inscriben nuestras acciones o nuestros programas nos impone al menos dos reflexiones.

La primera se refiere a que el último destino de la Animación Comunitaria es precisamente la Comunidad. No determinados miembros de la comunidad que por lo que sea carecen de algo. La animación debe referirse a las manifestaciones de los problemas —siempre individuales, concretas—, pero sobre todo a sus causas —siempre globales, sistémicas.

Para verlo con más exactitud, la segunda observación: la nueva configuración de las sociedades. Que no en vano han pasado ya cincuenta años por las Cáritas españolas, desde la revolución industrial, económica y demográfica de entonces hasta la de hoy. En los dos casos, el cambio de dimensiones del mundo.

Y en los dos casos la sociedad necesitada de nuevos sistemas para su animación. En último extremo, pues, el destino de la Animación Comunitaria es el establecimiento de las adecuadas estructuras para vitalizar el tejido social.

¿Qué nos dice esto respecto de las propuestas de la página 49 de nuestro Documento? ¿Cómo ayuda a entenderlas?

Primero

Cáritas es como un puente. Lleva de un sitio a otro, aunque el segundo está muchas veces dentro del primero.

Cáritas es el camino que va desde la Comunidad hasta los Pobres. Y viceversa. Por aquello de que los Pobres no están necesariamente fuera, como si la Comunidad misma no

lo fuera o no debiera serlo, por eso decimos que se trata de un puente muy especial: nos lleva más adentro de nosotros mismos.

De buenas a primeras lo más evidente de Cáritas es la limosna, la ayuda, el servicio..., que unos prestan a otros. Existe porque hay un necesitado ahí enfrente, ante los ojos de alguien que le ve como un hermano. Y entonces se da un paso, que lleva desde el que tiene al que no. Pero es un paso extraño: quien lo da ya no puede volver a su casa.

El encuentro nos hace a todos vivir más allá de lo que teníamos o éramos, por la sencilla razón de que todo encuentro es una forma de amor. Y el amor, que como se sabe es Dios, nos cambia, nos saca de nosotros mismos, nos echa fuera y pretende siempre convertirse en nuestra casa. Por eso en Cáritas se aprende muy pronto que, detrás de la primera evidencia, hay otra cosa.

Se trata de un puente de ida y vuelta. Por él transita, sí, la ayuda de la Comunidad a los Pobres; pero por él, también, circula otra mercancía en sentido opuesto. Se trata ahora del Evangelio de los Pobres, que llega a la Comunidad primero en forma de un recuerdo incómodo (1).

Muy pronto, si se tiene paciencia, inteligencia y fidelidad, el recuerdo incómodo se vuelve otra cosa más importante: se convierte en motor de cambio, transformador de las personas y de las instituciones. Entonces es cuando Cáritas aparece del

(1) Desde la Comisión de Formación y Animación Comunitaria, del Consejo General de la Cáritas (a la que pertenecen muchos de los firmantes de este número de CORINTIOS XIII), hemos plasmado este punto de vista en la *Guía de Formación* de la Confederación.

todo: cuando ha convertido la ayuda del necesitado en animación de la comunidad.

A eso se refiere nuestro documento cuando habla del «ministerio de la caridad» en la presentación del apartado sobre la Animación. Ministerio es igual a función y la de Cáritas es servir de puente. Como aquel Santo Domingo, el riojano, y los caminos medievales, a Santiago o por cualquier otra calzada.

Sí, ésta del puente es una comparación muy útil. Y se aplica, con enorme fecundidad, a planteamientos como el siguiente.

Segundo

En la vida de toda sociedad actúan dos fuerzas: las del trabajo y las de la convivencia. Que es tanto como decir: las del Mercado y las de la Administración (2).

Y no hay más, porque no se necesita nada más. Porque por un lado lo que llamamos el Mercado encamina todo el mundo del trabajo, del dinero, del comercio, los recursos, la capacidad adquisitiva... Y por otro, la Administración se encarga de que todo vaya en orden en los ámbitos de la convivencia: la sanidad, la educación, la cultura, el derecho, la política, la religión, el ocio... En medio, participando tanto del Mercado como de la Administración, están los sistemas de comunicación. Bien pensado, no hace falta nada más.

Por eso todos los pueblos fueron entrando en la modernidad según encontraran su propia fórmula para expresar ese

(2) Sobre el tema, y de casa, véase el núm. 103 de *Documentación Social*, de abril-junio de 1996.

juego de fuerzas. Unos confiaron más en la iniciativa de cada ciudadano; otros, en la organización de su conjunto; unos entregaron lo primero a la libre iniciativa y reservaron lo segundo para el orden común; otros lo entregaron todo a cualquiera de las dos iniciativas. Ninguna de estas fórmulas es perfecta, desde luego, pero todas están a punto de serlo o al menos ayudan a vivir con serenidad.

En condiciones normales.

Cuando la historia de los pueblos camina por tiempos conocidos, se apoya en fórmulas garantizadas, se aprovecha de la experiencia y de las estructuras heredadas; cuando son tiempos de mantenimiento o de desarrollo dentro de lo previsible, entonces realmente no hace falta nada más. (Nota en el margen: en esos tiempos las gentes se preguntarían qué significa eso de Cáritas.)

Pero cuando vivimos en tiempos de cambio, las cosas son distintas.

En tiempos de cambio a los dos sectores de la Administración y el Mercado les ocurre como a la ropa de los niños que están creciendo: dejan de servir porque su cometido es mayor que su capacidad. Se supone que están hechas para abrigar, pero no consiguen proteger del frío. En tiempos de cambio aparecen problemas que no pueden solucionar los dos juegos de fuerzas conocidos.

Así ocurre con problemas como el paro de larga duración, la revoluciones comerciales mundiales, los cambios de función del territorio rural, el vacío de objetivos en la formación de las nuevas generaciones, la adecuación del derecho ante los nuevos equilibrios financieros. Ocurre con las nuevas migraciones,

con los fundamentalismos, con las violencias, con los racismos, con los nuevos pobres...

Como no basta con aquellos dos dinamismos o conjuntos para la animación de la sociedad, como queda al aire un territorio nuevo, por eso nos encontramos ante sociedades enfermas o al menos inquietas, muchas veces atormentadas ante problemas que no son capaces de resolver.

Se habían constituido para ello. Pero ahora, a su lado, aparecen unas criaturas nuevas, marcadas por el voluntariado, funcionando casi al margen pero muy a la luz, realmente capaces de llegar hasta donde todo lo anterior no alcanza. Es el mundo de las «O-N»: las «organizaciones-no...». El «no...» se refiere a todo lo anterior: no son ni del Gobierno ni del Mercado, por eso están a un lado de la Administración y del lucro...

No hace falta seguir: son tiempos para Cáritas. Como tantos otros grupos de ciudadanos, sienten que ante ellos surgen problemas insolubles para las organizaciones convencionales. Y salen a la calle proponiendo fórmulas, con la libertad y la responsabilidad que les da su no estar dentro de lo convencional y su credo.

Sólo queda por añadir un detalle, nada desdeñable: la naturaleza de los habitantes de esos nuevos territorios, de ese nuevo Sector Social, depositarios de problemas que lo establecido no consigue resolver. Ya se sabe su nombre: los Pobres son los habitantes del Tercer Sector.

Por eso todas las organizaciones que se ocupan de la humanización de los nuevos territorios enseguida perciben que las cosas no se arreglan con llevar un subsidio a donde no lo tienen. Enseguida perciben que los nuevos territorios son los

lugares donde los problemas se muestran, no donde nacen. En el Tercer Sector están las manifestaciones; en los otros dos, las causas. Los otros dos no consiguen configurarse en condiciones y por eso, a la vez que proporcionan cierto orden y bienestar a parte de su población, provocan la marginación de muchos otros grupos sociales.

Por eso las organizaciones nuevas se vuelven enseguida hacia sus bases y se preguntan qué es lo que debe cambiarse en ellas. Empiezan a mirar su propia casa como algo que debe ajustarse de otro modo, a su cultura y a su sociedad como realidades necesitadas de otros códigos (éticos, laborales, relacionales, culturales, religiosos, políticos...) (3).

Es el discurso de aquellos puentes y sus dos direcciones. Entre aquella metáfora y esta descripción de los nuevos territorios sociales hay base suficiente para entender lo de la animación de la Comunidad. Y las ocho propuestas de nuestro documento.

B) ESTE PAR DE PÁGINAS

Porque se trata de dos páginas escasas. Y además con las palabras muy pensadas, puro esquema.

Sólo dos páginas que hablan con total claridad siempre que se las sepa situar en el contexto adecuado. Cualquiera que tenga los ojos abiertos a lo que hoy está ocurriendo en el

(3) Como el último ejemplo de este discurso, el más reciente Informe al Club de Roma firmado por O. GIARINI y P. M. LIEDTKE, *El dilema del empleo (el futuro del trabajo)*, publicado en Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1998, 285 págs.

mundo, a los cambios sociales, a sus raíces, cualquiera así puede ahora leer el esquema de nuestras dos páginas y encontrarlas del todo elocuentes.

Por eso debíamos empezar con los dos puntos anteriores, de contexto. Ahora damos un paso más señalando que incluso las dos páginas de nuestro Documento admiten una sistematización todavía más simple y clara.

Y que en esta misma revista puede el lector encontrar un comentario excelente de lo que nuestro Documento propone. En él se responde al título de todo nuestro comentario.

Tercero

Pues bien: con ese trasfondo, las dos páginas de nuestro texto se explican solas. (En este momento de la reflexión, sin falta de que las reproduzcamos aquí, es imprescindible releer al menos la 49 del Documento).

En ellas aparecen ocho propuestas. Son a la vez pistas para su operativa y sobre todo definición de la Animación de la Comunidad. Desde el trasfondo de las dos consideraciones anteriores se ve muy claro su sentido.

Ante todo, el apartado *a) Animación de la Comunidad*, es recordar a todos que el servicio a los pobres es un elemento esencial de la identidad de la Iglesia. Es aquello de recibir el Evangelio de los Pobres. Los puentes de ida y vuelta.

Después, *b) y c) Practicar una visión interesada*, partidista, tanto sobre la condición de vida de los Pobres como sobre el conjunto de la sociedad. Animación de la Comunidad es ejercer la Crítica y el Discernimiento. Lo que se aprende sobre el

tema, nuestra capacidad de interpretar todos los disfraces, causas y consecuencias del Tercer Sector:

Lógicamente después es el momento de la acción, *d)* y *e)* es el diálogo entre la crítica partidista y *la propuesta de vías para el compromiso*. Como no podía ser menos y se entiende muy bien desde el trasfondo dibujado antes, la propuesta es *siempre comunitaria*, es decir, se centra en construir otros modos de relación, de modo que no se pretenda alcanzar acciones sino estructuras. Siempre se trata de lo mismo: nuevas formas para vivir la relación social.

Y, claro, todo el mundo entiende que nada de esto es posible sin una poderosa y correlativa identidad interior por parte de Cáritas (como de cualquiera otra de las organizaciones que intervengan en estos nuevos territorios). Las propuestas *f)*, *g)* y *h)* se refieren al ámbito de *la motivación en Cáritas*: se trata de alcanzar la comunicación cristiana de bienes (que va mucho más allá de todas las más generosas cuestaciones) porque se orienta desde las Bienaventuranzas. Sencillamente, la más honda de las fuentes para la más radical de las propuestas.

Sí, sin falta de muchas explicaciones:

- Qué es.
- Exige una actitud especial ante la vida.
- Lleva a proponer otro modelo de relaciones.
- Basado y manifestado en el espíritu de las Bienaventuranzas.

Cuarto

De todos modos las explicaciones están por ahí, escritas, precisas, suficientes.

Por eso en un apartado muy rápido, en este comentario se ha de señalar: quien de verdad quiera tenerlo todo más que básicamente claro debe acudir al texto de Gabriel LEAL (de Cáritas de Málaga, compañero de estas páginas y en estos menesteres) en un número anterior de esta misma revista.

Es el 76, de octubre-diciembre de 1995.

Este número recoge el grueso de la reflexión de la Escuela de Formación Social de Cáritas aquel mismo verano. La desglosa en seis formidables textos, acompañados cada uno de una breve síntesis del coloquio siguiente. Sí, son textos formidables. Por si alguien no lo cree, basta recordar los nombres de sus autores: Víctor RENES, de los Servicios Generales de la Confederación; Gabriel LEAL, delegado de la Diocesana de Málaga; Joaquín GARCÍA ROCA y José I. GONZÁLEZ FAUS, de inútil presentación; Imanol ZUBERO, desde la vanguardia reflexiva y comprometida en Euskadi, Iglesia y Universidad, y Pedro JARAMILLO, del Consejo de la Confederación y Vicario General en Ciudad Real. Sobre todo, son personas que no bromearon —ni bromean— en compromisos como el de aquella Escuela.

El de Gabriel LEAL, en concreto, además es voluminoso, el más voluminoso del conjunto. Sesenta páginas, documentadas, llenas de matices, con un esquema general completo, guían con eficacia desde la fundamentación hasta las principales pistas de acción.

Un primer detalle: su título. Con toda intención, el autor no habla de Animación de la Comunidad, desde el punto de vista de Cáritas. Considera que Cáritas es la expresión de un Ministerio constitutivo de la Comunidad y por eso titula: «Cáritas, animadora en la Comunidad». De-la, en-la: tampoco es un matiz desdeñable. Aquel día, los grupos de trabajo lo acusaron con pasión.

Porque, además, el esquema de la reflexión de Gabriel lo hacía posible. Como puede comprobarse en el número citado de nuestra revista, había en ella tres elementos fundamentales:

- Cáritas en la Iglesia, al servicio de la Evangelización.
- Cáritas, animadora en la Comunidad.
- Medios y ámbitos para desarrollar la Animación Comunitaria.

Su proceso es sencillo y lógico, al alcance de cualquiera: desde la relación entre Cáritas y la Misión Evangelizadora de la Iglesia hasta las áreas concretas para la manifestación del Evangelio. Es un ejercicio muy simple. Gabriel invitaba entonces a preguntarse no tanto por Cáritas sino por el Evangelio. Y a hacerlo de un modo desprejuiciado, estrictamente secular. Entonces acabaríamos necesariamente relacionando Evangelio y Caridad, con lo que habríamos llegado, a la vez, a Evangelio y Comunidad y a Evangelio y Pobres.

A partir de ahí bastaría con especificar los lugares más importantes —en el siguiente apartado de la reflexión descendía incluso a los más urgentes— para entender de qué se trataba.

Hoy resulta evidente la presencia de aquel discurso dos años después en el documento que comentamos en este número de CORINTIOS XIII.

C) PENSAR EN PROGRAMAS/PENSAR EN PERSONAS

Algo, de todas maneras, sí se puede añadir a la reflexión de Gabriel LEAL. Algo muy importante y en continuidad con su orientación.

Resulta que hoy todo el mundo percibe el cambio de dimensiones de la realidad social. Todos ven que la vida de los pueblos está necesitada de nuevos sistemas de animación con los que corregir al menos algunas de las desigualdades y abrir pistas para la esperanza de las comunidades.

Pero resulta también que la abundancia de recursos —causa indirecta de todas las desigualdades— provoca una modificación inconsciente en nuestros modelos de animación de las comunidades. La seducción de los recursos nos lleva a todos a confundir su posesión con la satisfacción de vivir:

El tema es extraordinariamente importante. Y no tanto por el distinto concepto de bienestar y animación de las comunidades, sino porque la equivalencia animación-posesión de recursos puede esconder precisamente lo contrario de lo que promete. Puede esconder, en efecto, la más péfida de las explotaciones: la que obliga a estructurar la convivencia desde el punto de vista del consumo.

El colmo de los colmos: hacer una teoría para justificar ese modelo de animación de la comunidad. A eso se le llama ideología, superestructura, manipulación, disfraz.

Quinto

El documento de nuestro Episcopado titulado «La Iglesia y los Pobres» (ampliamente citado en el número referido de CORINTIOS XIII) lo define con precisión: al mundo no le faltan hoy medios para remediar las pobreza; le faltan motivos para hacerlo (4). La contraposición entre medios y sentido

(4) En el Documento, núm. 45.

para usarlos: eso es, aunque dicho solamente en formulación negativa.

Nuestro mundo vive hoy en la contradicción más absoluta de haber llegado a un nivel de confort y de posibilidades nunca conocido, a la vez que inmerso en una situación de conjunto profundamente injusta, progresivamente injusta, abrumadora. Es lo que en los medios de comunicación se califica con la fatídica proporción «20:80»: la quinta parte de la población, que tiene y tendrá, frente al resto, para el que sólo quedan las subvenciones (ni bienes ni trabajo, ni autonomía ni responsabilidad) (5).

Cuando hablamos de Animación de la Comunidad, esta situación debe resultarnos muy elocuente. Habla de que el mensaje de los Pobres no se refiere al ámbito de los medios sino al de los objetivos.

El tema es fulminante porque al «volver» a la Comunidad no es fácil encontrar sentido al Evangelio que hemos vivido junto a los Pobres. Allí, sin darnos cuenta, estábamos reduciéndolo al ámbito de los bienes, de los recursos, de la organización, de las ayudas puntuales o estructurales. Pero al «volver» encontramos con que nada de eso nos hace falta. Y entonces tendemos cada día más a separar nuestra vida de nuestro (supuesto) compromiso con los Pobres.

Ocurre que nos habíamos equivocado. Los Pobres están ahí, desde luego, para que les ayudemos a dejar de serlo. Imprescindible, hay que hacerlo, y lo más rápidamente posible. Pero no a cualquier precio.

(5) Cfr. cifras y factores en el trabajo de H. P. MARTÍN y H. SCHUMANN, *La trampa de la globalización*, Taurus, Madrid, 1998, 319 págs.

De la Pobreza solo sale quien tiene motivos para salir de ella. Desde luego, no lo consiguen quienes sólo tienen medios. Porque los medios son siempre, sólo, apariencia de libertad. En el fondo, los medios, los recursos, casi nunca pasan de procedimientos que a otros les han dado resultado y les han producido un bienestar. Por eso los usamos y los difundimos, por la garantía de que lo harán también a otros que todavía no habían podido disponer de ellos. Pero olvidamos que normalmente los medios no suprimen la ventaja que tenían los anteriores usuarios sobre los actuales.

Por eso los medios en cuanto tales nunca colman el vacío entre los acomodados y los marginados. Se limitan a hacer un poco menos insoportable la marginación. A veces, incluso, son el criminal entretenimiento de los explotadores, que se recrean en la disputa de los marginados y después orientan a los supervivientes hacia los caminos que a ellos les resultan de mayor provecho.

No hace falta seguir. El discurso dice claramente que la Animación de la Comunidad —como el servicio a los Pobres— debe medirse por la ayuda prestada para que todos lleguen al mundo de los motivos, es decir, a la puerta del Sentido de la Vida.

Lo cual, hoy mismo, no es un discurso extemporáneo, arcangélico. Hoy por todas partes surge el grito de lo moral, de lo ético, como el único camino para reconducir el mundo a condiciones asumibles. Así se hace respecto de la pertenencia a la Naturaleza, respecto del concepto de recurso, respecto de los equilibrios Norte-Sur. Y se hace muy en especial a la hora de redefinir los conceptos de valor y de trabajo.

Hoy estamos viendo que la solución de los problemas creados por la progresiva universalización del comercio no

está en decretar el reparto equitativo ni en arbitrar organizaciones más o menos razonables en los mercados. Ni lo está en la reducción de las horas laborales o en la recalificación de los vínculos de la producción. Los hechos están mostrando que la actual y la previsible situación de la Humanidad ante las tecnologías forzarán a prescindir de personas y horas en los ámbitos de la producción de un tipo de valor y de trabajo.

Por eso si en adelante se quisiera mantener el criterio de la rentabilidad económica como el eje estructurador de los equilibrios laborales y de justicia social, estaríamos ante un callejón sin salida. Y no podemos, nosotros los pueblos del Norte, escondernos criminalmente en nuestros propios repartos ignorando que todo cambia de naturaleza cuando en nuestros planes entran a contar también los pueblos del Sur.

Los sabios están señalando hoy la imprescindible necesidad de reconvertir nuestros criterios de valor, de horario de trabajo, de rentabilidad. Necesitaremos, muy pronto, haber llegado a valorar la comunicación conseguida entre las personas y los pueblos, su capacidad de encontrarse, su modo de vivir el no-trabajo, sus relaciones, su ocio y su fiesta. Necesitaremos encontrar muy pronto el modo de valorar también lo no productivo, es decir, ampliar el concepto de valor y de productividad desde lo medible en objetos a lo medible en la capacidad de convivencia (6).

Y organizar la sociedad en consecuencia.

(6) Véase al respecto el sugerente relato de M. YUNUS, *Hacia un mundo sin pobreza*, ed. Andrés Bello, Barcelona, 1998, 333 págs. Sobre su obra en el Grameen Bank, en Bangladesh: <http://www.grameen.com>.

Sexto

Es hermoso comprobarlo ante las actuaciones del Movimiento Cuarto Mundo.

Entre todo lo que hay en nuestra sociedad, este Movimiento es quien más consecuentemente se constituye en función de los marginados, tratando de ayudar a los Pobres a recuperar la palabra, escuchándola y difundiéndola después (7).

En Cuarto Mundo entienden que los Pobres sólo necesitan dominar el lenguaje, como había señalado hace cuarenta años Don MILANI, allá en Barbiana. WRRESINSKI, pocos años después, en diversos lugares de Francia, aplicó el mismo modelo: pretendió ayudar a los Pobres a salir de la miseria por el procedimiento de ayudarles a recuperar la capacidad de decir sus cosas a toda la sociedad. Uno y otro entendieron que sólo quien conoce, comparte y expresa, sólo él, es libre. Y no importa mucho lo que tenga o deje de tener.

Desde ahí los grupos de Cáritas deben sentirse a menudo muy próximos a aquellos déspotas ilustrados que dicen que eran los intelectuales y benefactores de hace casi tres siglos: aquellos del «todo para el pueblo, pero sin el pueblo». Porque el primer obstáculo para que Cáritas ejerza su función de Animación de la Comunidad está en el tipo de medios que emplea para el servicio a los necesitados.

Hay medios, como puede verse, que imposibilitan cualquier animación de la comunidad. En realidad la encierran en sí misma, la distancian de los Pobres, la confirman en su peca-

(7) Ya varias veces presente en distintos encuentros de nuestras Cáritas, su dirección es: C/ José Marañón, 15 C, 28003 Madrid (teléf. 91 448 14 45).

do de codicia y de explotación soportables. Ocurre cuando nuestras Cáritas participan de lo que podríamos llamar el Síndrome del Faraón (o de las Pirámides): tratan de construir organizaciones poderosas, sin otra verdad que la de perpetuar el nombre de sus titulares.

Así, como suena. Por grotesco o violento que nos parezca, hemos de aceptar que más de una vez nuestras cosas no pasan de ahí. El criterio o el síntoma de si es así o no, resulta muy sencillo: la relación entre nuestros programas y nuestras comunidades. Cuando nuestras comunidades ignoran nuestros programas o todo lo más se admiran ante su habilidad, entonces no hay que dudar: estamos ante el Síndrome de las Pirámides. Como no habían participado en ellos, tampoco nuestras comunidades se sienten llamadas a dejarse animar por sus resultados. Un puente sólo de ida.

Y esto es algo tremendamente importante en nuestros días, cuando nuestras acciones pueden basarse mucho más en recursos ajenos a la comunidad que en ella misma. En realidad, visto de cerca, el puente ni siquiera es de ida para nuestra comunidad. Es sólo una postal, una foto, una noticia.

Por eso, la lección del Movimiento Cuarto Mundo: son gestos que nos llenan de pasmo ante su capacidad de organización, conseguidos siempre a partir de medios muy pobres. Más: sólo se consiguen a través del uso que los Pobres hacen de los medios pobres. Y en ese uso cuenta, como primer y fundamental recurso, el de la comunicación conseguida entre unos y otros, el de la participación de unos y otros en el Misterio que les anima a todos.

Por eso sus acciones suelen parecer poco apresuradas o demasiado pacientes o no aptas para colocarse medallas. Sen-

cillamente, están recordando que hay otro lenguaje: el diario, el que no parece pretender nada, el que sin embargo nos hace vivir el misterio de nuestros itinerarios. Tan sin relieve y tan nuestro.

Porque sólo una Cáritas pobre puede participar en la Animación de la Comunidad (8).

D) PARA AYUDAR A MANTENER EL PASO

Y ahora, desde esa última afirmación, dos puntualizaciones. Asunto estrictamente operativo, coyuntural, nada sistemático: se trata de dos comentarios a partir de la experiencia que nuestras Cáritas tienen en diversas acciones y programas de animación.

Primero de todo, acerca de los desajustes que se producen al olvidar que hay dos comunidades: la que envuelve a Cáritas, su destinatario más frecuente, y la que envía a Cáritas, su casa. En cada una de las dos «animación» puede no significar lo mismo o por lo menos estar necesitadas de tratamiento distinto.

Lo cual suele exigir planteamientos difíciles, porque si bien se trata de distingos archiconocidos no por eso estamos hablando de cosas fáciles de vivir de un modo continuado. En los últimos tiempos, en efecto, nuestras Cáritas han acusado en sus estructuras el golpe del cambio de perspectiva supues-

(8) Véase, también en nuestra revista, la parte final del texto de A. BRAVO (*La causa de los pobres, reto para la Iglesia evangelizadora*) en el Simposio sobre los Desafíos de la Pobreza..., núm. 80, octubre-diciembre 1996.

to por la abundancia de recursos, las especializaciones, las perspectivas de conjunto y los movimientos de conciencia eclesial.

Séptimo

Desde el punto de vista de su Animación, la «comunidad» tiene dos dimensiones.

Para nosotros, en Cáritas, a la luz de la reflexión anterior; Comunidad significa dos realidades o dos ámbitos, distintos e inseparables: nuestra sociedad, nuestro entorno civil, la organización de nuestro pueblo, etc., por un lado; y por otro, nuestra propia organización, nuestros grupos, las redes de personas y acciones de Cáritas, las comunidades cristianas que se pronuncian a través de Cáritas. A los dos nos referimos como destinatarios de la «animación», aplicando la teoría del puente doble. En cada caso hablar de Animación tiene connotaciones específicas.

Está primero la gran comunidad, la sociedad o el pueblo o los lugares sociales en los que intervenimos. Ahí, como es evidente, animación significa ante todo acción, programa, compromiso, ayuda.

En nuestro pueblo, nuestras acciones son nuestra mejor animación de su tejido social. No le suponen ningún discurso, sino la evidencia de que ahí están los necesitados y ahí también los recursos. En nuestro pueblo, las acciones o programas deben ser conocidos, como se supone, pero no para proyectar alrededor nuestro complejo de Pirámides sino para provocar la conciencia del conjunto de la sociedad.

Animación comienza por conocimiento, conciencia, crítica, incluso participación. Lo recuerda nuestro Documento. Deben ser realidades inteligentes, pacientes, programadas, profesionales, honestas...: sólo entonces son capaces de despertar la conciencia por parte del conjunto de la población, de modo que se sienta llamada por lo que ocurre.

Por eso se alimenta o se apoya en signos. Signos, sí: porque las acciones y los programas necesitan revestirse de cuando en cuando de un aspecto extraño, especialmente sonoro y sorprendente. Necesitan —según— vestirse de fiesta, de sobrecogimiento, de invitación... Necesitan que sus acciones levanten la grana pregunta de si este modo de vivir tiene sentido o no. Por eso deben establecer Signos, a solas o con otros grupos comprometidos, que sin ellos ni hay conciencia. Ni por lo mismo, animación (9).

En el otro ámbito, el interior; las cosas son un tanto distintas. Es evidente que se alimentan mutuamente, que las del círculo amplio dan vida y a la vez la reciben del círculo próximo o interior. Pero sobre esa inseparabilidad hay caminos distintos.

La diferencia estriba sobre todo en que en este segundo círculo la conciencia es una perspectiva conseguible sin muchas mediaciones. El círculo interior es el lugar donde se formula el objetivo de quienes se comprometan (que siempre consistirá en ayudar a que los Pobres se propongan los suyos). Y por lo mismo es siempre lugar donde evaluar; donde seguir o redefinir constantemente, cuanto se hace.

(9) Aquí tengo que citar —cada uno tiene las suyas— la hermosa experiencia de la Cáritas de Zaragoza (y de toda la regional de Aragón-Rioja), en sus entrañables gestos de Navidad y otras campañas, tan sensiblemente propuestos por Miguel Marín y sus equipos.

En el círculo que llamamos interior las acciones deben consistir en reflexión, interiorización, análisis crítico..., es decir, en formación.

Lo cual supone principalmente compartir el sentido de lo que hacemos, no tanto mejorar nuestras técnicas.

Octavo

La experiencia muestra que en nuestras Cáritas es sumamente difícil conservar durante más de cuatro años un mismo talante, sin dejarse conducir por la inercia de las dinámicas propias de la acción social.

En estos últimos diez o quince años estamos asistiendo a un fenómeno muy interesante en nuestras Cáritas, vistas desde el punto de vista de este comentario. Así todas ellas, escalonadamente, han ido entrando durante cuatro o cinco años en sistemas de organización propios de las nuevas sociedades del Primer Mundo: se han ido profesionalizando y dedicando a programas muy específicos, para atender a sectores sociales en especiales necesidades. Por todas partes se ha ido haciendo evidente que los Pobre más pobres no lo son de dinero sino de futuro. Y entonces todas nuestras Cáritas han ido viendo que debían reestructurarse, pasando de la limosna puntual a otra cosa.

Así por todas partes han ido surgiendo primero acciones especializadas y luego programas de mayor consistencia, agrupando acciones y apoyados en personas liberadas al efecto. Se han ido sosteniendo sobre fondos de recursos que escapaban a las posibilidades de lo que hemos llamado círculo interior y así han caminado decididamente por caminos de una nueva

profesionalidad. Curiosamente muy semejantes, próximos o incluso coincidentes con los de cualquier Consejería de Acción Social.

Así debía ser, probablemente, que también en el mundo de la pobreza han cambiado todas las dimensiones y no nos valen las fórmulas anteriores. Pero en organizaciones como Cáritas, de tan corta vida o enfrentadas a retos de tan desconocidas dimensiones, aparece enseguida un déficit estructural: nuestras personas no suelen ser suficientemente profesionales para mantener su actitud o espíritu cuando sus primeros entusiasmos o la novedad han dejado de ser un aliciente.

Hay quienes consiguen superar esa situación, evidentemente. Y por eso por todas partes hay acciones —más que programas— que se salvan de esta crisis. Pero donde menos defensas existen es en los cuadros directivos, en la estructura misma de la organización. Nuestras estructuras no pueden tener hoy el resguardo de experiencia que se necesitaría para dar estabilidad a sus programas. Y dan lugar a episodios penosos, a veces ciertamente lamentables. No hace falta comentarlo más (10).

En nuestras Cáritas hay ciertamente una desproporción o desequilibrio notables entre la profesionalidad de nuestros liberados, la agilidad de nuestras estructuras y la concienciación de nuestros grupos de base. Es un desajuste indiscutible del que sólo se puede salir a través del cultivo del más importante de sus elementos: nuestros grupos de base.

(10) Sumamente interesantes al respecto los esquemas nacidos en el diálogo que siguió a la conferencia de Gabriel LEAL; los animó y recogió Juan José LÓPEZ y se encuentran en el art. cit., págs. 114-117. Ayudan a entender muchos de los problemas que hoy aquejan a nuestras estructuras diocesanas.

Paradójicamente es el que menos entra en juego cuando los programas tienen más de especialización asistencial que de escucha a los Pobres, como suele ser el caso en la mayoría de nuestras Cáritas diocesanas.

Por eso, para que de verdad exista la Animación de la Comunidad, habida cuenta de las relaciones entre liberados y estructuras, todas nuestras Cáritas necesitan cultivar la perspectiva al menos regional.

La experiencia nos ha enseñado que sin la inclusión efectiva de nuestros programas en colaboraciones o equipos regionales, cuanto se hace en cada uno de ellos suele estar abocado a diálogos difíciles y a descuidar del todo la animación de la comunidad. Suele ocurrir, en efecto, que ante las dificultades de la diocesana o ante los vaivenes de las programaciones las comunidades tienden a situarse al margen de todo y por ahí pierden la posibilidad de animación interior.

La experiencia también nos ha enseñado, de todos modos, que a través de la regionalización o la coordinación regional de los programas se tiende casi demoníacamente a suprimir todo lo local. Es cierto por eso que sólo saliendo un poco fuera de lo propio se consigue perspectiva para mantenerse durante un tiempo más largo en la orientación debida. Pero también lo es que más de uno tiende a abdicar de su propia responsabilidad entregándose a otros profesionales, «que saben más y están más cerca de la Administración»...

Es verdad, sí. Pero sin correr este riesgo difícilmente conseguimos hacer reales tan magníficos discursos sobre la Cáritas pobre, la Iglesia pobre y la nueva animación de los grupos a través del Evangelio de los Pobres.

Se trata de aprender a ser profesionales. Con una profesionalidad muy, muy, especial, desde luego, pero profesionalidad al fin y al cabo. Se comprende su dificultad: es de la misma magnitud que la transformación del conjunto de la sociedad desde la realidad del Tercer Sector:

F) PARA ACABAR: DE LA ANIMACIÓN DE LA COMUNIDAD AL MODELO DE CÁRITAS

Viene bien, antes de esta última curva, repasar el proceso de estas reflexiones. ¿De dónde veníamos cuando hemos acabado con esa alusión a lo profesional?

De la dinámica entre dos bloques de comentarios. Primero, apartados A) y B), hemos recordado tanto el contexto social y la definición de la animación comunitaria como su comprensión desde la perspectiva de Cáritas.

Hemos recordado que el modelo Cáritas ha de consistir en una respuesta a la configuración del tejido social en estos tiempos de la globalización y la emergencia de nuevos espacios sociales. Y debíamos subrayar que al hacerlo en Cáritas se necesita emplear una óptica específica: evangélica, de otra pobreza, de las bienaventuranzas, de una comunidad alternativa...

A partir de ahí se abrían C) y D), consideraciones más operativas esta vez, progresivamente menos generales o sistemáticas. Así hemos debido releer la relación entre Persona y Recurso, los modelos pobres de intervención y las implicaciones que eso tiene en nuestras Cáritas, tanto en su vida interior como en su organización.

Noveno

Visto así, se entiende mejor la trascendencia de la primera de las pistas que nuestro Documento indica para la Animación de la Comunidad:

«Hacer conscientes a las comunidades cristianas y a todos sus miembros de que el servicio a los pobres es un elemento esencial de la identidad y misión evangelizadora de la Iglesia.» (I.I., a.)

Lo habíamos indicado desde la primera página con aquello del puente de dos direcciones y lo hemos repetido en la última con el aviso de que no es posible sin un tipo de organización a la vez local y regional. Y nada de ello es fácil. Sencillamente, porque se parte de que el programa va naciendo con el compromiso.

En el citado comentario de Gabriel LEAL había quedado dicho:

«No se trata de saber quién es mi prójimo, sino de descubrir de quién he de hacerme prójimo; de ver quién está caído al borde del camino, clamando para que yo me aproxime y le socorra. Hemos de decirlo con toda claridad: no se nace prójimo, hay que hacerse prójimo, actividad decisiva ante el juicio final» (11).

«No se nace», «se hace»... Como tampoco hay Cáritas hechas, sino que se van haciendo en diálogo con su propio compromiso. Sí, reflexionar sobre el sentido de la Animación Comunitaria nos lleva necesariamente a referirnos al modelo mismo de Cáritas.

(11) Art. cit., pág. 70.

Ahí está el problema. No en cuanto a los programas mismos, las técnicas, los presupuestos, las especializaciones, las memorias..., en Animación Comunitaria. El problema está en redefinir constantemente nuestra estructura y nuestros modos de funcionamiento en diálogo con lo que va surgiendo. De eso va la nueva profesionalidad, la tensión de nuestras Cáritas entre militancia y voluntariado.

Normalmente es la misma sociedad la que nos impide percibirlo con toda su fuerza. A la sociedad, en efecto, le es mucho más fácil aplaudir que mostrarse sorprendida. Por eso deja enseguida páginas y admiraciones para nuestros programas, pero a la vez nos refuerza en la senda de la especialización funcionarial. Nos aplaude para vaciarnos.

El resultado es la utilización del aplaudido. Se le hace confundir su imagen —positiva y relevante— con su realidad mucho más elemental. Y se le anima a seguir haciendo lo que se le permite hacer; incapacitándole para cualquier alternativa radical. Es el chantaje de quien se siente enormemente gratificado porque sale del desierto y parece haber encontrado de nuevo la orilla del río. Ya no vive en el exilio de la sociedad sino que se le presenta en los medios de comunicación como referencia...

Pero tampoco hace falta extenderse más. Sabemos de qué va el tema y cómo por su medio algunas veces nuestros programas de animación de la comunidad se nos suelen quedar en poco.

Por eso quisiera acabar señalando algo que como educador me resulta muy próximo: las otras instituciones que, desde otros momentos históricos, han ido cumpliendo los mismos cometidos de Animación que ahora comentamos a pro-

pósito de Cáritas. Me refiero a las instituciones cuyo paradigma son las acciones de las comunidades religiosas.

Pues bien: vista desde la perspectiva de la animación comunitaria, Cáritas parece haber aprendido demasiado pronto los vicios de quien había llegado antes al mismo lugar. Quede dicho con claridad y respeto. Se comprende, porque ahora mismo hay más recursos para la caridad y porque la creación de las imágenes sociales requiere mucho menos tiempo. Por eso ha sido todo mucho más rápido. (En Cáritas, como en todas las ONGs, movimientos de compromiso, etc. Piénsese, por ejemplo, en los escasos veinte años de la Comunidad de San Egidio y su imagen.)

A mi parecer, hoy por hoy, entre nosotros, la imagen de Cáritas va muy por delante de la calidad de sus grupos. Esto en sí mismo no está mal, desde luego, porque la eficacia de los proyectos depende mucho de la imagen positiva que la sociedad tenga de ellos. Pero puede ser la muerte si las gentes de Cáritas se dejan deslizar por la dulce pendiente que va desde la realidad a la apariencia. Es nuestra fragilidad.

En las otras instituciones, en las que llegaron ya hace unos siglos al mismo cometido, la situación parece ser la inversa: su realidad está muy por encima de su imagen. Y todos podemos ver su resultado. En torno suyo generan la impresión de cosa poco relevante; en su interior, de poco entusiasmo e incluso (!) de mala conciencia. Otra fragilidad.

Al concluir estas reflexiones sobre la Animación Comunitaria y Cáritas es bueno recordar este hecho. Porque, comparaciones aparte, recuerda la fragilidad común sobre la que unos y otros vivimos. Y recuerda —ya en positivo— los dos pilares sobre los que se asientan todas las acciones o progra-

mas del sector: sensibilidad social y profesionalidad, pertenencia y especialización, incardinación y eficacia. A ninguno de los dos —Cáritas y comunidades religiosas— le vendría mal encontrarse con más frecuencia. Y aprender y aportarse lo que cada uno tiene, como experiencia contrastada y como necesidad urgente.

A su luz cambiaría todo lo que ahora mismo creemos saber en Cáritas sobre la Animación Comunitaria. Hablaría de otra paciencia y otros plazos, de construir estructuras además de gestos, de implicar personas y comunidades especializadas, de un talante tan secular como misericordioso, tan sistemático como puntual.

Y cambiaría lo que en los otros ámbitos creen saber sobre profesionalidad. Recordarían lo imprescindible de la renovación, la agilidad de las estructuras, la diversidad de los recursos, el sentido de lo No Formal, la pluralidad de los comprometidos y sus compromisos, la funcionalidad de horarios e instalaciones.

En el organigrama «supremo» de Cáritas, en la Junta de la Confederación, desde luego, ya hay lugar para ello. Posiblemente esté muy poco aprovechado, salvo las magníficas excepciones de las Comunidades Vicencianas y las Hospitalarias.

Potenciarlo sería muy bueno para comprender mejor qué ha de ser la Animación de la Comunidad en los días del Tercer Sector:

EL DINAMISMO Y LA FUERZA DE UN PROCESO FORMATIVO

«¿HASTA DÓNDE CREEMOS EN LA FORMACIÓN?»

FIDEL GARCÍA GUTIÉRREZ

Técnico de Cooperación y Desarrollo
C. D. Gipuzkoa

«La formación y acompañamiento para la educación en la caridad, la solidaridad y la promoción de la justicia es una exigencia de la madurez en la fe y una necesidad urgente. Sólo así las comunidades cristianas y sus miembros podrán reconocer más plenamente y asumir más conscientemente sus responsabilidades en la vida y misión de la Iglesia» (CVI, III).

I. PRIMEROS PASOS, PARA UN MEJOR ENTENDIMIENTO DEL ARTÍCULO

Nos preguntamos en el título hasta dónde creemos en la formación. No es una pregunta simple, en ella se encierra también una pregunta sobre el carácter, sentido, modelo, características, contenidos, exigencias, aportaciones, etc., que pueden plantearse en torno a la formación. Pero además nos debemos preguntar hoy en este artículo también sobre la exi-

gencia y la contextualización de este discurso en relación a la Identidad de Cáritas, tema central del número.

Existe una gran y rica presencia del tema de la formación en la sociedad actual, y también en nuestra institución Cáritas, como no podría ser menos, si queremos seguir siendo «signo de los tiempos» y estar en tal capacidad, que se permita al agente de Cáritas «crecer en su compromiso y desempeñar con calidad las funciones y tareas que realiza» (1), como fruto y consecuencia de una formación integral y permanente. Por eso señalamos aquí el amplio acerbo de documentación elaborada y editada en Cáritas sobre la formación. Pero no sólo se ha escrito, sino que se han vivido enriquecedores y clarificadores debates y procesos al respecto. Ahí están, sin ir más lejos, la laboriosa edición de la Guía de Formación y la puesta en marcha de los modelos y programas de formación en muchas Cáritas Diocesanas o la estructuración de la Escuela de Formación Social de Cáritas. También ha sido tema central en diversas Asambleas diocesanas en los últimos años, donde en algunas de ellas tuve la oportunidad y el placer de poder participar.

La importancia de este tema no surge porque sí. Bebe en la tradición propia de la historia de Cáritas, tal y como pudimos comprobarlo a la hora de recopilar, reflexionar y trabajar los múltiples documentos y artículos que conformaron el primer dossier sobre la Identidad de Cáritas (2), en el laborioso proceso de reflexión y de elaboración que vivió el documento «Reflexión sobre la Identidad de Cáritas».

(1) Documento «Marco para la acción de Cáritas...», apartado 2.11, pág. 56.

(2) Documento «Reflexión sobre la Identidad...», Introducción, punto 4, pág. 11.

Y bebe y responde también en la preocupación de la Iglesia, y de sus movimientos e instituciones, por un compromiso y una militancia con capacidad de respuesta al gran reto de una sociedad de mayores y complejas interrelaciones, secular y pluralista, globalizada y de exigencias más integrales, que no pueden ser respondidas sólo con la buena voluntad sino que exigen esa capacidad y calidad en la acción: desde el Ser, como personas y discípulos («Aprended de mí»), el Saber, como buenos testigos y técnicos («Seréis mis testigos»), y el Saber Hacer, como eficaces servidores («Id y sanad»). Reflejo de ello son los diversos planes y Guías de Formación, elaborados y animados tanto por algunas Comisiones episcopales, como por Instituciones y movimientos de Iglesia, que intentan responder a este espíritu.

En esta línea de impulso, motivación y animación a trabajar en la construcción de una formación sólida, bien planteada y estructurada, subrayamos el documento de la Conferencia Episcopal Española del año 1994, «La Caridad en la Vida de la Iglesia». También el documento «La Iglesia y los Pobres», aprobado por la CEPS, en diversos apartados del texto, recoge y destaca la importancia y necesidad de la formación continua, permanente y actualizada, así como el carácter y contenidos de la misma, en el compromiso y la acción de la Iglesia. Todo esto es reflejo de aquel viejo principio de que «todo parón en la formación es un retroceso».

Con este artículo queremos colaborar a lo que invita el Obispo responsable para Cáritas en la CEPS, en la presentación del propio documento «Reflexión sobre la Identidad de Cáritas» (págs. 7 y 8), cuando anima a «difundir el fruto de este trabajo..., alimentando también la propagación y profundización de estas páginas». Por ello aquí no hablaremos de muchas cuestiones que ya algunos hemos venido expresando en

otros momentos (3) y nos detendremos más en elementos significativos sobre la Formación en relación a una reflexión sobre la identidad de Cáritas. . De ahí el título del artículo, donde quiero ayudar a que valoremos hasta dónde creemos en la importancia que la formación tiene para mantener y consolidar la identidad de Cáritas y las consecuencias que la misma Formación tiene cuando se es fiel a los planteamientos teóricos y a la coherencia ante esa identidad.

Personalmente creo que esta reflexión puede ayudar también a seguir actualizando el papel que puede (y entiendo que debe) seguir jugando la Guía de Formación (4), como instrumento de animación y orientación, para una estructuración y elaboración propia, creativa y coherente de los programas de Formación, en las respectivas Cáritas, que viven realidades tan parecidas unas a otras, pero también tan distintas.

2. LA FORMACIÓN, EN EL DOCUMENTO «REFLEXIÓN SOBRE LA IDENTIDAD DE CÁRITAS»

El documento de reflexión presenta la esencia de la identidad de Cáritas. Y como en toda esencia, como no puede ser

(3) Ver, por ejemplo, el artículo «Acción educativa y transformación Social», de Germán JARAÍZ y Fidel GARCÍA. *Documentación Social*, núm. 109, «Trabajando por la Justicia». Hay una amplia bibliografía que se recoge en las notas a pie de página del artículo.

(4) La Guía de Formación está editada por Cáritas Española (1997) y fue fruto de un amplio trabajo y debate de la Comisión de Formación y Animación Comunitaria junto con el programa de Formación y los responsables de formación de las Cáritas Diocesanas. Fue también tema de estudio y reflexión, e igualmente de maduración, en cursos de las últimas Escuelas de Formación Social de Cáritas Española.

de otra manera, todo es eso: «esencia»; es decir, igualmente importante y fundamental. Es por eso que cada autor de un artículo de CORINTIOS XIII estaremos dando la importancia máxima al apartado que nos ha tocado comentar y desarrollar. Y en eso no hay contradicción y todos tenemos igualmente razón.

Yo también me atrevo a señalar este lugar preeminente por mantener la idea de tejido de la identidad de Cáritas. Por ser un tejido, todos los hilos son igualmente básicos y han de estar colocados en su lugar. Desperdiciar un hilo, tirar de él y sacarlo del contexto, es correr el riesgo de romper el tejido, de romper la integralidad y quedarnos en el vacío. El hilo de la formación tiene también su lugar, espacio y sentido en la reflexión sobre la identidad de Cáritas. Además que entre los diversos temas, si bien más entre unos que entre otros, la interrelación y dependencia es grande.

A estas alturas del número ya conocemos que el documento «Reflexión sobre la identidad» está sistematizado en tres bloques: primero, el acercamiento a la identidad desde la fundamentación bíblico-teológica en el amor preferencial a los pobres; segundo, desarrolla la especificidad del ministerio de Cáritas y, por ende, de la Caridad, en la vida y misión de la Iglesia, y tercero, entra en las funciones y talante permanente de Cáritas como expresión comunitaria de ese amor preferencial por los pobres.

Pues bien, el tema de la formación se sitúa en este tercer bloque, y sirve de pórtico al mismo, estrechamente vinculado al de la animación comunitaria. No es banal que así sea, ni que vaya de la mano de la reflexión sobre el tema de la animación, tal y como veremos.

2.1. La animación de la comunidad y la formación, como funciones permanentes en Cáritas

Este es un tema fundamental a la hora de hablar de la formación en Cáritas, pero que al tratarlo ya en el artículo anterior de este número por mi maestro y compañero a lo largo de los últimos cuatro años en la Comisión de Formación, no haré más que mencionarlo brevemente.

Estamos con ello afirmando, por ser función permanente, que es algo que Cáritas nunca debe dejar de hacer, para dar sentido a nuestro quehacer concreto. La formación ha de ser permanente, continua, adaptada a cada circunstancia, lugar y tiempo. Y la formación en Cáritas exige que tanto por método como por contenido y destinatario, ha de estar en sintonía e imbricación con la animación a la comunidad. Así animación de la comunidad y formación llegan a confundirse en un mismo proceso, y no puede darse el uno sin el otro. Lo veremos más adelante, de manera más exployada, pues éste es uno de los puntos transversales y que con fuerza nos señala el documento «Reflexión sobre la Identidad de Cáritas» cuando habla de la Formación.

Y estamos también afirmando que la comunidad cristiana, pero sobre todo la propia Cáritas, que es quien desarrolla en nombre de la comunidad cristiana el ministerio de la caridad, debe hacer visible el amor efectivo de toda la comunidad hacia los pobres. Y para ello, se *«exige la adecuada formación de todos los que asumen alguna tarea en el ejercicio del ministerio de la caridad»* («Reflexión sobre la Identidad de Cáritas», pág. 50). Tal y como también expresan los propios Obispos españoles en el Documento de la CVI (ver texto del encabezamiento de este artículo).

El documento «Reflexión sobre la Identidad», «asume esa responsabilidad» que le compete a Cáritas «*de facilitar esta formación y acompañamiento a quienes ejercen y animan la pastoral de la caridad*», como consecuencia directa de su ser responsable en la tarea de animación y coordinación entre las instituciones dedicadas a lo social y caritativo (5). Así lo manifiesta, también Pedro JARAMILLO entre las recomendaciones finales de la ponencia última, en el Congreso de la Pobreza, cuando anima a que Cáritas, más allá de sí misma, sea animadora e impulsora de un plan y proceso de formación, dentro de este mismo espíritu de animación y coordinación de lo social y caritativo en la Iglesia.

En resumen: estamos aquí afirmando que la formación ha de ser algo muy presente, necesario e imprescindible entre las funciones de Cáritas. Que ha de ser un hecho permanente y continuo. Que ha de estar muy vinculado —lo que determina su objetivo, orientación, destinatarios, contenidos y metodología— a la animación comunitaria.

2.2. Objetivo y orientación de la formación

Dicho lo anterior es fácil afirmar con el documento que el objetivo de la formación es «*lograr que la comunidad reflexione sobre las implicaciones que conlleva el ejercicio de la caridad y situar a todos en un proceso pedagógico*». Esta reflexión debe tender «*a combinar el conocimiento crítico de la realidad, las distintas técnicas de intervención social y el cultivo de un talante*

(5) En CVI, II, I I, se expresa también que «Cáritas es el organismo oficial de la Iglesia para la acción caritativa y social en sus diversos niveles: parroquial, diocesano, regional y nacional».

personal y comunitario entrañablemente solidario», reconociendo y asumiendo, plena y conscientemente, las responsabilidades en lo concerniente a la vida y misión de la Iglesia «en la caridad, la solidaridad y la promoción de la justicia».

Desarrollemos y precisemos esta cuestión.

Se está invitando a una «reflexión». Quede claro que la *reflexión* va más allá de la pura y simple adquisición de conocimientos para saber hacer.

La reflexión fortalece el saber, pero sobre todo fortalece el ser; fortalece las dimensiones integrales de la persona. Y fortalece, construye, comunidad. La comunidad que reflexiona su acción, su compromiso, es una comunidad que se está construyendo a sí misma. Es una comunidad que se está formando. Es una comunidad que sabe por qué y para qué actúa, qué es lo que se demanda de ella. Es una comunidad que se mantiene en respuesta activa y actualizada. Pero es una reflexión desde su praxis. En Cáritas, cuando hablamos de formación, hablamos de formación en y desde la acción. Y si la acción la entendemos como compromiso, estamos cerrando el círculo de una metodología formativa que desde la acción reflexionada nos lleva a una acción transformada. Formación como ejercicio de reflexión sobre nuestro ser y actuar, en comunidad, que nos sitúa en un proceso pedagógico, por tanto de formación continua, activa, creativa.

La formación es así una mediación de la acción para la acción transformada. El documento marco incide en la misma línea cuando afirma que la formación no sólo consiste en saber actuar, sino también en conocer por qué y para qué se actúa. Por eso el trabajo y la reflexión en equipo, no otra cosa es la comunidad, sobre la propia experiencia vital de acerca-

miento y compromiso con los pobres, es acción formativa encaminada a la transformación constante del medio y las relaciones que vivimos. Por ello, como también el documento marco lo afirma, «la relación interna que se da en los grupos que reflexionan, planifican, actúan y evalúan juntos produce unos formidables resultados formativos». Es lo que todos conocemos como pedagogía activa y participativa, como proceso formativo.

Este método formativo es una bomba de tiempo que hace que perdamos el control y la comodidad del acomodado y nos enfrentemos al «proceso» de los resultados, a donde la propia coherencia con esta creencia y con la mayoría de edad de la comunidad lo lleva. Es asumir que la estructura no es fin sino medio. Es asumir que tenemos la obligación de tener todo programado, pero no encorsetado y atado y bien atado. Es asumir quién tiene la última palabra y quién tiene la autoridad. Es asumir un proceso, en el pleno sentido de la palabra, de liberación. Y ello, asumámoslo, nos guste o nos guste, nos incomoda, nos rompe nuestra lógica, nos desestabiliza y nos pone delante de nuestras propias contradicciones.

No es tan fácil ser fiel a este discurso, y menos en una sociedad establecida, de mercado y eficacia controlada, de resultados y de imagen. Ante ello se pide inestabilidad, riesgo, dejarse llevar por los resultados de un proceso, vivo y palpitante, de saber leer no desde los centros de interés, sino desde la periferia de este mundo. Invito a que todos, sin exclusión, ahondemos y reflexionemos sobre nuestra capacidad de dejarnos sorprender por los resultados de un modelo formativo que nos controla en vez de controlarlo nosotros.

Si viviéramos la coherencia entre este discurso y teoría formativa, acorde a nuestra propia identidad, veríamos y disfruta-

ríamos de otros rostros de nuestras Cáritas, desde las parroquiales hasta las estatales. En este juego el que más pierde es el que más tiene, y es el que más miedo tiene a perder y más se esfuerza por conservar. Por eso el empobrecido es quien más cree en este modelo, es quien menos tiene que perder y le queda casi todo por ganar. Si nuestra causa y nuestro compromiso es la causa y compromiso con el pobre, también aquí tenemos opciones y coherencias que vivir:

En el último apartado de este artículo señalaremos las consecuencias institucionales y estructurales, comunitarias y personales, que ello conlleva. No es una cuestión baladí ni una cuestión neutra.

- ¿Por qué se da esta fuerza en nuestro modelo y proceso formativo? O mejor dicho, ¿cuándo ocurre lo que aquí estamos planteando?

Obviamente, cuando la formación adquiere carácter integral, es decir, cuando atiende fundamentalmente al ser de la persona, abarcando todas las dimensiones de nuestra existencia. La tentación, la tendencia más cómoda, es plantear la formación orientada sólo para saber cosas o para capacitarnos en la acción, en el hacer. Lo cual es importante y necesario, pero es reduccionista, es cortar las alas a la potencialidad y fuerza que la formación en Cáritas significa. Adquisición de saberes y capacitación para la acción son dos componentes importantes, imprescindibles en todo plan formativo de la formación, pero poner sobre todo el acento en la capacitación técnica no es una adecuada forma de entender la formación en Cáritas.

La formación en Cáritas debe «afectar» a la persona y a la comunidad. La *formación es para ser*. Esta formación es garan-

tía de mantener actualizada nuestra identidad. Incluye, por supuesto, el saber y el saber hacer, pero sobre todo concibe a la persona como sujeto capaz de llegar a ser lo que todavía no es. Formar significa, desde esta perspectiva, lograr y mantener permanentemente un modo de ser y vivir; personal y comunitario, en todas las dimensiones de la vida.

En Cáritas, lo vemos a lo largo de todo el documento de Reflexión, es vivir reconociendo y asumiendo, plena y conscientemente, sus responsabilidades en la vida y misión de la Iglesia. Argüir que esto es mezclar la formación técnica necesaria en Cáritas, que nadie lo duda ni lo pone en cuestión, con una formación puramente teológica o de militancia que no corresponde a Cáritas, es no haber entendido el concepto y sentido de la formación en Cáritas, además de ser un incoherente si se afirma que acepta los planteamientos de la identidad de Cáritas.

Obviamente no es responsabilidad de Cáritas formar teólogos, porque para eso están las catequesis y las escuelas de teología, pero tampoco es formar buenos técnicos, porque para eso están las Escuelas de trabajo social, facultades de humanidades y de carácter social.

El aporte de Cáritas está, sin obviar la formación técnica ni la teológica, en garantizar una metodología específica que asegure la formación integral y que haga sujetos nuevos comprometidos en la construcción de una nueva sociedad, desde una acción comunitaria y solidaria.

Estamos hablando de una persona y una comunidad formada en valores, más que en técnicas y en conocimientos, que también son necesarios. La formación en Cáritas no puede, por tanto, limitarse a copiar los planes formativos de cual-

quier otra empresa o institución similar al uso. La formación en Cáritas exige otra fundamentación, que le da carácter de un plus, el plus de atender a la persona en su integralidad.

Atender a la persona en su integralidad supone que la formación tiene que ayudarnos a ir logrando una manera *de pensar* (es decir, de ver, conocer, interpretar...), una manera *de sentir* (experimentar y expresar todo lo que vivimos y conocemos) y una manera de actuar (de responder a la realidad, de situarse ante ella) (6). Por otra parte, si hablamos de integralidad, estamos hablando también de que la formación debe abarcar a todas las dimensiones de nuestra existencia. No sólo cuando actuamos en horario y con carnet de Cáritas, sino que siempre y en todos los aspectos de nuestra existencia: momento, tiempo y lugar. Lo que el documento de Reflexión llama «ser simultáneamente teólogo, técnico y testigo» (III.1.2.e). Sólo así nuestra formación será transformadora y nos capacitará para estar en disposición de vivir para la caridad, en solidaridad y al servicio de la justicia; a la escucha de la voz del empobrecido.

En resumen: Al hablar de formación estamos hablando del proceso constante de transformación, en el que el sujeto, cada sujeto (animador/animando, educador/educando ...), con su grupo de acción, va:

- Dialogando con la realidad.
- Aprendiendo de ella.
- Sistematizando sus conocimientos, sus hábitos de trabajo, así como sus habilidades.

(6) Estas ideas están expresadas y recreadas en el artículo de Francisco PORCAR, págs. 341 y siguientes, del núm. 87 de CORINTIOS XIII, «La enseñanza y la formación en la Doctrina Social de la Iglesia».

Significa hablar de una revisión, un ahondamiento y un cambio de las propias actitudes, sobre todo si hablamos de una formación transformadora.

Si quienes estamos comprometidos con la acción social (y más con la acción socio-caritativa) reflexionamos sobre la acción, las motivaciones que nos han llevado a *actuar* irán creciendo y cuajando en un modo de Ser; en una manera diferente de ver la vida, en una búsqueda más sólida de mejorar y de transformar la sociedad.

Por tanto, al hablar de Formación nos referimos a la transformación del agente de Cáritas y de la comunidad:

- En su *ser*, sus actitudes, su crecimiento personal e integral de cara a la acción.
- En su *saber*, sus conocimientos, su información.
- En su *saber hacer*, sus hábitos y habilidades.

Creo que es conveniente manifestar que soy consciente de estar tocando el nudo gordiano del debate, en Cáritas y en otras instituciones de Iglesia que están al servicio de lo social, sobre la formación y su carácter; pero es necesario señalarlo. Si no queremos tapar el sol con el dedo y vivir en la incoherencia entre lo que decimos y hacemos, sólo nos quedan dos alternativas: asumirlo o cambiar el discurso; el sistema neoliberal y el de la gran empresa, el de la eficiencia rápida y del control, ya lo ha hecho. No poder asumir las consecuencias de una formación transformadora le ha llevado a imponer una capacitación y un modelo «deformativo» de la persona, que la hace acrítica, pero eficiente y fiel a los intereses dominantes. Se fortalece así la sociedad de la eficiencia ante la sociedad de los valores humanos. Se consigue así el sujeto con conocimientos, pero donde la vida, el ser; no es afectado por los

mismos, para su crecimiento personal y la instauración y restauración de una sociedad fundamentada en valores humanos y no de mercado. Se ha trabajado aquí la formación sólo para la acción, pero no para construir personas. La formación ha perdido su carácter integral.

3. EL MODELO Y LOS RASGOS FUNDAMENTALES DE LA FORMACIÓN EN CÁRITAS

Podemos ahora seguir avanzando en otras precisiones importantes. Dado que el documento de Reflexión asume este carácter integral de la formación en Cáritas, termina este breve apartado expresando los cinco campos que abarca la formación. Estos cinco campos en sí mismos forman unidad, pero pueden ser desarrollados desde distintos ángulos, poniendo más el acento en uno o en otro punto. Estos campos que abarca la formación en Cáritas son:

a) *Las exigencias de la dimensión de la caridad; a partir de la vivencia de la fe y del sentido de pertenencia a una comunidad de creyentes*

Es justo lo que veníamos expresando en el apartado anterior: La formación en Cáritas está íntimamente ligada a ir logrando que sean los valores de la fe cristiana los que presidan, determinen y unifiquen nuestra conciencia y nuestra existencia en todas sus dimensiones, de manera que seamos testigos de la fe y anunciadores de la Buena Noticia, con nuestra vida y en toda nuestra vida. No se trata de poner las acciones de Cáritas en primer lugar (como, dicho sea de paso, es muy tentador que ocurra), sino de poner el compromiso de acción y

com-pasión con los más desfavorecidos de la sociedad desde la vivencia de la fe y desde el sentido de pertenencia a una comunidad... de creyentes. Es más, se nos plantea hacerlo desde una realidad concreta: las exigencias de la dimensión de la caridad que, según la CVI, III, se debe complementar con el compromiso de la solidaridad y la promoción de la justicia.

Se nos está haciendo una llamada al *desde donde nos situamos*. Donde plantamos el sentido de nuestra reflexión, determina nuestro análisis y visión de la realidad. En Cáritas el lugar desde donde nos situamos es el lugar del empobrecido: es lo que la Guía de Formación, en su primer eje o punto cardinal, llama «Escuchar y responder a la Palabra en los pobres», aprendiendo a vivir de otro modo.

Por eso afirmamos que leer la realidad significa releerla y comprenderla, interpretarla, a partir de donde los pies pisan, los ojos ven y el corazón siente. Para saber cómo alguien lee la realidad es necesario saber cómo son sus ojos y cuál es su visión del mundo: cómo es su corazón. La cabeza piensa y el corazón siente a partir de donde los pies pisan. Para comprender es esencial conocer y vivenciar el lugar social de aquel a quien queremos mirar y con quien queremos compartir y caminar. Vale decir cómo vive alguien, con quién convive, qué experiencias tiene, en qué trabaja, qué deseos alimenta, cómo asume los dramas de la vida y la muerte y qué esperanzas lo animan. Eso hace de la comprensión siempre una interpretación.

Es por ello que nuestra formación tendrá que estar inevitablemente *cercana a las pobreza y sufrimientos*, a lo que se ha venido en llamar el «lugar social» del pobre, que es algo más que su lugar físico, geográfico. Ese «lugar social» pasa por comprender su situación vital, su integridad y, con realismo

histórico, su liberación. Para ello, la educación transformadora tendrá que avanzar en una línea de análisis permanente de la realidad y de las causas que la provocan, y también en una línea de construcción de alternativas y propuestas.

Pero aquí, en este primer campo de la formación, se nos está subrayando, otra vez, una lectura importante. Se parte del hecho no sólo de la pertenencia a una comunidad, sino del sentido de esa pertenencia.

Si la *formación* está *al servicio de la acción transformadora*, esta transformación de la realidad sólo podrá llevarse a cabo con eficiencia mediante la *participación articulada* de ciudadanos y colectivos que sean *conscientes* (conocedores y concienciados) de la realidad en la que viven y la práctica que en ella ejercen como seres *críticos* y *preparados* para cambiar esa realidad.

Es decir, que nuestros fundamentos, en el terreno de la formación, deben partir de:

- Que las personas conozcan la realidad en la que viven y caractericen la práctica que en ella realizan.
- Que adquieran los instrumentos formativos precisos para analizar su realidad (no podemos lanzarnos a alta mar sin los aperos necesarios) y actuar de manera transformadora en ella.
- Y que participen articuladamente en dicha transformación.

Formación y comunidad son un binomio de mutua interrelación, porque promueve la interacción solidaria entre personas y colectivos. Y porque si desde la comunidad potenciamos le reestructuración del tejido social, habrá de ser también la comunidad la destinataria de los procesos de formación; desde lo comunitario hemos de pensar lo individual y lo grupal;

mejor dicho, es desde la comunidad desde donde los individuos y los grupos hemos de ser sujetos y protagonistas de nuestro propio desarrollo. Por ello la gran tarea de Cáritas será la animación de la comunidad, y esta animación tiene su base en tres acciones fundamentales (7):

- La *Sensibilización*, que nos llama al compromiso.
- La *Formación*, que nos permite y nos capacita para ir dando respuesta a los interrogantes de la realidad.
- La *Organización* (lo comunitario), que da significado a nuestro modelo de transformación.

Este punto nos está determinando que muchos de nuestros contenidos formativos han de responder a temas de carácter comunitario y de animación, pero también a conocer y profundizar; dialogar, desde los planteamientos y enseñanzas de la Doctrina Social de la Iglesia. La DSI es un instrumento muy valioso para el proceso formativo de todo agente de Cáritas, que le posibilite descubrir y afianzar vitalmente unos criterios de discernimiento y de actuación social, coherentes con la fe de la Iglesia. Que sepa cuáles son esos criterios, que los convierta en actitudes: en criterios para mirar la realidad, para valorarla y para actuar en ella (8). No podemos dejar de lado

(7) LAMA, J. María: «Metodología de la acción voluntaria». *Cuadernos de la Plataforma*, núm. 5. Madrid, 1990.

(8) La formación en la DSI debiera ser obligatoria en el proceso formativo del agente y la comunidad de Cáritas. Desde ella se debe asegurar: la búsqueda de coherencia entre fe y vida; el reconocimiento teórico y práctico de la prioridad de la persona y de su ser, y como consecuencia de ello, el trabajo por el desarrollo democrático, medio para la realización y protagonismo de la persona; la solidaridad afectiva y efectiva con y desde los pobres; fomento de una cultura y una ética social desde el pueblo, para que sea éste el protagonista de la vida y el desarrollo social; la priori-

todo lo concerniente a la identidad y la filosofía de Cáritas, respondiendo a la misión encomendada por la Iglesia.

b) *El análisis y la lectura creyente de la realidad de injusticia, pobreza, marginación y exclusión que existen entre nosotros. Nos marca el segundo campo que da sentido a nuestra formación*

El análisis de la realidad es el punto de partida de toda andadura formativa. Lo hemos señalado ya: para saber dónde estamos situados y dónde debiéramos estar, se exige ese análisis y lectura de la realidad. La importancia del análisis de la realidad radica no en saber *qué sino por qué* ocurren las cosas y por qué se está actuando como se actúa. Se trata de que una vez descubrimos por qué ocurre lo que está ocurriendo habrá que actuar en consecuencia. Dar respuesta a la primera demanda no siempre es lo que el demandante agradece y necesita. Muchas veces detrás de la petición de cubrir necesidades básicas está demandando una simple escucha activa, algo que nadie le podrá dar y que difícilmente encontrará, a diferencia de un plato de comida o una ropa que ponerse, que mejor que nosotros sabe dónde encontrar. Analizar la realidad es escarbar en lo que se me presenta a primera vista

dad de la sociedad sobre el Estado, exigiendo a éste su servicio a la sociedad y garantía de los derechos individuales y sociales; la implicación en el logro por una democracia económica, sin la cual no hay democracia social, que posibilite que la persona sea fin y sujeto y no medio ni instrumento del trabajo y la producción y la búsqueda del desarrollo de la comunión en la sociedad. Y todo ello es necesario, porque en lo social, para Cáritas, no todo debe ser igualmente válido.

y descubrir el verdadero color y el rostro de las cosas y de las personas.

Un conocimiento no solo racional, sino sobre todo experiencial, profundo y que llegue a detectar las causas, no sólo de un hecho concreto sino, sobre todo, de los complejos fenómenos sociales, determinados por factores estructurales, tanto de tipo económico, como político, cultural, religioso o social.

El análisis de la realidad nos lleva a percibir el pasado y el presente dentro de continuas tensiones y conflictos que condicionan los comportamientos individuales. El verdadero discernimiento nos induce a ver las estructuras injustas como la consecuencia de intereses personales y de grupos de poder. De ahí que tengamos que hablar no sólo de «pecados personales» sino del «pecado social» y «estructural», que es como la consecuencia y el efecto más negativo de aquéllos. Esta visión dialéctica de la realidad implica también una percepción clara de su conflictividad, superando la visión ingenua de la historia y de la organización misma de la sociedad. Hemos, pues, de abrir los ojos (= formarnos) ante los complejos mecanismos sociales institucionalizados y latentes en la psicología del individuo y de los grupos sociales. No podemos eludir el conflicto. Hay que formar desde una realidad de conflicto, para saber vivir en medio de él, para superarlo y no sentirse esclavizado, sino dominando el conflicto. La realidad, lo queramos o no, es conflictiva, y plantearnos una formación a ello es una formación irreal para este mundo. Por ello el análisis y reflexión de la realidad, de cada realidad concreta, realizado desde la potencialidad de lo comunitario, es principio de garantía de un buen proceso formativo.

Sin ese conocimiento es imposible pensar en una formación transformadora. ¿En qué nos vamos a capacitar si no sabemos qué es lo que hay que transformar y qué mantener? ¿En que nos vamos a formar si no sabemos dónde y cómo hemos de poner el acento de nuestra formación para conseguir mejorar —transformar— el punto de partida, el contexto? Nuestra acción formativa tampoco está al margen de esta complejidad, es más, tal vez el hacer entenderla supone un reto donde lo formativo tiene mucho que ver.

No es pensable que alguien pudiera educar hoy, en cualquier lugar del planeta, sin intentar dar respuesta a por qué el modelo de desarrollo fundado únicamente en el crecimiento económico (o de recursos materiales) ha suscitado profundas desigualdades y los ritmos de progresión son muy diferentes según el país y la región. Por ejemplo, se calcula que más del 75% de la población mundial cuenta sólo con el 16% de la riqueza mundial. Y según estudios de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) están disminuyendo en la actualidad los ingresos de los países menos adelantados, cuya población se cifra en 560 millones de habitantes, y no poseen más que 300 dólares por año y habitante, en comparación con 960 dólares en los demás países en desarrollo y los 21.598 dólares en las naciones industrializadas. O por ejemplo, no es posible formarse en la compleja realidad de hoy sin reflexionar y hacer un análisis de qué y por qué en el mismo corazón de Europa se está viviendo una guerra cruel, y que muchas veces nuestra única repuesta, ojalá que como fruto de una reflexión y no como fruto de un impulso primitivo, es acudir en apoyo de la acción de ONGs, que está bien, pero que muchas veces no pasan de paliar los efectos de esa guerra. Difícilmente nos interroguemos por las

causas y consecuencias de la misma y eso nos puede llevar a una inmovilización, a una falta de compromiso serio por los cambios estructurales que hagan más difícil llegar a estas situaciones de violencia y de deterioro de las relaciones y convivencia humana. ¿En cuántas Cáritas hemos utilizado temas como los aquí planteados, o como el de la Campaña de la Deuda externa, como motivo y contenido de formación?

Sin embargo, sin esa reflexión seria, sin esa integración de la realidad en los procesos formativos, hemos decidido (o nos han decidido) a actuar. El fruto de una acción reflexionada y de una acción no manejada por nosotros es bien diferente. Puede incluso significar estar actuando sólo en los efectos o estar actuando también en las causas. Puede significar estar como uno más en las simples, aunque necesarias, acciones de desarrollo y de paliación de los efectos de las emergencias, o puede significar ser dueños de nuestras acciones, autores de verdaderas acciones significativas y posibilitando el importante, aunque olvidado, papel de nuestra misión de denuncia (y por tanto también anuncio profético).

Es con la realidad con la que tenemos que dialogar y a la que tenemos que responder. De ella tenemos que aprender, saber leerla e interpretarla, tener capacidad de sistematizarla. La realidad se convierte así en la semilla, el lugar de donde se alimentan los contenidos de nuestra formación.

En Cáritas partimos del hecho de que no estamos de acuerdo con la realidad que tenemos, la queremos cambiar, transformarla en algo más justo y humano, más acorde con los planes del Creador. Por ello decimos que queremos y necesitamos transformarla; para ello trabajamos en Cáritas y en la Iglesia.

No nos satisface formarnos para conocer y acumular sólo conocimientos, sino sobre todo para aprender a extender nuestro corazón, nuestro amor y nuestro esfuerzo e interés hacia toda la familia humana. La formación en Cáritas nos debe ayudar a abrir horizontes, a entender y construir más el futuro. Este análisis de la realidad compromete porque exige trabajar por:

- Mis cambios de actitudes (conversión personal) y
- los cambios de estructuras sociales (cambio social).

Formarse implica conocer, comprometerse (posible a través de la sensibilización) y transformar (que requiere necesariamente la organización y la constitución en redes).

En cierto sentido una buena formación se ve obligada no sólo a proporcionar las cartas náuticas del complejo mundo y en perpetua agitación, sino que debe ofrecer a la vez la brújula para poder navegar y la capacidad de lectura y análisis de los continuos signos que aparecen en el tiempo y en el espacio. El objetivo de esta formación es, así, ayudar a comprender el mundo y a comprender a los demás en él, a comprenderse mejor a sí mismo, y lograr la actuación social más conveniente, para dar respuesta a la construcción de un mundo más humano y accesible para todos. Por ello la formación no puede escapar a desarrollar y compensar las tres dimensiones necesarias en las que debe moverse: la ética y cultural, la científica y tecnológica y la económica y social (9).

El modelo de formación que sustenta y mantiene el sistema social establecido dominante, construido sobre una con-

(9) Informe Delors a la Unesco, *La educación encierra un tesoro*, o.c., págs. 25, 54 y 95.

cepción del saber; tiene como finalidad no el enriquecimiento integral del ser humano sino el logro de una capacitación encaminada a la consecución del poder social y del prestigio y dominio social. Las consecuencias de este modelo, en el terreno de la acción y el compromiso social, son la fragilización de la participación y el debilitamiento de las redes y tejido social. Es tal la fuerza del neoliberalismo, que a poco que bajemos la guardia este virus contamina también las instituciones que deben ser referentes y baluartes de un modelo alternativo de sociedad.

Ante esta realidad urge más que nunca responder a la mayor obligación, de recuperar la reflexión profunda y crítica de nuestra acción, que ha de ser educativa y transformadora (acción - reflexión - acción). Pero sobre todo una llamada importante y fundamental a volver a recuperar el timón de nuestro destino y que no nos lleven a puertos que no son los nuestros. Recuperación de una cultura, más participativa y comunitaria. En definitiva, una llamada a ser dueños de nuestro destino; lo que —obviamente— supone apostar por una formación desde la acción, vivir en el filo de la navaja, arriesgar, vivir desde la creatividad y desde la incomodidad, porque el destino no se nos ofrece en bandeja, lo vamos construyendo cada día.

Si nos tenemos que oponer a la sociedad de la indiferencia, de los monopolios y de la fragmentación, «¿qué formación es la adecuada para llegar a buen puerto?», «¿por qué hay una formación que fragiliza y debilita y otra que refuerza?» Es alguna de las preguntas que podemos hacernos.

Y todo este planteamiento adquiere más fuerza por que en el mismo documento de Reflexión no se nos habla de

cualquier lectura de la realidad, se nos habla de una lectura creyente. Se trata de ir configurando una manera de ser y de vivir, de transformar nuestra realidad y la realidad social, según unos valores cristianos, de creyente. Por eso la dinámica de la formación de la que estamos hablando debe tener permanentemente un movimiento de tres tiempos que articulen fe y vida. En un primer momento se trata de darse cuenta de cómo es la realidad en que vivimos y cómo está el protagonista de la formación situado en ella: qué actitudes tiene, cómo vive esa realidad. Y se trata de hacerlo según la perspectiva que la fe de la Iglesia nos da para mirar la realidad.

En un segundo momento se trata de darse cuenta de lo que dice la fe de la Iglesia sobre esa realidad y sobre la manera en que cada uno está situado en ella. Se trata de descubrir a qué nos llama la fe cristiana en esa realidad, qué dice de ella, que vayamos aprendiendo a valorar la realidad desde la fe cristiana.

En un tercer momento se trata de dar respuesta a esa realidad, según lo que hemos descubierto que nos plantea la fe. En ese diálogo fe-vida nos vamos formando desde la lectura creyente de la realidad, cuando realizamos ese proceso de forma completa, desde el principio hasta el final. Es lo que hemos venido denominando como metodología activa, experiencial, vital, de diálogo fe y vida.

Este punto nos está determinando contenidos formativos de características y campo de lo sociológico y de metodología de análisis. Dado que las dimensiones de la vida de la persona son muy diversas y complejas, la formación debe abarcar también esa diversidad y complejidad, yendo de lo puramente so-

cial, a lo económico, cultural y político. Enfrentarnos a estos contenidos no nos debe desviar de esa lectura de la realidad en el diálogo fe-vida y fe-cultura, que veíamos en el punto anterior, y al que tanto nos debe ayudar una formación que asume también el conocimiento y la reflexión desde los valores evangélicos y su lectura e interpretación actual en la Doctrina Social de la Iglesia.

c) *La concepción del ser humano como un ser único, lleno de potencialidades y capaz de participar, mediante su relación con los demás, en la construcción de su propia historia. Es el tercer campo, al que debe responder la formación en Cáritas*

El conocido como Informe DELORS (10), nos aporta orientaciones claras sobre el papel que debe cumplir una formación transformadora cara al siglo XXI. En sus capítulos 4 y 5 se nos afirma que la educación debe estructurarse en torno a cuatro aprendizajes fundamentales que determinan la integralidad de la formación.

Aprender a ser, dirigido a despertar e incrementar las posibilidades creativas y de desarrollo global de cada persona «actualizando el tesoro escondido en cada uno», y lograr así

(10) DELORS, Jacques: *La educación encierra un tesoro*. Edit. Santillana, Madrid, 1996, págs. 95 y ss.

Esta estructuración de la educación tiene sus antecedentes en un Informe anterior, 1972, presidido y dirigido por Edgar FAURE, y que llevaba por título *Aprender a Ser*, todo un clásico en el mundo de la educación, y que editó Alianza Editorial.

toda la plenitud de la realización de la persona que toda ella aprende a ser; dotándola de un pensamiento autónomo y crítico.

Aprender a vivir juntos, aprendiendo a vivir con los demás en proyectos cooperativos mediante su participación en actividades sociales, mediante el diálogo y el intercambio de argumentos.

Aprender a conocer, no tanto como adquisición de conocimientos clasificados y codificados cuanto el dominio de instrumentos del saber; aprendiendo a comprender el mundo que le rodea y comunicarse con los demás. Es aprender a aprender, entrelazándolo cada vez más con la experiencia cotidiana, en una formación permanente.

Aprender a hacer, que no se trata de preparar a alguien para una tarea material bien definida, sino la combinación entre la cualificación profesional y el comportamiento social y las aptitudes de trabajo en equipo, de capacidad de iniciativa y de asumir riesgos. En el saber hacer adquiere cada vez más importancia la capacidad de comunicarse y de trabajar con los demás, de afrontar y de solucionar conflictos. En definitiva, es capacitarse para participar en la creación de futuro.

Si un informe de estas características nos plantea estas orientaciones, la lectura del desarrollo de este campo, en la formación de Cáritas, adquiere una dimensión actualizada y acorde a las necesidades de una sociedad nueva.

Para responder al mismo, en Cáritas debemos asegurar que nuestra formación sea *crítica* y *movilizadora*. Crítica, por la necesidad de estar revisando continuamente una realidad

cambiante y compleja; movilizadora, porque de lo contrario no sería formación. De los espacios de reflexión-formación habrán de surgir conclusiones, compromisos y propuestas, que después tendremos que organizar en acciones (significativas). Por eso un buen indicador para valorar nuestros procesos formativos es la capacidad de éstos para generar energías solidarias. No se trata de licenciarnos, sino de liberarnos, para ello necesitamos, con urgencia, tanto la denuncia como el anuncio.

Pero deberá ser también una formación desde *la esperanza*. El contacto con la realidad puede también jugaros una mala pasada si en nuestro referente vemos exclusivamente las carencias. En la realidad también hay potencialidades, energías solidarias, capacidad para realizar proyectos y acciones significativas, gentes que salen del bache, sonrisas, valoración de lo que hacemos, gente disponible. En toda situación están presentes carencia y potencia. Un reto de la formación será descubrirlas desde una perspectiva de esperanza en el cambio, el papel de mediación es clave para esto (11).

Estamos hablando de una esperanza, aun en medio del desaliento que produce no sentirnos ni siquiera en la seguridad del éxodo, que es ir quemando las etapas hacia la tierra prometida, sino que nos vemos inmersos en un prolongado exilio, donde ni siquiera se siente estar caminando hacia, sino que se está lejos, al otro lado de la frontera de nuestras raíces, de nuestras posibilidades hechas realidad, de nuestro verdadero destino, como «bloqueados», o «prisioneros» en un tiempo y espacio no reconocidos. Es momento, sin embargo de

(11) ALFARO, M.^a Elena: «Diez años de desarrollo a escala humana», *Cáritas*, núm. 373, Madrid, 1997.

descubrir la riqueza creativa, utópica, significativa, hondamente comunitaria aun en la soledad, nunca en la individualidad, que conlleva todo exilio. Es, en definitiva, creer en la persona y en la comunidad, en su fuerza y en su aportación, aun en las condiciones más difíciles y carentes.

Por eso en Cáritas Española no nos es desconocido adentrarnos en la reflexión en torno a lo «inédito viable» de Paulo FREIRE, y que recrean Imanol ZUBERO o GARCÍA ROCA, cuando orientan y animan a descubrir posibilidades de transformación viables y a contar con las fuerzas que da la esperanza para hacer germinar vida allí donde sólo hay semillas. De lo que se trata es de que nuestras propuestas de transformación se planteen como procesos que combinen la opción por una realidad distinta con el conocimiento de las posibilidades contenidas por la realidad actual. *No es utópica lo que aún no es pero ya puede ser.*

Es, en definitiva, crear zonas liberadas, espacios verdes, manifestaciones del reino, nichos ecológicos... en los que se ponga de manifiesto la posibilidad de otro estilo de vida, creación de otra cultura y alternativa de valores, haciendo prevalecer el ser ante esta sociedad del tener. Posibilidad y experiencia de encuentro con el otro y solidaridad con los excluidos y menos favorecidos de nuestro tiempo

Este punto nos está planteando contenidos formativos en línea de una nueva concepción antropológica, fundamentada en el conocimiento y la puesta en acción de nuevos modos de relación personal (por ejemplo, tal y como nos plantea la Relación de Ayuda) y de construcción de nuevas redes, relaciones y constructos sociales (por ejemplo, adentrándonos y recreando las nuevas teorías de Desarrollo a Escala Humana o el uso de las mediaciones pedagógicas).

d) La invitación a que el voluntariado se dote de instrumentos y herramientas de trabajo que encaucen positivamente su ofrecimiento gratuito, posibilitando tanto el crecimiento personal como el sentido de convivencia, de equipo y de coordinación. Nos marca el cuarto campo al que la formación debe dar respuesta

Este elemento presente en la formación, según nos lo presenta el documento de Reflexión, apunta fundamentalmente a dos cuestiones básicas y a una aclaración:

- El voluntario, como agente fundamental de la expresión del compromiso de la comunidad, se dote de todo el bagaje instrumental y metodológico que aquí estamos planteando. Es una responsabilidad ineludible del voluntario y una obligación de la propia institución de Cáritas, según queda recogida en la Carta del Voluntariado, garantizar la calidad de su compromiso. Y ello por respeto al propio voluntario y por respeto a las necesidades del destinatario de la acción socio-caritativa.
- Dado que no hay comunidad sin participación, desarrollaremos en este punto la estrecha vinculación entre formación y participación, en el concepto de Cáritas, como vehículo para fortalecer ese sentido de comunidad y de trabajo en equipo.
- Dado que no hay comunidad sin participación, podremos afirmar que «no hay formación sin transformación ni transformación sin participación».
- Y una aclaración que considero conveniente: ante una cierta tendencia en la práctica a tener más presente al voluntario en su proceso formativo, afirmar que su formación ha de estar motivada para que anime y acom-

pañe a la madurez de la comunidad en su compromiso socio-caritativo. Este elemento apunta a que el destinatario último de la formación es la comunidad. Crecimiento personal, sí, pero para fortalecer «el sentido de convivencia, de equipo y de coordinación».

El texto que recogemos en la nota 9 a pie de página ya nos plantea que la formación no puede escapar a desarrollar y compensar la dimensión tecnológica y la económica y social. Hay que dotar al agente de Cáritas de los instrumentos y técnicas necesarias para que éste responda con la mayor calidad posible a las exigencias de su compromiso socio-caritativo. Todo esto ya lo hemos expresado ampliamente en los apartados anteriores, pero es bueno reforzar y remitir a todos esos planteamientos. La formación no sería integral, ni válida para poner en acción nuestro compromiso, si no estamos atentos a desarrollar y facilitar esta dimensión y carácter de la formación en el agente de Cáritas.

Es lo que entendemos por formación específica, que también debe ser continua y que debe hacer creíble nuestro respeto y compromiso con los más desfavorecidos. Sería injusto e ilógico enviarnos a una tarea para la que no estamos preparados o a la que no nos estamos preparando; además de que sería traicionar y frustrar las esperanzas y expectativas de quien se acerca a Cáritas buscando ser acompañado en el proceso de recuperación de su dignidad, y de acceso e integración al disfrute de los derechos sociales e individuales y al desarrollo de su vida e integración en la comunidad humana.

Esta dotación de instrumentos y herramientas ha de estar en sintonía con el carácter y sentido de la formación en Cáritas y adquiere más fuerza y sentido cuando se atiende desde un senti-

do de participación. Entre otras razones porque la realidad es tan compleja que solos no podemos abarcar ni responder a todas sus demandas. La participación posibilita, aunar fuerzas, especificidades, instrumentos, herramientas... en un proyecto común.

La formación al servicio de la participación es una formación que apuesta por el desarrollo humano (entendida ésta como ampliación de las capacidades de la gente, dándoles su voz y haciéndoles dueños de su futuro y formación orientada hacia los últimos, para que formen parte de la sociedad, desde el principio de que o todos forman parte de esa sociedad o nadie podrá hacerlo); que trabaja por la cooperación, creando contextos que habiliten a la gente, haciendo emerger y desarrollar todo lo que sea capacidad, potencialidad, de la gente. Ya decía FREIRE que tenemos no sólo los problemas sino sobre todo las soluciones. Cooperación significa que, puestos con los últimos, cambiamos nuestra mirada con ellos y a partir de ellos, sólo posible desde la actitud del diálogo, la escucha, el debate, la negociación y la convergencia. Reñido, por tanto, con la imposición.

Participación, lo utilizamos no en sentido de ser más numéricamente en un mismo proyecto sino que tiene un significado cualitativo, estrechamente unido a la formación, pues sólo a través de ella se eleva la capacidad transformadora de las personas y de los grupos. La transformación sólo se da en el progreso, que es la puesta en acción, la participación en el medio, de la comunidad. Así lo podemos entender también en las palabras de Imanol ZUBERO (12), cuando afirma que de-

(12) ZUBERO, Imanol: «La acción voluntaria transformadora de la sociedad». Ponencia en la II Escuela de Otoño, Valencia, 1997, de la Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España.

cidir hacer es la única manera de empezar a transformar la realidad. Decidimos hacer porque creemos que es posible hacer, y lo hacemos de manera organizada, con otras personas, participando activa y comprometidamente.

La participación es, pues, algo más que un principio, es también un medio y un fin. Si reconocemos que todos los individuos tenemos carencias y potencias, si entendemos la comunidad como el espacio de relación en la formación, nuestros procesos de formación han de estar pensados en y desde la participación de todos/as los agentes implicados en los procesos. No hablamos un una participación formal-consultiva, hablamos de una participación activa, de la creación de espacios de reflexión conjunta. Hablamos de la capacidad que tiene la propia comunidad para ser ella misma instrumento para su formación (13). De la capacidad de todos y todas para ser educadores y educandos (14), en este contexto la formación es un espacio de intercambio y mestizaje.

Entre los contenidos formativos que nos marca este punto no debe faltar el conocimiento y el uso de técnicas de grupo, de acompañamiento y animación, así como el conocimiento de estructuras administrativas y sociales, y todo lo concerniente a relaciones interinstitucionales. Obviamente, según el campo específico de trabajo y compromiso de cada quien, se exige una formación instrumental y técnica adecuada al mismo.

(13) DE LA RIVA, Fernando: «Investigación participativa y autoformación grupal». *Documentación Social*, núm. 92, Madrid, 1993.

(14) FREIRE, Paulo: *A la sombra de este árbol*. Ed. El Roure, Barcelona, 1997.

e) La formación y el acompañamiento permanentes que deben contribuir a la madurez en todas las dimensiones, que conducen a ser simultáneamente teólogo, técnico y testigo

Formación que ha de ser integral y permanente. Por eso todos en Cáritas somos sujetos de formación, nunca estamos «acabados», y según nuestro papel y responsabilidad hemos de ir adecuando nuestras posibilidades y potencialidades a las demandas tan continuamente cambiantes. No hay actualización ni adecuación y posibilidad de respuesta sin actitud y acción permanente de formación.

— Dice Mario BUNGE (filósofo y físico argentino) que «El naufragio puede evitarse, no navegando o adquiriendo por hábito la habilidad de navegar». Pero hoy el naufragio no puede evitarse quedándose en la orilla o en la pasividad social. La complejidad de las actuales corrientes y sus continuas crecidas nos obligan a adquirir la habilidad de navegar. Si no somos capaces de ello, estamos destinados también a que mareas que no controlamos nos arrastren a destinos que no hemos decidido nosotros. Y desde la responsabilidad y el compromiso sentimos una obligación a adquirir esa habilidad. Y así lo manifiesta también José M.^a LAMA (15): «Cuando nos ahoga una sociedad cada vez más compleja y con problemas sociales más hondos, la necesidad formativa y de reciclaje de los agentes de intervención social se hace inaplazable exigencia para “adquirir por hábito la habilidad de navegar” que evite el naufragio de

(15) «Metodología de la acción voluntaria». *Cuadernos de la Plataforma*, núm. 5, Madrid, 1990.

nuestras intenciones solidarias». Necesidad formativa (no otra cosa es la adquisición de habilidad para navegar que formación) y de reciclaje nuestra, en primer lugar, para que, siendo la pieza inicial del *puzzle*, se llegue a configurar un nuevo mapa humano desde el trabajo de transformación y progreso de la comunidad.

La formación, así entendida (según recoge nuestro documento Marco de actuación) debe tener un carácter permanente, porque ante una realidad cada vez más compleja debemos estar preparados; no para aplicaciones miméticas a situaciones aprendidas, sino para formarnos en la adquisición de la necesaria capacidad de respuesta ante situaciones diferentes y nuevas, para ser creativo. Es la formación integral ante la formación específica e instrumental.

Una formación permanente, toda formación, exige no sólo creérselo, sino dedicar recursos (instrumentales, humanos, materiales...). Exige dedicación, tiempo, energía.

En Cáritas, esa formación, que capacita no sólo para saber actuar sino en saber porqué y para qué se actúa, se hace presente —sería ilógica su ausencia— la dimensión trascendente. La realidad y la acción se debe iluminar; la debemos juzgar, a la luz de los valores evangélicos.

Para consolidar éste modelo de formación tenemos recursos y potencialidades que hay que poner en ejercicio; así, el trabajo y la reflexión sobre el mismo en equipo. Trabajo y reflexión sobre nuestra propia acción y experiencia con los pobres. Es el sentido de nuestra formación (primer eje de la formación que desarrolla la Guía de Formación de la Confederación). Pero también todo lo necesario para una buena formación técnica.

- Anuncia la esperanza y la necesidad de resistencia y proceso. El discurso postmoderno quiso presentarnos el triunfo absoluto del poder como el presente y el futuro de una sociedad próxima postmoderna en construcción. Para ello necesitó impedir y cuestionar el desarrollo de cualquier idea, práctica o movimiento transformador; presentando las perspectivas emancipadoras como una modernidad caduca. Nuestra respuesta de una formación transformadora debe colaborar a desmitologizar los discursos postmodernos sobre lo inexorable de la situación.

Lo que apuntamos como características para una formación que nos lleve a nuestra propia transformación y a una transformación también de las estructuras en las que participamos, nos hace caer en la cuenta de la gran distancia entre la teoría y la práctica. Vivimos esa *tensión*. Y ser conscientes de esa tensión es bueno, porque mientras exista es que somos capaces de cambiar; de transformarnos y de transformar. Y entrar en ese camino, en ese *proceso*, nos exige plantearnos una formación continua, nos exige estar permanentemente capacitándonos para ser cada vez más coherentes entre lo que predicamos, lo que anunciamos, lo que celebramos (como hombres y como cristianos) y lo que realmente hacemos.

Destacar, como contenidos formativos inherentes a este punto, lo que ya hemos venido refrendando en los puntos anteriores, pero subrayando que no basta ninguno de ellos por sí solos. Nada justifica que en Cáritas estemos formados en lo teológico solamente, no es consecuente con su identidad ni con su carácter; ni siquiera que Cáritas sea quien tenga que esforzarse más en este apartado; tal vez aquí Cáritas debiera aprovechar la coordinación con otros espacios formativos. Tampoco se justifi-

ca que pongamos el acento en asegurar buenos técnicos o de ser testigo. La integralidad y el equilibrio entre las tres dimensiones nos lleva a primar en cada momento y fortalecer la que esté más débil. Cada Cáritas, en el nivel que sea, debe valorar cuál es la necesidad más urgente y la deficiencia a cubrir. El objetivo será lograr el equilibrio formativo entre lo teológico, lo de ser testigo y lo técnico. Hay dos peligros de los que debemos escapar: querer justificar nuestra comodidad e incapacidad de respuestas técnicamente válidas desde un falso espiritualismo o querer justificar nuestra falta de compromiso argumentando que nuestra respuesta ha de ser de una gran calidad técnica.

Del recorrido por estos cinco campos, a los que responde la formación en Cáritas, podemos concluir un mapa sobre contenidos de la formación en Cáritas. Por su carácter integral, no es sencillo. Si Cáritas fuera exclusivamente una ONG de Desarrollo su currículum, programa formativo, sería fácilmente diseñable, aplicable, adaptable a necesidades muy específicas. Pero el hecho de tener Cáritas la identidad que tiene y optar en consecuencia por un sentido de formación integral, activo, experiencial, en diálogo entre fe y vida, lo hace más fácil y más difícil. Más fácil porque muchas veces basta tener claro cuáles son los principios básicos de la formación en Cáritas, y respetar ese carácter de la acción reflexionada y dialogada, escudriñada, en comunidad, desde la realidad a la luz de unos principios y valores acordes con el evangelio. Más difícil, porque hay que atender a lo integral y al ser personal y comunitario. Tener capacidad y actitud de desinstalarse y avanzar hacia el lugar a que nos lleva el proceso comunitario y participativo, donde nadie y todos tenemos la última palabra. Hemos venido marcando contenidos según íbamos cerrando cada campo de formación, pero manifestar que esto es sólo una orientación que en absoluto lo agota.

4. INSTRUMENTOS PARA EL DESARROLLO DE ESTA RESPONSABILIDAD DE CÁRITAS

Para que todo esto no quede solamente en buenas y bonitas palabras, inoperativas y sólo cargadas de buenas intenciones, en este apartado y en el siguiente queremos especificar, aunque sea brevemente, cuáles son las mediaciones, instrumentos y herramientas para poder hacer del discurso un proceso válido y creíble de formación.

4.1. La Guía de Formación: Sus límites y potencialidades

Como respuesta a todo este impulso formativo y a las prioridades estratégicas para el año 2000, la Comisión de Formación y animación comunitaria del Consejo General de CE impulsó y llevó a término, en colaboración estrecha con el programa de Formación y con los responsables diocesanos de Formación, la Guía de Formación. Se convierte así este documento en un instrumento y mediación para la puesta en marcha y la animación de procesos formativos en las Cáritas.

La Guía no es más que un intento de sistematización de todo lo que hemos venido diciendo aquí. Desde la metodología utilizada para su elaboración, con una participación activa y constante (recordad que al menos tuvo ocho borradores y fue motivo de encuentro, debate y reflexión en diversos momentos formativos), hasta el resultado final, que no ofrece un producto acabado, una receta, sino una apuesta por la capacidad de los equipos y responsables de Formación para que lo conviertan en un instrumento de animación y acompañamiento comunitario.

Por eso la Guía de Formación nos plantea cinco ejes sobre los que desarrollar nuestros planes formativos:

La escucha como sentido; la reflexión como método; la Encarnación, el desde dónde y cómo nos debemos situar; como criterio; la comunidad —su construcción, consolidación y acompañamiento— como contenido, y la organización, como garantía de viabilidad de todo este proyecto, es decir, a concretar nuestras acciones formativas en un programa.

Como vemos, el último de estos puntos va orientado a «organizar todo». No descubrimos nada nuevo si decimos que los programas nos facilitan ese «orden»; son un soporte en el que reflejamos las respuestas que vamos encontrando a nuestros interrogantes en torno al qué, al porqué, al para qué, al cómo, al con qué, al cuándo. Ahora bien, esa respuesta hemos de encontrarla en cada realidad, por eso no hay un programa modelo de formación; el programa hemos de crearlo, la propia Guía nos facilita esos referentes (lo que llama «mapa de carreteras»), y nos devuelve el reto a quienes estamos ante una realidad concreta. Sería trazar la «ruta» que quieren hacer quienes ocupan el vehículo. Nuestro reto está en convertir los referentes en procesos de formación, sabiendo que no existen fórmulas, aunque a veces nos cueste ponernos a trabajar desde nuestra propia realidad. No podía ser de otra manera.

Sí podemos sin embargo comentar, asumiendo que no existen esas fórmulas, cómo vemos algunos elementos que a nuestro juicio han de reflexionarse en un programa de formación. Es más, entendemos que, aparte de la estructura formal del programa formativo, de lo que se trata es de combinar todos los elementos que hemos ido desarrollando para buscar buenos resultados formativos en la línea del planteamiento de

formación que recoge la Guía y de las claves apuntadas anteriormente, como comentario al documento de «Reflexión de la Identidad de Cáritas». Estos elementos son:

- *En torno al propio programa.* Entendemos que en el proceso de formación hemos de avanzar hacia una construcción lo más colectiva posible de los programas de formación. Esto lleva tiempo, se trata de ir implicando a los distintos grupos y agentes en el diseño del programa, todos han de expresar las necesidades, las respuestas y las estrategias para ello. Será un reto incorporar a la propia comunidad y a los sujetos de la propia acción social, es decir, a las personas afectadas de situaciones de pobreza y de exclusión. Esta metodología pretende evitar los verticalismos en los que uno o varios «expertos» elaboran una propuesta de formación para los «no expertos», y no estamos minusvalorando la tarea del «no experto» ni del «experto», sino que estamos contextualizándola en el estilo de formación que planteamos.
- *En cuanto al método.* Hemos hablado de una formación movilizadora, en línea con los dos grandes objetivos de Cáritas: el del desarrollo integral de las personas y el de la transformación progresiva de la sociedad. Por ello el método tendrá que movernos a la acción. Podríamos traducirlo (para entendernos) como una acción-formación-acción. En este ir y venir a la acción, la formación sería el momento de ver-juzgar-movilizar, en el que el grupo es el protagonista de la reflexión (aunque pueda necesitar de aportes externos en determinados momentos); el

grupo se convierte en «investigador» de su realidad (16).

El método arranca no de un texto, una página, un documento, sino —sobre todo— de la experiencia de vida, del hecho cotidiano, de los desafíos de la realidad: cuáles son las preguntas que los pobres plantean, qué es lo que suscita la realidad actual, concreta. Arranca de las comunidades y grupos sociales, que inmersos en esa realidad intentan dar respuesta en favor de las deficiencias detectadas, creando movimiento/s y desarrollo, porque la que se va desarrollando es la comunidad. Eso exige transparencia y motivación para comprometerse en favor de la Justicia y de la transformación. Se trata de rescatar la densidad histórica en un sentido público, político.

Lo importante, para entender y creer en las potencialidades de lo que expresamos, es fijarnos en el proceso de algunas Cáritas Diocesanas que han creído y han apostado por este modelo formativo. A ninguna de ellas les ha resultado fácil, y han tenido que poner en cuestión estructuras institucionales y «derechos históricos». Han [hemos] sufrido también tensiones e incompreensión con lo «correctamente establecido» y con el miedo de los inmovilistas para dejar las cosas como están y a cada uno en su comodidad (todo ello, imagen de lo más contradictorio posible con lo que hemos venido subrayando). No han faltado momentos fuertes de incomodidad y conflicto.

(16) FALS BORDA, Orland: «La investigación participativa y la intervención social». *Documentación Social*, núm. 92, Madrid, 1993.

RODRÍGUEZ VILLASANTE, Tomás: «Aportaciones básicas de la I.A.P. a la epistemología y la metodología», *Documentación Social*, núm. 92, Madrid, 1993.

Pero de todas estas Cáritas he escuchado, y sigo escuchando desde este nuevo espacio en el que ahora me encuentro, la alegría de ir tomando el pulso a los procesos, a lo creativo, a descubrirse con potencialidades activadas que estaban dormidas, a verse en la capacidad de volar por sí mismas. La Guía, en su papel de Guía y no de receta, ha tenido aquí mucho que ver: A estas Cáritas, que como personas concretas y como institución han hecho esta apuesta de esperanza y de futuro, me siento en el deseo de ofrecerles el esfuerzo que me ha supuesto poner mi experiencia y mi cabeza, desde la distancia geográfica y temporal, en este tema.

Todo esto son las potencialidades de la Guía de Formación, que creo aún, muchas de ellas, están por descubrirse.

Sus límites (los de la Guía) están en la falta de una estrategia de acompañamiento y animación y en su apropiación a nivel institucional. Al interior de la misma Guía, tal vez el hecho del tipo de lenguaje y la falta de metodología para una apropiación más oportuna y sencilla pueda ser otra de sus limitantes.

4.2. Los animadores y responsables de Formación

Hemos hablado ya de la Guía y de la necesidad de hacerla operativa constituyendo los programas de formación, adaptados a cada circunstancia y momento. No podemos dejar de lado, sin embargo, la importancia que tiene aquí el animador y responsable de Formación para hacer que esta metodología y los instrumentos a utilizar tengan validez. Estamos hablando de la importancia que tiene el talante del acompañante y/o formador. Daría para un artículo amplio, pero remito a la bibliografía que existe sobre este tema. Sólo decir aquí que

efectivamente no cualquiera puede desempeñar esta función de animador, acompañante, generador de vida y dinamismo en la comunidad. Ha de saber generar estímulos y utilizar el análisis de la realidad para alimentar y alentar las iniciativas del grupo, impulsando procesos de formación y de aprendizaje permanente, como resultado de ese análisis constante y participativo. Análisis y escucha de la realidad, sobre todo de la realidad que afecta y margina a los más desfavorecidos. Ha de saber trabajar en equipo, ser líder y dejar su protagonismo al grupo. Tener clara y asumida la identidad y los mismos referentes de Cáritas. Al menos claro en sus opciones básicas. No seguro en todo y para todo, sino con la capacidad de no plantear confusión y sí búsqueda conjunta de respuestas y soluciones. Mantenerse en constante formación y actualidad, para que la realidad cada vez más compleja no le desborde ni le supere. Diestro en técnicas de dirección y animación de grupo, su mejor herramienta debe estar en creer y respetar las potencialidades del grupo haciéndolas emerger y poniéndolas al servicio de toda la comunidad y del compromiso socio-caritativo. Deber ser «humano, profundamente humano», con carisma de pedagogo, a su nivel y manera. Crítico y autocrítico. No es el hombre ya formado, sino con disposición y apertura a formarse en el proceso de acompañamiento. Consciente de que está en camino e itinerario.

Puede en este momento surgir, resurgir nuevamente. Brevemente quiero tocar este punto desde la búsqueda de respuesta a una objeción y/o pregunta que a menudo oímos en nuestras Cáritas cuando se hace un discurso como el que nos plantea el documento «Reflexión sobre la Identidad de Cáritas» y las exigencias de este perfil para el animador y formador en Cáritas. Invito a leer la ponencia de Monseñor Ramón

ECHARREN, sobre «Identidad y misión del colaborador en Cáritas», donde aporta también algunos retos y aclaraciones a tema tan espinoso en la actualidad.

Se afirma, creo yo que con muy buena voluntad, pero perdiendo de perspectiva el valor de nuestra identidad y el desconocimiento de nuestro papel y potencialidades en la sociedad y en la Iglesia, que este discurso es elitista y discriminador; falta de realidad, porque no da cabida a muchos jóvenes (y no tan jóvenes), voluntarios y técnicos contratados en nuestras Cáritas. Se afirma que este concepto y modelo de formación no se adecúa a las necesidades y demandas de las propias Cáritas.

La pregunta/cuestionamiento no me la estoy inventando. Muchos la hemos formulado y la hemos oído...

No estamos afirmando y exigiendo, al menos no seré yo quien aquí lo afirme, que para que uno colabore en Cáritas, ni para que tenga bajo su responsabilidad la animación y formación de la comunidad, ha de tener carnet de cristiano, ha de estar «bautizado» y ser de asistencia dominical a la eucaristía, ha de hacer profesión de fe y/o ha de ser sujeto de captación para nuestro redil eclesial, lo hemos de convertir como adepto a nuestra fe. Lejos de mí tal planteamiento, en parte porque no se trata de cumplimientos.

Pero sí estoy afirmando que se trata de talentos y de valores. Se trata de modelos y contenidos. Se trata de creer o no creer en el derecho y en la necesidad, en la obligación también, de preservar nuestra identidad. Es un derecho y una obligación, y no trabajar por ello es una dejación de nuestra responsabilidad. No estamos negando la participación de nadie en un proyecto; al revés, estamos invitando y animando a cómo ha de ser ésta y, por el carácter del discurso y por la creencia en el ser del

hombre, estamos creyendo en las de sus potencialidades. Pero tenemos que asegurar que a quien se le dé la responsabilidad de tal tarea ha de creer en ella, en la identidad de Cáritas, y tener la mejor disposición, aptitud y actitud, para ponerse en camino, abierto a dejarse interrogar y sorprender:

Pero tampoco estamos vendiendo nuestra empresa al mejor postor. No queremos hacer una dejación de nuestra responsabilidad y de nuestro compromiso y del derecho del excluido a que se le dé una respuesta de calidad, integral, participativa, de respeto. Dejar el barco a la deriva y no marcar nuestros principios y nuestros mínimos, creyendo en la posibilidad de participar y colaborar con toda persona

Es tan amplia la invitación a entrar en este proceso formativo, que estamos pensando en que nuestra tarea debe ser de inclusión y no de exclusión, de apertura total y de diálogo y no de cerrazón. Hasta tal punto que el excluido para que deje de serlo debe llegar a integrarse en nuestro proyecto de vida, en nuestra cáritas; y que la comunidad para que siga siéndolo debe abrirse, y estar preparada para ello, a toda su realidad social, y ésta, lo sabemos, no es bendita y corderil.

Además de caminar hacia este perfil, el desarrollo de los programas ha de soportarse sobre *equipos de formación y animación*. Desde el trabajo en equipo podemos enriquecer la dinámica del programa y nuestro ser animadores. Estos equipos tendrán más capacidad de dar respuesta cuanto más relación tengan sus miembros con los grupos concretos (y de ámbito territorial más específico, como los parroquiales) y con los distintos programas y acciones. Por ello puede ser positivo incorporar a los equipos a agentes que son animadores y acompañantes en los procesos concretos, con los grupos y en los programas. De

esta forma se descentralizará más fácilmente la formación y se acercará a los grupos. Este equipo de animadores necesitará también de sus propios espacios formativos, que habrá que prever. Para garantizar todo este perfil y estructura se requieren de algunos medios, del que destaco la necesidad de que los formadores se sientan también acompañados y atendidos, desde la formación de formadores, desde la puesta en acción de su autoformación y desde el encuentro y el intercambio, en sentido de pertenencia, en una amplia red de animadores / formadores.

4.3. Los espacios de formación

Si queremos enmarcar la formación en la comunidad, desde la participación y como instrumento de acción transformadora necesitamos algo más que un programa de cursos, jornadas, escuelas... Esto amplía el número de espacios que pueden ser formativos. El proceso formativo, la acción como formación, nos exige considerar cualquier espacio cotidiano (reuniones, debates, estudio de casos, visitas...) en espacio formativo, en el que además podemos incidir y apoyarnos. Víctor RENES (17) habla de la necesidad de un plan global que enmarque toda esta dimensión formativa, en el que la «escuela» y el «proceso» van juntos. Para llamarlo de alguna manera, los programas habrán de crecer como «escuelas en proceso» (18). Formación y animación van aquí muy unidos. El hecho de que el animador/formador sea capaz de convertir cualquier espacio en espacio formativo, no le elude de la

(17) RENES, Víctor: «La formación en Cáritas», II Escuela de Formación Social. *Dossier* núm. 35, Madrid, 1994.

(18) JARAÍZ ARROYO, Germán: «La formación del Voluntariado», II Escuela de Formación Social. *Dossier* núm. 35, Madrid, 1994.

responsabilidad de crear y potenciar espacios más organizados. En este contexto creo que es una apuesta interesante la Escuela de Formación Social de Cáritas Española. Los quince días en julio en El Escorial han de ser solamente un capítulo de todo un proceso y reflejo de los procesos y espacios de formación que se den en las diocesanas y en las parroquias. De muy poco serviría ese espacio estatal si al fin de cuentas fuera sólo un hecho aislado sin incidencia y sin continuidad en y desde los procesos que cada Cáritas está viviendo.

Si cualquier espacio es espacio formativo, los instrumentos que utilizamos en formación adquieren también nuevas dimensiones. Ya no sólo es instrumento el Curso o la Jornada. Es también instrumento el propio proceso del grupo; su acompañamiento, la elaboración y adaptación conjunta de materiales, etc., se convierten en instrumentos. Una de las tareas de los programas formativos es ser un «laboratorio» que traduzca y adapte los materiales al nivel y momento del grupo.

Aparte de la estructura formal del programa formativo, de lo que se trata es de combinar todos los elementos que hemos ido desarrollando para buscar buenos resultados formativos en la línea del planteamiento de formación, que recoge la Guía y el documento «Reflexión sobre la Identidad de Cáritas», según las claves apuntadas anteriormente: Escuelas de Formación Social.

5. EXIGENCIAS PARA QUE LA FORMACIÓN SEA DINAMISMO Y FUERZA

a) Ya hemos planteado que optar por este modelo de formación exige esfuerzos, medios, recursos, equipos..., algo

no tan evidente a la hora de tomar decisiones institucionales y de liberar recursos para la formación. Muchas veces pareciera que «nos remuerde» la conciencia, y hasta se llega a expresar, que los recursos de Cáritas no pueden dedicarse a formación. Flaco favor a nuestra identidad. Como si la razón de ser primordial de Cáritas fuera realizar e invertir en acciones sin importar si con eso se construye el ser particular y comunitario. Estamos cayendo en el peligro de reducir a Cáritas a una institución de acción social, y le estamos mermando de su verdadera potencialidad y razón de ser: una comunidad formada y animada para reconocer más plenamente y asumir conscientemente sus responsabilidades en la caridad, la solidaridad y la promoción de la justicia.

Pero dedicar sólo recursos no basta. Hay que adecuar la estructura y la institución a las exigencias de ese modelo formativo. Existe por ello unas exigencias institucionales y personales.

La necesaria estructura de la institución. Se requiere comunidad, participativa, crítica, adulta. Y muchas veces tenemos Cáritas institución, pero no Cáritas como diaconía de la comunidad cristiana. Si no existe comunidad hemos roto el vínculo entre formación y animación comunitaria. Hemos cerceado el método, sentido, objetivo y orientación de la Formación en Cáritas.

Se requiere construcción institucional y relación democrática. Una institución y estructura no democrática, piramidal, sin participación, es imposible que sea la promotora y animadora de este modelo y concepto de formación.

Nadie puede predicar y menos exigir lo que no vive y lo que no cree que es vivible. (Ver nota 8, Sentido democrático.)

La capacidad democrática y de inestabilidad, cambio y adecuación al signo de los tiempos de las instituciones se miden en el momento en el que desarrollan un modelo u otro de formación, o simplemente tienen miedo a que entre su gente haya gente formada. Sienten el peligro de la libertad, de la verdad, de la potencialidad de las personas y comunidades, de la transformación continua; sienten el miedo a perder el sillón de la autoridad y del mando. Tienen miedo a los procesos, porque exigen cambios y dinamismo.

Me atrevería a decir que en Cáritas tenemos ciertos reparos a creer, por tanto a invertir en el papel y necesidad de la Formación. Si queremos una formación que no cuestione y que no cueste, no queremos formación. Un dato para señalar lo que queda por avanzar en este terreno: en la Memoria anual de Cáritas Española del año 1997, la inversión en formación en el global del presupuesto es mínima: sólo el 1%, que se reduce casi al 0,5% si tenemos en cuenta que el otro 0,5% es el dedicado a la Escuela de Formación Social de Cáritas Española. Un botón de muestra, si bien relativo, para poder pensar en lo que nos queda por delante.

b) Pero también se exige una revisión del modelo de formación que estamos implementando. Se trata de partir de una respuesta a la pregunta de si lo que queremos es mantener una formación para competir, porque estamos de acuerdo con la sociedad que hemos construido, o si deseamos apoyar una formación para colaborar. Decidida la respuesta por la segunda opción pasemos a desarrollar este punto.

Planteamos este modelo de formación, adentrarnos y comprometernos con ello, exige evaluar y discernir nuestra realidad y quehacer formativo cotidiano.

— El primer reto significa responder a si nuestra formación se encamina más a:

- Si respondemos a un desarrollo humano o a las prestaciones de servicios.
- Si fortalecemos la autonomía y liberación de los individuos y comunidades o los mantenemos dependientes.
- Si se va respirando una nueva cultura de formación o si nada se mueve en el paisaje.
- Si se fomenta y valora, o más bien al revés, se reprime, el espíritu crítico y creativo.
- Si se da o no un proceso comunitario de autoformación.

— Si hablamos de una formación para la transformación, hemos de revisar a quién y a qué estamos respondiendo y concluir en cuánto estamos colaborando a fortalecer una sociedad de prestaciones y en cuánto a una sociedad de la participación y de desarrollo humano.

— Esa revisión supone valorar si los resultados de nuestra acción formativa crean o no (y en qué medida) sujetos autónomos o dependientes; si la comunidad es crítica y creativa o solamente se deja llevar por lo establecido; ¿qué reforzamos con nuestra formación?; ¿qué resultados obtenemos?; ¿nos preocupa sólo tener buenos técnicos y especialistas en la materia o nos preocupa también el talante y la calidad humana?; ¿nos preocupa avanzar en la consolidación y construcción de un nuevo hombre donde priman los valores y la ética?; ¿nos preocupa sólo el hacer o también el ser?; ¿a quién y cómo responden nuestros modos de gestión y de actuación? Y así muchas más preguntas que todos podríamos hacer.

— Es importante también valorar hasta dónde se está creando una nueva cultura de formación. Nueva cultura que

exige invertir la pirámide actual, poniendo como base la acción-reflexión-acción, el acompañamiento, en vez de la impartición indiscriminada de cursos (19).

— Podemos también valorar si nuestra formación es liberadora, desde el principio de que sólo libera lo que a uno le implica activamente y aquello que a uno le compromete; o más bien es una formación que sólo transmite conocimientos, amuebla la cabeza pero no exige poner las manos ni el corazón en funcionamiento. La generación de un nuevo hombre, nuevas estructuras de relación entre ellos y la consolidación de una nueva cultura es el termómetro de si nuestra formación está encaminada para una acción transformadora.

— Nuestra formación, para ser transformadora, no puede dejar de lado la adquisición de conocimiento (al contrario, la necesita), pero para medir nuestra intensidad de potencialidad transformadora habrá también que medir hasta dónde lo adquirido nos despierta la capacidad crítica y creativa. Desde y con lo aprendido y adquirido debemos ser capaces de construir, crear, generar, diseñar nuestro propio «¿modelo?» de proyecto y plan formativo, de método y de uso de técnicas y herramientas.

(19) Ver el curso B6, experiencia de Cáritas de Zaragoza. *Dossier* que recoge los contenidos de la Escuela de Formación Social de Cáritas Española de 1997.

ACCIONES SIGNIFICATIVAS

VÍCTOR RENES
Servicio de Estudios de Cáritas Española

*«Debemos velar porque nuestras acciones
sean acciones significativas»*

(Doc. Marco para la acción..., 2. 9.)

I. REFERENTES

Conviene unas precisiones previas que nos permitan situar lo que queremos expresar; lo que tenemos entre manos, con la enunciación de las acciones como acciones «significativas».

Según el diccionario, «significar» es ser una cosa por representación de otra muy distinta. Es también hacerse notar por alguna circunstancia o cualidad. Así pues, dos son los referentes que nos plantea:

1. La representación.
2. La cualidad que nos identifique.

Este segundo punto parece el más relevante para nuestro propósito, pues es el que identificará nuestras acciones como significativas, no simplemente porque proclamemos que estamos siendo representantes o portavoces, sino porque la cualidad con que están impregnadas dan una determinada impronta a nuestras acciones que las identifican y definen. Sólo así

nuestra presencia activa junto a los pobres, dará voz a su grito de angustia y necesidad (1). Por eso la cuestión es ¿qué cualidad?

La sociología nos dice que una parte de la realidad singular toma interés y «significación» para nosotros en virtud de que dicha parte de la realidad está en relación con las ideas culturales de valor con las cuales abordamos la realidad concreta (2).

«Está en relación con»; es decir, se trata de relaciones significativas, que son las que se dan entre los motivos y los actos, entre los medios y los fines. Y esto no de un modo fisicalista, cual si el mundo histórico, el de los seres humanos, fuese como una colección de objetos, sino como un proceso de desarrollo de vidas humanas. Y por ello, tales relaciones significativas aparecen en las acciones y comportamientos, propios y de los demás, o no lo son en absoluto.

Así pues, la cuestión queda situada en el ámbito de las cualidades que identificarán nuestras acciones, que es lo mismo que decir que de lo que se trata es de las acciones que mostrarán esas cualidades, esas coherencias motivos-actos (fines-medios); o sea, opciones-elecciones estratégicas-servicios prácticos. Esto es lo que debe impregnar todas y cualquiera de nuestras acciones, pues todas las acciones «significan» algo. Por ello debemos cuidar que lo que significan, lo que hacen «visible», sea acorde a las cualidades que deben tener: «Lo más importante de nuestras acciones, sin embargo, es que

(1) Cfr. E. SCHILLEBEECK: «Los hombres, relato de Dios»; Edit. *Sígueme*. Salamanca, 1994; págs. 257-258.

(2) José PÉREZ ADÁN: *Sociología. Concepto y usos*. EUNSA, Pamplona, 1997, pág. 41.

lleguen a convertirse en puntos de referencia, en caminos abiertos que inviten a otros muchos a ponerse en marcha. Sólo así habremos conseguido desarrollar su dimensión significativa.» (Documento Marco para la acción..., 2.9, Cáritas Española.)

Y aquí es donde aparecen especialmente relevantes tanto el Documento Marco, como el Documento de Identidad, para aclarar y precisar las «cualidades» que hacen significativas a nuestras acciones.

Considerando ambos documentos, se pueden plantear dos referentes fundamentales de las cualidades que deben expresar nuestras acciones:

1. «Cáritas debe cuidar que sus acciones sean punto de referencia y pauta que, con una gran carga de calidad, muestra a otros un talante propio de saber hacer y ofrecen un estilo que invita a recorrer el camino del servicio a los pobres y excluidos de una manera peculiar, incluyéndoles siempre en el centro de la acción, como sujetos primeros de su propio desarrollo, y evitando todo tipo de proselitismo que suponga una manipulación del necesitado» (Doc. Identidad, III, 2.).

El primer referente es, pues, el propio ser humano. Parece lógico, pues la referencia debe ser la dignidad de la persona que recibe la ayuda. De tal modo que esta referencia se convierte en la referencia del auténtico ejercicio de la Caridad (3).

(3) «Para que este ejercicio de la caridad sea verdaderamente irrepachable y aparezca como tal, es necesario... y organizar los auxilios de tal forma que quienes los reciben se vayan liberando progresivamente de la dependencia externa y se vayan bastando por sí mismos». Vat. II, *Apostolicam Actuositatem*, núm. 8.

2. «Así, nuestras acciones, por muy sencillas y cotidianas que sean, tienen que surgir de motivaciones claras y estar impregnadas de valores alternativos que permitan traslucir su significado, que no es otra cosa que la construcción de una sociedad inspirada en los valores evangélicos». (Doc. Marco..., 2.9.)

El segundo referente viene exigido desde un real hacerse cargo de la dignidad de las personas que reciben la ayuda; o sea, no es posible el pleno desarrollo de las personas en una sociedad que lo haga inviable. Y viceversa, debe ser prioridad máxima el que las sociedades hagan viable el máximo de desarrollo de la dignidad de todos los seres humanos. Evidentemente esto es «tomar partido»; es decir, es una toma de postura axiológica, pues no desde cualesquiera valores esto es viable. Por lo que la propia significación de las acciones deben hacer visibles unos valores que son los que deben constituir la estructura y la argamasa con que construir un modelo de sociedad de desarrollo humano (4).

Dos son, por tanto, los referentes de las características de las acciones significativas, o sea, de las cualidades que deben tener nuestras acciones (5):

1. Acciones concretas dentro de un proyecto global de transformación de la sociedad que hemos de tener y asumir a la luz del Evangelio y de la dimensión social de la fe. Hay siem-

(4) Cfr. El auténtico desarrollo humano es la construcción de una sociedad solidaria y fraterna. La propuesta de sociedad humanizada en plenitud tiene como referencia las estructuras de comunión —SRS. núm. 40—, cuya razón y fundamento está en el propio Misterio de la Trinidad.

(5) Pedro JARAMILLO: «Informe del Secretario General de Cáritas Española a la 41.^a Asamblea General de Cáritas», 1986, en CORINTIOS XIII, núm. 44, oct-dic. 1987, pág. 268.

pre que preguntarse: ¿está ayudando o no esta acción que emprendemos a la transformación global?

2. En una acción significativa los destinatarios son agentes y no objeto. Desde el momento mismo del planteamiento de la acción. No habría que emprender ninguna acción sin que su necesidad haya sido detectada por las bases y sin que en su seguimiento y evaluación participen los destinatarios de la misma.

II. «SEÑALADORES»

Dos son, por tanto, las referencias para la cualidad «significativa» de nuestras acciones. Esto nos plantea la necesidad de disponer de buenos «señaladores» que nos indiquen si nuestras acciones están o no en línea con esas cualidades y valores que nos muestran a las acciones situadas del lado de la significatividad o vencidas del lado de la esterilidad.

Esta es la cuestión que debemos afrontar en este epígrafe. Y lo haremos distinguiendo los dos referentes que hemos señalado en el epígrafe anterior:

I. Los procesos de autodependencia

Hay una serie de valores que podemos señalar de una forma gráfica y sintética, a modo de modelo binario, que planteamos como si se tratara de los polos positivo y negativo de lo que una acción puede ser en relación al servicio a los pobres y excluidos realizado de forma que sean los sujetos primeros de su propio desarrollo.

La acción significativa aumenta:	La acción estéril refuerza:
La iniciativa.	La alineación.
La participación.	La pasividad.
La autónoma capacidad operativa de las personas.	Que las personas lleguen a ser objeto de manipulación por parte de otros.
La fe en sí mismo que desmitifica sus impotencias y desvela sus potencialidades.	Confíarse a otros para que hagan lo que tendrían que haber hecho ellos mismos.

Aun aceptando que la realidad no es dicotómica, todos estos valores no son simplemente enunciaciones de deseos, sino los «señaladores» prácticos que deciden de qué lado están volcadas nuestras acciones. O sea, no son opcionables; o lo que es lo mismo, realizar nuestras acciones sin ellos, esperando el momento en que podamos realizarlos, significa la opción práctica por los valores de la esterilidad. Y, en este caso, estos valores se interpondrán con la posibilidad de poder conseguir el momento en que podamos realizar la significatividad.

En nuestra acción frente a las condiciones de vida de la población pobre y excluida esto significa, y sintéticamente se puede definir así, que nuestras acciones contribuyan a los denominados procesos de «autodependencia». Los procesos de acción ante la pobreza deben ser entendidos de un modo más amplio que la simple consecución de la autonomía; es decir, deben implicar la potenciación de las capacidades del ser humano para su proceso de desarrollo, o lo que es lo mismo, para que pueda hacer frente a sus necesidades desde sus propias potencialidades (6).

(6) Cfr., la ponencia marco de la *Asamblea General de Cáritas de 1993*, la 1.ª pauta de orientación para la acción frente a la pobreza.

Sabemos que las relaciones de dependencia se imbrican y refuerzan entre sí, de modo que no pueden considerarse aisladamente los diversos ámbitos de dependencia, pues la fuerza de cada uno de ellos radica en el refuerzo que recibe de los demás. Por otra parte, sabemos que los sistemas sociales tienen la capacidad de producir su estructura u organización dentro de ciertos límites y bajo determinadas condiciones, al igual que los procesos naturales tienen éxito a la hora de gestionar un organismo por medio de la autoorganización.

Por ello es necesario reafirmar la autodependencia personal sobre la base de los propios recursos y de un esfuerzo endógeno, para poder articular una cooperación armónica en orden a la promoción de sus derechos que rompa los riesgos de subsidiación y de protección sin integración. De esta forma, los procesos personales y los procesos estructurales están interconectados, al igual que lo están los procesos locales y los procesos globales.

Así pues, sólo la estructuración de las intervenciones sociales sobre un esfuerzo endógeno pueden consolidar procesos de decrecimiento de los factores generadores de pobreza. En consecuencia, la generación de autodependencia, a través del protagonismo real de las personas en los distintos espacios y ámbitos, se constituye en un catalizador esencial que posibilitará impulsar procesos de desarrollo, promoción y/o crecimiento personal de la personas en condiciones de pobreza, con efectos sinérgicos en la satisfacción de sus propias necesidades. Y por ello, en contrarrestar significativamente la «generación» de pobreza que deviene de sus propias condiciones de vida que, dejadas a su propia lógica, tienen capacidad estructural de hacerlo.

2. La construcción de una sociedad «accesible»

Trataremos igualmente de indicar cuáles son los «señaladores» a este respecto. Y para ello nos remitimos a lo que en otro lugar hemos planteado a partir de lo que nos señalan las experiencias positivas de acción con muy diversas situaciones: de pobreza y exclusión, de desarrollo en el mundo, de economía social, de reconciliación con los seres humanos y con la Naturaleza, etc. (7).

Y puesto que la opción más profunda en todas ellas es la opción de solidaridad como vertebradora de la acción y del modelo de sociedad, partiremos de señalar; una vez más binariamente, lo que es la solidaridad como factor económico, social, político y cultural para una sociedad comunitaria y «accesible», con cuya formulación operativa hemos sintetizado esta dimensión de nuestra propuesta de acción frente a la pobreza (8).

La acción significativa aumenta:	La acción estéril refuerza:
La cohesión.	La dualización.
La integración.	La dependencia.
La pontecia(lidad) y la actividad.	La subsidiación.
La acogida/el acompañamiento.	La «señal»/la sustitución.

Pudiere parecer que estos elementos no señalan nada diferente de lo que hemos dicho en el punto anterior. Y, cierta-

(7) «Signos y semillas de esperanza en el compromiso social», CO-RINTIOS XIII, núm. 85 (1998).

(8) Cfr., la ponencia marco de la *Asamblea General de Cáritas de 1993*, la 2.^a pauta de orientación para la acción frente a la pobreza.

mente, son paralelos, pues o son convergentes entre sí, o sería una acción esquizofrénica si el sentido de lo que se refiere a los sujetos fuere diferente del que se refiere a la sociedad. Pero, dejando esto claro, también es cierto que no deben ser puramente tautológicas, pues en ese caso no nos aclaran ni señalan nada significativo.

En las dos notas indicadas en este epígrafe pueden encontrarse desarrollos que aclaran lo que estos señaladores indican, como cuestiones planteadas sobre el propio modelo de sociedad. Por ello ahora no es necesario ampliarlo más. Sólo indicar que nos plantean un reto riguroso para que nuestras acciones sean acciones de promoción y desarrollo. Ya que estructurar la acción en torno a las prestaciones, a las transferencias monetarias, incluso a las transferencias de servicios, que las necesidades sociales requieran, no es significativo de una acción que realiza las cualidades que deben tener nuestras acciones. Pues por sí mismo todo ello no tiene capacidad de hacer frente a los procesos de dualización y de exclusión social, sino que articulan una sociedad no de la integración, sino de la dependencia, etc., que consolida la ruptura social.

Por tanto, no se trata de una simple aplicación de unas medidas sociales unidas a las medidas de ayuda económica, sino de «articular» uno y otro aspecto. Es necesaria una nueva estrategia de acción y ésta connota los esfuerzos para construir una sociedad que sea capaz de incorporar a todos sus miembros. Es decir, será un reto obligado unir los procesos de autonomía personal frente a la exclusión y frente a la inadaptación, a una auténtica integración en el empleo y, complementariamente, una integración en la educación y la formación, en la vivienda, en el barrio, ciudad, pueblo, en la comunidad; en suma, un proceso de socialización engarzado con una

estrategia que podemos denominar de «*construcción de una sociedad accesible*».

Sin estrategias de desarrollo social se revelan imposibles los procesos de autodependencia y, por ende, se revela inalcanzable una sociedad no escindida y reconciliada. Más aún, es necesaria la articulación de la dimensión personal del desarrollo con su dimensión social. O dicho de otra forma, los procesos de autodependencia no son sólo personales, sino también sociales.

En el ámbito personal, la autodependencia estimula la identidad propia, la capacidad creativa, la autoconfianza y demanda mayores espacios de libertad. En el plano social, la autodependencia refuerza la capacidad para subsistir; la protección frente a las variables exógenas, la identidad cultural y la conquista de mayores espacios de libertad colectiva. La necesaria combinación de ambos obliga a revisar la dicotomía entre lo social y lo económico que figura en el dintel de entrada a nuestra sociedad y a plantear la estrategia de acción como un desarrollo a escala humana.

III. VALORES

Ya hemos recogido la indicación del «Documento Marco» sobre la necesidad de que nuestras acciones estén impregnadas de valores alternativos, y ello se ha constituido en uno de los dos referentes de las cualidades de lo significativo de nuestras acciones. Con esta perspectiva hemos planteado una serie de criterios, de señaladores.

Pero merecerá la pena una mirada de atención expresa a los mismos, ya que serán tales valores los que habrá que proponer y

potenciar para una estructuración solidaria de nuestra sociedad y que darán el sentido de integración a nuestras acciones frente a los valores de la «repulsión» de una sociedad que excluye.

Los valores que hacen referencia a una estructuración solidaria del tejido social y, por tanto, para una acción significativa, circulan entre dos parámetros:

La acción significativa aumenta:	La acción estéril refuerza:
El valor del ser , que se expresa en el compartir como signo de realización de la igualdad y la fraternidad.	Frente al tener como expresión del poseer a toda costa.
La cooperación solidaria.	Frente a la competitividad individualista.
La no-violencia y el apoyo mutuo.	Frente al dominio agresivo.
La creatividad y la actividad de gratuidad y socialmente útil.	Frente a la actividad egoístamente posesiva y la instrumentación del consumo de status y prestigio.
La participación.	Frente a la aceptación pasiva.
El protagonismo de la persona y del grupo.	Frente a la dependencia institucionalizada.

Todos estos valores impregnan nuestra acción como «otra» acción para una alternativa. Una «*alten*»-acción en doble sentido:

— La acción con otros, asumiendo la inter-acción frente al individualismo/corporativismo, en la creación de redes sociales.

— La acción como «otra» acción o acción nueva, que produce alteración de las condiciones sociales de la pobreza y la exclusión, y que hace real y visibles nuevos valores, nuevos referentes sociales.

○ sea, asumir el compromiso con estos valores desde la dimensión social de la existencia cotidiana, para que pueda circular la solidaridad por los escenarios sociales, y para la expresión de nuevos valores en un nuevo modelo de acción, que construya nuevas redes sociales. Por lo que el compromiso social se plasma en una acción que debe constituirse como *alternativa*, en el doble sentido:

- Alternativa a las condiciones existentes y a las estructuras de la dualización y la exclusión social.
- Gestación de un nuevo nacimiento.

Se trata, por tanto, de nuevos proyectos en valores, actores, relaciones que son expresión de solidaridad; y que se realizan solidariamente como expresión de grupos y comunidades solidarias; y que hacen nacer el futuro, porque la acción actual y concreta tiene las características del futuro; por eso puede llegar el futuro, porque ya da forma al presente. Es la fuerza generadora de la utopía que se va visibilizando en las propias acciones presentes.

Las acciones que «realizan» estos valores significan que, puesto que en ellas lo son, pueden ser reales unas relaciones sociales estructuradas en torno a otros valores y otra lógica social, o sea, la persona como sujeto, y significan que este tipo de relaciones son generadoras de riqueza económica, social y cultural. Eso sí, están exigiendo que se re-orienten algunos elementos fundamentales en la sociedad que harían socialmente viable y realizable lo que ellos han hecho experimentalmente posible.

Por eso hay que explicitar que los valores alternativos exigen y gobiernan «otra lógica» de desarrollo (9). Y aquí vamos

(9) Cfr. «Signos y semillas», *ibíd.*

a señalar los indicadores de esta lógica, siguiendo el mismo método binario anterior:

La acción significativa aumenta:	La acción estéril refuerza:
Las necesidades humanas como paradigma (calidad).	El crecimiento económico (del PIB) como el absoluto (cantidad).
La persona como eje.	La competitividad/productividad.
Los derechos humanos como criterio.	La máxima rentabilidad inmediata.
La participación (personas/grupos) como finalidad.	El crecimiento verificado por el mercado.
El tejido social solidario-igualitario.	La jerarquización corporativista.

IV. AMBIGÜIDADES

Así pues, la cuestión está en encontrar en nuestras acciones, en las prácticas sociales que realicemos, los signos de esas cualidades y valores que señalan nuestras acciones como significativas. No hay más remedio que abordar qué tipo de práctica realizamos, pues ya ha quedado señalado que el mundo histórico es un proceso de desarrollo de vidas humanas. Y por ello, lo significativo aparece en los comportamientos, en las prácticas, o no lo es en absoluto (10).

Es decir, lo significativo es una cualidad, pero no es una ideología, sino que se realiza en la práctica de nuestro com-

(10) «El carácter significativo de nuestras acciones nos exige eficacia en el servicio a los pobres y excluidos. Así como los milagros de Jesús..., nuestras acciones deben incluir servicios concretos y útiles para poder proyectar toda su simbología». Documento *Marco para la acción de Cáritas durante los próximos años*, 2.9, Cáritas Española.

portamiento, de nuestras acciones, de nuestros servicios. Lo que exige que nuestros servicios estén transidos de una obligada exigencia de calidad, la calidad que deviene de las cualidades y valores que deben tener (11).

Así pues, los problemas que abordamos, incluso los conflictos en que nos encontremos, las huellas y señaladores de las cualidades y valores de lo significativo, las acciones y servicios que realicemos, todo ello se encuentra transversalmente interrelacionado en nuestra práctica social y en la propia sociedad en que nos movemos. Será, pues, necesario reflexionar e identificar las opciones fundamentales para poder contrastar las prácticas sobre los problemas y los conflictos, así como para rastrear y, sobre todo, impulsar las acciones significativas.

Y es una reflexión obligada, pues las elecciones no son simples, menos aún simplistas. Por ejemplo, la calidad ante, incluso contra, la cantidad. Y junto con ello, otros dos elementos que se presentan dicotómicos: los procesos participativos ante la consecución de resultados y las potencialidades sociales ante las estructuras de los servicios como estructuras de poder. Y se pueden plantear como elecciones que en sí mismas parecen situar las cualidades de lo significativo en lo macro, la calidad, la participación. Y no se trata de dudar si en ello se da la significatividad. Sino que pudiera ser una tentación situar a lo micro, la cantidad, los servicios como lo estéril. Pero esto es inadecuado, pues lo que hace es disociar las «relaciones significativas», por un lado —y así las convierte en ideología—, y las prácticas y comporta-

(11) «El carácter significativo de nuestras acciones conlleva también una fuerte exigencia de calidad. Esta exigencia debe cumplirse, pero sin contraponer esa calidad a la cantidad». Documento *Marco para la acción de Cáritas durante los próximos años*, 2.9, Cáritas Española.

mientos operativos, por otro —reduciendo o destruyendo su potencialidad, o desviando su cardinalidad a otro norte.

Hay que afrontar estas contraposiciones de modo que la ambigüedad que acecha a todo proceso humano se resuelva del lado de lo significativo, casi valdría decir de lo promocional y lo solidario; es decir, integrando todos esos elementos en unas acciones que generen procesos de autodependencia y construyan una sociedad comunitaria y accesible.

I.º Calidad ¿ante? cantidad

No se trata de poner en cuestión la exigencia de una adecuada y justa administración de los recursos, sino de ver si es la tarea que ocupa, centra y da sentido a la acción que se realice. Es decir, hay que hacer frente al «acecho de la gestión». Cuando los recursos, y en especial los económicos, se convierten en la razón de ser de las organizaciones de acción social, sean del ámbito que sean, se está optando por la cantidad frente a la calidad. Y cuando se trata de calidad, no se trata de optar por poco frente a mucho, sino de adecuado o no adecuado a unos fines. Pues cuando la instrumentación de los medios se constituye en la referencia que orienta la acción, se está optando por la inversión fines medios, convirtiendo los medios instrumentales en fines reales.

No resolver los elementos necesarios de la gestión desde la calidad, o sea desde la preponderancia de los fines, y éstos estructurados desde las cualidades de las acciones significativas, producirá una pérdida de su sentido crítico —¿profético?— que va cooptando su sentido al sentido del «dador» de los recursos. Y esto es algo que se plantea a todos los grupos

organizados grandes o pequeños, en especial cuando proponen su acción frente a la pobreza y la exclusión social.

Así pues, la gestión debe ser lo que es, o sea, un instrumento, y no pasar a ser un fin en sí mismo. Lo que se convierte en crisol no sólo de las organizaciones sociales, sino de los propios poderes públicos, para no condicionar la concesión de recursos a organizaciones que realizan acciones adecuadas, independientemente de cualquier otra consideración.

2.º Procesos participativos ¿ante? resultados

Realmente se puede tratar de acciones que persigan intereses generales, no de cuerpo (o sea, corporativistas). Pero esto debe plasmarse más allá de las declaraciones. Es decir, hay que hacer frente al «acecho del corporativismo». Plantear las acciones como un medio de «conseguir» éxitos y resultados para un grupo, para los asociados de cualquier grupo, para un determinado sector agota su significado en el límite de sus resultados; o sea, hay que pasar a estructurar las acciones y servicios desde la participación social.

La consecución de resultados no se convierte por sí misma en acción «significativa» si no está realizada desde la participación social. Por tanto, la consecución de resultados se convierte en estructurante de la solidaridad social cuando es concomitante del crecimiento en la responsabilidad de la sociedad en los problemas, y en la capacitación ante los mismos; es decir, la consecución de resultados debe formar cuerpo con la creación de nuevos sujetos sociales, de modo que las personas y grupos sociales deben pasar de ser benefactores / beneficiarios de los resultados a actores de los mismos. De lo

contrario seguirán sin ser sujetos activos, súbditos y no ciudadanos.

Pero igualmente debe afrontarse la tentación de mantener el prestigio e incluso el poder de las organizaciones promotoras de acciones sociales, alejándose de aquellos ante los que no tienen que responder de un modo inmediato; más aún si cabe, cuando éstos son grupos débiles con poca capacidad de representación y organización. Cuando se trata de colectivos de escaso peso social, cuyo abandono resulta menos arduo, es cuando la significatividad de las acciones alcanza las máximas cotas de la solidaridad.

3.º Potencialidades ¿ante? estructuras

Ni que decir tiene que el poder no es un mal, eso sí, cuando es servicio. Y esto concentra un aspecto muy importante del sentido de las organizaciones sociales. Es decir, hay que hacer frente al «acecho del poder». No se puede entender la acción de los grupos sociales al margen del poder, y eso no sólo porque gran parte de su acción se estructura en torno a las relaciones con los poderes, y éstos no sólo políticos, sino también económicos y sociales, sino también porque son expresión del poder social de los propios ciudadanos en la creación, aportación y gestión de los «bienes relacionales».

Y la cuestión está ahí precisamente, en si son expresión de esa potencia social para la creación de bienes que no son del orden puramente económico-monetario, sino creativos, sociales, que generan vínculos e integración, comunidad y compartir, etc. Para lo que la cuestión primordial no es si realizan una acción y unos servicios bien estructurados, porque eso es evidente, o si se debe constituir una estructura de servicios

con capacidad de respuesta eficaz. Sino que de lo que se trata es de que las estructuras que organizan y coordinan los esfuerzos sean sinérgicas. Vale decir, sean elementos que plasman la solidaridad desde los empobrecidos, que visibiliza «otros valores», desbloquean impotencias, promueven potencialidades, capacitan sujetos; en definitiva, construyen las condiciones —de todo orden— de los procesos de autodependencia y de una sociedad comunitaria y accesible.

Por lo que el poder —que simbólicamente se plasma en las estructuras de los servicios— alcanza su aportación en cuanto a la significatividad de la acción, no desde el dominio sino cuando tiene como referente la capacitación y el ejercicio de la potencia de ciudadanía que se realiza en, y se plasma desde, «lo cotidiano» de los ciudadanos.

Un aspecto particular de esta dialéctica es cómo se resuelve la ambigüedad entre lo macro y lo micro. La dimensión macrosocial de los problemas no significa que la acción sea significativa sólo cuando toca expresamente este nivel. Más aún, si sólo toca ese nivel, puede estar dejando de ser significativa. Pues los cambios sociales se concretan en lo micro, en el nivel en que se ejerce la ciudadanía cotidiana, que es el nivel en que se «realizan» —se hacen reales— los cambios. Ciertamente que lo micro por sí puede no ser nada; o sea, pueden darse acciones cuyo nivel sea lo local, lo concreto, lo «micro», cuyo paradigma sea el propio grupo y, por ello, sean puramente corporativas, y cuando la acción se diluye en este nivel, no se produce un cambio de sentido de los problemas sociales, pues no se alcanzan las relaciones sociales y estructurales básicas.

Por lo que es una ambigüedad que no se puede resolver desde lo abstracto, es decir, optando por uno de los dos ex-

tremos de la dicotomía. Sino por inserción de lo uno en lo otro, y eso dialécticamente; es decir, de una forma interrelacionada e interdependiente. Es decir, el cambio estructural se realiza en el ejercicio concreto de los derechos básicos, y éste sólo se constituye como posible cuando se crean las condiciones desde el cambio macrosocial.

V. ANUNCIOS

Las reflexiones anteriores nos indican que «lo significativo» no es un añadido externo a las acciones. No hay que añadir «algo» a las acciones para que lo sean, pues lo «significativo» o es una característica de las acciones, o no lo es en absoluto. Son sus cualidades y valores las que nos permiten acceder a su riqueza, que no se agota en la pura prestación del servicio.

De eso se trata, no de añadir ninguna nota nueva al respecto. Las acciones significativas, en tanto tales, tienen virtualidades que trascienden su pura facticidad, pues desvelan potencialidades e inducen sinergias que generan nuevas oportunidades y alternativas; y, al generarlas, se convierten en anuncios. En tanto significativas, «anuncian» lo que pretenden realizar; y, en tanto lo «realizan», lo anuncian. Es decir:

- son acciones que no se resuelven, y/o agotan, en lo inmediato de su realización, sino que son sinérgicas por las potencialidades que activan, y porque su significado las trasciende;
- esto nos lleva a considerar las acciones significativas como instrumentos de construcción del Reino. No es

algo que se sobrepone como sobrecarga, sino que indica las virtualidades que en sí mismas llevan las acciones en tanto significativas;

- lo que nos plantea un rigor en nuestras acciones. Pero no se trata de más, sino de «diferente». Por ello las acciones significativas responden incluso a unas exigencias metodológicas concretas, aquellas que viabilizan la visibilidad de su «anuncio».

En definitiva, considerar las acciones significativas como ANUNCIOS es considerarlas como un «momento / situación» experiencial, que genera un «espacio» relacional, que es «mediador» de personalización, humanización y liberación (12).

I. Personalización

I. Las acciones significativas comportan un «momento» dialógico; los «señaladores» de las acciones significativas nos

(12) Es difícil expresar esta riqueza a través de conceptos, por lo que debemos explicitar lo que pueden aportarnos. Y lo expresamos a través de identificar: 1) «la situación / el momento»; o sea, las acciones significativas activan un *momento experiencial* configurado por una característica dominante que se expresa en la *situación relacional* que se establece entre los actores sociales; 2) la situación relacional crea unos *espacios* de buenas noticias «corporeizados» espacial e históricamente, o sea, visibiliza y proclama unas características y unos contenidos definidos cuya estructura actúa y re-influye en los actores; 3) las relaciones entre los actores están *mediadas* por las diversas formas y modos, o «satisfactorios» (instrumentos y recursos materiales y organizativos), que establecen las «mediaciones relacionales» entre los actores, y que por ello mismo *viabilizan* los fines y objetivos y *vehiculan* las cualidades y valores de las acciones.

indican que lo significativo se realiza en una **«situación dialógica»**. Es decir, el reconocimiento entre personas constituye lo más hondo del momento experiencial que configura la «situación relacional» que se establece entre los actores. En este caso las acciones y servicios se realizan según la lógica del reconocimiento entre sujetos y no desde la lógica prestacional entre los ayudados y los ayudadores, pues en este caso se realiza la prestación de servicios desde un sujeto dador a un objeto receptor:

2. Una relación dialógica es una relación entre sujetos; es decir, es una relación entre personas que genera un **«espacio de personalización»**, de realización de personas por ser realizado desde el encuentro entre personas. Lo que constituye el ANUNCIO DEL SER, pues promueve las potencialidades de las personas para Ser. Y, en tanto tal, vehicula el TENER, más aún, da sentido al necesario Tener; como asociación de los Bienes al Ser, al que enriquecen (frente a la sumisión del ser a los bienes que constituye la lógica del modelo prestacional), y de este modo le reconoce como experiencia personalizadora y no alienante. Lo que legitima las prestaciones, al mismo tiempo que las guía en una determinada lógica y modelo de realización; o sea, en tanto construyen condiciones adecuadas de promoción y desarrollo de los derechos humanos en que se ejercita la dignidad de la persona.

3. Lo que nos remite a los elementos de las acciones significativas en los contextos de pobreza y exclusión social, como los elementos apropiados para ser acciones *mediadoras para la autodependencia*. Y, por ello, como acciones en las que la participación y el protagonismo de las personas es método que se autotrasciende en objetivo y contenido de las propias acciones.

2. Humanización

1. No constituir al ayudado en objeto de la prestación, sino en sujeto de un diálogo, consolida el diálogo como «*momento*» de *encuentro* entre personas que teje relaciones de continuidad y compromiso; construye, por tanto, situaciones sociales, pues construye vínculos. No es por ello una situación dialógica que se resuelve en lo intimista, sino societal, pues considera las dimensiones grupales y comunitarias como componentes del encuentro personal.

2. Es uno de los componentes más decisivos del Anuncio que las acciones significativas comportan. Pues un encuentro como situación societal crea un «*espacio*» de *humanización*; es decir, expresa virtualidades que se HACEN reales en comunidades acogedoras, en tejidos solidarios, en grupos que se vinculan a los procesos de esperanza. O sea, hacen real una sociedad comunitaria y accesible, aunque sea como realizaciones de posibilidad.

3. Las acciones significativas en tanto acciones *mediadores para una sociedad comunitaria y accesible* manifiestan elementos importantes que afectan al método, que no queda reducido a lo puramente instrumental. Y es que una mediación que no sea adecuada no viabiliza las potencialidades de lo significativo. Y nos aportan respuestas concretas sobre la cuestión del cómo o la dialéctica de la concreción en la acción frente a la exclusión (itinerario - proceso - modelo) (13); sobre la cuestión del dónde o

(13) El cómo o las calidades de la estructura y de la organización de la acción como «satisfactor», como mediación relacional adecuada a la promoción de los sujetos y a la participación y protagonismo de las personas. Y nos dice que no hay recetas, hay diagnósticos muy ajustados a los

la dialéctica del «lugar» de la acción (programas-proyectos-servicios) (14); sobre la cuestión del quién o la dialéctica de la calidad de los actores sociales (agentes - voluntarios - equipos) (15).

3. Liberación

1. El reconocimiento y el encuentro entre personas es un *momento de dignidad*, pues establece la equivalencia en las relaciones. Lo que configura esa situación como situación de crecimiento y de autonomía en la responsabilidad.

2. Construir el «espacio» de relaciones como espacio de personalización y humanización es aceptar que se trata de un *espacio que debe viabilizar el que los sujetos se «liberen»* de la dependencia externa. Establecer relaciones de equivalencia significa que

sujetos y a los grupos que potencien el desarrollo de su autonomía personal. Y ésta sólo se puede construir sobre las potencialidades de los sujetos, sus propios recursos y los recursos de sus contextos.

(14) El dónde de la realización de la acción y de la prestación del servicio nos dice que no hay «sitios», hay «espacios». «Sitios», que centralizan las relaciones, estructurando incluso en lo físico la dependencia del Centro prestador; frente a «Espacios», que se estructuran con una geometría variable, pues condensan las relaciones sociales. Y, evidentemente, exigen un desplazamiento de los objetivos y del trabajo social, desde las instituciones y los ámbitos de competencia institucional, hacia los propios sujetos (individuos, familias, colectivos, territorios) y sus «espacios» sociales.

(15) La cuestión del quien nos dice que no hay cantidad, sino coherencia y adecuación. Por tanto la cuestión del sujeto de la acción se revela como un reto decisivo. Y esto en doble sentido: como sujeto pasivo, o sea, el contexto social que hace referencia a los ámbitos donde se produce la marginación. Y como sujeto activo, o sea, como actores que son sujetos de la solidaridad activa con los derechos de los excluidos y que dan fundamento y soporte a los proceso de inserción de los excluidos.

el espacio de encuentro es ESTAR en un proceso de historia, no algo ya dado. Porque se está en el aquí y en el ahora, o sea, en una situación localizada en la estructura social. Y en ese aquí y en ese ahora los sujetos no están reconocidos como tales. Por lo que hay que estar en proceso de historia, o sea, en proceso de creación de vida plena, de dignidad y de dignificación.

3. Lo cual no sólo no supone «desentenderse» de las personas que quedarían a sus solas potencialidades, ni tampoco desentenderse de las condiciones de la sociedad que estructuran la exclusión, sino justamente lo contrario. Las acciones significativas son *mediadoras de liberación* en tanto construyen procesos de acompañamiento en la autodependencia personal y social. O sea, procesos en lo micro y en lo macro, en las biografías y en la estructura social.

	Personalización	Humanización	Liberación
Momento/ Situación	Dialógico y de reconocimiento	Encuentro que teje relaciones	Crecimiento que promueve responsabilidades
Espacio	Incide en la potencialidad para Ser; y reestructura la relación Ser-Tener	Dinamiza virtualidades que Hacen reales tejidos solidarios	Alimenta procesos de dignificación Estando en el aquí y ahora de la estructura y la H. ^a
Mediación	Participación y protagonismo para la autodependencia	Cómo, dónde, quién de la acción para una sociedad comunitaria y accesible	Denuncia y Propuesta desde las condiciones que estructuran la exclusión social

Ciertamente, entender que las acciones significativas tienen virtualidades de personalización y humanización como ANUNCIO de liberación, nos remite a una utopía que trasciende nuestras fuerzas, pero no menos real por ello; o sea, son signos e instrumentos del Reino. Es decir, nos plantea que lo que está en juego es una nueva creación, cuya dimensión más profunda es de orden teológico. Ciertamente la lectura teológica de todo ello no puede ser simplista, pues la ambigüedad de la realidad se hace presente en el ámbito de la oración, como en cualquier otro.

Las acciones significativas van construyendo nuevos «espacios», espacios sociales y articulados, es decir, tejido social estructurado y organizado solidariamente; o sea, comunidades solidarias, estructuras de comunión. Y esta práctica que crea dentro del tejido social, en su convivencia más estrecha, espacios para ejercer la solidaridad en los procesos de personalización, humanización y liberación, aun de pequeños espacios y de realizaciones graduales a pesar de su constitutiva ambigüedad, son sacramento de esperanza, al dotar de plausibilidad el horizonte de una sociedad humanizada.

Y éstos son signos de creación de vida, pues el contexto en que se desarrollan estas acciones y los «espacios» significativos que construyen están realizándose en un contexto de ruptura y de expulsión; por tanto, de negatividad, de muerte (16). Podríamos decir que la fe en un Dios que crea se expre-

(16) «No vemos la luz del día, pero la no resignación a esta muerte civil del orden establecido, la obstinación en perseguir lo que a la luz del sistema parece imposible, la obsesión por la vida, el reducto de dignidad y respeto tenazmente defendido en esta hora de lobos, el sentido de oportunidad para aprovechar la ocasión y avanzar lo que se pueda, la capacidad

sa en la existencia de «signos de vida». Por tanto los «espacios» que las acciones significativas construyen como espacios de solidaridad son «espacios que realizan la fraternidad», y por ello son sacramentos en que arde el fuego sagrado del Dios de la vida.

de gozo entre tanta estrechez y desilusión, los lazos que en medio de la muerte se van anudando, las pequeñas victorias, la capacidad de reponerse ante tanto infortunio y marchar de todos modos adelante..., son signos de que avanzamos hacia la aurora. Son sobre todo sacramentos de que arde el fuego sagrado del Dios de la vida. El que con tanta frecuencia todo eso sea vivido desde la fe y que la fe no sea sólo alimento que fortalece sino también luz que ilumina para ver la vida así, es lo que caracteriza la fe en el Dios creador como fe en la creación histórica: es la fe de los crucificados que esperan y, con el Espíritu que resucitó a Jesús, buscan la resurrección.» Pedro TRIGO, *Creación e Historia en el proceso de Liberación*. Edit. Paulinas. Madrid, 1988, pág. 32.

LA COORDINACIÓN, ¿DESAFÍO O AMENAZA?

PEDRO JARAMILLO RIVAS
Vicario General de Ciudad Real

Nos referimos a la coordinación de la acción caritativa y social, en los distintos niveles eclesiales en los que ésta se realiza, desde el internacional al local. Frente a esa coordinación el título propone, como se suele decir ahora, dos **sensibilidades**: *el desafío*, como meta que alcanzar, aunque sea difícil, y *la amenaza*, como mal que hubiera que evitar. Es un reduccionismo que puede sonar a caricatura, porque las cosas no se dan nunca con la nitidez de un titular. Y, por otra parte, la realidad (en nuestro caso la coordinación de la acción caritativa y social) no está siempre tan lograda que no pueda ser ella misma causa de un rechazo de hecho, que no de principios ni de metas que hay que ir logrando. Entre el ideal y la realidad quiero moverme en esta reflexión sobre la coordinación, para revisar y proponer, para alentar y estimular desde la que considero nueva y positiva actitud frente a la coordinación, a partir, sobre todo, del Congreso Nacional sobre la Pobreza.

I. ALGO NUEVO ESTÁ BROTANDO

Los documentos de nuestros Obispos, «La Caridad en la vida de la Iglesia» y «La Iglesia y los pobres», todo el trabajo

conjunto que desembocó en la Plenaria del Episcopado sobre el tema de la Iglesia frente a la realidad de la pobreza; la preparación y celebración del Congreso Nacional, así como las iniciativas para su recepción en los diferentes niveles eclesiales..., están creando un nuevo clima de armonización y conjunción, que sería injusto no reconocer:

¿Qué síntomas se pueden detectar? Instituciones y grupos que no solían sentarse alrededor de la misma mesa de trabajo, ahora lo han hecho, con la sorpresa de estar mucho más cercanos de lo que se imaginaban. Se han emprendido acciones comunes, especialmente frente a problemas sociales que, por su magnitud, desbordan las posibilidades de cada institución y grupo, constatándose que es posible hacer un «frente común» ante lo que, separadamente, nos sobrepasa y asusta. Está siendo frecuente la reflexión serena, y abierta a la conversión, entre personas, instituciones y grupos dedicados preferentemente a la acción caritativa y social, a la búsqueda de las razones más hondas de la coordinación. No se pretende responder a una moda pasajera; se quiere emprender un camino sin retorno, que nos impida volver a las andadas.

«Volver a las andadas» significaría distanciamiento y competencia, duplicaciones y solapamientos, piques y zancadillas, prestigios personales y «celos» institucionales, encerramientos rutinarios y cansinas repeticiones de lo mismo. Se necesita ser muy cerrados para añorar situaciones de individualismo personal e institucional, que tanto daño ha hecho, incluso a los pobres a quienes intentamos servir. La apuesta por una actitud nueva frente a la coordinación equivale a una decisión de trabajar *desde y para* los pobres, y no sólo *para* los pobres, *desde* la propia institución o grupo. En este tipo de trabajo vale el «descentramiento» del Precursor respecto al Mesías: conviene

que ellos crezcan y nosotros disminuyamos. Conviene que los mismos pobres tomen la iniciativa de su propio camino y desarrollo y no que nuestras instituciones crezcamos a su costa.

II. UN PUNTO OBLIGADO DE REFERENCIA: LA IGLESIA PARTICULAR

Hablar de coordinación entre instituciones y grupos eclesiales exige una obligada referencia a la Iglesia particular en la que trabajamos. Aquí está la razón teológico-pastoral más honda para armonizar los diferentes esfuerzos en una dirección y línea comunes. *La coordinación expresa la comunión*. Es su lado visible y práctico. La comunión es don, tarea y oferta. Como don, la agradecemos y pedimos humildemente en la oración perseverante; como tarea, la construimos con un esfuerzo continuado de conjunción en la actividad; como oferta, la significamos en gestos atrayentes de unidad de corazones, de voluntades y de acciones: para que «viendo, glorifiquen al Padre».

Por tratarse de una dimensión constitutiva de la pastoral, la acción caritativa y social no puede quedar librada a opciones carismáticas particulares, o a organismos nacionales o internacionales, que plantaran sus «delegaciones» en las diócesis. Del ministerio episcopal en cada diócesis nace no sólo el impulso general de la acción caritativa y social de la propia Iglesia, sino la necesidad de una eficaz «episcopé» (vigilancia) para que existan los cauces concretos de trabajo pastoral en este campo, y para que la legítima variedad de carismas e instituciones eclesiales que en él desarrollan su actividad confluya armoniosamente en la comunión eclesial, de la que el Obispo, en su propia diócesis, es origen y garantía.

El reconocimiento práctico por parte de instituciones y grupos eclesiales de esta identidad teológico-pastoral de la Iglesia particular, creadora de comunión y participación, está dando sus frutos, también en la pastoral caritativa y social. Los frutos apuntan principalmente hacia una «normalización» de un estilo de hacer pastoral más conjuntado y participado. Se puede descubrir una cierta «apetencia de comunión», abriéndose paso en la acción pastoral. El camino es todavía largo, pero es significativo, ya que ciertos individualismos cerrados, personales o grupales, que en otros tiempos pasaban inadvertidos, comienzan a chirriar por falta del «engrase» de comunión. La comunión, en efecto, no es amenaza, sino necesidad; no es estrategia, sino desafío, y, sobre todo, no es uniformidad, sino unidad de la riqueza y variedad suscitadas por el Espíritu en una comunidad, que es toda ella ministerial.

Sobre este eje de comunión eclesial se mantiene la coordinación de la acción caritativa y social, que tiene como sujeto último a la propia Iglesia en su conjunto. La «*communio sanctorum*» hace que los diferentes sujetos eclesiales hagan crecer al conjunto de la Iglesia como sujeto último de una acción que, por su eclesialidad, pertenece finalmente a todos, no desde la indiferenciación de responsabilidades, sino como enriquecimiento comunitario de quienes encuentran en el «nosotros» el único sujeto con quien poder concertar cualquier tipo de verbo activo eclesial. Sea quien sea el que haga, eclesialmente, somos «nosotros» los que hacemos. El sujeto eclesial es siempre un sujeto solidario. Lo que hacemos cada uno es parcial y limitado, pero pertenece a todos, y lo que hacen los demás, también su limitación, nos pertenece a nosotros. Sólo desde la eclesialidad puede haber visión del conjunto.

Para que la entera comunidad de los creyentes sea de hecho sujeto de la acción caritativa y social se requiere, en primer lugar, que la Iglesia, en sus diferentes niveles de realización, reconozca, estimule y promueva como propios la variedad de carismas y servicios que el Espíritu suscita en su seno a favor de los pobres. El conjunto de la actividad caritativa y social no es, en efecto, un apéndice que se añada a su misión, sino parte constitutiva e integrante de la misma (Cfr. Introducción doctrinal a «La caridad en la vida de la Iglesia»). En el reconocimiento de la eclesialidad de la acción caritativa y social hemos dado pasos muy certeros en los últimos años. Es pertinente la llamada de atención acerca de la desproporción todavía existente entre la atención a las tres grandes dimensiones de la misión de la Iglesia: transmisión, celebración y testimonio de la fe; pero, honestamente, y en línea de planteamientos en la generalidad de nuestras Iglesias, no puede decirse que la pastoral caritativa y social esté en una situación de marginación y desatención respecto al resto de la acción pastoral. Un cierto «victimismo» por parte de los agentes de pastoral caritativa y social es bueno como recordatorio permanente de que no hay que bajar la guardia y de que, en muchas ocasiones, la proporción no está lograda; pero es injusto cuando descalifica los esfuerzos de fidelidad al conjunto de la misión y no tiene en cuenta las limitaciones y desafíos de las otras dimensiones, haciendo, incluso, recaer sobre ellas una especie de desconfianza, como si su atención y cuidado significara casi automáticamente una desafección a la acción caritativa y social. Hay que ir con mucho cuidado en este campo. A veces damos la impresión de no estar radicando la acción caritativa y social en la única misión de la Iglesia y, por tanto, no la relacionamos intrínsecamente con las otras dimensiones, de las que, como acción pastoral, es inseparable.

Es preciso, sin embargo, sacar las *consecuencias* de esta radicación eclesial en la línea de coordinación de esfuerzos y de acciones. En este campo, los pasos que estamos dando, aún siendo significativos, no parecen suficientes.

III. EL PUNTO DE PARTIDA

La situación de partida para una coordinación eficaz está caracterizada hoy por una *gran pujanza* de instituciones y grupos eclesiales dedicados, parcial o totalmente, a la acción caritativa y social. Aparte de la coincidencia de esta pujanza con el desarrollo de las ONGs en nuestro país, hay que buscar en la fuerza del Espíritu y en la renovación conciliar la causa última de la revisión y revitalización del compromiso cristiano frente al fenómeno de la pobreza y del mundo concreto de los pobres. Desde el impulso de la doctrina del Concilio, de los documentos sociales de los Papas, de la Conferencia Episcopal y del magisterio particular de los Obispos en sus propias diócesis, se ha desencadenado una corriente de concienciación personal y comunitaria (expresada esta última fundamentalmente en los Concilios provinciales, Sínodos y Asambleas diocesanas) que estimula a asumir la *opción preferencial por los pobres* como eje vertebrador de toda la pastoral de la Iglesia en situación de nueva evangelización.

Con resultados diferentes en los casos concretos, globalmente se ha creado, al menos, una saludable sensación de *mala conciencia*, cuando no existe ese compromiso o cuando queda reducido tan sólo a afirmaciones o formulaciones puramente formales, recogidas simplemente en los programas y organigramas pastorales.

La pujanza se puede detectar fácilmente en el *retorno convertido y actualizado de muchas Congregaciones religiosas* a sus carismas fundacionales, cuando éstos estaban estrechamente ligados al servicio de los más pobres y marginados; en la *expansión y popularización del voluntariado*, que ha pasado de ser una «ocupación de élites» a un compromiso serio y sostenidos de muchos hombres y mujeres, mayores y jóvenes, en torno a la causa de los pobres, percibida, en contexto eclesial, como serio reclamo evangélico; en las *pastorales específicas*, desde las que se pretende llegar de manera más eficaz a personas y sectores socialmente más desfavorecidos: mundo obrero, mundo rural deprimido, hombres y mujeres del mar, minorías étnicas marginadas...; en los *nuevos planteamientos de Cáritas* y en su implantación a todos los niveles eclesiales; en la *preocupación de todos los movimientos y grupos*, aunque no sean directamente de acción caritativa y social, por afrontar con seriedad el problema de la pobreza y de los pobres.

Esta pujanza, sin embargo, coexiste y a veces provoca dispersión de esfuerzos e iniciativas, la búsqueda del prestigio de la propia institución o grupo, el individualismo, una insana competencia entre organizaciones, el mutuo desconocimiento, las desconfianzas y celos que llevan a la desestima y, en definitiva, un *déficit de eclesialidad* de muchas de las actuaciones en esta dimensión de la pastoral. Cuando toda esta pujanza se da en esta situación de dispersión, se vela, en lugar de revelar, a la Iglesia como sujeto de la acción caritativa y social. Nos movemos, con frecuencia, en acciones, sembradas incluso de heroísmos personales e institucionales, pero realizadas con tan cortas miras eclesiales, que ha llevado a los Obispos a hacernos una seria advertencia: «no basta con afirmar que es en la

Iglesia donde se realiza la pastoral de la caridad. Hay que llegar a descubrir que es *la Iglesia misma* la que la realiza, en la pluralidad de sus sujetos individuales, colectivos e institucionales» (CVI, pág. 14).

IV. EN RÉGIMEN DE PARALELISMO

Hay, en efecto, muchas cosas. Quizá más que nunca, a todos los niveles, de una manera especial en el nivel sencillo de las realizaciones locales. Pero todas ellas están poco coordinadas. La misma palabra «coordinación» levanta, con frecuencia, recelos y sospechas y es percibida más como amenaza que como meta. Tememos ser absorbidos, desaparecer, perder la identidad específica que dio origen a la congregación religiosa, a la institución, al grupo o a la genialidad personal. Preferimos encerrarnos en lo nuestro, hacer nuestra propia batalla. Un temor que genera clausuras personales e institucionales y que grava las acciones concretas que realizamos con deficiencias no sólo formales, sino de fondo:

- *Trabajar sin un diseño global*: un diseño en el que poder encajar acciones concretas. Nos falta *confluencia de objetivos*. El trabajo diario en la pastoral de la caridad nos ha acostumbrado a un «todo vale» con tal que haya buena voluntad, que resulta perjudicial incluso para aquellos a quienes queremos ayudar. Afirmar, en efecto, que el objetivo en que coincidimos son los pobres es decir mucho, pero es decir prácticamente nada. Se trata de un objetivo tan global que no tiene en cuenta aspectos imprescindibles, por ejemplo: el análisis de la realidad de la pobreza y sus causas, las prioridades de acción; la elaboración de programas, las metodologías más adecuadas. El diseño se parece a una percha en la que vamos colgando cada

una de las piezas que, de lo contrario, estarán siempre amontonadas. No puedo ocultar esta sensación de amontonamiento cuando me fijo en la acción caritativa y social. Nos parecemos a niños que, a falta del diseño orientador, revuelven nerviosos las piezas de su *puzzle* sin saber cómo y dónde encaja cada una.

- **Trabajar «sin pies ni cabeza».** «Al buen tuntún», se dice por mi tierra. Y de ahí las duplicaciones, las repeticiones y las incidencias múltiples en las mismas acciones y en las mismas personas. Hay acciones y hay personas que parecen paso obligado para toda realización de pastoral de la caridad. Al final, se convierten en acciones y personas «privilegiadas» con el triste privilegio de ser el único objeto de la acción caritativa de una parroquia.

- **Trabajar sin creatividad.** A todos los grupos, instituciones y grupos, se les suele ocurrir hacer siempre lo mismo, que suele ser lo más fácil e inmediato: la asistencia primaria. Con la asistencia primaria hay que contar en la pastoral de la caridad. Cuando hay una buena percha (buen diseño) puede quedar bien colgada (entroncada con el resto de acciones). El peligro de caer en el «asistencialismo» es un aviso, no una coartada. Pero la asistencia primaria no agota el compromiso de la caridad. Ni lo agota, ni lo define. Pero el hecho es que la asistencia primaria parece ser la única y repetidísima pieza de toda nuestra acción caritativa y social. Tan abundante pero tan sola, que es incapaz de diseñar ningún tipo de proyecto. Nos faltan piezas de promoción y casi no encontramos las imprescindibles para llenar los espacios de lucha por la justicia, que es también parte integrante del diseño de pastoral de la caridad. A veces es difícil la coordinación, porque no hay piezas para coordinar. Coordinar no es, en efecto, poner las cosas en hile-

ra. Hace unos días veía a un niño empleado en construir con una serie de piezas de madera que, bien utilizadas, le habrían dado la posibilidad de realizar una hermosa fachada. El niño, que aún no tenía la percepción de la complejidad, iba poniendo las piezas una tras de otra, haciendo una larguísima fila en la que todas las piezas jugaban el mismo papel. Eso no es coordinar, es simplemente «engarzar».

- **Trabajar sin eficacia.** Cuando falta la coordinación se resiente la eficacia. Y no es verdad que en las acciones de la pastoral de la caridad no haya que buscar la eficacia. Nos viene exigida por los mismos pobres a quienes servimos. Sin coordinación, hacemos cosas, atendemos casos, pero nos falta visión de conjunto de lo que hacemos, del porqué lo hacemos y del lugar concreto que ocupa nuestra acción, por pequeña que sea, en un proyecto conjuntado, del que somos pieza necesaria, aunque complementaria.

Hoy más que nunca la lucha contra la pobreza necesita acciones conjuntadas, si quiere ser eficaz. A una pobreza dramáticamente coordinada (ahí está el círculo vicioso de la reproducción de la pobreza para demostrarlo) no se puede responder con acciones aisladas y deslavazadas, aunque sean heroicas. El territorio no es sólo lugar en el que se trabaja, sino reclamo de acción conjuntada. Se da, sin embargo, la paradoja de que instituciones y grupos que trabajan en el mismo territorio no hacen de él la base de una intervención complementaria. Cada institución trabaja por su cuenta, escogiendo su propio sector y siguiendo su propio estilo de intervención. Las fijaciones, a veces excesivas, en el propio carisma, en el propio sector y en un estilo de intervención rutinariamente repetido, imposibilitan una buena coordinación, que es exigida por las necesidades interrelacionadas de los territorios de po-

breza y marginación más que por la buena voluntad de trabajar unidos. Ésta se debería suponer en los grupos eclesiales.

• **Trabajar con merma del testimonio.** Cuando falta la coordinación se resiente el testimonio. Se resiente sobre todo el testimonio eclesial, más allá del personal o grupal. Dos aspectos me parecen importantes en este sentido: a) La *credibilidad* que una buena acción caritativa y social produce no la debe acaparar la persona, el grupo o la institución que la realiza, incluso para confrontarse con la Iglesia desde donde trabaja (frente a una Iglesia desastrosa..., qué majo es nuestro grupo; miradnos a nosotros, no miréis a ella). Si trabajáramos en comunión, la credibilidad resulta ser una credibilidad eclesial, no particular. ¿Qué estamos haciendo, sin embargo, que la estima social de la acción caritativa y social de la Iglesia no se convierte en estima de la Iglesia que hace acción caritativa y social? «Robarle» a la comunidad eclesial el protagonismo de la acción para hacerlo recaer en los diferentes sujetos eclesiales (personas, instituciones o grupos), es la mayor dificultad para poder hablar de coordinación en términos de comunión. Perdónese me la fuerza con que lo digo (quizá exagero), pero es que nos jugamos mucho en este campo. No nos «acreditamos» unos contra otros; ni nos «acreditamos» contra la Iglesia en cuyo seno trabajamos. b) La moda de la *aconfesionalidad*. En el fondo, es una moda «desacreditadora». ¿Es que hay que aparcar la fe para el trabajo caritativo y social? ¿Es que hay que dejar al margen la confesión, cuando la raíz misma de todo trabajo caritativo y social creyente es la confesión del pobre como hijo y hermano? ¿Es que la comunión fraterna, que es la Iglesia, no puede ser comunión ofrecida en la universalidad de la llamada y acogida? ¿Qué nos está pasando? ¿Confesión vergonzante? ¿Confesión rutinaria? ¿«Inconfesión» de motivos

que tienen que ver con cierta plausibilidad social y con una más abundante subvención financiera? Frente a la «dureza» de mi planteamiento, quede claro que por «confesionalidad» no entiendo simplemente la buena voluntad, siendo así que una acción motivada por la fe y eclesialmente realizada tiene en la calidad una primera e irrenunciable exigencia.

V. LOS VIENTOS FAVORABLES

Explícitamente me he referido a la importancia del reconocimiento práctico de la Iglesia particular y a la que podríamos llamar «dimensión pastoral» de la doctrina eclesiológica del Vaticano II, que subraya explícitamente la comunión y la participación. En el fondo, todo lo que he dicho hasta ahora son consecuencias prácticas de esa verdad teológico-pastoral fundamental. Creo que este reconocimiento es el principal viento favorable para una coordinación que no sea simple estrategia. Añadamos otros:

- ***La nueva conciencia de la misión de la Iglesia***, no reducida a las dimensiones de transmisión y celebración de la fe, sino extendida también al compromiso serio y perseverante de transformación de este mundo según el plan de Dios sobre la historia de los hombres, trabajando ilusionadamente en la consecución de un mundo de hijos y hermanos. La severa advertencia del Concilio sobre el divorcio entre la fe y la vida de los creyentes como una posible causa del ateísmo contemporáneo ha suscitado una seria reacción en orden a integrar personal y comunitariamente aspectos de la vida cristiana, entre ellos la opción preferencial por los más pobres, que en otros tiempos aparecían más desenganchados de la conciencia personal y colectiva cristiana.

- **La gravedad y complejidad de los problemas sociales** sopla favorablemente hacia la coordinación eficaz. En la medida en que las personas y grupos vamos cayendo en la cuenta de que la respuesta asistencial, por necesaria que sea, no es la única ni la más eficaz, y que la pobreza contra la que luchamos no se define sólo por las carencias económicas, sino que implica un modelo de sociedad, una antropología de base, unas políticas sociales, unos modelos nuevos de intervención..., se va creando una *saludable conciencia de impotencia* personal y grupal. Un humilde reconocimiento de esa impotencia equivale a una puerta abierta de par en par a la coordinación. La conciencia de impotencia puede desactivar; es verdad, pero puede también empujar a la apertura hacia los otros, para hacer entre todos lo que aisladamente no podemos. Muchos proyectos realizados ya desde estos presupuestos avalan lo buena que puede ser una mala conciencia bien aprovechada.

- **Un nuevo sentido de la complementariedad:** la mayor cercanía y el trabajo más conjuntado están produciendo un nuevo sentimiento de complementariedad. Se descubre que ser complementarios no significa que todos los grupos e instituciones realicen la misma tarea y en los mismos campos. La complementariedad es una nueva conciencia en el trabajo con los otros: pasar de la competencia a la colaboración, del aislamiento a la conjunción, del inmovilismo a la renovación, de los celos institucionales a los celos serviciales, de la desconfianza a la estima, de las ideologías al servicio, de aferrarse a lo propio a la disponibilidad por lo común, de la estrechez de miras a la amplitud de visión.

Sentirse complementarios exige *grandeza de ánimo* para adherirse cordialmente a un proyecto común de intervención como colaboradores (cotrabajadores) y no como protagonis-

tas. El protagonismo es la actitud más contraria a la complementariedad. ¡Cuántos proyectos comunes han quedado en la cuneta por el afán de protagonismo! Grandeza de ánimo para descubrir en la propia acción, personal o de grupo, una aportación, que no es la única. Por eso, lo que más ayuda a una complementariedad vivida es tener una visión clara del conjunto de la acción caritativa y social, para no llegar nunca a creer que nuestra pequeña o gran acción la agota. La visión clara del conjunto resitúa la acción concreta que cada grupo o institución realiza y estimula la apetencia de que haya otras personas, personas y grupos, que den respuesta a otros aspectos de esa globalidad. Cuando no se tiene la visión del conjunto, el peligro es pensar que solamente lo que uno personalmente, o su grupo, realiza es lo válido y lo único que hay que hacer. Las mentes estrechas, como fruto de visiones fragmentarias y parciales, nunca sospecharán la necesidad de una complementariedad que no creen, en absoluto, necesitar.

VI. LAS TAREAS DE UNA COORDINACIÓN EFICAZ

A modo de indicación, presento algunas tareas concretas, cuya coordinación no sólo evita repeticiones innecesarias, sino que da al conjunto de la actividad una consistencia y envergadura nuevas:

- ***El análisis de la pobreza y sus causas.*** Se va abriendo camino la persuasión de que no es posible una intervención social seria sin un análisis de la situación de pobreza y de las causas que la generan. En nuestro ámbito eclesial, tan poco dado a veces a esta tarea, nos han recordado los Obispos: «el conocimiento de la realidad actual de la pobreza y de las causas

que la originan se hace condición necesaria para responder eficazmente al reto que los pobres plantean a nuestra voluntad de amarlos y servirlos» (CVI, pág. 9).

Un buen conocimiento de la realidad no se improvisa ni es simplemente intuitivo. Es verdad que el «trabajo de campo» es un conocimiento vivencial de una riqueza extraordinaria, que no debemos nunca perder como característica de instituciones y grupos «implicados» en la acción y no simples diseñadores de intervenciones desde los despachos. Esto es verdad. Pero también lo es una especie de «sospecha» respecto a estudios científicos de la realidad de la pobreza, cuyo estudio práctico quizá cuestionaría seriamente el tipo de acción que llevamos a cabo, sin ningún tipo de crítica. En resumen, que el estudio de la realidad es necesario y que cada grupo, institución y movimiento de acción caritativa y social no tiene porqué tener su propio análisis de la realidad. Este es un primer punto en que una acción coordinada se manifiesta de gran utilidad, con tal que el resultado sea asumido por todos como punto de partida para una acción caritativa y social renovada.

- **Estudio de los recursos humanos y materiales ya existentes en el territorio.** Es preciso saber quiénes están trabajando ya en la pastoral caritativa y social en el territorio, con qué medios, en qué ámbitos (asistencia, promoción, formación...), con qué criterios y metodología... Será un estudio que nos hará percibir que no se parte de cero, pero que, probablemente, revelará también las que son lagunas y carencias más llamativas de un trabajo que, aunque sea cuantitativamente grande, suele estar cualitativamente muy centrado en dimensiones parciales del posible conjunto de la actividad. Esta acción conjuntada, que es todavía de análisis, puede poner de

manifiesto retos que no están siendo asumidos por nadie, a los que habría que hacer frente con urgencia.

- **Elaboración de un diseño global de intervención social** que, ante todo, establezca prioridades. Todo es necesario, pero no todo tiene la misma urgencia. Si ha habido un buen análisis de la realidad, habrá que aceptar las «urgencias que la misma realidad propone». Las urgencias no se inventan, se detectan y se acogen. Sucede muchas veces que, por la rutina («siempre lo hemos hecho así»), o por una mal entendida fidelidad carismática («es que lo nuestro es esto»), o por una pereza personal o institucional («no estamos ya en condiciones de empezar») cada uno sigue haciendo lo suyo, vaya la realidad por donde quiera. Es precisa una «conversión» a la realidad que nos reclama. Una conversión de todos. Sin prejuicios, sin rutinas, sin caminos trillados.... Abiertos, disponibles, sencillos, colaboradores y fieles. Atentos a la realidad de la pobreza, que es la que impone el diseño; sin hacer violencia a esa realidad desde un diseño ya elaborado desde el despacho; o desde una falsa espontaneidad, muy atractiva, pero poco seria y eficaz.

- **Determinación de «un cuerpo de objetivos, criterios, orientación y motivaciones evangélicas»** en las que confluyan todas las personas, grupos e instituciones de la pastoral caritativa y social. Habría que responder a una dispersión que no se da sólo en el nivel de la actividad, sino también en el nivel del pensamiento, referido a las visiones teológico-pastorales o a las metodologías de intervención social. Junto a objetivos y criterios claramente ordenados a promover la autodependencia de los afectados, hay otros que refuerzan tenazmente el estado de dependencia respecto a las personas o instituciones donantes. Junto a objetivos y criterios que desencadenan proce-

sos, los hay que tienden solamente a intervenciones puntuales (los casos). Junto a objetivos y criterios que tienden, paciente y realistamente, a la erradicación de la pobreza, los hay que, en la práctica, la mantienen y refuerzan. Junto a objetivos y criterios que plantean la relación «pobreza/sociedad» e intentan que ésta sea accesible de nuevo a los excluidos, primando los procesos de integración, los hay que se sitúan resignadamente en las franjas de la exclusión, ayudando a la sobrevivencia, pero sin trabajar seriamente la integración. Junto a objetivos y criterios más preocupados por la calidad de la intervención, los hay que cargan las tintas sobre la cantidad, dando como conclusión una relación distinta frente a las subvenciones de las Administraciones públicas... Es un hecho: en el campo de la pastoral caritativa y social, las instituciones de Iglesia trabajamos con criterios y objetivos muy distintos, a veces, hasta con criterios encontrados, dando lugar a modelos de intervención que no pueden ser coordinados, porque no tienen capacidad de ser complementarios. Mientras haya una actitud en la que no cabe el menor género de duda acerca de si los objetivos que se pretenden son los correctos, difícilmente progresaremos en la tarea de coordinación.

La elaboración de ese «cuerpo de criterios, objetivos, orientación y motivaciones evangélicas», que nos pide «La caridad en la vida de la Iglesia», es una tarea permanente (no se elaboran de una vez para siempre), capaz de sentar en la misma mesa de trabajo a todas las organizaciones, instituciones y grupos que trabajan en la pastoral caritativa y social. Suele haber instituciones y grupos que ponen como pretexto que eso ya lo tienen claro desde el día en que nacieron institucionalmente: ahí están los estatutos, los reglamentos, las normativas... El pretexto conduce a rigideces jurídicas y operativas que

cierran el paso a la coordinación y aíslan para siempre en la acción. Cuando se quiere estar solos, la soledad se justifica incluso con lo más sagrado.

• **Elaboración y seguimiento de un plan general de formación.** Es un hecho: sin formación es imposible llevar a cabo una pastoral caritativa y social de cierta seriedad y envergadura. La formación es uno de los aspectos que más influyen no sólo en la calidad de las acciones, sino en el talante global, en el que la coordinación echa sus raíces. La formación para la pastoral caritativa y social tiene siempre dos ámbitos fundamentales: a) el teológico-pastoral (asimilación de una buena teología de la caridad, que apoye la vivencia teológica del amor a Dios y al prójimo como eje de la vida cristiana); b) el método-lógico-operativo (hay que iluminar las exigencias de la acción en un campo —el social— caracterizado por la rapidez de los cambios y la necesidad de responder a situaciones nuevas, las nuevas pobreza). En ambos ámbitos, no se nos pide que seamos expertos, pero sí se nos exige una formación que nos dé seguridad en los planteamientos y en la intervención. En una formación dinámica y actualizada está una de las principales garantías de la calidad de la acción. Poner a nuestros grupos e instituciones en estado de «formación permanente» sería la mejor manera de asegurar una intervención social renovada y entusiasta.

La «Caridad en la vida de la Iglesia» apunta a la «creación y fomento de Escuelas Diocesanas y centros de formación para la acción social y política», e insiste en la urgencia de «promover el conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia entre los agentes y miembros de las instituciones de pastoral caritativo-social, para que afronten los retos que plantean las situaciones de pobreza y exclusión social» (III, I, b, c). Realiza-

ciones de este tipo no pueden ser planteadas aisladamente. Son necesarias para todos, pero no es necesario que cada grupo o institución dé su propia respuesta. La respuesta puede y debe ser conjuntada, sin temer a ningún tipo de «intromisiones». La formación es un aspecto que, con frecuencia, se deja cuando aprieta el nerviosismo por la acción. Se da, sin embargo, una paradoja: muchas inhibiciones, rutinas e inmovilismos proceden de la falta de formación o de una formación poco actualizada.

- **Ofrecimiento de cauces operativos concretos** con que salir al frente de las necesidades sociales descubiertas. Soy de los que piensan que nuestras instituciones de pastoral caritativa y social están llamadas a «actuar» y no pueden quedarse solamente en el «pensar» y «animar» a que otros actúen. Las «acciones propias», a pesar del peligro de la creación de un montaje de servicios sociales —que será necesario evitar—, tienen su puesto en el conjunto de la pastoral caritativa y social. La cuestión es descubrir quiénes tienen que ser los «actores», porque la acción caritativa y social en la Iglesia no puede ser «monopolizada». Sin embargo, una cosa es no monopolizar y otra, bien distinta, es trabajar dispersos. Un ofrecimiento de actividades diversas y concretas, pero conjuntadas, es una riqueza para la acción caritativa y social. Incluso las acciones más pequeñas cobran una importancia real cuando entran en un conjunto.

Conjuntar las acciones no significa que haya un solo «actor» (sea persona, institución o grupo). Existiendo la conjunción, la variedad de actores es positiva y deseable. Cuando hay conjunción, es más fácil detectar *las lagunas* en la totalidad. Cuando hay conjunción no quedarán acciones sin hacer porque revistan cierta *envergadura*: La coordinación se ha re-

velado especialmente válida y eficaz para llevar a cabo acciones que, separadamente, hubiera sido imposible realizarlas (drogadicción, SIDA, transeúntes, inmigrantes, emergencias y cooperación con el Tercer Mundo...). Cuando hay coordinación, se puede establecer mejor la *relación con las Administraciones públicas*: para llegar a una comunión de criterios en cuanto a las posibles subvenciones (ni «demonizarlas» ni «rendirse») —de hecho, son muy dispares los criterios con que actúan las diferentes instituciones eclesiales e, incluso, los diferentes niveles de una misma institución— y para adquirir la fuerza necesaria en cualquier tipo de negociación, de modo que, por nuestra parte, no se cumpla el adagio del «divide y vencerás». La «fuerza social» del conjunto de la acción caritativa y social de la Iglesia aparece disminuida en todos sus aspectos por falta de coordinación. Nos falta, incluso, coordinación para hacer una *información general* del conjunto de la acción caritativa y social eclesial. Por no ser capaces de informar conjuntamente, somos nosotros mismos los que damos lugar a que mucha gente piense que la acción de la Iglesia se reduce al interior de nuestros templos.

Todas las precauciones son pocas para no caer en una especie de *vanagloria* y para no primar la cantidad sobre la *calidad* de la acción. Atención, humildad y sencillez en este campo. Cuanto más, mejor. Pero no confundir esta actitud con «meter la candela debajo del celemín». La «gloria es para el Padre», pero muchos no la darán «si no ven vuestras buenas obras». En realidad, yo no estoy convencido de que nuestras reticencias a la información vengan siempre del deseo de que «no sepa vuestra mano izquierda lo que hace la derecha» (eso se traduce en la actitud evangélica: «siervos inútiles somos, hemos hecho cuanto teníamos que hacer»..., pero ahí

está lo que hemos hecho). Me parece que la gran dificultad es el temor de que la información equivalga a control, a necesidad de compartir lo que sobra, a tener que dar razón de lo que hacemos. Además, no deja de ser curioso que la información que cada institución da difícilmente la pone en común después con la información de otras instituciones y grupos. Parece que tememos «perdernos en el anonimato» del conjunto. ¿En qué quedamos entonces, en que nos preocupa lo de no saber la mano derecha lo que hace la izquierda? Parece que no nos preocupara tanto.

• **Apoyo al alimento y profundización de las motivaciones evangélicas.** Aparte de los carismas específicos, hay una *espiritualidad* de la pastoral caritativa y social que es común a todos los que trabajan en ella. Es la «mística» de una actividad que, de no darse, la haría desembocar en una simple «acción social», digna, pero corta desde el punto de vista cristiano. Todo el campo de «la motivación», con los medios para mantenerla, puede y debe ser coordinadamente propuesto a todas las personas, instituciones y grupos. Las Jornadas, retiros, reflexiones... habría que organizarlos para todos. La fragmentación, también en este nivel, resta hondura y da la impresión de que ni siquiera nos ponemos de acuerdo para «beber en el propio pozo».

Una motivación evangélica, que debería llevar a todos los agentes de la pastoral caritativa y social a un *amor a la pobreza*, como forma de vida modesta y sencilla, distanciada del comportamiento que lleva a acaparar y a consumir desenfrenadamente; a una *efectiva liberación del corazón*, confiadamente entregado a la providencia del Padre; a un *sincero compartir* con los hermanos, que lleve a la presencia e inmersión en la realidad de los pobres; una espiritualidad hecha *cercanía* y *con-*

vivencia; hecha «*empatía*» con la causa de los más débiles, y nutrida constantemente del *misterio pascual* del Señor; en la disponibilidad a «perderse» con la esperanza de «ganar la propia vida» en un permanente misterio de muerte y resurrección.

- ***Estímulo de una revisión continuada y abierta.*** Es preciso contrastar, cuestionar y ser cuestionados, criticar y ser criticados. La revisión supone que todos nos ponemos en actitud de cambiar aquello que no haya funcionado bien y de reforzar lo que haya logrado resultados. El criterio de la revisión no puede ser nunca sólo la eficacia. Hay dimensiones de conversión personal y social, de renovación de criterios y actitudes, de cambio de talentos y de modos... que son tan importantes como la eficacia. Los criterios para la revisión deben ser más compartidos por todos. Hay una disparidad muy grande en este campo, por lo que las revisiones particulares dan resultados tan diferentes. Llegar a unos criterios comunes de evaluación sería otro buen paso hacia una coordinación más eficaz y cordial.

VII. ¿COORDINACIÓN ESPONTÁNEA O COORDINACIÓN ORGANIZADA?

Tocamos aquí un punto importante. Para muchos la coordinación es un sentimiento, una actitud, un talante, librado a la espontaneidad de cada momento. Cualquier intento de organizarla y reglarla, piensan, podría abocar al fracaso. No se puede negar que sin actitudes interiores, cualquier tipo de coordinación no pasaría de ser un instrumento rígido e ineficaz. Pero también es verdad que, sin estar organizada, la coordinación no pasaría de ser una quimera. En «La Caridad en la vida de la

Iglesia», los Obispos piden un «organismo presidido y animado por el Obispo, especialmente responsabilizado de las tareas de animación y coordinación..., una plataforma amplia donde se puedan encontrar las instituciones dedicadas a lo social y caritativo».

La «presidencia del Obispo» indica que se piensa en la organización de una dimensión constitutiva de la pastoral de la Iglesia. Es evidente que para una asociación pública de fieles no se pediría la presidencia del Obispo. Es una perspectiva que no se puede olvidar en esta tarea de la coordinación: se trata de armonizar una dimensión constitutiva del conjunto de la pastoral de la Iglesia y no de organizar una asociación optativa de fieles. La «presidencia del Obispo» la ejerce normalmente por delegación. Por lo que, en línea de coordinación, es importante la existencia en la diócesis de la Delegación Episcopal de Acción Caritativa y Social y de un Delegado Episcopal. A mi modo de ver, este es el Organismo diocesano en quien recae la tarea de la animación y coordinación. Lo que exige:

- la existencia de un Delegado Episcopal;
- la creación de una Delegación Episcopal de amplia base; en ella deben estar integrados todas las instituciones y grupos de acción caritativa y social que trabajan en la diócesis;
- un plan de acción, que recoja los aspectos que hemos propuesto en esta reflexión acerca de las tareas de coordinación;
- en todo caso, la tarea de una Delegación Episcopal no es operativa, de modo que ella no debe tener acciones propias sobre el terreno.

La Delegación Episcopal debe ser dinámica, creativa, animadora, propositiva... Donde exista este tipo de Delegación, creo que no debe pensarse en otro organismo, y donde no exista, lo mejor es crearla y no pensar en un organismo nuevo, que al final tendrá las mismas características que la Delegación Episcopal.

Ni «La caridad en la vida de la Iglesia» ni la práctica de la acción caritativa y social obvían la relevancia que tiene Cáritas, como servicio pastoral diocesano o parroquial para la acción caritativa y social, en las tareas de animación y coordinación. De ella se dice que es «referencia y ámbito de cuantos trabajan al servicio de los pobres», y se la define como «cauce ordinario y oficial de la Iglesia particular para la acción caritativa y social, en cuanto que, presidida por el Obispo, que preside igualmente toda la caridad de la Iglesia local, ha de ser lugar de encuentro de la comunidad cristiana para un mejor servicio a los pobres» [CVI, Propuesta II, l.a) b)].

Una mirada inexperta a la presentación de los posibles organismos de coordinación no deja de producir una cierta perplejidad. Por una parte se pide la creación de un organismo de coordinación diocesano; por otra, parece que ya se tiene en la definición que se da de Cáritas. ¿Es que no ha funcionado Cáritas como organismo de animación/coordinación? ¿Es que el talante operativo de Cáritas ha primado sobre sus dimensiones de animación/coordinación? ¿Es que Cáritas ha distorsionado así su propia identidad, convirtiéndose en «agencia» y no en servicio diocesano de pastoral? Algo ha debido pasar cuando, teniendo un organismo definido como «lugar de encuentro», se pide la creación de un organismo que sea «lugar de encuentro».

La historia es la que orienta o distorsiona, la que refuerza identidades o las niega, la que favorece o entorpece los desarrollos de las instituciones. Me parece, por tanto, que no deberíamos perdernos en discusiones «reivindicativas», sino simplemente poner sobre el tapete la necesidad de una coordinación cordial y eficaz, generosa y dinámica. Con una conciencia clara: cuando hay meta, el Espíritu nos irá poniendo en la pista sobre los medios. Éstos no son rígidos, y tendremos que ir viendo en cada momento cuáles son los más adecuados para trabajar «eclesialmente», en comunión, y no cada cual por su cuenta, como si se tratara de una competición entre desiguales para ver quién puede más, cuando en esta tarea lo que importa es ver quién sirve más y mejor.

No quiero terminar sin dejar de apuntar a otra cuestión, que me parece importante: la coordinación de la pastoral caritativa y social, a mi modo de ver, debería abarcar no sólo el campo de lo caritativo, sino también el campo de lo social. La misma diferenciación, necesaria por cuestiones metodológicas, me parece ya empobrecedora. Empobrecedora, sobre todo, de lo que significa la caridad en la vida del creyente y de la Iglesia. Cuando hablamos de caritativo-social, o de acción caritativa y social..., empleamos términos que pueden llevar a la disociación, como si lo social no fuera también ejercicio de caridad. Una buena conjunción de estas dos dimensiones y, por tanto, la presencia de lo social en los organismos de coordinación, sería un buen paso para evitar en lo organizativo lo que no queremos que exista en la vida: una caridad reducida a la limosna o a la atención primaria y una acción social distanciada de la caridad como origen y exigencia.

COMUNICACIÓN

CRISTIANA DE BIENES

FLORENTINO EZCURRA

Delegado Episcopal de Cáritas
Diocesana de Pamplona

Quiero comenzar esta reflexión sobre «la comunicación cristiana de bienes» (*Identidad de Cáritas*, III, 4) con un texto de la Conferencia Episcopal Española tomado de su Documento «La caridad en la vida de la Iglesia».

«La formación y acompañamiento para la educación en la caridad, la solidaridad y la promoción de la justicia, es una exigencia de la madurez en la fe y una necesidad urgente. Sólo así las comunidades cristianas y sus miembros podrán reconocer más plenamente y asumir más conscientemente sus responsabilidades en la vida y misión de la Iglesia» (Introducción III).

A veces me pregunto: nosotros, los educadores en la fe de nuestras comunidades parroquiales, grupos de reflexión, catecumenados, colaboradores, etc., ¿les ofrecemos el mensaje de Jesús con su contenido y exigencias, o más bien les ofrecemos unos conocimientos un tanto superficiales, con escasa incidencia en la dimensión social de la fe? O, dicho más directamente, en nuestra formación ¿responsabilizamos seriamente a nuestros creyentes o simplemente los infantilizamos?

Es urgente, como dicen nuestros Obispos, educar y formar en el contenido de la caridad, en el compromiso que supone la vivencia de la solidaridad, en las exigencias personales y sociales de la justicia como camino para llegar a una madurez en la fe, a la creación de comunidades cristianas que asuman más conscientemente sus responsabilidades en la vida.

Este es sin duda alguna un objetivo prioritario de Cáritas hoy: toda una labor de educación y formación en aquellos aspectos fundamentales para la convivencia humana —caridad, justicia, solidaridad, paz, derechos humanos, pobreza, etc.— como elementos constitutivos de la vida de fe, del mensaje de Jesús.

«Cáritas debe jugar un papel relevante en este esfuerzo formativo, para lograr que la comunidad reflexione sobre las implicaciones que conlleva el ejercicio de la caridad, y situar a todos en un proceso pedagógico que acierte a combinar el conocimiento crítico de la realidad, las distintas técnicas de intervención social y el cultivo de un talante personal y comunitario entrañablemente solidario» (*Identidad de Cáritas*, pág. 50).

La comunicación cristiana de bienes es un signo de la vitalidad de la Iglesia que entra de lleno en el fondo de la justicia, de la solidaridad y, por supuesto, de la caridad. Es un tema que no puede ni debe desembocar simplemente en una mayor generosidad, en un aumento de nuestras limosnas; es un tema que debe cuestionar fuertemente nuestra conciencia y marcar unos comportamientos concretos de vida.

I. LA IGLESIA, COMUNIDAD DE FE, DE VIDA, DE AMOR

De la visión que cada uno como creyentes tengamos de la Iglesia dependerá en buena parte la idea que se tenga de la

acción caritativa y social, de la misma comunicación humana y cristiana de bienes. Creo importante una breve reflexión sobre la Iglesia de la que formamos parte como punto de partida para comprender mejor el tema que nos ocupa.

La primera Iglesia era una Iglesia viva, con la frescura del Evangelio, preocupada desde su fe y desde la celebración de la Eucaristía por los hermanos, especialmente los más débiles y necesitados.

«Eran constantes en escuchar la enseñanza de los Apóstoles, en el partir el pan y en las oraciones. Vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos según la necesidad de cada uno» (Hch 2, 42).

Desgraciadamente, a lo largo de los siglos, la teología, la doctrina, la catequesis no estuvo orientada a dinamizar y promover la comunidad eclesial como tal comunidad; lo que primaba y destacaba era el carácter de sociedad. Hasta que llegó un Papa, llamado Juan XXIII, cogió esa Iglesia en sus mismas raíces y la puso sobre la mesa del Vaticano II, abriendo una reflexión seria y serena sobre la misión de la Iglesia en el mundo a la luz del Evangelio.

Las ventanas de la Iglesia se abrieron, en frase del mismo Papa, y entró la luz en abundancia y la Iglesia se vio a sí misma como la familia de los hijos de Dios, una comunidad de fe, de vida y de amor (LG, 9). Y abiertas las ventanas, la misma Iglesia pudo asomarse y ver qué ocurría en la calle, en la vida; y vio al hombre con su dignidad y sus derechos (Cap. 1.º de la GS); vio al hombre formando sociedad, comunidad humana (Cap. 2.º de la GS); vio al hombre productor de bienes y constructor de una sociedad nueva (Cap. 3.º de la GS).

Por el Bautismo nos incorporamos a Cristo resucitado y entramos a formar parte de la comunidad creyente, una comunidad de fe, de vida, de amor. En el Bautismo está la raíz de nuestro ser comunitario; la pila bautismal es el seno materno de la Iglesia que nos engendra a la vida de los hijos de Dios. Cada celebración de la Eucaristía debe suponer un crecimiento en nuestra incorporación a Cristo y en nuestra entrega a los hermanos.

Hoy hablamos todos quizá con excesiva facilidad de una Iglesia comunidad, de una comunidad de hermanos; pero posiblemente no hemos profundizado lo suficiente en el cambio que esta concepción comunitaria de la Iglesia supone en la vida del creyente, en la acción evangelizadora de la misma Iglesia.

Sentirse comunidad significa romper el individualismo religioso que durante siglos ha marcado la vida de muchos creyentes en orden a su salvación personal, olvidando la construcción del Reino de Dios entre los hombres, que en definitiva es la misión encomendada por Jesús a su Iglesia.

Ser comunidad significa descubrir en el otro, cualquiera que éste sea, una persona con su dignidad y sus derechos; una persona imagen viva de Dios, llamada a su incorporación a la vida de los hijos de Dios.

«La Iglesia posee, gracias al Evangelio, la verdad sobre el hombre y ha fundamentado los derechos humanos en las tres dimensiones de la verdad íntegra sobre el hombre: en la dignidad del hombre en cuanto tal, en el hombre creado a imagen y semejanza de Dios y en el hombre insertado en el misterio de Cristo» (Juan Pablo II, Discurso inaugural de Puebla, I, 19).

Ser comunidad nos exige una visión de los bienes al servicio de todos los hombres, de todos los pueblos. Creer en la

paternidad de Dios, afirmar la dignidad y los derechos fundamentales de toda persona, implica el reconocimiento del destino de los bienes de la tierra al servicio del hombre para su dignificación y crecimiento como ser personal y social.

¿De qué sirve hablar de la dignidad de todo hombre, de toda mujer, qué valor tiene celebrar con solemnidad en los países desarrollados los 50 años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, mientras la quinta parte de la Humanidad —mil millones de personas— mueren de hambre, mientras estamos viendo cada día escenas como las de Sierra Leona, con cadáveres tirados por las calles y comidos por los buitres ante la indiferencia de todos?

Para que esa dignidad no se convierta en una burla, el hombre necesita para su desarrollo personal toda clase de bienes: materiales, éticos, afectivos, etc. Quien carece de unos bienes materiales, difícilmente podrá disfrutar de los otros.

Sentimos Iglesia-comunidad nos compromete a trabajar por un ordenamiento de la sociedad más justo, más humano. Si rezamos a Dios Padre, si celebramos la Eucaristía, necesariamente estaremos comprometidos en la construcción del Reino de Dios entre los hombres, trabajando por la justicia y defendiendo la dignidad y los derechos de todos, especialmente de los más débiles e indefensos. En definitiva, esa es la misión de la Iglesia.

«La comunión de bienes es expresión de la comunión eclesial y un signo de su vitalidad. En la Iglesia de Jerusalén el ejercicio de la comunión eclesial se manifestaba en el hecho de que los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían según las necesidades de cada uno. Todos estamos llamados a aliviar la

miseria de los que sufren cerca o lejos de nosotros, no sólo con lo superfluo, sino con lo necesario» (*Identidad de Cáritas*, pág. 54).

2. VISIÓN CRISTIANA DE LOS BIENES

Los creyentes necesitamos una reflexión seria para ver y descubrir la dimensión teológica y cristiana de los bienes de la tierra.

«Dios ha destinado la Tierra y todo lo que en ella se contiene para uso de todos los hombres y de todos los pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos en forma justa, según la regla de la justicia, inseparable de la caridad» (GS, 69).

La creación es un regalo de Dios para la dignificación del hombre, para su felicidad. El mundo no ha sido creado para Dios, ha sido creado para el hombre. La dimensión religiosa de los bienes radica en su relación con el hombre y su carácter religioso aparece más claro cuando sirven al hombre que incluso cuando los convertimos en ofrenda sagrada.

La Biblia nos describe la creación como algo que se va preparando con mimo y cariño, todo lo mejor y más hermoso para el hombre. «Y vio Dios que todo era bueno», repite la Biblia, como si Dios se recreara en todo lo que iba haciendo para hogar y casa del hombre. Todo lo ha puesto Dios en manos del hombre para que sirva a todos los hombres, para que todos vivamos con dignidad desarrollando nuestras posibilidades, porque todos somos imagen viva de Dios Padre.

Si los bienes sirven para el desarrollo de la vocación del hombre, están respondiendo a la voluntad de Dios, son bue-

nos; si se oponen, si hacen imposible la dignificación y la vocación del hombre, el uso de esos bienes está contra el plan de Dios y queda profanada su misión.

Esta finalidad es teológicamente esencial a los bienes. El dinero en sí es bueno cuando se hace pan para la familia, educación para los hijos, vida digna y humana para todos. Ese dinero está cumpliendo el plan de Dios; es un dinero sagrado porque hace crecer y desarrollarse al hombre como persona, como ser social.

La acumulación de dinero y más dinero está condenada en el Evangelio, es contraria al Magisterio de la Iglesia, degrada la dignidad y los derechos fundamentales de la persona humana, va contra la entraña misma de la justicia.

Hoy hay muchos millones de personas que están privadas y despojadas de los bienes que necesitan para ser, para vivir, para crear, para ser libres y felices.

Son datos hirientes: el 20 % de la población del mundo (los más ricos, nosotros) dispone del 85 % de los bienes de la tierra, mientras que el otro 20 % de las personas de la tierra (las más pobres) viven con apenas el 1,4 % de la riqueza mundial. Es la famosa copa de champán: pocos tienen mucho y muchos tienen poco. Las tres familias más ricas del mundo poseen una riqueza equivalente a los 45 países más pobres; 225 potentados poseen tanto como los 2.500 millones de personas más pobres del mundo. (Informe sobre Desarrollo humano 1998 – BIP-XII-98).

«En esta sociedad que se ha implantado tranquilamente en la injusticia, mientras una parte de la población vive en la mayor abundancia y despilfarro, los sectores más desvalidos quedan sumergidos en la indigencia y la marginación» (*IP*, 38).

Los bienes están al servicio de todos los hombres, pero esta misión querida por Dios no se cumple por falta de voluntad en el hombre. No hay razón alguna que pueda justificar las desigualdades existentes.

3. DAR A CADA UNO LO SUYO

El famoso jurisconsulto romano ULPIANO nos dejó escrito: *«Justicia es la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo»*.

Es una definición de justicia que en principio todos admiten y hacen suya, pero a la hora de la verdad resulta un tanto abstracta porque deja sin resolver el interrogante fundamental: ¿qué puede considerar cada uno como *«suyo»*?

Para muchos, lo *«suyo»* es lo que tienen bien registrado y escriturado ante Notario, lo que han retenido siempre, lo que han ganado en su vida. Eso es lo suyo, es lo mío, de mi propiedad.

Si la justicia es dar a cada uno lo suyo, el objetivo de la misma sólo se cumple cuando se da a cada ser humano la posibilidad de ser efectivamente persona, de vivir con dignidad, de ejercer sus derechos, al menos los fundamentales, porque todo esto en principio le pertenece, es suyo.

«Si la tierra está hecha para procurar a cada uno los medios de subsistencia y los instrumentos de su progreso, todo hombre tiene el derecho de encontrar en ella lo que necesita» (PP, 22).

Los hombres tenemos la misión de construir un mundo más justo, esa es la obra que Dios nos ha encomendado; así es

como llega también el Reino de Dios. El Evangelio exige ante todo amor y amar al otro significa respetar y hacer respetar su dignidad, sus derechos. Amor y justicia se unen en el pensamiento cristiano; amor y justicia exigen dar a cada uno lo suyo para que pueda realizarse como persona y vivir con dignidad.

Cuando en una sociedad hay personas que no pueden desarrollar sus derechos fundamentales, está claro que no hay en ella ni justicia ni caridad. Cuando unos tienen mucho mientras otros no tienen un pedazo de pan para comer, sencillamente la injusticia ha acumulado los bienes en unos, despojando a otros. En este caso, cuando comunicamos los bienes hacemos una obra de restitución más que de limosna.

«No le regalas al pobre una parte de lo tuyo, sino que le devuelves algo de lo que es suyo, porque lo que es común y dado para el uso de todos, te lo apropias tú solo. La tierra es de todos, no de los ricos, pero son menos los que se abstienen de disfrutar de su propiedad que los que la disfrutan. Devuelves, por tanto, una cosa debida, no concedes algo no debido» (San Ambrosio de Milán, *PL*, 14, 747).

Unos poseen mucho y otros poseen poco o nada, porque sencillamente reina la injusticia. De ahí que el amor cristiano ha de buscar los caminos para cambiar la situación de nuestra sociedad hacia una verdadera solidaridad entre los hombres.

Contemplando la legalidad, lo que la ley te ampara es tuyo, y si alguien te lo quitara puedes denunciarlo. Pero desde el Evangelio, desde el Magisterio de la Iglesia, desde el destino común de los bienes, desde el contenido mismo de la justicia, no es tan claro que lo tuyo es tan tuyo que puedas guardarlo solo para ti. «¿Lo tuyo es tuyo? ¡Piénsalo!», este fue un mensaje de Cáritas para el Día de Caridad.

No podemos olvidar que todos los hombres son fundamentalmente iguales; por eso los derechos fundamentales, los que tiene el hombre por ser persona, son en todos iguales y son anteriores y prioritarios a otros derechos que se pueden tener, no por ser personas, sino por ser tales personas. Cualquier discriminación en estos derechos fundamentales supone una injusticia. Antes son los derechos fundamentales de todos los hombres que los derechos adquiridos por algunos hombres o por grupos de hombres. Antes que todo derecho de propiedad está el destino radical de los bienes para el servicio de todos los hombres.

«Es decir, que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario. En una palabra: el derecho de propiedad no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común, según la doctrina tradicional de los Padres de la Iglesia y de los grandes teólogos» (PP, 23).

«*La propiedad privada, dice Juan Pablo II, tiene una hipoteca social*» (SRS, 42). Es decir, tiene sus límites y sus responsabilidades. Según el sentir de los mejores pensadores cristianos y del Magisterio de la Iglesia, lo que me sobra es más de los pobres que mío.

4. COMPARTIR DESDE LA RESPONSABILIDAD

En el mundo la injusticia no se produce porque sí o por culpa sólo de unos cuantos hombres malos. En la injusticia global que se da en nuestra sociedad, en el mundo, tenemos todos nuestra parte de culpabilidad y, por tanto, todos tenemos alguna responsabilidad.

Si cada uno de nosotros, al pasar por la plaza de nuestra ciudad, depositáramos una flor, la plaza se convertiría en un jardín; pero si en lugar de una flor depositamos la basura de nuestra casa, la plaza se convierte en un estercolero.

Si al pasar por la gran plaza de nuestras sociedad cada uno, según la esfera de su influencia, depositara una flor —de servicio al otro, de comprensión, de honradez, de colaboración, de ayuda sobre todo al más débil, etc.—, nuestra sociedad sería un paraíso con toda la belleza de la convivencia en fraternidad y unidad. Pero si lo que depositamos es la basura que sale de nuestro corazón —ambición, engaño, violencia, enfrentamientos, etc.—, la sociedad se convierte en un basurero de injusticia y corrupción.

Cierto que el mundo lo mueven unos pocos hombres, pero los condicionamientos sociales los creamos entre todos. Todos estamos colaborando a que el tejido social esté totalmente envenenado por el afán de dinero, de poder:

El pecado personal no queda sólo en el interior del hombre; el pecado personal cristaliza y se perpetúa también en unas estructuras sociales injustas que el Papa, con mirada de fe, llama «*estructuras de pecado*» (SRS, 36), fruto de la injusticia y del afán de ganancia y la sed de poder a cualquier precio (SRS, 37).

La pobreza en el mundo, nos dice Juan Pablo II, no es fruto de la fatalidad ni de la vagancia de las gentes (SRS, 9). La pobreza es fruto de la voluntad del hombre, que aprueba unas leyes injustas que benefician a los más poderosos y hunden en la pobreza a los más débiles y desvalidos.

«Es necesario denunciar la existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funciona de

modo casi automático, haciendo más rígida las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros» (SRS, 16).

Los primeros y más responsables de esta situación de injusticia son los poderes públicos, los gobernantes, pero la responsabilidad no acaba sólo en ellos. No puede ser una excusa para eludir nuestra propia responsabilidad ante el hecho de la pobreza. Cada vez que nuestro comportamiento no es limpio, honesto, estamos reforzando estos mecanismos sociales de pecado, estamos favoreciendo la injusticia en el mundo. Nuestro pecado, no olvidemos, siempre tiene una proyección social.

De ahí que en nuestra vida de creyentes no baste la conversión personal, necesitamos también una conversión social. Tenemos que trabajar por el cambio de esta sociedad en la que ha cristalizado nuestro pecado para hacerla más humana y más justa, más respetuosa con la dignidad y los derechos de la persona, sobre todo, de los más débiles e indefensos.

La palabra solidaridad, que hoy está en labios de todos, significa precisamente este *compartir desde la responsabilidad*. Solidaridad, una palabra tan rica por su contenido, desgraciadamente la estamos degradando al confundirla con el simple hecho de dar.

La palabra solidaridad tiene su origen en un concepto jurídico clásico, es decir, cuando varios deudores responden indistintamente —«*in sólidum*»— de una deuda contraída. Más tarde la palabra «*solidaridad*» adquirió un significado ético para designar la convicción de que cada ser humano debe sentirse responsable de todos los demás.

Juan Pablo II, en su Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, abunda en esta misma idea. La solidaridad, nos dice, exige un gesto

serio de acercamiento al otro para verlo como persona, no como un instrumento cualquiera para explotar; acercarnos para conocer sus problemas y sentirnos responsables de sus mismas necesidades y sufrimientos «hasta una determinación firme y permanente de trabajar por el bien común» (SRS, 39).

Nuestra sociedad de bienestar y nosotros que gozamos de la misma, todos tenemos contraída una deuda grave con el mundo de la pobreza. Unos vivimos bien porque otros viven mal. De ahí nuestra responsabilidad y la exigencia de buscar las soluciones oportunas.

5. COMPARTIR INCLUSO DE LO NECESARIO

Todos estamos comprometidos en esa gran empresa de construir el Reino de Dios, de trabajar por una distribución más justa de los bienes, de hacer realidad que hombres y mujeres de todo el mundo vivan con dignidad y se les permita el ejercicio de sus derechos. En definitiva, lograr el verdadero desarrollo de la Humanidad uniendo esfuerzos y colaborando unos en las iniciativas de otros.

Hemos visto ya el sentir del Magisterio de la Iglesia sobre la propiedad privada, una propiedad que tiene sus límites, que está gravada por una «hipoteca social», según Juan Pablo II.

«Los bienes de este mundo están originariamente destinados al servicio de todos. El derecho a la propiedad privada es válido y necesario, pero no anula el valor de tal principio. En efecto, sobre ella grava una hipoteca social» (SRS, 42).

No basta dar unas migajas. Tenemos obligación de aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos no sólo con lo «superfluo»,

sino también con lo «*necesario*». El mismo Juan Pablo II condensa este espíritu evangélico del compartir en estas palabras:

«Pertenece a la enseñanza y a la praxis más antigua de la Iglesia la convicción de que ella misma, sus ministros y cada uno de sus miembros, están llamados a aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos, no sólo con lo “*superfluo*”, sino con lo “*necesario*”» (SRS, 31).

Así se ha recuperado una doctrina ya antigua, según la cual socorrer a los pobres con lo superfluo es una obligación de justicia y socorrerlos con lo necesario es una obligación de caridad. Quizá este lenguaje resulte nuevo para algunos y extraño para muchos. El Magisterio de la Iglesia es claro.

La veta profética de la Encíclica se hace compromiso en esta llamada a la Iglesia para que «*se decida*» a hacer realidad en «*este tiempo de salvación*» la «*enseñanza y praxis más antigua de la Iglesia*».

«Ante los casos de necesidad no se debe dar preferencia a los adornos superfluos de los templos y a los objetos preciosos del culto divino; por el contrario, podría ser obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de ellos» (SRS, 32).

A todos nos dice el Vaticano II:

«Por tanto, el hombre, al usar los bienes, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás. Por lo demás, el derecho a poseer una parte de bienes suficiente para sí mismos y para sus familias es un derecho que a todos corresponde. Es este el sentir de los Padres

y de los doctores de la Iglesia, quienes enseñaron que los hombres está obligados a ayudar a los pobres, y por cierto no sólo con los bienes superfluos» (GS, 69).

6. COMPARTIR DESDE LA AUSTERIDAD DE VIDA

No ha mucho tiempo oí una bonita conferencia cuyo título era: «*Elogio de la sobriedad*». El conferenciante comenzó con estos tres presupuestos: esta noche, cuando llegemos a nuestros hogares, vamos a tirar por la ventana todos los cacharros y cacharritos, hasta los ceniceros que tenemos en casa, que las mesas y estanterías queden limpias; durante la semana cerramos el televisor para evitar tanto bombardeo publicitario y así poder abrir un diálogo familiar; durante un mes vamos a vivir la experiencia de no llevar dinero en el bolsillo: no puedo tomar un café, ni comprar tabaco, ni ver una película, ni comprar un regalo..., no llevo dinero... Vivir la experiencia del no tener dinero.

Esta experiencia, decía el conferenciante, nos hará comprender cuánto gastamos inútilmente y de cuántas cosas podríamos prescindir en la vida.

«Mientras muchedumbres inmensas carecen de lo estrictamente necesario, algunos, aún en los países menos desarrollados, viven en la opulencia o malgastan sin consideración. El lujo pulula junto a la miseria. Y mientras unos pocos disponen de un poder amplísimo de decisión, muchos carecen de toda iniciativa y de toda responsabilidad, viviendo con frecuencia en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana» (GS, 63).

Todos debemos trabajar para tener unos medios que nos permitan una vida digna. Esto es bueno, es cristiano. Nuestra

sociedad está envenenada por el afán de tener; de poder. Tener más y más, gastar y consumir: «*De mi dinero hago yo lo que quiero*». No es cristiano pensar así; ni es cristiana ni humana esta visión del dinero, de los bienes.

El consumo es bueno y humano; el consumismo, ese afán de gastar; de comprar lo más caro, de tener muchas cosas, es anticristiano, provoca al mundo de la pobreza, deshumaniza el corazón, es fuente de corrupción. En una ocasión una señora me quería entregar 350.000 pesetas para los pobres como compensación y tranquilidad de su conciencia por la compra de un abrigo por ese mismo precio. No es ese el espíritu del verdadero y cristiano compartir.

«Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren la miseria, cuando tantos hombres viven sumergidos en la ignorancia, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales, viviendas dignas de este nombre, todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personal, toda carrera de armamentos, se convierte en un escándalo intolerable» (PP, 53).

El que comparte, si lo hace desde un sentido de responsabilidad y solidaridad, necesariamente lo hará también desde un espíritu de austeridad en su vida personal y social.

Mi buen amigo Luis CARVAJAL distingue tres tipos de cosas que podemos emplear en nuestra vida: hay cosas que son necesarias para una vida digna; hay cosas convenientes, que a veces pueden favorecer esta dignificación de la vida; hay, por fin, cosas totalmente superfluas y de las que podemos prescindir. Está claro que todos debemos trabajar para conseguir las cosas necesarias, que nos podemos privar de algunas convenientes y, por supuesto, dejar totalmente a un lado lo superfluo.

No es fácil esta vivencia de la austeridad en la sociedad en que vivimos por la publicidad que nos abrumba, las presiones sociales, el ambiente que nos rodea; pero es algo necesario en nuestras vidas si han de ser conformes con el Evangelio. Están claros los extremos; por un lado, una vida sencilla, austera, adquirir aquello que necesitamos para una vida digna; del otro, consumir, derrochar dinero y gastarlo en cosas innecesarias, estar al último grito de la moda y de las exigencias sociales...

Entre uno y otro extremo hay un espacio para situarnos. Cuanto más sentido de fe, más sentido de responsabilidad personal ante el hecho de la pobreza, lógicamente el comportamiento en nuestra vida se acercará más al primer extremo. Cuanto menos sentido de responsabilidad y menos exigencia de nuestra fe, fácilmente iremos hacia el consumismo y trataremos de razonar nuestros comportamientos de vida. Es problema de fundamentar la vida personal en unos criterios serios, en unas convicciones profundas.

Es una opción contra corriente, que ha de nacer de una convicción personal que subordine el *tener* al *ser*.

7. COMPARTIR CON EL TERCER MUNDO

Cada día son más las instituciones, ONGs y asociaciones que se preocupan de la promoción y ayuda al Tercer Mundo. Es justo reconocer todo este movimiento como una riqueza y un signo esperanzador de nuestra sociedad.

La Iglesia, Cáritas, en virtud de su compromiso evangélico, está esencialmente llamada a vivir las angustias y sufrimientos del mundo de los pobres, sin distinción de etnia ni color.

«Junto a esta perspectiva, la universalidad del amor que propugna la Iglesia hace que Cáritas se sienta llamada a traspasar los límites de sus propios espacios para acercarse a todos los pobres de la tierra, de modo especial a los que soportan las mayores necesidades, injusticias y opresiones. Lo cual le lleva a fomentar el reforzamiento de la conciencia responsable que deben tener, trascendiéndose a sí mismas, las comunidades creyentes respecto a los pobres del Tercer Mundo; conciencia que —haciéndonos eco de lo que dicen nuestros Obispos— nos atrevemos a afirmar que necesita aún de mayor hondura y concreción para alcanzar su adecuado desarrollo» (*Identidad de Cáritas*, pág. 55).

Hoy valoramos mucho nuestras aportaciones económicas al Tercer Mundo y así mismo el importante número de voluntarios y cooperantes que van a trabajar en pueblos subdesarrollados, sin olvidar, como es natural, la labor social y evangelizadora de nuestros misioneros y misioneras, que es muy grande.

Todo esto es cierto y es justo reconocerlo. Dentro de la Iglesia y en la misma sociedad el Tercer Mundo pesa, hay una sensibilidad ante muchas situaciones de pobreza y despierta una cierta generosidad.

Sin embargo, si queremos un compartir serio con el Tercer Mundo, será necesario que nuestras aportaciones económicas y el número de voluntarios no nos dejen satisfechos ni sirvan de simple tapadera ante nuestra conciencia de la verdadera causa del hecho de la pobreza, que es la injusticia, en la que nosotros tenemos nuestra parte de responsabilidad y de la que incluso nos estamos beneficiando, y así mismo de una serie de actitudes y criterios de vida que como creyentes no podemos olvidar.

La Asamblea General de las Naciones Unidas, en sesión del día 1 de mayo de 1974, proclamó la necesidad de un nuevo orden económico internacional que velara por la relaciones comerciales entre los distintos pueblos, garantizando a las generaciones presentes y futuras un desarrollo económico y social que vaya acelerándose en la paz y en la justicia.

Nuestros Obispos, en su Documento «*La Iglesia y los pobres*», insisten igualmente en la necesidad de un Foro Económico Internacional que actúe en lo económico, como en lo político actúa la ONU, con más o menos acierto, y que garantice unos precios justos a los países más pobres por sus materias primas, etc. (IP, 66).

Hubo un tiempo, allá por los años sesenta, en que la Humanidad esperaba vencer la pobreza gracias a las posibilidades de la técnica. No ha sido así. Juan Pablo II nos abrió los ojos y puso el dedo en la llaga:

«Los principales obstáculos para vencer la pobreza ya no son técnicos, sino morales» (SRS, 85). «Tanto los individuos como los pueblos están dominados por el afán de ganancia y la sed de poder a cualquier precio» (SRS, 37).

«La pobreza es fruto de la voluntad del hombre que aprueba unas leyes injustas que benefician a los más poderosos y hunden en la pobreza a los más débiles y desvalidos» (SRS, 9). «La pobreza se debe a ciertos mecanismos de la economía y del comercio internacional, a estructuras injustas que funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros» (SRS, 16).

La causa de la pobreza está en la voluntad del hombre y en la voluntad del hombre está su solución. El desarrollo y la

victoria sobre la pobreza, según el Papa, sólo será posible si algún día llegara a darse

«...un cambio de actitudes espirituales que definen las relaciones de cada hombre consigo mismo, con el prójimo, con las comunidades humanas, incluso las más lejanas, y la Naturaleza» (SRS, 38); «...que nos permitan ver al otro —persona, pueblo o nación— no como un instrumento cualquiera para explotar a poco costo su capacidad de trabajo y resistencia física, olvidándolo cuando ya no sirve, sino como un semejante nuestro» (SRS, 39).

En definitiva, es imprescindible una conversión a la solidaridad no sólo de los individuos, sino también de las estructuras de pecado, fruto y cristalización de nuestros pecados personales.

A la luz de esta doctrina, que nos plantea la injusticia, fruto de unas leyes queridas y programadas por el hombre, como causa de la pobreza en el mundo, apuntamos algunas reflexiones sobre el comportamiento y actitudes de vida en todo hombre de buena voluntad, especialmente en todo creyente.

No es lo mismo desprendernos del 0,7% que planteamos la campaña del 99,3% preguntándonos por los recursos que tenemos, cómo los empleamos y cómo jerarquizamos nuestras necesidades.

Comprender la situación de injusticia a la que está sometido el Tercer Mundo —le sometemos— por parte de los países desarrollados: exigencia de altos intereses, obligación de importar nuestros productos industriales, explotación fácil de sus productos naturales, etc. Los países más pobres, como consecuencia de la deuda contraída, tienen que devolver a los países ricos, entre ellos España, una cantidad anual de 250.000

millones de dólares, que para algunos de ellos supone hasta el 30% de sus presupuestos nacionales. Es decir, que los países más pobres tienen que dejar de comer el poco pan que tienen para que nosotros vivamos aún mejor.

Ser conscientes de que en nuestra vida consumimos una serie de productos elaborados con materias primas compradas a países pobres a muy bajos precios. Sería más equitativo y una forma más digna de compartir que se les pagara mejor, un precio justo, a estos pueblos por sus materias primas; de esta manera ellos, con este «precio más justo», podrían construir sus escuelas, hospitales, etc. Esto supondría por nuestra parte aceptar un encarecimiento de dichos productos.

Cuando pedimos el 0,7% o la condonación de la deuda externa debemos ser coherentes y saber aceptar aquellos recortes económicos que tales operaciones han de suponer. En principio no parece coherente pedir por un lado que se aplique el 0,7% o la condonación de la deuda y, por otro, protestar cuando se da algún recorte en ciertos aspectos económicos.

Es importante que comprendamos que el marco jurídico en el que se concedieron los préstamos —que hoy constituyen la «deuda externa»— fue injusto. A los países prestatarios no les importó mucho quién pedía y para qué se pedía. Sí, en cambio, les interesó el modo cómo se concedía. Devolver esa deuda hoy supone a los países más pobres una aportación anual de 250.000 millones de dólares, que para algunos países supone el 30% de sus presupuestos. Estamos ante un gravísimo problema de justicia, ya que deben quitarse el poco pan de su boca para devolvernos a nosotros que vivimos en la abundancia.

La situación de pobreza, fruto de la injusticia de los hombres, en que vive gran parte de la Humanidad supone un pro-

blema ético que atenta a la dignidad de la persona y sus derechos fundamentales; es la negación misma de la Declaración Universal de los Derechos Humanos; pone en juego la vida de millones de seres humanos. Más de 70.000 personas mueren cada venticuatro horas por su misma pobreza, comidas por la miseria.

El Tercer Mundo nos exige compartir lo que somos y tenemos desde nuestro sentido de responsabilidad y desde nuestra fe en Dios Padre de todos. El problema de la pobreza en el mundo es el problema número uno que tiene la Humanidad. Los creyentes estamos obligados a compartir unos recursos económicos y humanos que son necesarios; a vivir unos criterios y actitudes en nuestra convivencia de cada día ante el uso de los bienes, la pobreza y sus causas; a trabajar seriamente por un ordenamiento más justo y humano de nuestra sociedad.

8. Y AHORA, ¿QUÉ?

Como miembros de una comunidad de fe, una comunidad que reza a Dios como Padre de todos los hombres, una comunidad que celebra la Eucaristía compartiendo la presencia de Jesús, su mensaje y su vida, el interrogante es comprometido: y ahora, ¿qué?

No se trata, por supuesto de destruir ni de tirar los bienes como hizo el filósofo Crates, ni de sentarnos a la puerta de la Parroquia y repartir generosamente billetes de Banco. Se trata de adquirir y vivir personalmente y como comunidad creyente un compromiso, nacido desde la fe, que poco a poco se traduzca en comportamientos concretos de vida.

«Cáritas debe movilizar la comunidad en la perspectiva de compartir fraternalmente los bienes de todo tipo y no sólo económicos. Compartir los bienes económicos será una expresión de amor; de superación del modelo actual de sociedad consumista y de apuesta por la solidaridad efectiva y tangible» (*Identidad de Cáritas*, pág. 55).

He aquí algunos caminos que nos pueden llevar a esta comunicación de bienes:

1. Crear puestos de trabajo; quien tuviera esta posibilidad, sería una buena forma de compartir ofreciendo una vida digna a sus trabajadores.
2. Compartir el trabajo; cuando uno tiene más de un sueldo o cuando marido y mujer tienen trabajo, si uno de los dos sueldos fuera suficiente para una vida digna de la familia.
3. Renunciar a las horas extraordinarias; renunciar a ellas si el salario es suficiente. (90 millones de horas en 1998; 60 millones en 1997; suprimir las horas extra en 1998 hubieran supuesto unos 35.000 puestos de trabajo).
4. Pagar limpiamente los impuestos. Adquirir conciencia de la trascendencia social que tienen los impuestos como redistribución de la renta y que de forma especial deben derivar hacia los necesitados: pensiones, centros de trabajo, servicios sociales para los más desfavorecidos, etc.
5. Exigir con palabras y gestos necesarios el 0,7 % del PIB en beneficio de los países subdesarrollados, empezando por obligarnos nosotros mismos y nuestras instituciones eclesiales.

6. Es necesaria, urgente, nuestra colaboración con el Tercer Mundo. El problema de la pobreza es estructural y exige el cambio de leyes; es necesario asumir nuestra responsabilidad en este aspecto y tomar conciencia de nuestra implicación en el sistema neoliberal que nos permite vivir bien a costa de los que padecen la injusticia del mismo sistema.
7. Espíritu de austeridad en la vida personal, familiar y social; en celebraciones tanto religiosas como civiles, pero no por espíritu de ahorro sino de compartir.
8. Honradez plena en nuestra vida, en nuestra relación con los demás, evitando siempre el fraude y la corrupción.
9. Compartir el tiempo, el esfuerzo personal y la capacidad profesional, poniendo generosamente una parte de nuestra vida al servicio de los más necesitados.
10. Cáritas es el cauce oficial de la Iglesia que canaliza nuestras aportaciones y nuestro deseo de colaborar en beneficio de las familias y de los grupos humanos más necesitados. Es la acción de toda la comunidad creyente, de la Iglesia, una acción coordinada e inmediata. Sólo así podemos ser eficaces y llegar a los más necesitados.

«Las Cáritas Diocesanas han de ser cauce de comunión de bienes de toda índole entre las comunidades parroquiales y han de apoyar, con los recursos que llegan a tener a su disposición, las obras y servicios que ellas crean o los que otras instituciones eclesiales de acción caritativo-social fomenten, todo ello con el debido discernimiento. Así mismo, cada una de las Cáritas Diocesanas y la Confederación de Cáritas en-

cuentran en el Fondo Diocesano y en el Interdiocesano algunos de los cauces de solidaridad y colaboración, dentro de la Diócesis y entre todas las Diócesis de la Iglesia española, como una gran familia que comparte tanto sus necesidades como sus posibilidades» (*Identidad de Cáritas*, pág. 55).

No podemos convertir todas las espadas en arados ni todas las lanzas en podaderas, pero sí podemos empezar a mirar la realidad de nuestra sociedad con los ojos de Dios, juzgarla con criterios evangélicos y tratar de vivir poniendo lo que somos y tenemos, bienes y valores, al servicio de los demás.

Así nuestra Iglesia recuperará la frescura evangélica de las primeras comunidades creyentes y su testimonio de vida será el mejor signo de identidad como Iglesia de Jesús.

Cáritas nos invita a trabajar en la construcción del Reino de Dios, un Reino de justicia y fraternidad y, como fruto prometido por el Dios de la Biblia, un Reino de paz.

LA ESPIRITUALIDAD Y CÁRITAS

MARÍA LUISA CASTILLO CHAMORRO
Directora de Cáritas Diocesana de Almería

INTRODUCCIÓN

Después de reflexionar profundamente para poder poner en claro lo que realmente es la mística de Cáritas en su ser y en su hacer, me ha parecido que la aportación que yo puedo hacer es traer a estas páginas otras reflexiones que puedan iluminar el capítulo 5 de la III parte del Documento de Identidad. Todo lo leído y lo comentado lo he ido pasando por el colador de mi propia experiencia en este tiempo, para mí de gracia, que se me ha permitido estar junto a muchos más en Cáritas.

Mi entrada en el servicio en torno a los pobres ha sido sin lugar a dudas el motor y la fuente de una profunda revolución interior; que por supuesto ha dado lugar a la renovación de mi vida en el Espíritu.

Soy testigo de que junto a los que sufren y los pobres, los pequeños y los débiles, nos acompaña el mismo Jesucristo resucitado, que sin duda nos precede en ésta su también Galilea.

No soy ni teóloga ni técnica, pero sí testigo de lo que de sobreabundancia, humanidad y encuentro con el Crucificado,

y por tanto con el Resucitado, me han dado en este tiempo mi proximidad al mundo del sufrimiento, en clave de pérdidas y en clave de carencias.

No creo que valgan de nada las conclusiones a las que he llegado si no tienen un poco de autorrevelación. Soy química, laica, educadora (o lo pretendo ser), voluntaria (aunque no me gusta el término así expresado). Y aún me estoy preguntando por qué se me permite a mí hacer un comentario a algo tan sugerente como es el Documento de Identidad. Tal vez me lo he ganado, por expresar diariamente mis propias dificultades de unificación entre la acción y lo que interiormente he ido viendo que el Señor me iba suscitando en esto de poner como centro de la misión el servir el Evangelio a los que más dificultades y heridas tienen.

Presentadas las disculpas por los errores, las imprecisiones, los despistes y la osadía de escribir en esta revista y sobre este tema, creo que ha llegado el momento de comenzar como en un viaje a despedazar lo que de escondido y de misterioso tiene la mística de Cáritas cuando es, que es lo mismo que la mística de Cáritas cuando hace.

El esquema que voy a utilizar es el mismo que en mi propio proceso de reflexión he ido siguiendo para aclarar mis ideas y para desmenuzar lo que aquí y ahora pueden ser retos o desafíos que nuestro hacer siendo y nuestro ser haciendo nos presentan diariamente.

I. VIDA ESPIRITUAL

Hombres espirituales, desde el punto de vista cristiano, son aquellos que están llenos del Espíritu de Cristo y lo están

de una manera viva y constatable, puesto que la fuerza y vida de ese Espíritu invade toda su persona y toda su acción.

La espiritualidad cristiana es algo tan nuevo, tan inesperado, tan vigoroso y tan transformador que lleva a afirmar que Dios hoy se está haciendo presente de una forma singular entre los hombres.

Esto no es posible sin la presencia del Espíritu, que es el Espíritu de Jesucristo, que nos lleva al Espíritu de Dios. Pero el Espíritu no es percibido sino desde una espiritualidad viva, desde lo que es su presencia en el corazón de los hombres, en la comunidad cristiana, en la marcha de la Historia.

Son por tanto hombres espirituales los que llenos del Espíritu alcanzan su ímpetu creador y renovador; su superación del pecado y de la muerte, su fuerza de resurrección y de vida; los que alcanzan la plenitud y la libertad de los hijos de Dios, los que inspiran e iluminan a los demás y les hacen vivir más plena y libremente. Pero todo esto, conforme al Espíritu de Jesús, porque la espiritualidad cristiana es esencialmente la espiritualidad de Jesús crucificado por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación.

La espiritualidad es obra de Dios, es el resultado del amor de Dios al mundo, que ha culminado de forma anticipada en la Resurrección de Jesús. La plenitud de la vida espiritual nos conduce a la vida total, incluso más allá de la misma muerte. El hombre espiritual es el que vive bajo el dominio del Espíritu su vida en la Historia. No deja de ser un ser humano, relacionado con el mundo que le rodea y con los demás, pero está ANIMADO por el Espíritu.

Luego podemos concluir diciendo que la espiritualidad cristiana es el dominio del Espíritu, como leemos en la carta a

los romanos, «el régimen del Espíritu de vida nos ha liberado del pecado y de la muerte» (Rom 8, 2), es caminar según el Espíritu o una forma concreta de vivir según el Espíritu.

Visto de alguna manera lo que es espiritualidad y lo que es el hombre según el Espíritu, profundicemos en la espiritualidad que nos lleva al seguimiento de Jesús. Para ello comento algunos de los escritos de Julio LOIS (1).

La Espiritualidad del seguimiento de Jesús

El Espíritu derramado en nuestros corazones (Rom 5, 5) es el que nos da el querer y el poder caminar tras las huellas de Jesús y también es él el que nos va conduciendo pedagógicamente en la historia hacia la madurez, recordándonos lo expuesto por Jesús (cf. Jn 14, 26), «interpretando lo que vaya viniendo» (Jn 16, 13). El Espíritu está presente en la historia y va suscitando siempre nuevas respuestas.

La llamada de Jesús a seguirle nos invita a morar con él (cf. Mc 3, 14), a permanecer a su lado (cf. Lc 22, 28), a comulgar con su estilo propio de vida, itinerante, desinstalado (Mc 6, 8 ss), a seguir en todo momento su ejemplo (cf. Jn 13, 15). El seguimiento de Jesús supone una íntima comunión con él, es decir, tener los mismos sentimientos (cf. Flp 2, 5), ser santos como él lo fue (cf. I Pe 1, 15-16), proceder como él procedió (cf. I Jn 2, 6) siguiendo en todo momento sus huellas (cf. I Pe 21-22). Pero supone igualmente asumir su causa y proseguir su tarea, es decir, anunciar y hacer presente el reinado de

(1) LOIS, Julio: «Espiritualidad del seguimiento», en *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Trotta, Madrid, 1993, págs. 420-431.

Dios como buena noticia de salvación liberadora. Para ello demanda entrega y disponibilidad totales en orden a poder participar en su mismo destino, asumiendo la persecución y la cruz (cf. Mc 8, 32; Mt 10, 16-18, 21-25, 38-39).

El seguimiento de Jesús nos lleva a intentar vivir como vivió él, haciendo nuestras sus actitudes de vida y prosiguiendo su causa. Para nosotros ésta sería la dimensión cristológica del seguimiento. Pero supone al mismo tiempo vivir las mismas actitudes y continuar la misma causa siendo sensibles a los «signos de los tiempos», sabiendo captar las necesidades de cada momento histórico y respondiendo a sus desafíos más urgentes. Ésta sería la dimensión pneumatológica del seguimiento.

Nos centramos ahora en ellas, rescatando su novedad y recordando (metiendo en el corazón lo que de llamamiento novedoso hoy nos trae).

I. *La espiritualidad es seguir a Cristo. Nos centramos en la dimensión cristológica de la espiritualidad de los SEGUIDORES*

a) Todos nosotros estamos llamados a tener como experiencia manantial, fuente de nuestro seguimiento: Nuestro encuentro con el Dios de Jesucristo. Sin este encuentro con Dios tal como lo experimentó Jesús difícilmente podemos ser sus seguidores.

El Dios de Jesucristo es Dios-Padre y Dios del Reino.

Jesús experimenta a Dios como Padre cercano y entrañable (*Abba*), como el amor misericordioso y radical, como la bondad absoluta y el perdón que no encuentra su límite.

También lo experimento como el Dios del Reino, es decir, como la Buena Noticia de salvación para los seres humanos, como la salud para los enfermos, como la vista para los ciegos, la libertad para los oprimidos, la bienaventuranza para los pobres y como la vida para los muertos.

Y permitió en todo momento a Dios ser Dios en su vida, ser misterio inabarcable e inmanipulable, cuyos caminos no siempre se pueden comprender.

b) El contenido básico, nuclear, para el seguimiento es la entrega que libera para servir a los demás.

Jesús vivió totalmente entregado a los pobres, los destinatarios primeros del Reino.

c) El estilo de su hacer estuvo marcado por el de las bienaventuranzas, es decir, por la pobreza real de espíritu, la limpieza de corazón, las entrañas de misericordia, la capacidad de comprensión y de perdón, la búsqueda de la paz, incluso en el seno de la conflictividad real.

Estuvo conducido por las entrañas de misericordia a estar siempre con los que estaban abajo, con los perdidos y con los pródigos, los pecadores y las prostitutas, los enfermos y los desesperados, los pobres y los marginados, capaz inclusive de comprender y perdonar a los enemigos.

d) Y siempre con una esperanza: que el amor del Padre tiene la última palabra frente a las penúltimas palabras de fracaso y de desesperación, de angustia y de miedo.

Él entrelazó las palabras esperanza, fe, confianza. Tenía una esperanza, incluso en las situaciones en las que no había nada que esperar. Esto le llevó a entregar, en total confianza, su vida en la experiencia de abandono. Esta esperanza motivó y fun-

damentó su fidelidad y le permitió que se mantuviese firme al servicio del Reino, en confrontación continua con el misterio del mal.

e) Como consecuencia obtuvo la incompreensión, la conflictividad y el rechazo hacia los márgenes, incluso la persecución y la cruz.

La espiritualidad del seguimiento cristocéntrico nos invita a:

— Renovar la experiencia de Dios-Padre y Dios del Reino, que se hace próximo a los pequeños y a los alejados.

— Entregar la vida para el servicio a los destinatarios del Reino.

— Centrar nuestro estilo de vida en el estilo de las bienaventuranzas.

— Vivir en la esperanza de que el Señor tiene la última palabra ante el dolor y el sufrimiento.

— Aceptar que no es más el siervo que el Señor; por lo que las consecuencias de este modo de vida tendrán las señales de la cruz.

2. *La espiritualidad es seguirlo a impulsos de su Espíritu, respondiendo a los signos de los tiempos. Nos centramos ahora en la dimensión pneumatológica*

El Espíritu responde o nos hace responder a las demandas del momento histórico, o a los énfasis que el Espíritu reclama para el talante de vida del seguidor de Jesús, si quiere responder al momento histórico en que vive.

a) En este momento histórico cada vez más dolorosamente marcado en su nivel económico por el abismo Norte-Sur, el seguimiento debe poner su acento en la lucha por la justicia. Es necesario destacar la dimensión política del amor cristiano, vinculando el servicio del Reino con esa lucha por la justicia.

Para ello es necesario estar ante la verdad, hacernos cargo de la realidad, cargar con ella y encargarnos de su transformación.

La verdad de lo real no la posee el que vive en la mentira y en la injusticia, el que se instala en la riqueza y en la seguridad, el que camina en las tinieblas y huye continuamente de la luz. Por eso será necesario estar muy atentos a nuestras actitudes de vida, a nuestra limpieza de corazón, para poder ver con los ojos con los que Dios ve la realidad del mundo y de la historia en que vivimos.

b) También en este momento, en que parece que están cerradas las puertas a los cambios, a las utopías, es necesario recuperar la dimensión realmente utópica de la esperanza, capaz de generar la mística de búsqueda y la fidelidad perseverante. Sabemos que esta esperanza estará confrontada con la dureza de lo real, es decir, que estará crucificada, y estará al mismo tiempo gozosa, abierta a la posibilidad de lo nuevo, ya que brota de la convicción de que se participa desde ahora de la victoria en la Resurrección, aunque se continúe esperando su plenitud final.

c) Y esta espiritualidad ha de conciliar en este momento la contemplación y la acción liberadora, la vida y la celebración, la gratuidad y la eficacia, en un momento en el que todo se vive como dualidad, ruptura y falta de integración. Es el modo de testimoniar la unidad de vida en el Espíritu.

La espiritualidad, siguiendo sus huellas en este momento histórico, nos lleva a:

- Renovar la necesidad de la lucha por la justicia en un mundo tremendamente marcado por los intereses economicistas.
- Recuperar la dimensión de la esperanza.
- Vivir en ausencia de dicotomías, anunciando la unidad del espíritu.

II. VIVIR EL SEGUIMIENTO DE JESUCRISTO Y DE SU ESPÍRITU AL LADO DE LOS POBRES, DE LOS QUE SUFREN

Los cristianos nos vamos apoyando diariamente en lo que podemos llamar los dos pies de la espiritualidad, el seguimiento y la referencia clara en torno a Jesús, y el otro pie, que es su seguimiento hoy, en el Jesús encarnado nuevamente en la historia de cada día, visto sólo a impulsos de su Espíritu.

A nosotros nos ha llevado el Espíritu a encontrarnos con Él hoy en la marginación, pobreza, exclusión, en torno al mundo de los que sufren, los débiles, los pobres.

Nuestro modo propio de vivir la espiritualidad estará marcada por la integración de la relación personal con Jesús, asimilando su Espíritu, siendo continuamente guiados por él y la relación con los marginados conducidos y haciendo nuestras sus alegrías y sus penas, sus situaciones y sus vidas.

Esta integración no puede quedar en integración intelectual, sino integración vital, al estilo de Jesús, porque «allí donde está tu tesoro, allí está tu corazón».

Tampoco podemos olvidar que toda la integración se va realizando en comunidad, aunque luego la vamos haciendo de modo personal y concreto.

II.1. ¿Para qué se nos lleva a nosotros al mundo de los pobres?

Para expresar de un modo concreto la salvación revelada en Jesucristo y hacer explícito en ellos el amor de Dios, que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.

En definitiva, nuestra presencia en el mundo del dolor sólo quiere hacer patente los tres misterios que la Iglesia guarda como tesoros y que se hacen evidentes para los pequeños y para los sencillos.

a) Dios es amor, amor que se expresa de forma comunitaria, amor del que nadie queda excluido, amor que integra y que da la vida siempre, que se presenta con mil oportunidades, que busca lo pequeño y lo perdido. Es amor trinitario, comunitario, que permite a todos integrarnos en él.

El hombre no está llamado a vivir en soledad, el hombre nació para ser amado y para amar. Nosotros, en nuestra acción socio-caritativa, expresamos tímidamente el rostro de esta comunidad de amor. Somos testigos y testificamos que somos amados de este modo y como voceros anunciamos este amor a todos los hombres en todas las circunstancias.

En conclusión: el Espíritu nos envía a ser testigos del misterio de la Trinidad, misterio revelado en Jesucristo.

b) Pero es amor que se entrega de una forma única y peculiar, haciéndose igual al que lo recibe, abajándose hasta el lugar del «amado», lo hace encarnándose, y eso sólo lo consigue el Espíritu, que comenzó su obra en María y que hoy la continúa en nosotros, mostrando así este modo especial de expresión de amor; que permite al que ama hacerse semejante al amado, y para ello despojarse y salir de lo que es e ir al encuentro del otro.

El Espíritu hoy también nos impulsa a mostrar hoy el misterio de la Encarnación, como testigos de que hemos sido amados tal y como entendemos el amor; desde lo que somos, desde el reconocimiento de la cercanía y presencia real de este amor:

c) Pero en este descendimiento amoroso, la bajada hacia los lugares en los que el hombre se encuentra no encuentra su límite, la bajada llega hasta los lugares de la muerte, los lugares en donde el silencio y la soledad han logrado aniquilar la propia imagen de hombre amado; lugares donde apenas permanecen rasgos de humanidad porque se encuentra destrozada, y lugares donde difícilmente es anunciado el triunfo del amor sobre las situaciones que carecen de sentido o donde la muerte y el mal parece que tienen la última palabra.

También hoy el Espíritu nos lleva a testimoniar el misterio Pascual. Porque también hemos experimentado el descenso del Señor a nuestro propio silencio, a nuestras propias muertes, a nuestros márgenes, a nuestras basuras, a nuestras zonas muertas, y ahí hemos experimentado que el mal no tiene la última palabra sobre nosotros porque la tiene el amor; su Amor.

II.2. ¿Con qué espiritualidad ha de vivir Cáritas?

Analizando cómo vivir a la vez estos dos pies de la espiritualidad, he ido descubriendo que el Espíritu va suscitando en su Iglesia muchos y variados modos, algunos son carismas que se han concedido a la Iglesia para el bien de toda la comunidad y otros han ido apareciendo para dar respuesta puntual en situaciones de la historia.

Al pensar en cómo tendría que ser la espiritualidad de Cáritas he ido viendo que si Cáritas es el órgano de coordinación de la Iglesia en su referencia al mundo de la marginación y la pobreza, no puede tener un modo único y propio en su espiritualidad, ya que si lo tuviese sería un carisma más o un grupo o asociación más, junto a los otros carismas o espiritualidades.

Cáritas tendría que tener la capacidad de albergar y potenciar todos los carismas que se dan en la Iglesia y todos los signos que el Espíritu marca en el mundo y en la sociedad respecto al mundo de los empobrecidos, de forma que todos encontraran en ella su casa y fuese para todos lugar de encuentro, de discernimiento comunitario y de impulso para la misión.

Recordemos el texto evangélico de Marcos (4, 30-32 y par.). Se trata de una semilla, la más pequeña, que se hace un árbol tan grande que todas las aves pueden cobijarse en él. Pues bien, ese árbol, para dar consistencia a sus ramas, tendrá un tronco común sólido y fuerte y unas raíces que lo hagan posible.

Revisando lo que de tronco común puede tener la espiritualidad de la acción sociocaritativa he elegido tres dimensiones, que creo podrían ser características de la misma. Para ello he revisado cuatro carismas de la Iglesia: el de San Francisco de Asís, el de San Ignacio de Loyola, el de San Vicente de Paúl

y el de San Camilo Lelis. Si el estudio hubiese sido más extenso tal vez las concreciones hubiesen sido otras. Todo esto lo he entretejido con mi experiencia de estos años.

Las dimensiones, que a mi juicio podrían ser en este momento histórico, tronco común para todas las espiritualidades, en las que se ejerce la acción sociocaritativa, serían:

- La calidad y modo de encontrarnos con los que sufren.
- El modo de compartir.
- La unidad o integridad de vida que testimoniamos.

II.2.1. ***La calidad y el modo de encontrarnos con los que sufren a causa de sus pérdidas o de sus carencias***

La Iglesia es *Sacramento* universal de salvación (LG, 48), su estar en el mundo extiende a todos la Salvación que el Padre nos ha concedido en Jesucristo, el Señor, por su Espíritu.

Nosotros vivimos este Sacramento a través de los sacramentos, llevando a ellos nuestros conflictos y nuestras esperanzas.

Todos los sacramentos nos invitan a vivir en el mundo cotidiano, lo que hemos celebrado con todos aquellos que como nosotros necesitan de salvación. De esta forma la Iglesia se convierte en Sacramento universal de salvación, pero eso pasa por la mediación de que repitamos en los otros lo que hemos vivido de forma personalizada y comunitaria, haciendo presente el contenido de los sacramentos en nuestros encuentros diarios.

I. Hacer *liturgia de la vida* en nuestros encuentros con los hermanos. No es sencillo, estamos ante el reto de un

aprendizaje lento en el que está implicada nuestra persona en su globalidad. Para avanzar por este camino es imprescindible, dice Salvador PELLICER (2):

— Revestirse de los mismos sentimientos de Cristo, al cual se le conmueven las entrañas ante el dolor y sufrimiento de su pueblo. Sentir como Cristo nos posibilita el crecimiento de sus mismas actitudes.

— Reproducir los mismos gestos de Cristo; los gestos del Buen Samaritano: ponte en camino, acércate al pobre, observa qué ocurre, apéate de la cabalgadura, inclínate ante tu hermano, aporta tu bálsamo, despréndete de tus denarios, implica a otros.

— Alimentar las actitudes fundamentales en el encuentro personal e intransferible, con la oración y la contemplación; el encuentro contrastado en la escucha y reflexión comunitaria donde se purifican la fe y la vivencia cotidiana.

— Educar la propia humanidad, es decir, que el cuerpo obedezca a lo que el corazón ha experimentado: nuestros ojos, nuestro semblante, nuestro porte sea misericordia, nuestra manera de presentarnos sea misericordia, nuestra manera de acoger sea misericordia, puesto que el ministro y reflejo de nuestra misericordia es nuestro cuerpo.

a) Todo esto parece que necesita de nosotros que recuperemos la *corporeidad del encuentro* y prestar al mundo de nuestros sentidos y sentimientos una mayor atención, porque el encuentro es con el mismo Señor; que se va a hacer presente en el mundo de los pobres, los pequeños, los perdidos, los que sufren.

(2) PELLICER, Salvador M. L.: «Espiritualidad del documento “La Iglesia y los pobres”», CORINTIOS XIII, núm. 72, pág. 324.

Cuando Juan dice: Lo que nuestras manos tocaron del Verbo de la Vida , lo que nuestros ojos vieron y lo que nuestros oídos escucharon (I Jn 1, 1), está haciendo a nuestra sensibilidad protagonista del encuentro con el Señor.

El samaritano aparece con todos los sentidos despiertos: al pasar junto al herido «lo vio y se conmovió», y eso quiere decir que su mirada estaba conectada con su interioridad; después, se acercó: son sus pies los que lo aproximan; son sus manos las que curan; es su palabra la que se compromete con el posadero; es toda su corporeidad la que se pone al servicio del prójimo. Y por eso Jesús le aconseja al escriba: «Vete y haz tú lo mismo», es decir, sé una persona despierta, conecta tu corazón con tu sensibilidad, trata de ser alguien capaz de convertir lo que sientes en un compromiso de vida en favor de los que están en las cunetas de los caminos.

Encontrarnos con ellos es un testimonio de que la Iglesia es sacramento universal de salvación, pero para ello hemos de hacer de nuestros encuentros lugar de sanación y de salvación, que comuniquen la gracia y la posibilidad de una vida nueva que nos supera y nos sobreabunda.

b) Lo más importante de todo es el encuentro con la persona que tenemos al lado, eso importa más que cualquier cosa, es una presencia total para la relación. Esta capacidad de relación se basa también en la *capacidad de descubrimiento de la dignidad del otro*, donde se encuentre y en la situación en la que se encuentre.

CHESTERTON (3) dice de San Francisco de Asís: «para él un hombre sigue siendo siempre un hombre y no desaparece ni

(3) CHESTERTON: *San Francisco de Asís*, Buenos Aires, 1995, pág. 132.

en la multitud ni en el desierto, respetaba a todos los hombres».

Lo que le confería aquel poder extraordinario era que desde el Papa hasta el mendigo, desde el Sultán de Siria hasta los ladrones harapientos, le interesaban. Trataba a la multitud de los hombres como a una multitud de reyes.

Cada persona era tomada en serio y no sumado como una pieza de algún plan social o de la lista de algún documento eclesiástico.

2. El mundo de la pobreza, lugar sociológico y teológico donde nos movemos, es un lugar privilegiado de la presencia de Dios. Desde el momento en el que *Cristo se identifica* primordialmente con todos los que se hallan en ese mundo, el pobre, por el hecho de ser pobre, es presencia de Cristo.

La revelación se produce en cada uno de ellos, que son signo y emblema de la condición humana, de la precariedad, de la necesidad que el ser humano tiene de ser liberado, y a su vez, símbolo de la injusticia del hombre, del pecado, que se hace más patente, y también de la importancia que tiene el vivir acertada o equivocadamente el proyecto de vida.

No estaría mal recordar que los pobres no son bienaventurados para Jesús porque su condición de pobres les haga mejores que los demás o porque tengan más méritos, sino porque son hijos del Padre, donde el rostro de «imagen de Dios» está desfigurado con situaciones casi irreversibles. Y Dios toma partido por ellos para que recuperen la imagen de persona que están llamados a ser. Es más, Jesús, como decimos en el credo, desciende a los infiernos para salir-sacarlos de allí.

Aparecen ante nosotros dos nuevas claves del encuentro: descubrir en ellos la presencia de Cristo, que es descubrirla con su rostro desfigurado y descender hasta el infierno, hasta lo más hondo e íntimo de la persona, donde se halla el mayor de los silencios y la extrema soledad.

a) Si nos paramos a analizar el término «*desfigurado*» sin duda nos evoca el cuarto canto del Siervo de Yahveh (Is 52, 13-53, 12), donde él no presentaba figura humana, era el despreciado, el desecho de los hombres, el varón de dolores, ante el cual se ocultaba, se volvía el rostro. Cristo aparece sin figura, ha perdido su propia imagen, su figura, para asumir la imagen y el rostro de los desfigurados. Es asombroso, de nuevo resplandece el misterio del amor entrañable de Dios, que asume la condición en la que se encuentre su «amado».

Esta realidad de acercarnos diariamente a los que no presentan rostro agradable, amable y reconocer en ellos la imagen del Hijo es también la obra que hace el Espíritu en los que ejercen la acción sociocaritativa, porque lo natural es volver ante ellos nuestro rostro. Por eso más de una vez exclamamos con el salmo 13 (12): «¿Hasta cuándo, Señor, me ocultarás tu rostro?». Más adelante analizaremos que otra de las claves de «verlo» en los desfigurados está en la limpieza de corazón.

b) Pero también hemos visto que estamos convocados a los lugares del dolor y de la muerte, *a los infiernos*, lugar de muerte y también de resurrección.

Contemplemos un texto de los padres griegos (4), que la liturgia conserva para la oración del Sábado Santo. Cristo baja

(4) PG 43, 439, 451, 462-463.

al abismo para buscar a nuestro primer padre, como si éste fuera la oveja perdida. El texto nos marca las claves de por qué encontramos en el último lugar y para qué hacerlo.

«...El Señor descendió a los abismos y experimentó el silencio y la soledad. Visita a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte. Va a liberar de sus prisiones y de sus dolores, lleva junto a él el arma vencedora de la cruz. “Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz”. Yo soy tu dios, que por ti me he hecho tu hijo.

Tengo el poder de anunciar a los que están encadenados: “salid”; y a los que se encuentran en tinieblas: “Iluminaos”, y a los que duermen: “levantaos”. Levántate, salgamos de aquí.

Por ti me he revestido de tu condición servil, por ti yo he bajado al abismo. Por ti me he hecho hombre, semejante a un inválido que tiene su cama entre los muertos.

Tú fuiste expulsado del huerto, he sido entregado en el huerto y en el huerto he sido crucificado, he recibido salivazos en mi cara para devolverte tu primer aliento de vida. He recibido los golpes en mis mejillas para reforzar de acuerdo con mi imagen, tu imagen deformada. Los azotes de mi espalda para aliviarte el peso de tus pecados que habían sido cargados sobre tu espalda. Los clavos me han sujetado al madero.

He dormido en la cruz, en el Paraíso dormiste tú y diste de tu costado origen a Eva. Mi costado ha curado el dolor del tuyo, mi sueño te saca de tu sueño del abismo. Mi lanza elimina aquella espada que te amenazaba en el Paraíso. Salgamos de aquí, el enemigo te sacó del Paraíso, yo te coloco en el trono celeste.

Te prohibí que comieras del árbol de la vida, que no era sino la imagen del verdadero árbol, yo soy el árbol, yo soy la

vida que estoy unido a ti. Coloqué un querubín que fielmente te vigilara; ahora te concedo el querubín reconociendo tu dignidad, para que te sirva. El trono de los querubines está a punto, los portadores atentos y preparados, el tálamo construido, los alimentos prestos.»

El texto habla por sí solo. Entrar en el misterio del dolor, de las pérdidas o de las carencias, del secuestro de las capacidades, nos abre a la vez a su misteriosa presencia. Lo importante es ver a los desfigurados con los ojos con los que Dios los ve y bajar a los últimos lugares para recomponer lo roto desde una nueva dimensión, que sin duda tiene un componente de sentido y de valores en los que se repiten los verbos: levantar, despertar, iluminar, integrar, servir.

3. Este encuentro con los de rostro desfigurado nos hace reaccionar. Hasta ahora hemos comentado que los encuentros pueden ser expresión de salvación, pero hemos de poner atención a nuestra corporeidad y al descubrimiento de la dignidad del otro. Con quien nos encontramos en los pobres es con Cristo, con el rostro muchas veces desfigurado. El lugar del encuentro puede llegar a ser el silencio. Esto en nosotros provoca una cadena de dificultades, pero a la vez el Espíritu despliega en nosotros sus dones.

a) Una de las causas que impiden nuestro encuentro en el lugar de los pobres es *el miedo* que tenemos a la bajada a dicha oscuridad. Este descenso nos va poniendo delante nuestras heridas, nuestra pobreza y nuestra propia pequeñez, por eso la bajada nos provoca inseguridad y vértigo, porque al descender también descendemos a nuestro propio *sheol*. No hay otro remedio que bajar desde el reconocimiento de nuestra vulnerabilidad y de nuestra desnudez, es decir, en humildad.

Reflexionemos algo más sobre esto:

Nosotros estamos sometidos estructuralmente al miedo porque la amenaza de la muerte pesa siempre sobre nosotros. El miedo altera la percepción, acentúa el sentimiento de desproporción entre lo que existe de verdad y lo que uno percibe, induce a reacciones como la de huir, petrificarse, gritar, enmudecer. Para la Biblia cada vez que hay un encuentro con alguien lo primero que aparece es «no tengáis miedo», «no temas». Es un miedo que nos sitúa en el umbral del vértigo. Por eso la acción del Espíritu es alejar el miedo: no hemos recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos hace gritar ¡Abba, Padre! (Rom 8, 14).

Si recordamos el pasaje de Gedeón (Jc 7, 9-10), cuando él expone su miedo se le dice: «si tienes miedo, baja con tu escudero». La orden no es si tienes miedo no bajas, sino baja con la frágil compañía de un escudero al lugar que te provoca miedo. En ese lugar escucha una palabra que le produce el ánimo y eso despierta en él adoración.

La obra del Espíritu es acompañarnos a los lugares que nos provocan miedo, sembrando en nosotros la confianza de que el Señor nos precede en ellos, Él ya está antes de que nosotros lleguemos.

b) Pero superado el miedo y efectuado el descenso, hay momentos en que repetimos con Pedro: «¿Dónde queda la promesa de su venida? Porque desde que murieron los padres, todo sigue como al principio de la Creación (2 Pe, 3, 4).

Lo que también ocurre es que nos damos cuenta de que acompañar en este lugar no siempre provoca en nosotros la alegría pascual, porque sólo pocas veces podemos alegrarnos

con la victoria de las esclavitudes, y eso nos lleva a la sensación de *fracaso*, hasta llegamos rápidamente a acostumbrarnos a él. Experimentamos junto a los pobres nuestros propios fracasos y nuestras propias muertes, cuando no salen de su postración.

El fracaso no es fácil de llevar cuando ahí se juega la vida de ellos y la nuestra. En cualquier caso, el fracaso nos libra de la pretensión de que el resultado de la evangelización sea el éxito, el reconocimiento. Al vivir con los perdedores, y al echar nuestra suerte con ellos, no terminamos de tener una presencia integrada, «un lugar», un reconocimiento social.

Cuando experimentamos la ausencia de Dios, la lejanía, el retraso, el ocultamiento, la noche, necesitamos *resistir*, la noche no es un domicilio, es sólo una circunstancia. Víctor FRANKL reflexiona en su libro más famoso, *El hombre en búsqueda de sentido*, cómo le fue posible aguantar en los campos de concentración sin ser destruido. Y señala los recursos espirituales que le ayudaron en esa situación: la interioridad, el amor, la belleza y el humor.

Dice así: «Un pensamiento me petrificó: por primera vez en mi vida comprendí la meta última y más alta a la que puede aspirar el hombre. Fue entonces cuando aprehendí el significado de los secretos que la poesía, el pensamiento y el credo humanos intentan comunicar: la salvación del hombre está en el amor y a través del amor».

También el Espíritu con la experiencia del amor nos impulsa a resistir en los lugares del silencio y de la muerte enseñándonos a perder, y a aprender a perdersos.

c) Todo esto me recuerda que llegado el momento de consumir la Pascua, Jesús intensifico su *oración* para poder en-

trar en la voluntad del Padre. Si estamos llamados a esta experiencia de vida en la muerte, esta experiencia pascual, donde las señales de fraternidad, de sentido, de miedo vencido tendrán que darse, será también necesario que nosotros intensifiquemos nuestra oración.

Podríamos concluir diciendo que para hacer de nuestros encuentros lugares de salvación y sanación sería necesario:

— Poner más atención a la corporeidad de los mismos, a la integración de nuestros sentidos y nuestros sentimientos en nuestras acciones, para mostrar con nuestro cuerpo la misericordia.

— Pedirle al Espíritu la capacidad de reconocer el rostro del Resucitado en los desfigurados.

— Pedir la confianza para, frente al miedo, bajar a los lugares en donde estamos convocados, haciendo la paz con los sentimientos de pobreza e inutilidad que el descenso provoca en nosotros.

— Suplicar la experiencia del amor, de ser amados, para poder resistir y aprender junto a ellos a perder.

II.2.2. *El modo de compartir*

La segunda característica del tronco común de la espiritualidad creo que es el modo, la forma a la que el Espíritu nos hace tender cuando compartimos, porque modos de compartir hay muchos, pero el Espíritu Santo hace que tendamos al modo más integrador, al estilo más incluyente, al más moldeable, al más acogedor.

1. Si miramos la propia evolución de cada uno de nosotros en las motivaciones que nos hicieron acercarnos al mundo de los pobres y vamos haciendo memoria de ellas, tal vez nos identifiquemos con las que analiza Manu ARRUE en sus cursos de espiritualidad:

— En un primer momento las motivaciones pueden tener que ver con hacer algo o con un impulso vago de estar con otros o dar un tiempo.

— En el segundo momento, como solemos provenir de otro mundo más estable, de relaciones más normalizadas, comenzamos a considerar desde la fe este mundo como tierra sagrada, ante la cual, como Moisés en el Éxodo, es preciso descalzarnos para pasar a ver «la zarza que arde y no se consume».

Pero al salir de la propia tierra y entrar en otra desconocida, de la que no tenemos referencias, interpretamos aquellas realidades con los criterios que tenemos. Y es frecuente que vivamos sin integrar la fe y la vida. En la medida en que esto se hace posible nos intentamos ir situando.

— En el tercer momento, al adquirir experiencia, tomamos distancia de nuestros modos de procedencia y comenzamos a tomar partido por los de ellos.

— Posteriormente comenzamos a ponernos en su lugar y al pasar esto por la oración afianzamos nuestras motivaciones.

— Pero si logramos estar al otro lado de la barrera, del lado de los perdedores, eso configura realmente nuestro estilo.

2. Cáritas no puede ser tan sólo una institución que canaliza el compartir de la comunidad, sino que anima, coordina y da las pautas para que ese modo concreto en el que com-

partimos con los pequeños y débiles sea la expresión de la comunicación de toda clase de bienes y por tanto lámpara que se encienda para todos en momentos de oscuridad, sal que mantenga viva la presencia del Espíritu, fermento que haga a la masa esponjosa, comestible, agradable.

Al hablar de compartir, siento que todos entendemos con el mismo vocablo más de mil modos y significaciones diferentes.

Si observamos desde lejos los modos y formas en los que en la Naturaleza se comparte de manera natural, podemos observar que según el modo de hacerlo se obtienen propiedades tan diferentes que hacen que clasifiquemos todas las sustancias por lo que llamamos *sus enlaces o los modos en los que se combinan o relacionan*.

Compartir, pero ¿de qué modo? Observemos la Naturaleza:

a) La relación entre los que son diferentes. Hay elementos en ella que comparten porque unos tienen mucho, pero no suficiente para ellos, y otros tienen poco, totalmente insuficiente para ellos. Son lo que llamamos los compuestos iónicos, como la sal común o el carbonato cálcico.

Entre los que tienen y los que no tienen se provoca una transferencia, que hace a unos positivos y a los otros negativos; su relación está basada en sus enormes diferencias, unos atraen a los otros y provocan una relación que da firmeza a los compuestos y dureza a los mismos. Unos elementos y los otros se ordenan en una relación perfecta, que cristaliza. Desde fuera podemos apreciar sus propiedades: no aceptan la inclusión de un elemento diferente sin romperse, no conducen ni dejan pasar por ellos el calor, la corriente eléctrica. Pero cualquier circunstancia hace al compuesto terriblemente frá-

gil, son relaciones, que a veces hasta la presencia del agua las destruye.

Me recuerdan las relaciones que establecemos entre los que tienen y los que no tienen, relaciones duras, pero frágiles a la vez. El compartir así da dureza, pero tiene fragilidad; se produce entre los que no tienen y los que tienen más de lo que necesitan tener.

No creo que éste sea el modo ideal para nosotros, en nuestra forma de compartir:

b) Existen otros elementos que tienen, pero que no tienen todo lo que necesitan; la única manera de conseguir su estabilidad es compartiendo lo que tienen con los que son como ellos. Son mayoritarios en la Naturaleza, y los más estables. Son los compuestos covalentes: el agua, el butano, el amoníaco...

¿Cómo lo hacen? Hay diferentes teorías:

— Comparten los electrones, es decir, lo que tienen, lo ponen en común y por eso consiguen la estabilidad.

— Poco a poco la ciencia comprende que compartir no es cosa de poner en común cosas que necesitan los átomos, el paso siguiente es ver que lo que se pone en común son los espacios, lo que se es, esto se hace mediante una interpenetración de lo que llamamos los orbitales, las zonas donde se encuentran los electrones o sus energías.

— Pero compartir, en las teorías más avanzadas, tampoco es poner en común lo que se es, sino que es más, es un proceso de transformación de los espacios propios en nuevos espacios comunes, en los que todo se hace más sencillo, menos

energético, más fácil. Como ocurre en el modo de compartir de un matrimonio: dejan de ser lo que eran para ser algo novedoso, «una sola cosa».

— Luego es más que compartir cosas y compartir espacios, es la creación de nuevos espacios donde los que comparten tienen todo lo necesario.

— Las propiedades que estos compuestos tienen son su ligereza, su estabilidad, pero son, por lo general, agregados pequeños, se llaman moléculas. En ellas sólo participan los que tienen algo que aportar. No forman estructuras.

c) Y ¿cómo comparten los que tienen poco o los que no tienen nada?

Todos tienen un lugar en la estructura, pero no tienen un orden rígido, porque, al no poseer, se han hecho iguales. Cualquier elemento que no tenga, puede integrarse en la red, con la condición de que aporte lo que tenga. Lo que han puesto en común forma una especie de nube que les envuelve y les da unas propiedades: su brillo, su capacidad de conducir la corriente, el calor; su posibilidad de ser maleables y dúctiles, se adaptan a las formas y tienen gran resistencia a fraccionarse. Son los metales.

Sin duda que todos los modos son válidos, y además son necesarios. Pero, ¿cuál es el modelo desde el que Cáritas podría o tendría que plantearse el compartir?

No creo que sea el iónico, que presenta la solidez de lo estructural; dar a los que no tienen mantiene una cierta estabilidad, pero con rigidez, con una extremada dureza y en el fondo con una relación frágil. Mantener las diferencias no puede ser el modelo.

Tampoco (aunque mucho nos aporta) es el modelo el modo de compartir de los que tienen con los que también tienen, pero necesitan más. No es sólo compartir las cosas, sino los espacios vitales, lo que se es, pero aún más allá de todo, es un proceso de abandono de lo que se es para crear un espacio nuevo común en el que se comparte una nueva vida; es un vivir juntos y esto lo hace todo diferente. Tampoco creo que sea éste el modelo.

El que me convence es el modelo de los metales, el metálico, el de los que no tienen. Compartirlo todo da la mayor estabilidad al compuesto, da el brillo, la adaptación, y permite la inclusión de los elementos que no siendo iguales, pueden tener algo en común. La experiencia dice que cada vez que esto se produce, las propiedades varían y hacen al compuesto capaz de saltar los límites que le establecía su propia energía. No tenemos que ir muy lejos, son las ventajas de los semiconductores, que hoy han hecho posible la revolución de la informática, de la electrónica. Y se consigue por la inclusión en los metales de elementos diferentes dentro de la red.

3. Los agentes de Cáritas tendrán en cada momento que ir escrutando ante los signos de los tiempos cuál es el modo concreto que a cada comunidad se le presenta como modelo para compartir. Si actuamos desde los pequeños no habrá otro modelo que ir aprendiendo del modo de compartir de los pequeños e ir mostrando en la sociedad en la que vivimos las ventajas y las propiedades que reporta este modo único de compartir.

a) El Espíritu provoca *la ruptura de los límites establecidos*, por lo que es posible ir poco a poco cambiando la manera en la que nos relacionamos con los más débiles para pasar de

«sacarlos de» a «salir con». El fuego que él comunica altera, provoca cambios, transforma, empuja a una ruptura de los límites.

En la escena de Pentecostés, en el Cantar de los cantares, en los signos de Jesús, aparece siempre el desbordamiento, el derroche y la desproporción, el vino es mucho más del que les hace falta, sobran doce cestos de panes y de peces. Estos mismos rasgos aparecerán después en la comunidad cristiana.

El Espíritu a su paso nos impulsa a desbordarnos, a estar más allá de lo que la lógica, la prudencia (considerada como lo hace el mundo) nos aconseja, a estar sin los cálculos y medidas del mundo, a desbordarnos y sobreabundar como el amor colmado y derramado, superando los miedos, abandonando las diferencias.

Por eso pienso que el Espíritu hace avanzar pasando del dar entre los diferentes a compartir como los que no tienen nada.

b) Es propio del espíritu *tender puentes*, entablar relaciones, vincular. El Espíritu es comunión y creador de comunión, creador de relaciones y de enlaces.

La samaritana fue creadora de encuentros, tejedora de relaciones. «Venid y ved», gracias a su propio testimonio otros llegaron a creer; sus palabras fueron inductoras de relación, de comunión. Fue una mujer que recibió la invitación universal a la inclusión y se convirtió ella misma en generadora de un proyecto inclusivo.

Nuestro modo concreto de compartir también nos da la capacidad de generar y tender los puentes para que ellos y nosotros construyamos un nuevo modo de relación que testimonie la proximidad del Reino.

Sólo el modo de compartir a «lo metálico» potencia la inclusión de los que son diferentes, aportando su presencia ventajosa al conjunto.

c) Pero ¿es eficaz este modelo de compartir? Recordando lo que dice Carlos DÍAZ en su obra *Para ser persona* (Mou-nier, 1993): Gratuito es aquello que nace del amor sin excepciones, incluido el amor al enemigo. El amor gratuito es abundante dona y per-dona, concede abundantes oportunidades de recuperación a lo que estaba perdido o desechado, concede inagotable crédito. Es superior a lo moral que a su vez supera la justicia.

Lo gratuito perdona y este perdonar pide confiar, confianza que pide esperanza. La esperanza mira hacia adelante porque no es la mera espera, introduciendo una nueva vivencia del tiempo.

El tiempo corto de la espera mira la eficacia, el tiempo largo de la esperanza mira la presencia y el acontecimiento testimonial, sin despreciar el éxito, pero sin buscarlo.

El don de la gratuidad nos posibilita no sólo dar gracias sino también poner a dialogar la eficacia histórica con la gratuidad del amor. Si recordamos el texto de la Magdalena (Mc 14), se establece en él la lógica de los perfumes frente a la lógica de los denarios.

Si lo miramos tan sólo desde los denarios, mucho de lo que hacemos aparecerá como desperdicio y mucho de lo que en el mundo de la eficacia no presente resultados rápidos aparecerá como inútil.

El Espíritu nos posibilita conciliar la gratuidad con la eficiencia de los métodos que utilizamos, o de los modos, con los

que nos acercamos al mundo sagrado de la pobreza y marginación, porque sabemos que la eficacia de los medios ya no radica en nosotros y que los cambios en el corazón del hombre no están en nuestras manos, sino que son fruto del Hacedor y de la libertad de cada hombre, y que la oferta de cambio se hará tantas veces como posibilidades tenga el hombre de acogerla.

Podríamos concluir diciendo que:

— Nuestro modo de compartir reflejará las propiedades que pretendamos obtener en nuestra relación.

— Si queremos ser adaptables, incluyentes, conductores, amoldables, tener cada uno un lugar, pero poner todo lo vital en común, tendremos que optar por compartir todo lo que tenemos con otros que, como nosotros, nada tienen.

— Seguro que el Espíritu rompe los límites y nos lleva a ello.

— De este modo la «red» se hará cada vez mayor, porque los incluidos se harán a la vez razón de inclusión.

— Y todo lo podemos conciliar con la eficacia, porque este modo rebosa de gratuidad, aunque no siempre de eficiencia.

II.2.3. *La unidad o integridad de vida que testimoniamos*

Vivir la vida espiritual significa vivir la vida como una realidad unificada. Las fuerzas de las tinieblas son fuerzas que separan, dividen y enfrentan. Las fuerzas de la luz unen. Literalmente, la palabra «diabólico» significa «el que divide». El demonio divide. El Espíritu une. La vida espiritual tiende a

eliminar las innumerables divisiones que saturan nuestra vida diaria y son causa de destrucción y de violencia.

I. A la hora de vivir lo cotidiano, nos aparece la primera manifestación de *nuestras fragmentaciones*.

a) Nos encontramos con que la mayoría de las veces somos un *puzzle* de piezas que nos fragmentan más que nos unifican. Este mosaico fragmentado sólo desde la lejanía o desde la interiorización consigue la unidad. La vida se entreteje de un pluralismo en las relaciones, un fragmento en los espacios que ocupamos, todos ellos teñidos de transitoriedad, ya que normalmente en ninguno pasamos mucho tiempo, vamos perdiendo con todo ello la humanidad y la estabilidad.

b) Otra fragmentación que padecemos es la del *tiempo*, que se prolonga sin dejarnos la posibilidad de descubrir su importancia y la conveniencia de mantener los ritmos (el reloj, inventado por el hombre para servir de ayuda, puede convertirse en una amenaza). Por si fuera poco lo que supone vivir al ritmo de este siglo, nos inventamos la contrarreloj, que consiste en vivir más aprisa de lo que el tiempo nos marca. Es una forma de combatir y de exteriorizar que queremos en el mismo tiempo vivir más.

Vale la pena que recordemos la *Tertio Millenio Adveniente*: «Entrar en la plenitud de los tiempos es alcanzar el término del tiempo, salir de su finitud y encontrar su plenitud en la eternidad de Dios» (núm. 9).

¡Qué necesidad tenemos de aprender a vivir no a pesar del tiempo sino a través de ese ritmo cotidiano!

Nosotros sufrimos la fragmentación causada por el tiempo y el ritmo que le queremos imponer en nuestra actividad y

necesitamos esa unificación que nos haga testigos de que el tiempo es eterno.

c) Otra de nuestras fragmentaciones puede llegar a estar en vivir acogiendo y acompañando a los pobres y *que nuestra forma diaria esté marcada por la sociedad en la que vivimos* y sus valores, que sin duda son los generadores de la pobreza. Si no hemos dejado que nuestro encuentro con ellos, vaya cambiando nuestra propia vida, tendremos esta dualidad, con esta doble vida que nos fragmentará aún más, y que produce a la larga muchos cansancios e insatisfacciones. No podemos sólo acompañar a los que sufren, es necesario alterar el sufrimiento, como las plantas en las grietas van horadando la roca y logrando su fragmentación. Alterar el sufrimiento o las raíces de la pobreza implica un nuevo estilo de vida que sea modelo de inclusión, sólo esto, esta coherencia, va dando la unidad a nuestra propia vida.

Y para enfrentarnos a las estructuras el Espíritu nos da la posibilidad de *libertad* y en la Escritura leemos: «donde está el Espíritu del Señor está la libertad» (2 Cor 3, 17).

Nada más libre que el fuego, ni tan incontrolable como el viento cuando sopla. Pero esta libertad no la tenemos para nosotros sino que la poseemos para los demás.

Esta dimensión de la libertad de los hijos, de la familia de Dios, tiene manifestaciones de audacia y de provocación que se salen de las normas habituales y crean desconcierto. Son las que hacen posible luchar contra las estructuras injustas en la vida cotidiana.

2. Como vemos, las divisiones son tanto interiores como exteriores.

Divisiones también entre nuestras más íntimas emociones, y divisiones entre los grupos más normales de nuestra sociedad. La división entre la alegría y la tristeza dentro de mí, o la división entre las razas, las religiones y culturas a mi alrededor; todas ellas se alimentan de las fuerzas diabólicas de la oscuridad. El espíritu de Dios, el que nos llama los amados, es el Espíritu que nos une y nos hace un todo. No hay una manera más clara de conocer la presencia del Espíritu de Dios que identificar los momentos de unificación, curación, restauración y reconciliación. Donde trabaja el Espíritu, se desvanecen las divisiones y se manifiesta la unidad interior y exterior.

Cuando la totalidad de nuestras vidas diarias es vivida desde arriba, es decir, como una vida de amado enviada al mundo, entonces a quienes nos encontremos y lo que nos suceda se convierten en una oportunidad única para optar por una vida que no puede ser vencida por la muerte. De este modo los dos, el gozo y el sufrimiento, se convierten en parte del camino de nuestra plenitud espiritual. Esto implica acogerse a la soledad del interior para permanecer allí, con una mirada sencilla hacia el Dios escondido.

a) El don que el Espíritu otorga para que esto sea posible es la *interioridad*, que recoge a la persona en lo íntimo de su ser; ya Israel ponía la atención en la importancia de la sabiduría humana, representada por ese núcleo de la persona que es el corazón.

Para alcanzarla es necesario replegarse sobre sí mismo para dejar un espacio libre en el interior; es la imagen que evoca el espacio que crea en su interior una mujer embarazada para que pueda nacer una criatura viva, que no es ella mis-

ma, se trata de un proceso materno de gestación y alumbramiento. Es crear un hueco interior donde depositar lo que desde fuera estamos viviendo y devolverlo al mundo exterior convertido en nueva vida. Pero este engendrar la vida en nuestro interior no depende de nosotros, pero sí el preparar un espacio interior.

La interioridad implica ir y venir del corazón a la vida y de la vida al corazón, esto unifica lo de fuera y lo de dentro.

b) Esta interioridad también la podemos identificar con el *descanso en Dios*, es un sentimiento de íntima seguridad, de liberación de todo lo que la acción entrafña de doloroso, de obligación y de responsabilidad.

Al abandonarnos a este sentimiento nos invade una vida nueva que, poco a poco, comienza a colmarnos, y sin ninguna presión por parte de nuestra voluntad, nos impulsa hacia nuevas realizaciones.

La única suposición necesaria para este renacimiento espiritual parece ser que es esta capacidad pasiva de recepción a la voluntad de Dios, de descansar en el Señor.

El hacer nos llena muchas veces de una actividad que entrafña el dolor debido a la responsabilidad, a la obligación, eso va consumiendo todas nuestras fuerzas, el paso del Espíritu nos va llenando de una fuerza que viene de otro lugar y que nos colma de paz y a la vez de posibilidades en el hacer.

Este tronco fuerte y capaz de distribuir la savia a través de él tiene que acogerla para distribuirla desde sus raíces, que para nosotros serían los mínimos comunes en los que se basan la espiritualidad de todos los carismas y servicios en la acción socio-caritativa.

III. RAÍCES COMUNES DE LAS QUE BROTA CON FUERZA EL ESPÍRITU DEL SEGUIMIENTO EN SUS PREFERIDOS: LOS QUE SUFREN, LOS PEQUEÑOS, LOS DÉBILES

Considero que son cuatro las raíces de este tronco común, por ellas fluye la savia que hace posible que la acción socio-caritativa sea una acción evangelizadora, llena de Buena noticia para los pobres y para los que la portan:

- La escucha y la respuesta, el diálogo con Dios.
- La pobreza evangélica.
- La minoridad.
- La referencia comunitaria.

III.1. La escucha y la respuesta, el diálogo con Dios

Por ser hijo de Dios y discípulo de Cristo, el cristiano no puede dejar de ser un hombre de oración, aunque lo que nos identifique a nosotros como miembros de Cáritas sea el modo cómo hacemos vida lo que oramos.

Nos basta recordar que en el bautismo, el rito del «effeta» en el que se hace la señal de la cruz en el oído y en la boca, tiene el significado de una iniciación. Tiene el significado de una iniciación, nos posibilita el diálogo total: escuchar la Palabra de Dios, revelada en la Escritura y en la historia, y abrir los labios en la alabanza y en la oración.

«El ábrete» que se nos da para escuchar la Escritura se nos da también para escuchar a los hermanos y para escuchar cómo Dios nos habla en la propia historia.

La espiritualidad es vivir y entrar en el proyecto de la historia de salvación, la macrohistoria de salvación y la microhistoria de salvación, que es nuestra historia concreta. Para ello es necesario un continuo y auténtico diálogo de salvación.

La experiencia mística va llegando a que no separemos nuestro ser de nuestro hacer cotidiano, porque no se es como Cristo si no se vive como Cristo, y no se vive como Cristo si no se es Cristo.

En esto consiste la oración: escuchar la Palabra y escuchar la vida, estableciendo un diálogo con Dios.

Escuchar es mucho más que oír; es prestar atención para oír lo que Dios nos dice en su Palabra y lo que hoy también nos dice en su Palabra hoy encarnada en los pequeños, en los que sufren y en los débiles.

A veces nos olvidamos de nuestra propia vida cuando vamos a la oración, y esto es irreal, incluso no cristiano. Es cierto que es un riesgo que se sobreponga al diálogo con Dios; pero también es un riesgo no sumergir en Dios lo que es nuestra propia historia, que tiene necesidad de iluminación y de salvación.

Aquello que no oramos corre el riesgo de no quedar afectado por la salvación, al no quedar asumido en el diálogo con Dios; la Palabra de Dios no lo ilumina, no lo transforma en oración de alabanza, de intercesión o de ofrenda. Sea cual fuere nuestra historia es susceptible de ser historia de salvación, desde el momento en que se abre, en actitud humilde al diálogo con Dios.

La vida tiene que ser orada porque necesita ser salvada, es necesario establecer un puente entre la oración y la vida.

La exigencia de vivir la palabra orada y la oración realizada tiene su razón de ser en la identidad entre el Dios de la oración y el Dios de la vida cotidiana.

Si nouviésemos la vida para realizar concretamente la palabra orada y los compromisos de la oración, nos quedaríamos con una oración de buenas palabras e intenciones. La duración de la jornada nos permite completar nuestra oración, convertida en vida; decir a Dios, no ya con palabras sino con actos, la verdad de nuestra amistad. Nos permite traducir en historia concreta la oración de amistad y discernir la voluntad de Dios acerca de nuestra existencia.

La oración es, a menudo, un ejercicio de disponibilidad, un abandono a la voluntad de Dios, sea la que fuere, una sensibilización para descubrir a Dios en los hermanos y en los acontecimientos; el Dios de la oración hace a sus amigos sensibles a sus modos de obrar; a las sorpresas con las que se presenta ordinariamente en la vida, de improviso, en un sufrimiento o en una alegría, en una contradicción o en una prueba.

Por eso es necesario que no se rompa el hilo de la continuidad que enlaza en una única historia de salvación la *palabra* que revela dicha historia, la *oración* en la que se asimila y celebra y la *vida* que la realiza y la prolonga.

A Cáritas le corresponde establecer los puentes de este hilo conductor, palabra-oración-vida, para que la acción estuviese enmarcada en la historia de salvación.

III.2. La pobreza evangélica

Jesús, el Verbo de Dios, que «se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo y haciéndose obediente hasta la

muerte y muerte de cruz» (Fil 2, 7), es el fundamento y el modelo de nuestra pobreza evangélica. Nosotros, en el seguimiento de Jesús, optamos por la pobreza: una pobreza por el Reino, libre y alegre, que no es fin en sí misma, sino que nos hace disponibles para Dios y para los hermanos. En definitiva, consiste en no retener nada para nosotros mismos, actualizando así la kénosis, hasta la experiencia de la cruz.

El descubrimiento de nuestra propia pobreza nos ayuda a reconocer que todo el bien que hay en nosotros o que se realiza a través de nosotros es un don de Dios, esto nos da la capacidad de alabar a Dios, por los dones recibidos y por la victoria en Jesucristo sobre todas nuestras muertes, aceptando diariamente nuestra pequeñez, nuestras flaquezas, nuestra cruz de cada día.

Esta pobreza a la que el seguimiento de Jesús nos invita es, a la vez, interior y sociológica.

a) Ser pobre es ir conociendo y aceptando con gozo las propias limitaciones y las de los demás; no apropiarnos ni de nuestra voluntad ni de los dones que Dios nos ha dado, ni de los cargos o servicios que nos han encomendado; es entregarnos enteramente a la obediencia de su voluntad estando disponibles y viviendo como peregrinos y forasteros, no reteniendo para nosotros bien alguno, sino entregando todo al Señor Dios, a quien le pertenece todo.

b) A la vez, esta pobreza se ha de manifestar visiblemente con nuestra vida económica, tanto en lo que poseemos como en el modo de utilizar aquello que tenemos, tratando de que cada día necesitemos menos cosas y las necesitemos menos. Esto irá mucho más allá de la mera austeridad frente al consumo, expresará de forma significativa que nuestro tesoro

ro está donde está nuestro corazón, hará en nosotros que vivamos la bienaventuranza de los que tienen limpio el corazón de cosas y nos dará la capacidad de reconocer a Dios en nuestros hermanos, por muy desfigurados que tengan sus rostros o por muy rota que esté en ellos su humanidad.

Y todo ello para ser de verdad libres frente a todos y frente a todo: usos, costumbres, tradiciones, modas...

Esta pobreza es la actitud de acercamiento que brota al descender, al aproximarnos al que se encuentra tendido en la cuneta. Es una actitud que nos asemeja al Señor; que hace en nosotros posible nuestro propio vaciamiento y que sólo el Espíritu es capaz de provocar.

En Cáritas tendríamos más de una vez que plantearnos la necesidad de reconocer nuestras propias debilidades; presentar una mayor disponibilidad a dejar servicios y acciones, cuando el Espíritu no reclama su prioridad; expresar con autoridad que lo que hacemos es obra del Señor y no obra nuestra.

Revisar los medios que utilizamos para ver si son medios pobres que nos acercan a los pobres.

III.3. La minoridad

Dirá Carlos DE FOUCAULD en su carta a Mme. GUÉRIN (enero de 1908): «Los medios de que se sirvió Jesús en el pesebre, en Nazaret, en la cruz, son: la pobreza, la humillación, el abajamiento, la persecución, el sufrimiento, la cruz. Estas son nuestras armas, las de aquél que desea continuar en nosotros su vida».

El ideal evangélico de la pobreza comporta también una elección de minoridad. Ser menores es una manifestación de

auténtica pobreza interior que se expresa también exteriormente; es humildad de corazón y ausencia de poder, porque estamos llamados a vivir en una actitud de servicio, desde los últimos, animando a una espiritualidad que nos lleve al abajamiento y a despojarnos de todo poder.

Por otra parte tampoco es el fin, pero nos ayudan a realizar y vivir el «carisma más grande» (cf. I Cor 12, 31), la caridad.

Esta actitud de servicio nos lleva: a excluir de entre nosotros todo poder material o espiritual, toda dominación, toda voluntad de poder, presentándonos ante los hombres como pequeños, como servidores a quien nadie teme, porque tratamos de servir; no de dominar e imponernos, ni siquiera para fines espirituales, conduciéndonos de tal manera, que nadie se sienta distanciado de nosotros, sobre todo los que de ordinario se encuentran más desprovistos de cuidados.

Esta ausencia de poder, que muestra nuestra vulnerabilidad, nos hace capaces de dejarnos ayudar por los demás, incluso pidiendo la ayuda, no creyéndonos imprescindibles ni insustituibles.

Esta actitud de minoridad la vive Cáritas cuando cada uno de sus miembros la hace posible y creíble, pero también debería vivirla *como institución*. Sabemos que la tendencia normal de las instituciones es a engrandecerse, a absolutizarse, defenderse, atender a los problemas con más organización, a burocratizarse, a hacerse imprescindibles, a acotar su competencia y a disculparse por lo que cree que no es su competencia. Es todo un reto para Cáritas en este momento de su historia: hacer posible su necesidad de organización y a la vez mostrar su minoridad. Creo que sería necesario para ello mantener en

todo una organización sencilla y sobria, fácilmente accesible a los hermanos y a todos los hombres y mujeres del mundo.

Este modo de ser y de vivir, sin poder y del todo indefensos, no es una modalidad o una condición para la evangelización, sino que es ya en sí misma evangelización. Nuestra historia nos anima a retomar y actualizar esta forma inmediata de presencia evangélica en medio de la gente de cualquier clase, con una particular predilección por la gente sencilla y pobre.

En consecuencia, parece que el Espíritu se empeña en que seamos testigos de la Encarnación y de la Pascua, y que actuemos con modelos de evangelización menos vinculados a la fuerza y a la seguridad, que brotan de la cantidad y de la riqueza de los medios. Además quiere que nos hagamos más disponibles a dejarnos enseñar por los sencillos y a poner nuestra confianza sólo en Dios.

III.4. La referencia comunitaria: la fraternidad

La Iglesia es la gran familia de los hijos de Dios. Cuando oramos podemos llamarlo Padre, no como esclavos sumidos en el temor, sino como hijos llamados al amor. La carta a los romanos afirma: «los que son llevados por el Espíritu éstos son los hijos de Dios» (Rom 8, 9).

Esta fraternidad humana no tiene un fundamento que nazca de la propia naturaleza, sino que se fundamenta en tener a Dios por Padre. No es fruto de nuestros esfuerzos o de nuestra buena voluntad, es un regalo de Dios.

La comunidad es el espacio humano en el que el hombre se ve libre de su soledad y de su aislamiento, el espacio en el

que presta y recibe ayuda. Seguir a Jesucristo es vivir en una comunidad de seguidores el proyecto evangélico, el proyecto del seguimiento a Jesucristo, y esto es lo que provoca la alegría en el Espíritu.

Es importante recordar que Jesús mismo decidió vivir en comunidad con doce personas procedentes de distintos grupos sociales, que hicieron comunidad de bienes. Éste es el modo cómo comenzó a crearse un tejido social comunitario desde la experiencia de Dios como Padre. En esta comunidad se vivió una serie de novedades en cuanto a la convivencia, estilo y prácticas de vida que se llevaban en su tiempo y desde ella se propuso:

— Una nueva comprensión de lo familiar; extendiendo la noción de prójimo más allá de los términos familiares.

— Una nueva comprensión de lo económico, viviendo con una bolsa común.

— Un nuevo planteamiento de la Ley, resituándola en relación con el primer mandamiento y reinterpretándola.

Pero sobre todo Jesús superó en sus comidas las clasificaciones sociales. Él inaugura los tiempos nuevos, el tiempo de la boda, el tiempo del esposo. Come con los marginados, lo que significa que considera de los suyos a los que invita, haciendo con ellos una mesa común, una comunidad de vida.

Lo significativo de la acción socio-caritativa es construir comunidad incluyente, no basta con liberar; ya que la llamada es a construir fraternidad.

No podemos por ello olvidar que Cáritas no es un servicio, sino un estilo de vida que construye una nueva fraterni-

dad. Para ello será necesario potenciar las comunidades como alternativa de vida y germen de semillas del Reino.

La construcción de esta comunidad se nos encarga como misión y con ella el Espíritu nos da su dinamismo. Este *dinamismo* se nos entrega sin mapas de carreteras, sin caminos prefijados y sin normas ascéticas preestablecidas. Nos deja a los impulsos de la presencia del rostro de los más débiles y ellos van configurando en nosotros las respuestas. Como tantas veces he oído decir a Ramón ECHARREN: «El amor hace caminos en el desierto, el amor es creativo».

El camino lo vamos haciendo de noche, y recordamos que lo único que es necesario es ir allanándolo para que el pie que está herido pueda caminar por él, para que lo tortuoso se vaya convirtiendo en llano y todos a una podamos caminar en esta comunidad donde lo que resplandece es cómo Dios nos ama.

De todas las raíces, la construcción de fraternidad es la que más nos puede ayudar a confrontar si el ser de Cáritas se expresa realmente en su hacer. No se nos envía a incluir en una estructura a los que están fuera de ella, ni siquiera a insertarlos. Esta fraternidad es la expresión de la familia de Dios, de la dependencia entre los hermanos. Responde al sueño que Dios tiene para los hombres. Su construcción necesita el diálogo permanente con Dios Padre y exige de nosotros la petición del Espíritu para despojarnos del poder, del tener y de nuestra voluntad y dejar en sus manos nuestro hacer.

El Espíritu nos anima, día a día, a construir comunidad de amor junto a los pobres.

IV. UN POSIBLE REFERENTE

Me atrevo a proponer, para terminar, una pequeña evaluación de nuestra espiritualidad, de nuestro seguimiento al Espíritu, en contraposición con los seguidores de la Ley y de la norma, que aún no han gustado el poder del amor de Dios; seguro que esta consideración final, después de leído todo, nos puede dejar por lo menos algo en lo que pensar a cada uno de nosotros y a Cáritas, como acción socio-caritativa de la comunidad en cuanto tal.

Partimos del presupuesto que todos somos hombres/mujeres buenos. ¿Cómo pasar de «ser bueno» a ser alguien que se deja conducir por el Espíritu de Dios?

IV.1. En la relación con Dios

El hombre de Espíritu, más que cumplir, se preocupa de SER FIEL a Dios, a alguien vivo (no a la ley). Vive en humildad, no considerándose mejor que los otros. Acepta que otro conduzca su vida, no él mismo.

El hombre de Espíritu tiene una pregunta inicial antes de pasar a la reflexión: «Señor, ¿qué quieres que haga?» No busca lo mejor, sino agradar a Dios, aunque no sea lo mejor, ya que lo primero es la obediencia al Espíritu y la oración precede a la reflexión.

El hombre de Espíritu no sólo se arrepiente de sus pecados, sino que vuelve a Dios. Su actitud es: «Tú, Señor, lo sabes todo». Y vuelve incondicionalmente a Dios sin avergonzarse.

Las señales, pues, de ser hombre del Espíritu son:

— Dedicar mucho tiempo a conocer el pensamiento de Dios, no tanto a la reflexión sobre sí mismo, o sobre qué es lo mejor:

— Dedicar más tiempo a la escucha y lectura de la palabra de Dios para descubrir lo que piensa Dios sobre la vida de los hermanos, sobre los pobres y sobre nosotros mismos.

— Vivir la conversión como vuelta permanente al Señor. Con la actitud del discípulo: siempre detrás del maestro.

— Estar disponibles para seguir las indicaciones del Espíritu. Continuamente abiertos a lo sorprendente de Dios, ya que el hombre del Espíritu no tiene clichés sobre Él.

IV.2. En relación con nuestra actividad con los hombres

El hombre de Espíritu, se preocupa, no de que todo vaya bien, sino de amar a las personas. Les da tiempo, no encuentra problemas cuando «alguien molesto» le interrumpe, sino que ve personas, hombres a los que hay que amar más allá de los problemas que se tengan que resolver:

El hombre de Espíritu atiende a la experiencia profunda de los hombres y les sirve desde lo que necesitan, no desde lo que él cree que le piden.

No se entristece ante los fracasos, sino que los acepta como una invitación del Señor a descubrir que la fuerza viene de Dios y no de él. Es ésta una llamada a que crezca en humildad. Sabe que hay que cambiar las estructuras, pero también sabe que la salvación llega a los hombres más allá de ellas y que no deben ser freno para seguir trabajando.

Los signos que muestra el hombre del Espíritu son:

— Dedicar tiempo al encuentro con las personas, a escuchar a los hombres, a comprender sus vidas, a descubrir sus necesidades.

— El hombre de Espíritu no está vuelto hacia sus derechos, sino que está vuelto a la salvación y a las necesidades de los hombres.

— No está bloqueado cuando la gente no le reconoce su dignidad, sino que su preocupación es servir a todos.

documentación

REFLEXIÓN SOBRE LA IDENTIDAD DE CÁRITAS

52 Asamblea de Cáritas Española Valencia, 25 de octubre de 1997

PRESENTACIÓN

La publicación de este Documento tiene lugar en el segundo año del trienio dedicado a la preparación del Gran Jubileo del Año 2000, año dedicado al Espíritu Santo. Y creo que es el Espíritu, alma de la Iglesia, quien una vez más ha suscitado la reflexión que presentamos en este Documento.

Feliz momento en el que aparece esta reflexión, aunque algunos se sorprendan de seguir reflexionando sobre la propia identidad.

No faltará quien se pregunte sobre las razones que han llevado a Cáritas a impulsar un proceso de tales características, aún más cuando, en el ejercicio de su magisterio pastoral, han sido los obispos quienes en dos Documentos aprobados en 1994 —«La caridad en la vida de la Iglesia» y «La Iglesia y los pobres»— orientan con gran acierto hacia cuál es la identidad de Cáritas. Pero una cosa es orientar hacia la identidad de la institución y otra, legítima y hasta aconsejable, reflexionar acerca de la misma a la luz que sobre ella pueden proyectar tanto la experiencia a lo largo de cinco décadas como los procesos de evolución que experimenta la sociedad en la que

Cáritas se inserta.

Como detalladamente se explica en la introducción, la idea de elaborar esta Reflexión surgió de una necesidad compartida: Poner en común las diversas aproximaciones a los diferentes aspectos de la identidad de Cáritas que, desde distintas instancias, habían ido realizándose a lo largo del tiempo. Esta necesidad tomó cuerpo en la Asamblea General del año 1996 en forma de un borrador de trabajo que, a lo largo de todos estos meses, ha ido enriqueciéndose con la aportación de todas las Cáritas Diocesanas y también de los obispos que integramos la Comisión Episcopal de Pastoral Social.

Superado el proceso de elaboración de este Documento, se pone en marcha el empeño indispensable y acuciante de difundir el fruto de este trabajo a todas las instancias de Cáritas, desde las Parroquias a la Diócesis y las Regiones, así como a las Instituciones Confederadas y a todas las Comunidades y Asociaciones de la Iglesia a las que esta Reflexión puede servir como instrumento de primera mano para avanzar en la maduración de su compromiso en el terreno de la caridad y de la acción sociocaritativa.

Confío en que el mismo aliento del Espíritu que ha avivado la llama de esta Reflexión al hilo del Cincuentenario de Cáritas y de la celebración del Gran Jubileo, alimente también la propagación y profundización de estas páginas, que ayudarán a todos a entender con precisión dónde radica el origen de todas las intervenciones en favor de los más pobres, marginados y excluidos.

El amor misterioso de Dios, el Espíritu Santo, no dejará nunca de acompañar y conducir a la Iglesia, fomentando, ha-

ciendo surgir modos concretos diversos, complementarios de servicio, ayuda, defensa, promoción y alivio de la azarosa condición humana. El Espíritu siempre nos lleva a la unidad de la comunión, sobrepasando—no sin cruz ciertamente— todas las tensiones de la genuina diversidad que Él mismo promueva. El Espíritu del Señor será siempre, como reza el salmista, «Descanso del alma», el único y verdadero descanso. Él es nuestra ley y nuestra paz.

JUAN JOSÉ OMELLA OMELLA
Obispo Auxiliar de Zaragoza y Responsable de Cáritas
en la Comisión Episcopal de Pastoral Social

INTRODUCCIÓN

1. ¿Por qué esta reflexión sobre la identidad y misión de Cáritas?

¿En qué se cuestiona hoy la identidad de Cáritas y quiénes la cuestionan? ¿Acaso no sabe Cáritas cuál es su misión y lo que debe hacer? Cáritas es una institución viva y como toda realidad viva se renueva en un entorno en cambio. Cambios profundos se han dado tanto en la sociedad como en la Iglesia. Junto a formas crónicas de pobreza aparecen nuevas y complejas manifestaciones de la pobreza y la exclusión social. Cáritas se interroga permanentemente sobre qué ha de hacer en cada instante; asimismo, al igual que hacía el Señor Jesús, pregunta a aquellos por quienes menos se interesa el conjunto de la sociedad qué quieren que haga por ellos.

Reflexionar y tener clara conciencia sobre la propia identidad, en el actual contexto secular y pluralista, con grandes bolsas de pobreza y profundas desigualdades en el ámbito nacional e internacional, es un presupuesto necesario para que Cáritas cumpla su misión específica.

2. ¿Quién puede definir la identidad de Cáritas?

¿Acaso no está definida colegialmente por nuestros obispos en su documento de fundación, «Estatutos de Cáritas Española»), y en otros de reflexión teológica y pastoral como «Testigos del Dios Vivo», y en los más recientes que tratan específicamente el tema: «La caridad en la vida de la Iglesia» (1994) y «La Iglesia y los pobres»? ¿No hay suficientes elementos de reflexión sobre la identidad y misión de Cáritas en los sínodos, asambleas y

estatutos de las Cáritas Diocesanas, sancionados por nuestros obispos en cada una de nuestras iglesias particulares?

Sin duda y en último término, corresponde a los obispos determinar colegiadamente, con su autoridad, la identidad y misión de Cáritas Española, y a cada uno de ellos en su propia diócesis la de sus Cáritas Diocesanas.

Ahora bien, si todos estamos llamados a colaborar con Cáritas, también todos los que en ella trabajamos debemos reflexionar y profundizar en su identidad, para realizar mejor el ministerio de la caridad que se nos ha confiado.

El que tenemos en las manos no es el Documento de la identidad de Cáritas, sino que se trata de un documento de reflexión sobre la identidad de Cáritas hoy; ni más, ni menos. La identidad atiende a lo que somos, a lo que vamos siendo y a lo que debemos ser. La reflexión sobre la identidad de Cáritas es siempre provisional, pues la misma identidad se comprende en un proceso nunca acabado, que todos estamos invitados a recorrer.

3. Oportunidad del Documento

La reflexión de Cáritas sobre su identidad es, además de necesaria, oportuna, con motivo de cumplir cincuenta años desde su aprobación, en 1947, por la Conferencia de Metropolitanos. Desde dicho momento inicia un desarrollo autónomo respecto a la Acción Católica.

Es mucho lo que ha significado Cáritas en nuestra sociedad y en la Iglesia en sus cincuenta años de existencia. Así está públicamente reconocido. Pero se trata sólo de cincuenta años

de Cáritas en dos mil años de caridad en la vida de la Iglesia. No agota Cáritas en sus años de existencia toda la caridad de la Iglesia: comunidades religiosas, institutos de vida consagrada, movimientos, instituciones, asociaciones, grupos y testigos ejemplares de amor a los pobres jalonan la historia de la Iglesia desde Jesucristo hasta nuestros días.

La memoria y reflexión crítica sobre estos cincuenta años de presencia, los desafíos que la pobreza y la exclusión social plantean a la acción evangelizadora de la Iglesia, estudiados en congresos, simposios, asambleas y encuentros nacionales y diocesanos recientes, las actuaciones e iniciativas de múltiples instituciones eclesiales, de la sociedad y de las Administraciones, obligan a Cáritas a renovarse constantemente y a renovar su actuación en la Iglesia y en la sociedad. Es lo que hace y deberá seguir haciendo la Confederación de Cáritas y cada una de las Cáritas Diocesanas.

4. Proceso de elaboración

En el marco de la identidad y misión de la Iglesia entera, este Documento de reflexión ofrece algunas claves fundamentales, teológicas, eclesiológicas y pastorales, que en su conjunto presentan una visión global sobre la identidad y misión de Cáritas.

El Documento es fruto de un laborioso proceso de reflexión. Primero se elaboró un *dossier* de aproximaciones sobre la identidad de Cáritas, frecuentemente parciales, siempre de

(1) Una buena parte de las ideas contenidas en este Documento han sido rescatadas de una abundante documentación proveniente de Asambleas Generales, ponencias, publicaciones, reuniones y cursos celebrados

algún autor concreto (1). En la Asamblea de noviembre de 1996 se convertiría en «Instrumento de trabajo» para la reflexión por parte de las Cáritas Diocesanas. Ahora, merced a las aportaciones de las Cáritas, se ha convertido, con el parecer favorable de los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, en este «Documento de reflexión sobre la Identidad de Cáritas», que esperamos sea un instrumento útil y pedagógico para la reflexión personal y en grupo de los responsables y colaboradores de Cáritas Española, de las Cáritas Diocesanas, Parroquiales y Regionales, de las Instituciones Confederadas y de las comunidades y asociaciones eclesiales, sin olvidar a quienes ejercen o se preparan para ejercer el ministerio pastoral.

5. Plan de reflexión: tres bloques temáticos

El Documento ha quedado sistematizado en tres grandes momentos: primero contempla la fuente teológica, trinitaria, de la caridad, que fundamenta el amor preferencial de la Iglesia por los pobres; luego se aproxima al ministerio de la caridad en la vida y misión de la Iglesia y describe las dimensiones fundamentales de la misma y cómo en ellas Cáritas adquiere un rostro peculiar; por último señala a Cáritas como institución eclesial a la que se le confía el ministerio de la caridad. Para cumplir este ministerio de la caridad en la Iglesia y de la Iglesia, Cáritas ha de asumir un talante y una mística singulares, que la llevarán a realizar sus funciones con mayor coherencia y fidelidad.

por nuestra Institución. Por ser ideas repetidas a través del tiempo, a veces incluso con formulaciones muy similares, se hace difícil precisar con rigor el origen de cada una de ellas. Por eso hemos optado por omitir las citas a pie de página, excepto las de la Escritura, los Santos Padres y el Magisterio.

6. Virtualidad del Documento

Este Documento, o mejor, la reflexión que en él se ofrece y está llamado a promover, debiera animar la sensibilidad sociocaritativa y la solidaridad de las comunidades eclesiales con los pobres; aunar criterios en los responsables y colaboradores de Cáritas y de otras instituciones eclesiales de acción sociocaritativa, y sumar esfuerzos de personas e instituciones a dicha acción, en definitiva, al anuncio de la Buena Noticia de Jesús a los pobres y marginados.

I. EL AMOR PREFERENCIAL POR LOS POBRES

«Con la fuerza del Espíritu, Jesús volvió a Galilea, y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en aquellas sinagogas y todos se hacían lenguas de Él.

Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como de costumbre los sábados, y se puso en pie para tener la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde está escrito:

El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque Él me ha ungido
para que dé la buena noticia a los pobres.
Me ha enviado para anunciar
la libertad a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos,
para proclamar el año de gracia del Señor
(Is 61, 1-2.)

Enrolló el volumen, lo devolvió al sacristán y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en Él. Y Él empezó a hablarles:

— Hoy, en vuestra presencia se ha cumplido este pasaje.»
(Lc. 4, 16-21.)

La razón última de la existencia de Cáritas es ser expresión del amor preferencial de Dios por los pobres. Cáritas surge en la Iglesia del encuentro de dos motivaciones: la histórica y la teológica:

— Hay Cáritas junto a los pobres y personas que sufren: motivación histórica.

— Hay Cáritas, ante todo, porque el Espíritu del Padre, que ungió al Hijo para anunciar el Evangelio a los pobres, sigue suscitando en la Iglesia el amor a los pobres: motivación teológica.

En Jesucristo coinciden lo histórico y lo teológico. El cristianismo supera el dilema permanente y el drama de todos los tiempos: o Dios o el ser humano. Cáritas está llamada a superar en Cristo la disociación entre el amor a Dios, invisible, y el amor a los pobres excluidos e ignorados, que ha de ser visible, creíble e inteligible para todos los seres humanos.

I.1. La escucha de los pobres: EL PADRE

Dios ha querido compartir la misma historia que los seres humanos. En la Sagrada Escritura se nos revela como Padre Creador; lleno de amor hacia todas sus criaturas, especialmente hacia los seres humanos, a quienes da el encargo de disfrutar y repartir de forma equitativa todos los bienes creados (2).

(2) Cf. GS. 69: «Dios ha destinado la Tierra y todo cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos, de modo que los bienes

Sin embargo, la realidad de la pobreza, tangible expresión del mal provocado por el ser humano, aparece en toda su multiformidad (3). Así, la historia de Israel es la historia de un pueblo en lucha constante por su liberación y, al mismo tiempo, es la historia de Dios que camina con su Pueblo. Se trata de la misma y única historia de liberación y de salvación. El Dios de Israel acompaña a su Pueblo y se queda con él: ha visto su opresión, ha oído sus gritos, ha bajado a liberarlo (4).

Los profetas, por su parte, desenmascaran la riqueza que se genera desde la ambición de poder y el olvido de los últimos y declaran aberrante la religión que antepone el culto ritualista a la justicia con los pobres: «El ayuno que yo quiero es este —oráculo del Señor—: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; partir tu pan con los hambrientos, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne. Entonces romperá tu luz sobre la aurora, enseguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor» (Is. 58, 6).

En la perspectiva bíblica la pobreza no acontece de modo casual; antes bien, es el resultado de una estructura social injusta que implica una ruptura de la solidaridad y de la comunión humana. Los pobres son aquellos que carecen de medios para subsistir; pero, sobre todo, son los que sufren la carga que supone mantener la riqueza y, en ocasiones, el lujo de

creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la guía de la justicia y el acompañamiento de la caridad».

(3) Cf.: Am. 2, 6-8; Zac. 7, 10; Os. 12, 8; Jr. 34, 8-22; Miq. 2,2.

(4) Cf. Ex. 3.

otras personas y grupos humanos. Al denunciar a los ricos y defender a los pobres, los profetas —en nombre de Dios— toman partido por los pobres, por el hecho de serlo.

Pero es sobre todo Dios quien opta, en primer lugar, por los pobres (5). De modo paradójico, la imparcialidad de Dios, Padre amoroso de todos, se convierte en preferencia para con los pobres que de forma nítida encarnó su Hijo, Jesús. Y ello porque los pobres son la expresión de la injusta parcialidad de una sociedad que cuida y ama en primer lugar a los ricos, lo cual es resultado del pecado.

1.2. La buena noticia para los pobres: EL HIJO

La palabra se hizo carne en los gestos, palabras opciones y acciones de Jesús. El Padre nos ha dicho lo que quiere de nosotros, sus hijos, en la persona de Jesús, su Hijo. Por la Encarnación, el amor universal de Dios se hace:

— *Misericordia entrañable*: «Su padre le vio de lejos y se enterneció; salió corriendo, se le echó al cuello y lo cubrió de besos» (Lc. 15, 20-21).

— *Camino samaritano*: «Un samaritano, que iba de viaje, llegó a donde estaba el hombre y, al verlo, le dio lástima; se acercó a él y le vendó las heridas, echándoles aceite y vino; luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó» (Lc. 10, 33-35) (6).

(5) Cf. Is. 49, 13; 66, 2: «Ciertamente nunca faltarán pobres en este país; por esto te doy yo este mandamiento: debes abrir tu mano a tu hermano, a aquél de los tuyos que es indigente y pobre en tu tierra» (Dt. 15, 11).

(6) JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia*.

— *Cercanía sanadora*: «Él la cogió de la mano y la llamó diciendo: “Niña, ponte en pie”. Le volvió el aliento y se levantó al instante; Él mandó que le dieran de comer» (Lc. 8, 44, 53-54).

Jesús proclama nítidamente dicho amor a lo largo de su vida (7) y lo sella con su total entrega en la cruz. Lo testimonia acogiendo a los pecadores (8), haciendo mesa con los marginados (9), hospedándose en sus casas (10), buscando lo que está perdido (11), sanando las dolencias de los excluidos (12), denunciando los ídolos de este mundo (13) y presidiendo una nueva fraternidad donde los pobres son los primeros y los preferidos (14).

Es el mismo amor a los pobres el que impulsa a Jesús a enfrentarse a los poderes sociales, religiosos y políticos de su tiempo, de modo que su predicación se torna con frecuencia en denuncia para los instalados y en buena noticia para los desechados. Sus mismos gestos acogedores hacia el mundo de los excluidos se convierten en advertencia hacia los poderes de este mundo; su amor universal se actualiza y concretiza en el mundo específico de los pobres, tomando partido en favor del oprimido, débil y marginado. En ese contexto, se actualiza la Palabra que se hace carne en un lugar y en unas circunstancias concretas, en un mundo que margina y que justifica la

-
- (7) Cf. Lc. 4, 16-27.
 - (8) Cf. Lc. 5, 20.
 - (9) Cf. Lc. 5, 30; 14, 15-24.
 - (10) Cf. Lc. 19, 1-10.
 - (11) Cf. Lc. 15, 1-7; Mt. 9, 36.
 - (12) Cf. Lc. 8, 26-39; 17, 11-19.
 - (13) Cf. Lc. 20, 45-47; 21, 1-4.
 - (14) Cf. Lc. 13, 15-24.

marginación en nombre de los dioses de su tiempo. En Jesús entendemos que no puede ser creíble una palabra de amor, liberación y dignidad más que cuando se dice desde el pobre y el marginado, en los que el Señor sigue identificándose. Desde ahí, y sólo desde ahí, se hace palabra universal.

Jesús es el gran maestro de la acogida incondicional al otro; más allá y por encima del personaje, de la historia pasada o de los problemas que cada persona arrastre, acoge al otro porque es, por el simple hecho de ser; en la acogida respeta al otro hasta el límite, reconociéndolo como otro y restituyéndole la dignidad herida o perdida. El que acoge y el acogido comparten la misma dignidad; el que es acogido no tiene que pagar con su dependencia, sino reconciliarse consigo mismo y recobrar su dignidad de persona. Desde esta actitud, Jesús no busca el poder; acogiendo se hace uno de tantos para encontrarse de modo radical con el ser humano.

De este modo se anuncia la gran obra que el Padre quiere realizar en la persona del Hijo: instaurar un nuevo orden en el que se acabe la opresión de los pobres y la Humanidad viva la experiencia de la fraternidad. La gran revelación de Jesús es que Dios quiere manifestarse como Padre de todos en una nueva relación fraterna entre los seres humanos. A este nuevo estado de cosas lo denomina Reino de Dios. Y lo anuncia como algo inminente y el signo que lo verifica evoca una buena noticia: «¡Hay gozo para los pobres!».

El gran escándalo del cristianismo es que a los pobres no les llegue el Evangelio; en otras palabras, que en ambientes pretendidamente cristianos no haya gozo para los pobres, sino tal vez humillación, marginación, explotación o, simplemente, descuido y olvido. Que no haya gozo para los pobres, que se

mantengan las situaciones de injusticia que conducen a la muerte lenta o vertiginosa de tanta gente, es lo que en verdad hoy oculta el rostro del Dios de Jesús en nuestra sociedad. Así, el gozo para los pobres se convierte en indicador de credibilidad cristiana; habrá cristianismo y habrá evangelización en el mundo en la medida en que los pobres vivan la Buena Noticia de su liberación. El gozo de los pobres es el gozo de Jesús, primer evangelizador, y de todo evangelizador posterior.

1.3 El aliento para la misión: EL ESPÍRITU SANTO

El mismo Espíritu que ungió a Jesús para enviarlo a anunciar el Evangelio a los pobres conduce a sus discípulos hacia la misión de continuar la obra salvadora entre los más abandonados (15). Es el mismo Espíritu del que proceden la diversidad de carismas, los cuales contribuyen, todos ellos, al bien común. Es el mismo Espíritu que convierte a los cristianos en seguidores del Señor. Como los discípulos de la primera hora, nosotros somos enviados a participar de la vida y misión de Jesús, y para esta misión, tanto la pobreza asumida como disponibilidad para seguir a Jesús y vivir como Él, como la opción explícita por los pobres, se configuran en criterios de discernimiento que nos dan cuenta de la credibilidad de los seguidores del Maestro.

Así pues, la opción por el pobre nunca es meramente facultativa para el discípulo. Es condición absoluta del seguimiento, ya que pertenece al entramado nuclear del mensaje del mismo Jesús: «Venid, benditos de mi Padre (...), porque (...)

(15) Cf. IP, 24.

cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes lo hicisteis conmigo. Apartaos de mí, malditos, (...), porque (...) cada vez que dejasteis de hacerlo con uno de esos más humildes, dejasteis de hacerlo conmigo» (Mt 25, 31-46).

Más que exigencia, la opción por los pobres es la resultante de la coherencia de quien participa de la vida y misión del Señor: Esta coherencia se vive con satisfacción en la medida en que uno experimenta la alegría de que el Evangelio y sus signos de liberación han sido comunicados a los pobres de este mundo: «Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla» (Lc 10, 21). El gozo de los pobres es el gozo de todo seguidor de Jesús, bajo el impulso de su Espíritu.

El Espíritu Santo, por el que confesamos que Jesús es el Señor y que hace que lo reconozcamos como la Buena Noticia para los pobres, es el que suscita en la Iglesia el carisma de la caridad, fundamento del correspondiente ministerio de servicio a los pobres, expresión del amor preferencial de Dios por ellos.

2. EL MINISTERIO DE LA CARIDAD EN LA VIDA Y MISIÓN DE LA IGLESIA

«Cristo fue enviado por el Padre a anunciar la Buena Noticia a los pobres..., a sanar a los de corazón destrozado» (Lc. 4, 18), «...a buscar y salvar a lo que estaba perdido» (Lc. 9, 10). «También la Iglesia abraza con amor a todos los que sufren bajo el peso de la debilidad humana; más aún, descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador, pobre y

sufriente, se preocupa de aliviar su miseria y busca servir a Cristo en ellos...» (LG, 8).

La Iglesia está dotada de distintos ministerios con múltiples funciones, todos ellos necesarios y complementarios para cumplir la misión por la que existe: evangelizar. En el seno de la misma Iglesia, que reconoce la prioridad del servicio y de la evangelización a los pobres, existen diversos carismas y múltiples iniciativas para llevar a término dicha misión, los cuales han de ser reconocidos y animados todos por el ministerio pastoral, en la medida en que son suscitados por el Espíritu. Pues bien, en el seno de la Iglesia, comunión de carismas y comunidad misionera, Cáritas, organismo de la Iglesia, es promovida, erigida y animada por los obispos para cumplir el ministerio de la caridad que a ellos les corresponde.

Cáritas se siente animada por una misión permanente e irrenunciable: ser Iglesia pobre y para los pobres; ayudando a la misma Iglesia a no caer en la tentación de acumular riquezas y a ser signo de credibilidad de los valores del Reino. Entre los pobres, actualiza los signos de la Buena Noticia de Jesús, y cuando se dirige al interior de la Iglesia, ayuda a la conversión de los creyentes para que contemplen en los pobres el rostro de Dios y se comprometan en su liberación. En este sentido, su acción debe siempre salvaguardar y promover los valores que la Doctrina Social de la Iglesia presenta como fundamentales en el compromiso social de los cristianos, entre los que cabe señalar: los derechos humanos, el bien común, la solidaridad y la subsidiariedad, aunando en su actuación la paz y la verdad, la justicia y el amor, y estimulando la responsabilidad y la laboriosidad (16).

(16) Cf. IP, 55-62.

Cáritas participa de la vida y misión de la Iglesia, por consiguiente las dimensiones fundamentales de la caridad son inherentes a la Iglesia en su conjunto; así pues, en esta segunda parte de nuestro escrito, recordando estas dimensiones, describiremos la manera peculiar que tiene Cáritas de participar en el ministerio de la caridad, que se extiende a la acción global de toda la Iglesia.

2.1. Dimensión eclesial

2.1.1. Elemento esencial de la acción global de la Iglesia

El ministerio de la caridad se integra en la Iglesia particular y en cada una de las comunidades como elemento fundamental de su vida y misión. Ninguna comunidad realiza íntegramente su misión si no anuncia el Evangelio, si no celebra la fe y ora, si no sirve con amor a los hermanos más necesitados.

Palabra, culto y caridad no son acciones yuxtapuestas. Entre el anuncio de la Palabra, la celebración litúrgica y el testimonio de la caridad existen vínculos profundos, de modo que ninguna de estas tres acciones debe caminar por su cuenta con criterios excluyentes. Cáritas es, pues, instrumento que pone en movimiento la corriente del servicio caritativo, expresión del amor de la Iglesia, la cual arranca del Cuerpo de Cristo y acaba en Cristo mismo; ya que el hermano es lugar teológico del encuentro con Dios, y en especial lo es el hermano pobre. A través de Cáritas se establece, por consiguiente, una auténtica circulación de amor que evidencia la tarea de servicio que debe realizar cada comunidad de fieles: una circulación de amor que nace de la Igle-

sia, Cuerpo de Cristo, y acaba en el pobre, sacramento de Cristo (17).

La acción caritativa y social, como parte constituyente de la misión evangelizadora de la Iglesia, tiene que ser mediadora del modo de ser de Dios; colaborando así en hacer visible su rostro (18), asumiendo los desafíos y los medios que ofrecen los avances históricos del mundo actual, a través de los signos de los tiempos que nos interpelan. Lo cual significa amar a todos por igual, sin discriminación, pero ocupándose especialmente de los más necesitados. Por consiguiente, no se trata de una asociación de libre inscripción compuesta por «personas con *devoción* particular hacia esos asuntos» (19), sino que es cauce de la opción preferencial por los pobres, estimulando la participación de los fieles.

Por ello, Cáritas no sólo ha de constituirse donde haya un grupo de personas con inquietudes y capacidad para trabajar con los pobres; su existencia tampoco depende de que haya problemas de pobreza que no pueden resolverse de otra forma. Ambas razones son insuficientes, pues no dan cuenta de la razón más profunda del ser de Cáritas. Ésta tiene su fuente en una realidad nuclear que hunde sus raíces y encuentra su razón en el Mandamiento Nuevo, «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13, 34), y en la actualización de ese amor en el seno de la Iglesia. La identidad y tarea de Cáritas es manifestar el amor preferente de Jesús por los pobres; alentar y encauzar

(17) Cf. IP, 9.

(18) Cf. IP, 18-25.

(19) Cf. *ib.*, 111.

este amor en la comunidad, haciendo que sea lo más eficaz posible al servicio de los que tienen menos, y hacer patente una de las dimensiones de la tarea evangelizadora de la Iglesia. Su papel es «ser icono del amor de Dios al hombre».

Allí donde no aparece visiblemente organizada la dimensión caritativa, la Iglesia ofrece una imagen reducida de sí misma. Y, por otra parte, no se puede concebir ningún carisma y ministerio, ninguna institución eclesial de acción sociocaritativa, especialmente Cáritas, *organismo oficial*, desvinculada de la comunidad eclesial y del ministerio pastoral. En definitiva: hay Cáritas fundamentalmente porque hay comunidad cristiana, no sólo porque haya pobres.

2.1.2. *Ministerio integrado en la Iglesia particular*

La referencia eclesial de Cáritas ha de ser su realización en la Iglesia particular. Es en cada Diócesis, en comunión con el obispo y pastor; donde Cáritas encuentra su lugar dentro de la Iglesia, actuando como un elemento dinámico e integrador en la pastoral de conjunto. Por ello, Cáritas no es en la Diócesis una organización carismática optativa que, desde fuera, se pone a su servicio; ni una *sucursal* de una organización supradiocesana. Es, más bien, un ministerio pastoral con el que el obispo promueve y garantiza autorizadamente la responsabilidad de su Iglesia particular en la promoción, armonización y actualización de una dimensión irrenunciable de la Iglesia que preside: la Acción sociocaritativa, como parte esencial de la acción evangelizadora junto al Ministerio de la Palabra y la Acción Litúrgica.

2.2. Dimensión evangelizadora

La Iglesia existe para evangelizar y la evangelización define su misión e identidad más profunda (20). La evangelización es, a un tiempo, contenido del Evangelio y motivo de credibilidad y testimonio, en tanto en cuanto configura el modo de vida del testigo.

— *Contenido esencial del mensaje.* El amor a los pobres es, ante todo, mensaje y contenido esencial del Evangelio. Antes y más que imperativo moral —que también lo es— es *Evangelio*, buena noticia, motivo de alegría; porque es el anuncio del amor que abraza, acoge y libera. Después y sólo por eso, es exigencia. Jesús anunció y realizó este Evangelio.

— *Motivo de credibilidad.* Jesús no vino a ser servido, sino a servir, y lo hizo con autoridad. A sus discípulos, ocupados en perseguir los puestos de prestigio y honor, les enseñó con autoridad en la Última Cena (21): «La manera de enseñar algo con autoridad —nos recuerda un gran maestro— es practicarlo antes que enseñarlo» (22).

— *Testimonio.* La acción sociocaritativa de la Iglesia expresa con sus hechos los signos del Reino de Dios: el trabajo por la justicia, la solidaridad con los últimos, la acogida incondicional. A través de este testimonio, a veces sin palabras ni textos escritos, los cristianos hacen plantearse a las gentes que les observan «interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por

(20) PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 14.

(21) Cf. Juan 13, 1-17.

(22) S. GREGORIO MAGNO, *Comentarios morales sobre Job*, 23, 23-24 PL, 76, 265-266.

qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva» (23).

El testimonio que reclama la evangelización, cuando se confronta con la situación de nuestro mundo, es la opción preferencial por los pobres, que ha quedado consagrada plenamente en las palabras del mismo Juan Pablo II: «La Iglesia en todo el mundo... quiere ser la Iglesia de los pobres..., quiere extraer toda la verdad contenida en las Bienaventuranzas de Cristo y sobre todo en esta primera: “Bienaventurados los pobres de espíritu...” Quiere enseñar la verdad y quiere ponerla en práctica, igual que Jesús vino a hacer y a enseñar...; los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aún escarnecida. Por eso, Dios toma su defensa y los ama. Es así como los pobres son los primeros destinatarios de la misión y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús» (24).

Al promover el amor preferencial por los pobres, Cáritas forma parte del ministerio de evangelización y realiza el acercamiento de la Iglesia a los pobres (25) y a la sociedad entera. Por tanto, no puede ser concebida ni vivida como una acción periférica, ni mucho menos como una acción de libre elección en el conjunto de las actividades pastorales. Tampoco como «una mera suplencia de las necesidades que no están cu-

(23) PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 21.

(24) JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 60 (Cf. SRS; CA).

(25) Cf. IP. 9.

biertas por la sociedad» (26), sino como expresión y cauce de la caridad, como elemento constitutivo de la misma Iglesia, llamada en todo momento a manifestar el amor de Dios a los seres humanos.

La comunidad cristiana debe reflejar desde Cáritas su compromiso con los pobres, de modo que la sociedad civil no la perciba al margen o sin relación con la comunidad eclesial a la que pertenece.

Si «el ser y el actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza y del dolor, de la marginación y de la opresión, de la debilidad y del sufrimiento» (27), la tarea de Cáritas se sitúa en el corazón mismo del ministerio de la evangelización. Por ello, cuando se diga que sus acciones deben ser significativas, no se entienda que pretende quedarse con el protagonismo o la exclusividad de las mismas, sino mostrar los signos de posibilidad concreta de una vida alternativa fundada en los valores del Reino (28).

2.3. Dimensión profética

2.3.1. Compromiso por la justicia

El amor preferencial de la Iglesia por los pobres pide su liberación y exige asimismo el compromiso por la justicia. El amor hacia los pobres que no se queda en palabrería reclama justicia. «Quien no practica la justicia, o sea, quien no ama a su herma-

(26) IP, 110.

(27) IP, 10.

(28) Cf CVI, p. 15; Cf. IP, 45.

no, no es de Dios» (I Jn., 3, 10). El compromiso en favor del reconocimiento efectivo de todos los derechos y de los derechos de todos es el camino hacia una sociedad solidaria y justa.

Una Iglesia pobre y de los pobres, por tanto, ha de estar irrevocablemente comprometida con la liberación de los oprimidos, de las personas y de los países que soportan la muerte lenta a causa de una pobreza que ellos no han provocado y que se opone frontalmente al plan salvador de Dios, ya que: «La acción en favor de la justicia y la participación en la transformación de la sociedad se nos muestra como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio» (29).

En la Encíclica *Sollicitudo rei socialis* se concreta la opción preferencial por los pobres en clave de solidaridad a escala personal y social, y en los ámbitos local, nacional e internacional. Esta solidaridad se nos presenta como expresión de la vitalidad de la caridad que busca reducir la desigualdad entre ricos y pobres. En esta dirección, la lucha contra la injusticia es el mejor camino hacia una sociedad solidaria. Por consiguiente, la acción caritativa no puede entenderse ni realizarse como encubrimiento de «las múltiples formas de injusticia arraigadas en la sociedad» (30).

La caridad, por tanto, reclama la implantación de la justicia como condición necesaria de su propio progreso y verificación en la realidad. No hay, pues, oposición entre el orden de la caridad y el de la justicia:

— Sin la caridad, la justicia puede aparecer totalmente desencarnada y deshumanizada.

(29) «La justicia en el mundo», Sínodo 1971.

(30) CVI, p. 13.

— Sin la justicia, la caridad corre el riesgo de ser ilusoria e incluso falsa.

Esta síntesis no ha de tomarse como mero referente teórico, sino que parte del encuentro en profundidad con los pobres y con las causas que generan una pobreza que excluye.

Recordemos la claridad de San Juan Crisóstomo (31) cuando proclama: «No hacer participar a los pobres de los propios bienes es robarles y quitarles la vida. Lo que poseemos no son bienes nuestros, sino los suyos». Es preciso «satisfacer ante todo las exigencias de la justicia, de modo que no se ofrezca como ayuda de caridad lo que ya se debe a título de justicia. Cuando damos a los pobres las cosas indispensables no les hacemos liberalidades personales, sino que les devolvemos lo que es suyo. Más que realizar un acto de caridad, lo que hacemos es cumplir un deber de justicia».

No olvidemos que la caridad exige una *justicia en grado mayor*, pues supera la ley del talión (32) y descubre y amplía las exigencias de la justicia hasta el límite de las exigencias del otro: «A quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos; al que te pide, dale, y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda» (Mt. 5, 41-42). Mas allá de todo derecho el amor cristiano, mediante el perdón, abre la puerta a la reconciliación entre los hombres y a la justificación de parte de Dios (33) y facilita dar sin humillar y recibir sin sentirse ofendido.

(31) S. JUAN CRISÓSTOMO, Laz. I, 6.

(32) Cf. Mt. 5, 38.

(33) Cf. Lc. 6, 37; Ef. 4, 32.

2.3.2. Dimensión sociopolítica del profetismo

La caridad, que busca el pleno cumplimiento de las exigencias de la justicia en todo el ámbito social, se encuentra inexorablemente con la dimensión sociopolítica que nace del propio dinamismo del compromiso cristiano.

Por caridad política (34) entendemos, con nuestros obispos (35), un compromiso activo y operante, expresión del amor cristiano en favor de los demás, especialmente de los más necesitados, y en favor de una sociedad más justa y fraterna. Esta dimensión de la caridad conlleva, entre otras, las siguientes tareas: recordar los derechos de los pobres, analizar las situaciones en que se conculcan tales derechos, denunciar las injusticias que sufren, aportar las orientaciones oportunas y colaborar para realizar los cambios necesarios.

El ministerio de la caridad es el oído de la Iglesia que escucha los gemidos sin palabras de quienes han sido silenciados y suma su clamor al lamento apagado de quienes sufren, para interpelar junto con ellos a los que no pueden o no quieren oír: Así lo entienden los obispos: «Denunciar, de manera profética, toda forma de pobreza y opresión, y defender y fomentar en todas partes los derechos fundamentales e inalienables de la persona humana» (36).

Cáritas participa del compromiso por la justicia propio de toda la comunidad eclesial y trata de hacerlo viable, particularmente a través del compromiso temporal de los laicos, en la

(34) Expresión empleada ya por Pío XII.

(35) CVP, 61.

(36) Sínodo Extraordinario con motivo del vigésimo aniversario del Concilio Vaticano II, Relación final, 6.

dimensión sociopolítica de su quehacer. Analiza, denuncia y actúa ante las situaciones de pobreza, de injusticia, de marginación y de violación de los derechos humanos. Refuerza con su palabra la profecía en la Iglesia, cuando ésta denuncia situaciones de injusticia y de opresión; vuelca su fuerza en la denuncia cuando ésta se convierte en medio de defensa y ayuda para los más pobres y marginados; ejerce la denuncia permanente desde el trabajo diario para desmontar situaciones de injusticia y para mejorar la situación de los excluidos, y trata de presentar, ante quienes tienen los resortes del poder, el grito de los pobres integrado en la voz de una comunidad que opta por los últimos. Y toda esta tarea la realiza por amor: por amor a los pecadores, para que se conviertan y vivan, y por amor a las víctimas, que son los preferidos de Dios (37).

Junto a la labor necesaria de denuncia, Cáritas ha de buscar, por encima de todo, hacer posible que los empobrecidos lleguen a ser *sujetos agentes* de su propia historia; acompañándolos en la liberación de situaciones de dependencia o ignorancia y ayudándoles a descubrir las causas que generan su propio empobrecimiento y exclusión social. Al cuestionar el sistema que engendra injusticia y violencia estructural, la caridad adquiere así el rostro de un esfuerzo continuado por la justicia y por el cambio de las estructuras de pecado. En una sociedad como la actual, basada en un neoliberalismo deshumanizado y deshumanizador, Cáritas debe promover el cambio social, tanto en las estructuras como en los mecanismos y cimientos que lo sustentan, para lograr la realización de la *revolución del amor* de la que nos habla Juan Pablo II (38).

(37) Cf. IP, 51.

(38) Cf. SRS.

Y dado que Cáritas no es ni una asociación, ni un movimiento, ni una simple organización, sino diaconía de la Iglesia, cuando denuncia el pecado social lo hace en nombre de toda la Iglesia e implica a toda la Iglesia. De ahí que deba hacerlo en conformidad con quienes realizan y dirigen el servicio pastoral en las comunidades cristianas.

Asume, por tanto, como compromiso vital, anunciar y proponer la utopía cristiana, que abre el horizonte a la esperanza de alcanzar una persona y sociedad nuevas; que serán realidad por el empuje, ciertamente, de nuestros compromisos humanos, pero también, y sobre todo, por la fuerza del Espíritu.

2.4. Dimensión universal

Otra de las dimensiones de la caridad, que afectan a la vida y misión de la acción global de la Iglesia, es la universalidad: una exigencia interna, un desafío histórico, cultural y ecuménico.

2.4.1. Exigencia del amor

La caridad es, por su origen y destino, universal. Dios Padre ama a todos y hace hermanos a todos sus hijos (39). Del mismo modo, Jesús ama a todos, incluso exhorta a sus discípulos a lo humanamente casi irrealizable: el amor al enemigo. La universalidad, lejos de distanciarnos del amor al prójimo próximo, ensancha las posibilidades del amor cristiano en tér-

(39) Cf. Mt. 23, 8.

minos de construcción de la fraternidad universal. «La pastoral de la caridad —nos recuerdan nuestros obispos— tiene que ser universal como el amor cristiano que la inspira. Una Iglesia que se encerrara en los límites estrechos de la propia diócesis, región o nación, no sería la Iglesia de Jesucristo» (40).

Desde esta perspectiva, las exigencias de justicia y de solidaridad son las que vinculan a Cáritas con todos los pueblos y en concreto con el grito de los pobres del mundo entero; en él descubrimos y reconocemos la presencia del Señor doliente.

2.4.2. *Desafío histórico*

La universalidad de la caridad es un desafío histórico. «Hoy el hecho histórico más importante, del que todos deben tomar conciencia, es el de que la cuestión social ha tomado una dimensión mundial» (41).

En un mundo cada vez más interdependiente, el desequilibrio creciente entre el Norte cada vez más rico y el Sur cada vez más pobre constituye uno de los desafíos más graves que debe afrontar la comunidad mundial. Para los cristianos la fraternidad no tiene límites ni cotos cerrados, y del mismo modo «que en una familia se ama a todos por igual, pero se atiende a los más débiles con especial cuidado, así la acción social y caritativa de la Iglesia debe volcarse más donde hay menos. Y es en el Tercer Mundo donde están la mayoría de los pobres de la tierra, y donde se dan las mayores necesidades, injusti-

(40) CVI, p. 14.

(41) PABLO VI, PP. 3.

cias y opresiones» (42) que exigen con urgencia una respuesta significativa, profética y audaz. En este contexto ha de expresar la Iglesia su vocación universal (43).

Cáritas tiene una gran tarea por delante: dar sentido a la fraternidad universal, comenzando por los últimos de la tierra. El fenómeno de la *aldea global* ha de ser leído desde Cáritas como la exigencia de una acción sociocaritativa más universal y católica. Así, la realidad del Tercer Mundo refleja la del Primer Mundo y nos golpea cada día, no sólo por la interdependencia creciente entre todos los pueblos, sino porque la marginación extrema del Tercer Mundo es una consecuencia que tiene sus causas principales aquí, entre nosotros, los habitantes del mundo instalado en el bienestar (44). Este fruto de la injusticia y explotación que es el Tercer Mundo se ha convertido en el paradigma, en el reto universal desde el que hay que analizar y jerarquizar todas las otras injusticias de nuestra sociedad, incluidas las nuevas y crecientes oleadas de inmigrantes que huyen de la miseria, anhelando encontrar entre nosotros, los países ricos, una vida mejor.

2.4.3. *Desafío cultural*

Una de las reacciones que la *aldea global* ha suscitado en el Occidente rico ha sido el cultivo de actitudes y actuaciones solidarias que nos acercan al Tercer Mundo. Ya sea a través de la ayuda urgente en situaciones de catástrofe, ya sea mediante

(42) IP, 117.

(43) Cf. CA, 58.

(44) Cf. SRS, 16.

la colaboración desinteresada con organizaciones de todo tipo que trabajan en las zonas más deprimidas del planeta, la solidaridad se nos muestra como un valor emergente en el seno de nuestra sociedad.

Sin embargo, hemos de estar despiertos para acertar a deslindar la cizaña que ahoga del trigo que nutre, y desenmascarar cierta *cultura de la solidaridad* que hace de los pobres un negocio rentable. En este ambiente la Iglesia tiene el deber de denunciar las falsas solidaridades desde el anuncio y el testimonio explícito de la solidaridad evangélica, que es la forma que revisita la justicia frente a las situaciones concretas de pobreza, marginación y exclusión, y que exige como respuesta el recurso a la compasión, la generosidad y la misericordia. Esta solidaridad tiene que ver con los procesos ascendentes de dignificación de la vida y condiciones de los pueblos del Sur; más que con los espectáculos de luz y sonido que nos presentan una solidaridad tan deslumbrante como carente de contenido. La solidaridad que ha de promover la Iglesia «no es un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos responsables de todos» (45).

Cáritas tiene que suscitar en la comunidad cristiana y en la sociedad el compromiso de la solidaridad con todos los pueblos. Por eso debe sentirse llamada a estar junto al mundo de los pobres, sin distinción de lengua, color o procedencia; a discernir lo justo de sus reclamaciones y a ayudar a hacerlas realidad; a dar a conocer su situación de pobreza, difundiendo informes y recabando toda clase de ayudas para sus iniciativas; a

(45) Cf. SRS, 38.

prestar atención especial ante las grandes catástrofes, sin olvidar que la mayor de las *catástrofes* es la situación permanente de hambre y miseria en la que vive gran parte de la Humanidad. Si ante las primeras se reacciona con cierta facilidad, las segundas nos suelen mantener en la indiferencia, y esto es una grave omisión para una comunidad creyente.

Con el fin de intensificar la comunión y solidaridad con los países del Tercer Mundo, las Diócesis —contando con el empuje de las Cáritas— han de promover en el seno de la comunidad cristiana grupos de sensibilización, reflexión y acción portadores de la solidaridad, la cual nos hermana con las comunidades cristianas de los países empobrecidos (46), tanto cuando las acompañamos desde aquí como cuando nos esforzamos en dar fraterna acogida a los hijos de aquellas tierras que llegan a nuestros pueblos y ciudades.

2.4.4. *Desafío ecuménico*

La dimensión universal de la caridad puede contribuir hoy a superar las discrepancias y divisiones entre las Iglesias cristianas y avanzar en el diálogo entre las grandes religiones mono-teístas; la coincidencia y colaboración en el servicio a los últimos de la tierra contribuyen a la unidad en el amor y pueden conducir a la unidad en la fe. A ser plenamente uno y a dar así un nuevo impulso hacia la unidad de todos los cristianos, según el expreso deseo de Jesús de que sean uno en una comunidad de amor para que el mundo crea (47).

(46) Cf. CMI, I I, 4 c.

(47) Cf. Jn. 17, 20-26.

Por ello, Cáritas debe participar también en proyectos de amplitud cada vez más universal, y así ayudar a nuestras comunidades cristianas a contemplar la verdadera dimensión de la misión universal y ecuménica que los católicos hemos de asumir; abriéndonos a la colaboración «con los cristianos de otras confesiones, con los creyentes de otras religiones y con todos los hombres de buena voluntad» (48), ya que en todos los bautizados está presente el Espíritu, en todos los fieles de otras religiones las semillas del Verbo y en todos los hombres de buena voluntad la presencia secreta de Dios (49). Esta presencia universal nos llama a trabajar en la coordinación de esfuerzos, porque la pobreza interpela a toda la Humanidad, no sólo a la Iglesia o a los creyentes.

2.4.5. *Fraternidad y Eucaristía*

Quienes participamos de la Mesa de la Palabra y de la Mesa del Pan en la que confluyen todos los bienes, «fruto de la tierra y del trabajo humano» (50), y hacemos memoria de Jesucristo muerto y resucitado, estamos llamados a bendecir a Dios Creador del Universo y a trabajar por multiplicarlos y presentarlos en la mesa del reparto justo. Sabemos que la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro planeta están siendo desplazados de esa mesa, lo cual nos recuerda la interpelación de Pablo a los cristianos de Corinto, que celebraban la Eucaristía volviendo la espalda a la mesa de la fraternidad, «pues cada uno se adelanta a co-

(48) IP, 118.

(49) Cf. *ib.*

(50) SRS., 48.

merse su propia cena, y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho» (I Cor. 11, 21).

El partir y repartir el pan es uno de los gestos precisos y característicos del Señor Jesús. Para sus discípulos fue uno de los signos de reconocimiento del Resucitado: «Recostado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo ofreció. Se les abrieron los ojos y lo reconocieron...» (51). La Eucaristía es comida repartida, vida compartida, familia que se agranda al abrir los ojos de los que en ella participan para que reconozcan que tienen muchos más hermanos de los que pensaban. «El sacramento de la Eucaristía —como afirma el Papa— no se puede separar del sacramento de la caridad. No se puede recibir el cuerpo de Cristo y sentirse alejado de los que tienen hambre y sed (...). De la comunión eucarística ha de surgir en nosotros tal fuerza de fe y amor, que vivamos abiertos a los demás con entrañas de misericordia hacia todas sus necesidades» (52).

Esta tarea es un constante reto para los cristianos de las distintas confesiones.

3. CÁRITAS: EXPRESIÓN COMUNITARIA DEL AMOR PREFERENCIAL POR LOS POBRES

«Personas, comunidades, instituciones y asociaciones de acción caritativa y social deben confluir en objetivos, criterios, orientación y motivaciones evangélicas. Para ello es conveniente que en las diócesis exista un organismo, presidido y ani-

(51) Lc. 24, 30-32.

(52) Congreso Eucarístico de Sevilla. JUAN PABLO II.

mado por el obispo, especialmente responsabilizado en la tarea de animación y coordinación. Respetando la naturaleza propia de cada una de las instituciones y dando a Cáritas la relevancia que le corresponde, dicho organismo será una plataforma amplia donde se puedan encontrar las instituciones dedicadas a lo social y caritativo» (CVI, II, 3c).

Después de exponer las bases teológicas del amor preferencial por los pobres y trazar las dimensiones del ministerio de la caridad, debemos indicar, por último, las funciones permanentes de Cáritas, «organismo oficial de la Iglesia para la acción caritativa y social en sus diversos niveles: parroquial, diocesano, regional y nacional» (53), con lo que habremos diseñado las estructuras fundamentales de la identidad y misión de Cáritas.

Sería reduccionista, por nuestra parte, tan sólo presentar las funciones de Cáritas, como si de una organización más se tratara. Sus funciones están alimentadas por una mística y una espiritualidad que están llamadas a constituirse en fuente de agua viva que da sentido a nuestro quehacer concreto.

3.1. Animación de la comunidad y formación de los responsables de la acción sociocaritativa

Cáritas está convocada a animar y participar activamente en cuantas iniciativas de solidaridad justa surjan en la Iglesia y en la sociedad. Las razones que la impulsan a ello radican, primeramente, en que en nombre de la comunidad cristiana desarrolla el ministerio de la caridad y, en segundo lugar, en que

(53) CVI, II, I, I.

este servicio visibiliza buena parte del amor efectivo de toda la comunidad cristiana hacia los pobres.

3.1.1. *Animación de la comunidad*

La animación de la comunidad comprende, entre otras, las siguientes tareas:

a) Hacer conscientes a las comunidades cristianas y a todos sus miembros de que el servicio a los pobres es un elemento esencial de la identidad y misión evangelizadora de la Iglesia.

b) Mantener viva la conciencia crítica y ofrecer elementos de análisis para conocer las condiciones reales en que se encuentran los pobres, tanto en el Tercer como en el Cuarto Mundo.

c) Promover procesos de discernimiento cristiano sobre las condiciones de vida de los pobres y sus anhelos y reivindicaciones.

d) Invitar y estimular a todos los miembros de la comunidad cristiana a incorporarse, en la medida de sus posibilidades, en el compromiso sociocaritativo con los pobres y excluidos.

e) Promocionar la vida asociativa y potenciar la acción comunitaria de base, en el marco de los territorios concretos donde se ubican nuestras comunidades cristianas, colaborando así en la formación de una auténtica sociedad de la participación.

f) Impulsar la comunicación cristiana de bienes y la colaboración personal, según posibilidades, en proyectos e iniciativas al servicio de los más necesitados.

g) Organizar adecuadamente Cáritas como diaconía, para que el amor a los pobres aparezca con toda la eficacia que le es propia.

h) Contribuir a que la comunidad cristiana y cada uno de sus miembros viva y actúe, en todo, de acuerdo con el espíritu de las bienaventuranzas.

3.1.2. *Formación*

«La formación y acompañamiento para la educación en la caridad, la solidaridad y la promoción de la justicia es una exigencia de la madurez en la fe y una necesidad urgente. Sólo así las comunidades cristianas y sus miembros podrán reconocer más plenamente y asumir más conscientemente sus responsabilidades en la vida y misión de la Iglesia» (54).

La función de animar a la comunidad cristiana exige la adecuada formación de todos los que asumen alguna tarea en el ejercicio del ministerio de la caridad. Si todos estamos llamados a servir a los pobres y a colaborar con Cáritas —expresión del servicio de toda la comunidad—, no todos podemos ni debemos hacerlo de la misma manera.

Cáritas debe jugar un papel relevante en este esfuerzo formativo, para lograr que la comunidad reflexione sobre las implicaciones que conlleva el ejercicio de la caridad y situar a todos en un proceso pedagógico que acierte a combinar el conocimiento crítico de la realidad, las distintas técnicas de intervención social y el cultivo de un talante personal y comu-

(54) CVI, III.

nitario entrañablemente solidario. Cáritas asume la responsabilidad de facilitar esta formación y acompañamiento a quienes ejercen y animan la pastoral de la caridad.

Esta formación abarca:

a) Las exigencias de la dimensión de la caridad; a partir de la vivencia de la fe y del sentido de pertenencia a una comunidad de creyentes.

b) El análisis y la lectura creyente de la realidad de injusticia, pobreza, marginación y exclusión que existen entre nosotros.

c) La concepción del ser humano como un ser único, lleno de potencialidades y capaz de participar, mediante su relación con los demás, en la construcción de su propia historia.

d) La invitación a que el voluntariado se dote de instrumentos y herramientas de trabajo que encaucen positivamente su ofrecimiento gratuito, posibilitando tanto el crecimiento personal como el sentido de convivencia, de equipo y de coordinación.

e) La formación y el acompañamiento permanentes que deben contribuir a la madurez en todas las dimensiones, que conducen a ser simultáneamente teólogo, técnico y testigo.

3.2. Promoción de actuaciones coherentes y significativas

Cáritas debe impulsar y colaborar, de acuerdo con su propia identidad, en cuantas iniciativas se promuevan en la Iglesia y en la sociedad al servicio de los pobres.

En algunos casos deberá promover y mantener iniciativas propias o de otras instituciones eclesiales, mientras que en otros podrá ejercer el derecho a colaborar en actuaciones promovidas tanto desde la sociedad civil como desde las Administraciones públicas. En ambos casos es tarea de los responsables y voluntarios de Cáritas discernir comunitariamente el tipo de acciones y en qué condiciones se debe actuar, convencidos de que la coherencia con la identidad cristiana garantiza un mejor servicio a los pobres.

Por tanto, Cáritas ha de cuidar que sus actuaciones sean punto de referencia y pauta que, con una gran carga de calidad, muestran a otros un talante propio de saber hacer y ofrecen un estilo que invita a recorrer el camino del servicio a los pobres y excluidos (55) de una manera peculiar; incluyéndolos siempre en el centro de la acción, como sujetos primeros de su propio desarrollo, y evitando todo tipo de proselitismo que suponga una manipulación del necesitado.

3.3. Coordinación de la acción sociocaritativa

Cáritas existe en la Iglesia para ser un auténtico ámbito de encuentro del imperativo eclesial del ministerio de la caridad. Definida por nuestros obispos como «cauce ordinario y oficial de la Iglesia particular para la acción caritativa y social», está llamada a ser «lugar de encuentro de la comunidad cristiana para un mejor servicio a los pobres» (56), y cuando y donde

(55) Sobre estos criterios, cf.: *Prioridades y estrategias para Cáritas en la perspectiva del año 2000* (1996); *Marco para la acción de Cáritas durante los próximos años* (1997), p. 38-39.

(56) CVI, II, I, c).

exista, debe colaborar en «una plataforma amplia donde se puedan encontrar las instituciones dedicadas a lo social y caritativo» (57).

La coordinación en el interior de Cáritas en sus diversos niveles: interparroquial, interdiocesano, internacional; de Cáritas con otras entidades eclesiales de acción sociocaritativa y de Cáritas con otras organizaciones civiles y con los organismos de las Administraciones públicas, es condición necesaria para actuar eficazmente frente a la complejidad y dimensiones de la pobreza, ya que, hasta en estos últimos casos, «el que no está contra nosotros está a favor nuestro» (Mc. 9, 40).

Esta coordinación de la acción social debe contemplar, entre otras, las siguientes tareas:

a) Reconocer, animar y apoyar la diversidad de carismas y servicios existentes en la comunidad eclesial.

b) Facilitar el encuentro, intercambio y colaboración de comunidades, instituciones, grupos y personas que actúan en el ámbito de la pobreza y la exclusión.

c) Vincular la acción sociocaritativa tanto a la pastoral de conjunto como, en concreto, a las otras acciones fundamentales de la comunidad cristiana: anuncio del Evangelio y celebración de la fe.

Para que esta coordinación sea real las Cáritas Diocesanas han de estar integradas en la pastoral orgánica de la Diócesis y, a través de ella, en su misión evangelizadora. Esta coordinación eclesial se debe llevar a término con las delegaciones y

(57) *Ib.* 11, 3, c).

organismos diocesanos que forman, animan, evangelizan y se ocupan del Pueblo de Dios en todas sus necesidades y dimensiones. Por ello, Cáritas debe estar presente en los planteamientos y organismos de la pastoral de conjunto aportando la palabra que en ellas tiene el deber de pronunciar.

3.4. Comunicación cristiana de bienes

La comunión de bienes es expresión de la comunión eclesial y un signo de su vitalidad. En la Iglesia de Jerusalén el ejercicio de la comunión eclesial se manifestaba en el hecho de que los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían según la necesidades de cada uno (58). «Todos estamos llamados a aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos de nosotros, no sólo con lo *superfluo*, sino con lo *necesario*» (59).

Cáritas debe movilizar la comunidad en la perspectiva de compartir fraternalmente los bienes de todo tipo y no sólo económicos.

Compartir los bienes económicos será una expresión de amor; de superación del modelo actual de sociedad consumista y de apuesta por la solidaridad efectiva y tangible.

Las Cáritas Diocesanas han de ser cauce de comunión de bienes de toda índole entre las comunidades parroquiales y han de apoyar, con los recursos que llegan a tener a su disposición, las obras y servicios que ellas crean o los que otras ins-

(58) Cf. Hch. 2, 44.

(59) SRS, 31.

tituciones eclesiales de acción caritativosocial fomentan; todo ello con el debido discernimiento. Asimismo, cada una de las Cáritas Diocesanas y la Confederación de Cáritas encuentran en el Fondo Diocesano y en el Interdiocesano algunos de los cauces de solidaridad y colaboración, dentro de la Diócesis y entre todas las Diócesis de la Iglesia española, como una gran familia que comparte tanto sus necesidades como sus posibilidades (60).

Junto a esta perspectiva, la universalidad del amor que propugna la Iglesia hace que Cáritas se sienta llamada a traspasar los límites de sus propios espacios para acercarse a todos los pobres de la tierra, de modo especial a los que soportan las mayores necesidades, injusticias y opresiones. Lo cual le lleva a fomentar el reforzamiento de la conciencia responsable que deben tener; trascendiéndose a sí mismas, las comunidades de creyentes respecto a los pobres del Tercer Mundo; conciencia que —haciéndonos eco de lo que dicen nuestros obispos— nos atrevemos a afirmar que necesita aún de mayor hondura y concreción para alcanzar su adecuado desarrollo (61).

3.5. La mística de Cáritas en el ser y en el hacer

3.5.1. Los pobres, lugar de encuentro con Dios

El mundo de la pobreza es lugar privilegiado para el encuentro con Dios; del mismo modo, el ejercicio de la solidaridad se constituye en lugar en el que Dios se nos revela, desde

(60) Cf. IP, 117.

(61) Cf. IP, 15.

el cual nos habla y en el cual tenemos acceso a él (62). «La solidaridad con el pobre es una de las formas de decir Dios hoy» (63). Comprender y vivir en lo posible esta presencia de Dios no forma parte de ninguna función añadida, sino más bien del talante, la mística y la espiritualidad en la que debe beber cotidianamente quien se encuentra inmerso en la acción sociocaritativa de la Iglesia.

Cáritas, diaconía del ministerio de la caridad de la Iglesia, asume «los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren» (64). Al asumir sus condiciones de vida, apoyar sus justas aspiraciones y cargar con sus sufrimientos identifica en los pobres a Jesucristo. La espiritualidad que se nos propone desde Cáritas, como toda espiritualidad cristiana, es la del seguimiento de Cristo. Se nos llama a un lugar de muerte y resurrección. La Pascua cristiana se reproduce tanto en los signos de muerte: pobreza, deshumanización, exclusión social, insolidaridad...; como en los signos de Vida Nueva: miedo vencido, protagonismo de los excluidos, solidaridad afianzada, creación de procesos concretos de crecimiento y liberación, empatía y acogida incondicional a los más pobres... Somos conscientes de que vivimos inmersos en el encuentro con el Señor que se revela y oculta, al mismo tiempo, en el rostro del pobre. Es posible, por tanto, una experiencia, oscura y cierta a la vez, de Dios; una experiencia personal, enigmática, pero inconfundible, que nos abre a su misteriosa presencia.

(62) Cf. Mt. 25.

(63) Obispos Franceses, *La Documentation Catholique*, 82 (1984), 1037.

(64) GS, I.

El misterio de la Encarnación se prolonga en el ministerio de la caridad, cuando la comunidad cristiana y cada uno de sus miembros reconocen la dignidad de los pobres, comparten sus problemas y apoyan sus legítimas aspiraciones. En esta tarea no basta con recomponer lo roto, es preciso renacer desde una nueva dimensión. Estamos llamados a ser más, a sentirnos siempre en camino, llegando a las raíces más hondas de la persona, allí donde acontece la verdadera liturgia del encuentro.

3.5.2. Unidad de vida en el Espíritu y compromiso frente a la pobreza

La mística de Cáritas intenta aunar vida en el Espíritu y actitud frente a la pobreza. Que el diseño de la mística de una institución se verifique en el día a día depende de la encarnación concreta que logre en las personas que la integran.

La opción preferencial por los pobres se inserta en el corazón mismo de la vida en el Espíritu, por lo que toda espiritualidad cristiana ha de plantearse la relación armónica que debe establecerse con la pobreza y los pobres. Esto exige que nuestro ser Cáritas no se entienda como deber, trabajo y que-hacer, sin más; sino más bien como carisma, servicio y estilo de vida. Nuestro ser Cáritas no proviene del mundo organizado de las tareas y funciones, sino de la afección personal y comunitaria que produce en nuestras vidas la irrupción de los pobres.

La vida según el Espíritu supone la relación personal con los pobres, mueve al estudio de sus condiciones de vida, al análisis de las causas que las producen, y empuja a buscar so-

luciones. La vida según el Espíritu convierte la misericordia entrañable en pasión por la justicia; fortalece las propias convicciones y renueva nuestra capacidad de diálogo; nos coloca en el camino de la comprensión con todos y la compasión con los que sufren; nos sitúa en el ámbito de la conversión permanente y la búsqueda de un talante evangélico en nuestro ser, en nuestro saber y en nuestro saber hacer.

Lo cual supone que Cáritas debe evitar siempre las asechanzas de una burocratización exagerada o de un profesionalismo extremo, que maten el espíritu y no dejen lugar para la acción de los voluntarios con carisma para la acción caritativa y social.

3.5.3. *Espiritualidad integradora*

Si toda la vida cristiana discurre en la doble coordenada de amor a Dios y al prójimo, el ministerio de la caridad ha de contribuir a superar la tentación de contraponer acción y contemplación, compromiso sociopolítico e intimidad con Dios, lucha por la justicia y vida espiritual. Todas estas realidades están vinculadas entre sí y son complementarias.

Sólo la experiencia profunda de Dios rompe las disyuntivas y nos ayuda a ejercer el ministerio de la caridad: más que como trabajo, como un servicio; más que como una actividad, como un estilo de vida; más que como una iniciativa personal, como enviados por Aquel con quien nos encontramos entrañablemente religados.

Para amar y servir a los otros, especialmente a los olvidados de este mundo, como nosotros hemos sido amados, ne-

cesitamos pedir que el Espíritu «nos encienda en el fuego de su amor; para que veamos al pobre como Cristo lo ve, le amemos como Cristo le ama y le sirvamos como Cristo le serviría en su tiempo, y quiere seguir haciéndolo en el nuestro, ahora por medio de nosotros» (65).

Más que una acertada formulación teórica, la espiritualidad cristiana, que intentamos vivir en Cáritas, parte de una experiencia profunda: la vivencia o la realización personal de la vida cristiana en el mundo de los pobres, a través de un proceso de personalización y clarificación de esa experiencia incipiente primera.

3.5.4. *Espiritualidad en la vida cotidiana*

La caridad es un carisma, un don del Espíritu: el único que no pasará nunca (66). Es también un verdadero ministerio: de servicio organizado a los pobres de la tierra. Pero también es, por último, un modo concreto de existencia, la que conlleva el seguimiento de Jesús: «Vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que Dios será tu riqueza; y, anda, sígueme a mí» (Mc. 10, 21) (67). En gran medida, nuestro estilo de vida es el que hace o no creíble el Evangelio: «El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres,

(65) IP, 130.

(66) Cf. I Cor: 13.

(67) El amor preferencial por los pobres, explicaba Juan Pablo II, «es una opción o forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana...», se refiere a la vida de cada cristiano en cuanto imitador de la vida de Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y,

obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda» (68).

La espiritualidad de Cáritas, vivida en la cotidianidad, nos invita a adoptar algunas actitudes y actuaciones concretas:

3.5.4.1. ADHESIÓN A LA POBREZA EVANGÉLICA

Es incompatible con el Evangelio vivir en la abundancia mientras que a otros les falta lo necesario. Más aún, el amor a los pobres lleva consigo la opción por la pobreza evangélica, como forma de vida sencilla y modesta, que libera la existencia de pautas de comportamiento que llevan al acaparamiento de riquezas, a la ansiedad por consumir o a gastar inútilmente lo que otros seres humanos necesitan para no morir o para vivir con un mínimo de dignidad. Se trata de caminar progresivamente hacia la conversión a un modelo alternativo de vida, en medio de una sociedad fuertemente marcada por el egoísmo y el individualismo, por el hedonismo y el consumismo.

3.5.4.2. EXPERIENCIA CONCRETA DE COMPARTIR

Cáritas no puede ser sólo una Institución que canaliza el compartir de los otros, sino una verdadera experiencia de compartir. En la vida de Cáritas y en la de sus agentes, además

consiguientemente, sobre la propiedad y uso de los bienes... Nuestra vida cotidiana, así como nuestras decisiones en el campo político y económico, deben estar marcadas por las realidades de la pobreza» (SRS, 42).

(68) PABLO VI, EN. 76.

de dialogar y decidir sobre criterios de organización, de gestión o de racionalización, deben fluir los planteamientos que conducen a la implicación, la inmersión y el ser para los demás en el esfuerzo gratuito, que parte de un sincero amor a los pobres. Cuando falta ese amor, sobra la burocracia. «Podríamos tener una perfecta organización, abundancia de medios económicos y expertos en problemas sociales, pero si no tenemos caridad, nuestras instituciones serán frías, sin alma y a nuestra acción caritativa y social le faltará impulso, entusiasmo, entrega, constancia, paciencia, ternura y generosidad» (69).

3.5.4.3. CERCANÍA Y CONVIVENCIA CON LOS POBRES

A los pobres no se les puede vivir de memoria. El lugar privilegiado de Cáritas es el trabajo de base, encarnado y sencillo, acompañante y esperanzador, cercano y estimulante. Todo lo demás que se hace desde Cáritas no tiene más función que acompañar y servir a estos procesos liberadores. Empatizar con la causa de los pobres nos conduce a modelar una espiritualidad donde puedan crecer en verdad las entrañas de misericordia, haciendo de nosotros hombres y mujeres de la compasión, del sufrimiento compartido, de la acogida incondicional, de la esperanza trabajada y del diálogo lúcido y comprensivo.

3.5.4.4. AUTENTICIDAD Y PROFUNDIDAD EN NUESTRAS VIDAS

Aspectos, ambos, nunca concluidos. Más que de una autenticidad objetiva se trata de hacernos auténticos a noso-

(69) IP, 129.

tros mismos transitando en el camino o estando dispuestos al cambio y a la modificación de actitudes y opciones. De modo complementario, la dimensión de profundidad evita que el cristianismo se viva a medias, superficialmente, y nos sumerge en la realidad vivida en su verdadera radicalidad.

3.5.4.5. GRATUIDAD COMO EFICACIA DEL AMOR

El amor cristiano, porque es verdadero amor, tiende a ser eficaz; no es un amor idealista ni abstracto; al contrario, parte de las necesidades concretas del otro. Este deseo de eficacia da un nuevo sabor a la vivencia de la gratuidad. «El mundo de los pobres nos enseña cómo ha de ser el amor cristiano (...) que debe ser ciertamente gratuito, pero debe buscar la eficacia histórica» (70). La gratuidad que nace del abajamiento compasivo hacia el que clama justicia, no suprime la preocupación por la eficacia, la exige. No se trata de buscar una síntesis ficticia en la que se combinen ambos elementos, sino que el legítimo deseo de vivir un amor eficaz se inscriba en el ámbito de la gratuidad del que se sabe amado por un Amor Primero (71). Tampoco se trata de buscar el prestigio vanidoso de la institución: se trata de amar verdadera y realmente a los pobres.

(70) Mons. Óscar ROMERO, discurso en la Universidad de Lovaina, 2-2-1980.

(71) Un conocido texto de S. Ignacio de Loyola puede iluminar esta reflexión: «En las cosas del servicio de nuestro Señor que emprendía, usaba de todos los medios humanos para salir con ellas, con tanto cuidado y eficacia como si de ellos dependiera el buen suceso; y de tal manera confiaba en Dios y estaba pendiente de su divina providencia, como si todos los otros medios humanos que tomaba no fueran de algún afecto». Ignacio DE LOYOLA, cit. por Ribadeneira, *Monumenta Ignatiana*, Madrid, 1911.

3.5.4.6. VIVENCIA DE QUE SOMOS ENVIADOS

La misión no es solamente un trabajo o una actividad; la misión, la diaconía caritativosocial, es una cuestión fundamental de vida y de estilo de vida. Se trata del lugar donde, siendo enviados, se da testimonio del Cristo compasivo y misericordioso aquí y ahora. Sería imposible que un servicio de tal naturaleza no cuestionara y configurara nuestro talante personal. El servicio, para que sea diaconía de la caridad, deberá realizarse tal como lo realizó Jesús, es decir, impulsados por su mismo Espíritu.

La sencilla verdad de que todos los seres humanos tenemos un solo Dios y Padre, hace del trabajo de Cáritas una tarea de construcción de fraternidad universal, con un amor sin fronteras, liberador de todos los signos antifraternos, siempre abierto a un más y mejor; sin renunciar a los Cielos Nuevos y la Tierra Nueva, donde habitará la justicia y «no habrá más llanto, ni dolor, ni sufrimiento, ni muerte» (Ap. 21, 4). Así daremos razón de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad, ya que

- LA FE SE VERIFICA EN EL TESTIMONIO,
- LA ESPERANZA SE HACE CREÍBLE EN EL TESTIMONIO,
- Y LA CARIDAD ES TESTIMONIO.

DOCUMENTACIÓN CONSULTADA

Concilio Vaticano II:

Constitución Pastoral «Gaudium et Spes».

Constitución «Lumen Gentium».

Decreto «Apostolicam Actuositatem».

Documentos pontificios:

Pablo VI:

Carta Encíclica «Populorum progressio» (1967).

Carta Apostólica «Evangelii nuntiandi» (1975).

Juan Pablo II:

Carta Encíclica «Dives in Misericordia» (1980).

Carta Encíclica «Laborem Exercens» (1981).

Carta Encíclica «Sollicitudo rei Socialis» (1987).

Carta Encíclica «Centesimus Annus» (1991).

Carta Apostólica «Tertio Millenio Adveniente» (1994).

Documentos eclesiales:

«La justicia en el mundo», Sínodo 1971.

Catecismo de la Iglesia Católica (1992).

Conferencia Episcopal Española y Obispos:

«Testigos del Dios vivo» (XLII Asamblea Plenaria, 1985).

«Los católicos en la vida pública» (Comisión Permanente, 1986).

- «La caridad en la vida de la Iglesia» (LX Asamblea Plenaria, 1994).
- «La Iglesia y los pobres» (CEPS, 1994).
- «Los pobres, una interpelación a la Iglesia». Carta Cuaresmal de los Obispos de Bilbao, Pamplona, San Sebastián y Vitoria (1981).
- «Algunas exigencias éticas de nuestra fe». Carta Pastoral de Cuaresma de los Obispos Andaluces (1986).
- «La Iglesia en Castilla, Samaritana y Solidaria con los pobres». Instrucción pastoral de los Obispos de la Iglesia de Castilla (1991).
- «A los pobres los tendréis siempre con vosotros»; «¿Qué tenemos que hacer?» Pastorales de los Obispos de Aragón (1992 y 1994).
- «Constructores de solidaridad. Orientaciones y pautas de actuación cristiana en tiempos de crisis económica». Carta Pastoral de los Obispos de las Islas Baleares y Pituisas (1994).

Documentos de Cáritas Española:

- CÁRITAS ESPAÑOLA: Asamblea General (40, 1985, El Escorial): *La animación de Cáritas*, documento de trabajo.
- Asamblea General (45, 1990, El Escorial): *Responsabilidad pública y participación social*.
- Asamblea General (49, 1994, El Escorial): *Hacia una recepción íntegra, integrada y convertida* del documento episcopal «La Caridad en la vida de la Iglesia», documento de trabajo.
- «La Comunidad Cristiana y Cáritas»; «La Cáritas Diocesana» (Documentos para la identidad en los primeros años 80. Cáritas, 1982).
- Comisión de Acción Social: *Las relaciones de Cáritas con las Administraciones públicas*, 1997.

Publicaciones de Cáritas Española:

«Caridad y marginación», CORINTIOS XIII, 13-14, 1980.

«Manual teológico de Cáritas», CORINTIOS XIII, 33, 1985.

«Cáritas y la Pastoral Social», CORINTIOS XIII, 44, 1987.

«Cáritas, análisis y perspectivas», CORINTIOS XIII, 45, 1988.

«Doctrina Social de la Iglesia y caridad», CORINTIOS XIII, 61, 1992.

«La Iglesia y los pobres: reflexiones desde Cáritas», CORINTIOS XIII, 72, 1994.

«Preparando el Tercer Milenio. Jesucristo, centro de la pastoral de la Caridad», CORINTIOS XIII, 81, 1997.

Plan CCB. Plan de promoción social, asistencial, social y beneficencia de la Iglesia en España. Madrid: Euroamérica, 1965.

Marco para la acción de Cáritas durante los próximos años. Madrid: Cáritas Española, 1997.

Autores varios:

CÁRITAS DIOCEANA DE PAMPLONA, «Cáritas hoy» (1990).

DUQUE, Felipe. «Opciones fundamentales de la caridad y de Cáritas hoy». CORINTIOS XIII, 65, 1993; págs. 33-89.

ECHARREN, Ramón. «La coordinación de la acción caritativa y social en la pastoral diocesana, función coordinadora de Cáritas». CORINTIOS XIII, 46, 1988; págs. 187-208.

— «La eclesialidad del animador de Cáritas» CORINTIOS XIII, 65, 1993; págs. 11-32.

EZCURRA, Florentino. *El servicio de caridad en la comunidad parroquial*, 1980. Cuadernos de Cáritas Diocesana de Pamplona, núm. 3.

- GARCÍA ROCA, Joaquín. «Mentiras institucionales ¿se puede recrear la verdad en la Institución?» *Sal Terrae*, 1992; págs. 363-373.
- GONZÁLEZ CARVAJAL, Luis. «¿Qué es Cáritas?: Cáritas explicada con tiza» (1978, 1979).
- GUIX, José M.^a «Presencia y promoción de Cáritas en la pastoral de la diócesis», 1985. Cuaderno de Cáritas, núm. 4, 1986.
- JARAMILLO, Pedro. «Prioridades y coordinación de la Pastoral de la Caridad en una Iglesia evangelizadora». CORINTIOS XIII, 80, octubre-diciembre 1996, págs. 195-273.
- «Coherencia entre los medios y los fines en el trabajo de Cáritas». CORINTIOS XIII, 76, 1995; págs. 173-198.
- LEAL, Gabriel. «Cáritas, animadora de la comunidad». CORINTIOS XIII, 76; 1995; págs. 51-109.
- MARTÍN VELASCO, Juan. «Hacia una cultura de la solidaridad», CORINTIOS XIII, 80; 1996; págs. 415-460.
- PELLICER, Salvador. «Cáritas, animadora de la comunidad». CORINTIOS XIII, 65, 1993; págs. 147-171.
- «Espiritualidad del documento “La Iglesia y los pobres”». CORINTIOS XIII, 72, 1994, págs. 311-327.
- RENES, Víctor. «Notas sobre Cáritas». *Iglesia Viva*, 1991.
- SOBRINO, Jon. «La honradez con lo real». *Sal Terrae*, 1992; págs. 375-388.
- TORNOS, Andrés. «Las mediaciones personales de la caridad: meditaciones en esperanza, contra esperanza». CORINTIOS XIII, núm. 6, 1978; págs. 109-126.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

	PRECIO
N.º 69 La mortalidad pública en la democracia (Enero-marzo 1994)	1.000 ptas.
N.º 70 Evangelización, liberación cristiana y opción por los pobres (Abril-junio 1994)	1.000 ptas.
N.º 71 La doctrina social de la Iglesia, hoy (Julio-septiembre 1994)	1.000 ptas.
N.º 72 La Iglesia y los pobres (Octubre-diciembre 1994)	1.400 ptas.
N.ºs 73/74 Crisis económica y Estado del Bienestar (Enero-junio 1995)	1.800 ptas.
N.º 75 Hacia una cultura de la solidaridad (Formación y acción desde la D.S.I.) (Julio-septiembre 1995)	1.100 ptas.
N.º 76 Animadores en la comunidad (Escuela de For- mación Social año 1995) (Octubre-diciembre 1995)	1.100 ptas.
N.º 77 Iglesia y sociedad por el hombre y la mujer en prisión (Enero-marzo 1996)	Agotado
N.º 78 La pobreza, un reto para la Iglesia y la sociedad . (Abril-junio 1996)	1.100 ptas.
N.º 79 Participar para transformar. Acoger para com- partir (Julio-septiembre 1996)	1.100 ptas.
N.º 80 Los desafíos de la pobreza a la acción evangeli- zadora de la Iglesia (Octubre-diciembre 1996)	2.000 ptas.
N.º 81 Preparando el Tercer Milenio. Jesucristo, centro de la Pastoral de la Caridad (Enero-marzo 1997)	1.500 ptas.
N.º 82 El hambre en el mundo (a partir del documento de «Cor Unum») (Abril-junio 1997)	1.500 ptas.
N.º 83 Problemas nuevos del trabajo	1.500 ptas.

	<u>PRECIO</u>
(Julio-septiembre 1997)	
N.º 84	Cáritas en la vida de la Iglesia (Memoria-presencia-profecía). (Actas de las XII Jornadas de Teología) 1.500 ptas. (Octubre-diciembre 1997)
N.º 85	Preparando el Tercer Milenio. El Espíritu, alma de la pastoral de la Caridad 1.590 ptas. (Enero-marzo 1998)
N.º 86	La acción socio-caritativa y el laicado 1.590 ptas. (Abril-junio 1998)
N.º 87	La enseñanza y la formación en la Doctrina Social de la Iglesia (Seminario de expertos y docentes en la Doctrina Social de la Iglesia) 1.590 ptas. (Julio-septiembre 1998)
N.º 88	Universalización de los Derechos Humanos. Exigencias desde la caridad 1.590 ptas. (Octubre-diciembre 1998)
N.º 89	Preparando el Tercer Milenio: El Padre, fundamento de la Pastoral de la Caridad 1.600 ptas. (Enero-marzo 1999)
N.º 90	Hijos de un mismo Padre. Cáritas: Compromiso de Fraternidad en la Comunidad Cristiana 1.600 ptas. (Abril-junio 1999)
N.º 91-92	La deuda internacional, responsabilidad de todos. (IX Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia) 2.000 ptas. (Julio-diciembre 1999)
N.º 93	Comentarios al Documento «Reflexión sobre la identidad de Cáritas» 1.640 ptas. (Enero-marzo 2000)

PRÓXIMO TÍTULO

CORINTIOS

revista de ecología y pastoreo de la caridad

XIII

Apellidos

Nombre

Dirección

Población

C.P.

Deseo suscribirme por un año a la revista trimestral **Corintios XIII**. Im-
porte anual **4.300 ptas.**

FORMA DE PAGO:

- Talón bancario adjunto a nombre de **CÁRITAS ESPAÑOLA.**
- Giro postal núm. a nombre de **CÁRITAS ESPAÑOLA.**
- Orden de pago por domiciliación bancaria.

ORDEN DE PAGO POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

Revista/Publicación

Nombre del Banco

Dirección Código Postal

Población Provincia

* N.º de entidad (4 dígitos): |_|_|_|

* N.º de sucursal (4 dígitos): |_|_|_|

* Dígito control (2 dígitos): |_|

* N.º de cuenta (10 dígitos): |_|_|_|_|_|_|_|_|_|

Nombre del titular de la cuenta

Ruego a ustedes se sirvan tomar nota de que hasta nuevo aviso deberán adeudar en mi cuenta con esa cantidad el recibo que anualmente y a nombre de

les sea presentado por Cáritas Española.

Atentamente
(firma del titular)

NOTA: **Los conceptos marcados con asterisco son imprescindibles para la domiciliación.**